

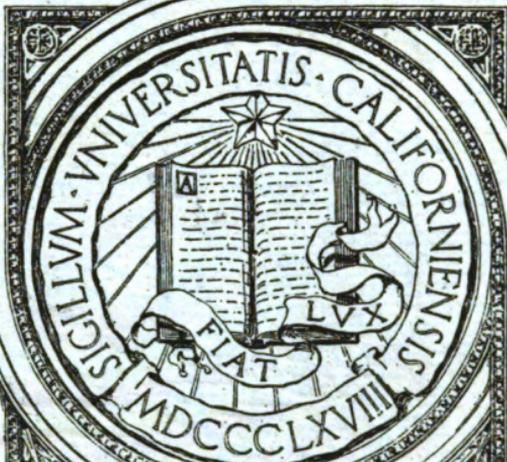
UC-NRLF



LB 290.426

GIFT OF

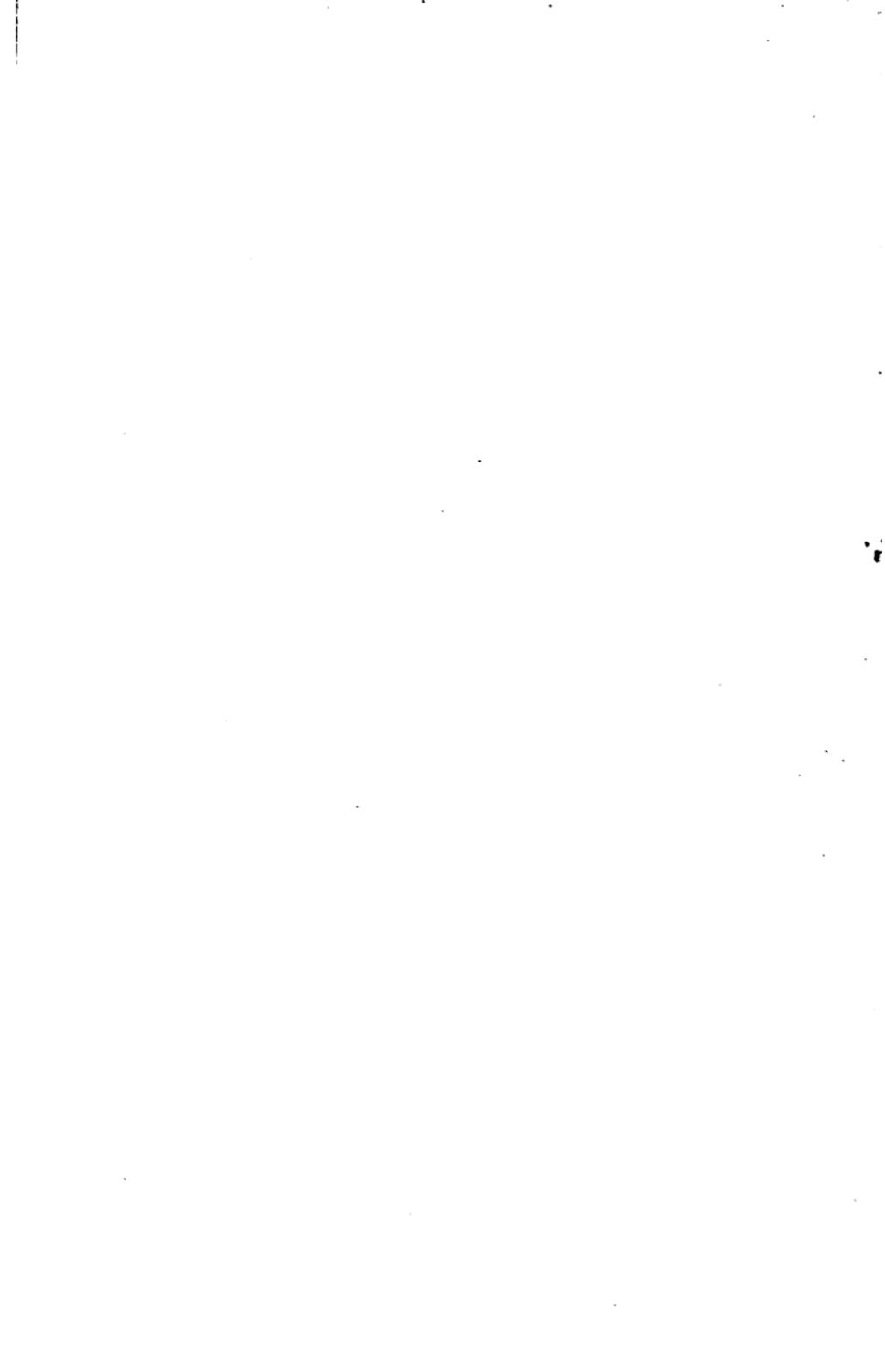
J.C. Cebrano



EX LIBRIS

752
i 5q
v. 2





HOMERO;
—
LA ILIADA.

BIBLIOTECA CLASICA.

TRES PESETAS CADA TOMO. — CUATRO ENCUADERNADO.

OBRAS PUBLICADAS.		Tomos.
HOMERO.	— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
CERVANTES.	— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
HERODOTO.	— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.	— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
VIRGILIO.	— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
	— <i>Las églogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo. — <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
MACAULAY.	— <i>Estudios literarios</i> . — <i>Estudios históricos</i> . — <i>Estudios políticos</i> . — <i>Estudios biográficos</i> . — <i>Estudios críticos</i> . Traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder.	5
	— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder.....	2
QUINTANA.	— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
CICERON.	— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
SALUSTIO.	— <i>Conjuración de Catilina</i> . — <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel. — <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	1
TÁCITO.	— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
	— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
PLUTARCO.	— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.	— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS	(<i>Teócrito</i> , <i>Bión</i> y <i>Moscol</i>). Traducción directa del griego, en verso, por D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.	— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
	— <i>La Moral Católica</i>	1
ESQUILO.	— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.	— <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
DUQUE DE RIVAS.	— <i>Sublevación de Nápoles</i>	1
CALDERON DE LA BARCA.	— <i>Teatro selecto</i>	4
HURTADO DE MENDOZA.	— <i>Obras en prosa</i>	1
SCHILLER.	— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por Eduardo de Mier.....	2
JULIO CESAR.	— <i>Los Comentarios</i>	2
XENOFONTE.	— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i>	1
	— <i>La Cyropeya ó Historia de Cyro el Mayor</i>	1
MILTON.	— <i>Paraiso perdido</i>	2
LAMARTINE.	— <i>Civilizadores y conquistadores</i>	2
LUCIANO.	— <i>Obras completas</i>	1

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ, COLEGIATA, 6.

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO II

HOMERO

LA ILÍADA

TRADUCIDA DEL GRIEGO AL CASTELLANO

POR

D. JOSÉ GÓMEZ HERMOSILLA

TOMO II

MADRID

LUIS NAVARRO, EDITOR

CALLE DE LA COLEGIATA, 6

1883

J. C. Cebrían
1801, Octavia St.,
SAN FRANCISCO, - CAL.

THE
MUSEUM OF
THE
MIDDLE EAST

UNIV. OF
CALIFORNIA

PA4030

58A34

1882

v. 2

LIBRO DÉCIMO TERCIO.

MAIN

Cuando Jove á las naves de los griegos
á Héctor y sus legiones acercado
hubo ya, allí dejó que toleraran
las bélicas fatigas y el contino
estrago de la guerra. Y á otra parte
sus ojos apartando refulgentes,
á la tierra miraba de los Tracios,
diestros cabalgadores; y los Misios,
en batalla campal fuertes guerreros;
y los tan afamados Hipomolgos,
que con leche de yegua solo viven;
y los Abios, en rústica pobreza
los más justos de todos los mortales.
Y allí fijos los ojos sus miradas
á Troya no volvía, confiado
en que deidad ninguna del Olimpo
al campo de batalla bajaría
á socorrer á Griegos ni á Troyanos.

Pero Neptuno de la mar undosa
no en vano ya saliera y en los bosques
de Samotracia umbríos, asentado
sobre altísima cumbre, en atalaya

238007.

se habia puesto. Desde aquella altura
 el Ida todo, la ciudad de Troya,
 y las naves de Grecia se veían;
 y admirado Neptuno la terrible
 pelea y los combates contemplaba:
 y al ver que de los Teucros á las manos
 los guerreros de Acaya perecian,
 hubo de ellos piedad. Y contra Jove,
 altamente indignado, en presurosos
 pasos bajó del escarpado monte;
 y al caminar el Dios, bajo las plantas
 inmortales los cerros y las selvas
 en derredor temblaban. Dió tres pasos:
 y al término final, al puerto de Égas,
 con el cuarto llegó donde tenía,
 del vasto mar en el profundo seno,
 sus eternos alcázares labrados
 del oro más brillante. En su morada
 entró; y habiendo uncido á la carroza
 los hermosos caballos, cuyas crines
 oro resplandeciente parecian
 y duro bronce el casco sonoro,
 con la túnica en oro recamada
 cubrió su cuerpo. Con la mano izquierda
 tomó el látigo de oro entretejido
 en vistosa labor, subió en el carro,
 aguijó los bridones y ligeros
 por las ondas corrian. Las ballenas
 del ponto abandonaron los abismos
 y en derredor saltaban de su carro,
 ni á la excelsa deidad desconocieron;
 y alegre el mar sus aguas dividia.
 Y con tal rapidez sobre las ondas
 volaban los bridones, que ni el eje
 de bronce se mojaba por debajo;

**y al Dios en breve tiempo á la ribera
extendida llevaron donde estaban
de los Griegos las tiendas y las naves.**

Del hondo mar en los oscuros senos,
en el canal que la escarpada costa
de Ímbros y la de Ténedos divide,
espaciosa caverna se dilata,
y allí paró Neptuno los bridones.
Y de la alta carroza desatados,
el alimento divinal que eternos
hace á los moradores del Olimpo
les presentó abundante, y con las trabas
de oro macizo que romper á fuerza,
ó desatar, posible no les fuese
sus piés aseguró, para que inmóviles
allí permaneciesen esperando
de su señor la vuelta; y á las naves
luego se encaminó de los Aquivos.

Semejantes los Teucros á la llama,
ó á la ráfaga rápida del viento,
y en bélico furor ardiendo todos,
á Héctor seguían, con horribles voces
gritando y algazara estrepitosa,
en escuadron cerrado, y esperaban
los bajeles tomar de los Aqueos
y á todos allí mismo degollarlos.

Mas el Dios que la tierra con sus aguas
ciñe y conmueve, en vagaroso vuelo
salido habiendo de la mar oscura,
infundía valor á los Aquivos,
al adivino Cálceas en el rostro
y en la sonora voz asemejado.
Y con los dos Ayaces, que valientes
se mostraban, habló, y así les dijo:

«¡Ayaces! hoy vosotros de los Griegos

»la hueste salvareis, si del antiguo
 »valor os acordais, ni ya acogida
 »al helado temor dentro del alma
 »diereis cobardes. Porque yo no temo
 »de los demas Troyanos la pujanza
 »que escalaron el muro: las falanges
 »aquivas que con ellos peleando
 »están allí rechazarán á todos;
 »mas en terrible agitacion recelo
 »que mucho daño nuestra gente sufra
 »por esta parte en que su escuadra guia,
 »como rabioso can, ó ardiente llama,
 »Héctor, que jactancioso vocifera
 »haber nacido del potente Jove.
 »Así, yo deseara que á vosotros
 »algun Dios el consejo os inspirase
 »de resistir ahora á los Troyanos
 »y animar á los Griegos. Si lo hicieréis,
 »á Héctor, por más furioso que acometa,
 »léjos apartareis de nuestras naves,
 »áun cuando Jove, del Olimpo dueño,
 »ardimiento le infunda y osadia.»

Dijo Neptuno: y con el cetro de oro
 tocó á los dos y de pujanza y brío
 llenó sus almas, y á sus piés y manos
 ágiles hizo y á su cuerpo todo.

Y con la rapidez con que se arroja
 del peñascal fragoso y eminente
 para volar el gavilan ligero,
 y perseguir al tierno pajarillo
 que huyendo va de su terrible garra,
 súbito se alejó de los Ayaces.
 Mas el hijo de Oileo, ántes que el otro,
 conoció á la Deidad; y prontamente
 vuelto al de Telamon, así le dijo:

«¡Ayax! pues á nosotros alto número
 »de los que habitan el excelso Olimpo
 »nos mandó, al adivino asemejado,
 »combatir en defensa de las naves:
 »porque no ha sido el agorero Cálcas
 »quien nos habló; que bien le he conocido
 »al retirarse yo viendo la huella
 »de sus piés y su andar, ni muy difícil
 »es conocer á los eternos Dioses:
 »mi corazón también dentro del pecho
 »más animoso está ni ya respira
 »sino guerra y combates, y me bullen
 »las manos y los piés.» Respondió el hijo
 de Telamon: «Á mí también ahora
 »en torno de la pica se enardece
 »la poderosa diestra y en el pecho
 »crece el valor, y saltan de alegría
 »las plantas de los piés. Y aunque estuviera
 »yo solo, con el Teucro peleara;
 »ya que furioso é impaciente ahora
 »está por batallar.» Así decían,
 en el bélico ardor regocijados
 que Neptuno en sus almas infundiera.

Entre tanto á los últimos Aqueos,
 que cerca de las naves fatigados
 de pelear las fuerzas reparaban,
 el Dios del mar á combatir valientes
 con su voz animaba. Cuando vieran
 ellos que en numerosos escuadrones
 al muro ya subían los Troyanos,
 en lágrimas bañaban sus mejillas
 de mucha pena el corazón oprimido,
 ni ya creían que la negra muerte
 ninguno de ellos evitar pudiera;
 pero pronto Neptuno á las falanges

fuerza inspiró y valor. Habló primero
 á Teucro, á Leito, al héroe Penelao,
 á Toante, á Deipiro, á Meriones,
 y á Antíloco, la flor de las escuadras.

«¡Argivos! ¡qué vergüenza! (les decía)
 »¡Jóvenes esforzados! Yo confío
 »en que valientes salvareis vosotros
 »nuestros bajeles hoy; mas si cobardes
 »los riesgos evitais de la batalla,
 »amaneció ya el día en que seremos
 »todos por los Troyanos destruidos.
 »Mis ojos ¡oh dolor! están ya viendo
 »este prodigio grande, vergonzoso;
 »y jamás yo creí que llegaría.
 »¡Venir á nuestras naves los Troyanos,
 »que hasta ahora á los ciervos semejan;
 »á los tímidos ciervos que en el bosque,
 »en vano errantes sin vigor ni fuerza,
 »paso son de los linceos y los lobos,
 »y los leopardos! Nunca de los Griegos
 »á pié firme esperar la acometida
 »ni resistir al poderoso brazo
 »osaron hasta aquí; y envanecidos,
 »léjos de su ciudad junto á las naves
 »á combatir ya vienen, animados
 »por el error que cometió el Atrida,
 »y por la flojedad de los Aqueos;
 »que con el Rey airados, ya no quieren
 »las naves defender, y en ellas mismas
 »se dejan degollar. Es ciertamente
 »culpable Agamenon, porque orgulloso
 »con ásperas razones ha insultado
 »al hijo valeroso de Peleo;
 »más no por eso es lícito á nosotros
 »suspender el combate. La pasada

»falta ya reparemos; que difícil
 »no es á los buenos olvidar agravios.
 »Ni á vosotros, que sois los campeones
 »primeros del ejército, sería
 »renunciar á la guerra decoroso.
 »Yo no me ofenderé de que rehusé
 »combatir el varon que no ha nacido
 »con fuerzas ni valor, pero á vosotros
 »de corazon os culparé. ¡Cobardes!
 »pronto vuestra desidia mayor daño
 »causará. Vamos, pues; y en vuestras almas
 »renazca ya el pudor, y de los hombres
 »el desprecio temed y la censura;
 »que el fuego de la guerra se ha encendido
 »y cerca ya de los bajeles Héctor
 »animoso combate, y la alta puerta
 »el enorme cerrojo ha quebrantado.»

Con estas voces aguijó Neptuno
 á los primeros cabos de la hueste:
 y en torno á los Ayaces reunidas
 á pié firme esperaron á los Teucros
 las mejores falanges, que ni Pálas,
 ni de la guerra el Númen, si venido
 á la batalla hubiesen, de cobardes
 motejarían. Y formadas todas
 de jóvenes briosos, la venida
 de Héctor y sus Troyanos atendieron
 en apiñadas filas; apoyando
 pica con pica, adarga con adarga.
 Y así unidos escudo con escudo,
 un morrión con otro, hombre con **hombre;**
 las crines de caballo se mezclaban
 en los altos airones, que del viento
 blandamente movidos por el soplo
 en la cimera del brillante casco

trémulos ondeaban: tan espesas
eran las filas. Y al blandir sus lanzas
con las manos robustas, en el aire
se cruzaban los hierros. Ya formados,
marcharon á encontrar al enemigo
de pelear ganosos; y venidas
á tiro de ballesta las escuadras,
ántes acometieron los Troyanos
estrechamente unidos, y á su frente
Héctor venía respirando fuego.

Como la piedra que en las altas cumbres
un torrente arrancó de la montaña,
con su raudal copioso derribando
del desigual peñasco los apoyos,
en alto salta y por los aires vuela,
y el bosque se estremece en su caída,
y en repetidos vuelcos presurosa
corriendo nada detenerla puede;
pero llegada á la llánura, en vano
más intenta correr y allí se pára:
así Héctor á los suyos prometía
que hasta la mar llegando y los bajeles
y tiendas de los Griegos, la llanura
de muertos sembraría sin que nadie
resistirle pudiese: mas ahora,
cuando llegó á encontrar de los Aquivos
el escuadron cerrado, se detuvo.
Y por más que á romperle se esforzaba
animosos los hijos de la Grecia,
con espadas y picas de dos filos
hiriendo su rodela, le alejaron
mucho del escuadron y á pesar suyo
él hubo de ceder. Y á sus guerreros,
esforzando la voz así gritaba:

«¡Teucros, Licios, Dardanios valerosos!

»firmes permaneced; que largo tiempo
 »no podrán resistir á mi pujanza
 »los Aqueos, por más que reunidos
 »en columna cerrada su falange
 »hayan formado ahora. Con la pica
 »en fuga los pondré si ciertamente
 »aquel gran Dios que en las alturas truena,
 »el esposo de Juno, me ha enviado
 »á pelear; que de los Dioses todos
 »es el dominador.» Así decía,
 y el valor aumentó de sus legiones.

En la primer escuadra de los Teucros
 arrogante venía Deifobo,
 de Príamo nacido; y embrazado
 el anchuroso escudo que su cuerpo
 todo cubria, con ligera planta
 marchaba á la pelea. Meriões
 contra él vibró su reluciente pica,
 y acertó á dar en el escudo plano
 hecho de piel de montaraz novillo,
 y errado no fué el golpe. Atravesarlo
 no consiguió; porque su larga pica
 mucho ántes de llegar al otro lado
 se quebró por el asta, y Deifobo
 alejado del cuerpo cuanto pudo
 el escudo tenía, y en el pecho
 mucho temió la poderosa lanza
 del bravo Meriões. El cretense
 se retiró á la escuadra de los suyos
 altamente indignado y afligido,
 porque escaparse viera de sus manos
 la victoria, y tambien por haber roto
 una tan buena lanza; y á las naves
 se encaminó á buscar otra más firme
 que en su tienda dejara, y la pelea

entretanto seguía clamorosa.

Teucro de Telamon mató el primero á un valiente adalid, Imbrio llamado, y de Mentor nacido que tenía yeguada numerosa. Imbrio habitaba, ántes de que la guerra los Aquivos á los Teucros trajeran, en Pedeo; y con Medesicaste, hija bastarda del Rey Priamo, estaba desposado. Y venidas las naves de la Grecia, á Troya retornó; y entre los héroes sobresalía de su edad, y el régio alcázar habitaba, y el anciano como á sus propios hijos le quería. Y este fué á quien hirió, junto á la oreja, de Telamon el hijo con su lanza, retirándola luego; y en el polvo cayó el Troyano, como el alto fresno que nacido en las cumbres eminentes del monte que á lo léjos se divisa cortado es por el hierro, y á la tierra humilla triste sus frondosas ramas. Así cayó el Troyano, y en contorno resonó la armadura sonora de luciente metal. Acudió Teucro, de quitarle las armas codicioso; mas Héctor le tiró su aguda pica ántes de que llegara; y por el aire él viéndola venir, evitó el golpe ladeándose un poco. Mas en vano arrojada no fué; que por el pecho á Anfimaco pasó que á la pelea desalado venía, y en el polvo cayó el Aqueo y temeroso ruido obre él hicieron al caer las armas.

Héctor corrió para tomar el casco
que las sienas cubria y la cabeza
del valeroso Anfimaco: y al verle
Ajax vibró su reluciente pica,
pero no logró herirle; que su cuerpo
de durísimo bronce defendido
estaba todo. Recibió el escudo
el bote de la pica, y al Troyano
del golpe solo el ímpetu terrible
hizo retroceder; y á pesar suyo
abandonó ambos muertos, y á su escuadra
pronto los arrastraron los Aquivos.
Estiquio y el valiente Mecisteo
á Anfimaco llevaron á las naves;
á Imbrio los dos Ayaces presurosos
alejaron del campo de batalla.
Cual dos leones, si arrancar pudieron
de los agudos dientes de los canes
una cabrilla, en alto levantada
de la tierra la tienen en la boca,
y al escondido matorral la llevan;
así los dos Ayaces, levantado
de tierra habiendo el infeliz cadáver
de Imbrio, le despojaron de las armas,
y de su cuello hermoso la cabeza
de un golpe separó el hijo de Oileo,
por la muerte de Anfimaco afligido.
Y en el aire agitándola indignado,
cual si fuese pelota, por encima
la arrojó de los densos escuadrones,
y de Héctor á los piés cayó en la arena.

Entónces fué cuando sintió Neptuno
dentro del corazon ira terrible,
viendo morir de casual herida
á Anfimaco su nieto; y por las tiendas

y las naves corrió de los Aquivos
 avivando su ardor, y á los Troyanos
 estragos preparaba dolorosos.
 Encontróse con él Idomeneo,
 que afligido salía de la tienda
 de uno de sus amigos que del campo
 volviera de batalla en la rodilla
 de aguda lanza herido, y en los hombros
 le llevaran sus fieles compañeros.
 Y habiendo ya encargado que á curarle
 atendiesen los médicos, volvía
 entónces á su tienda Idomeneo,
 y en la sangrienta lid áun deseaba
 valiente pelear. Vióle Neptuno
 y así le habló, en la voz asemejado
 al hijo de Andremon noble Toante,
 jefe de los Etolos, que imperaba
 sobre todos los pueblos situados
 de Pleuron en el valle y en la sierra
 de la alta Calidon; y cual si fuese
 una Deidad, le veneraba el pueblo.

«¡Idomeneo, Príncipe de Creta!
 »¿en qué pararon, di, las amenazas
 »que hacian otro tiempo á los Troyanos
 »los hijos de la Grecia?» Y el cretense
 le respondió. «¡Toante! de nosotros
 »ninguno, á lo que entiendo, ha sido causa
 »de los males que afligen á los Dánaos:
 »todos sabemos guerrear, y nadie
 »del temor que á los hombres desanima
 »hoy está poseido, ni rehusa
 »por flojedad en la comun batalla
 »firme lidiar: al poderoso Jove,
 »al hijo de Saturno, ha sido grato
 »que sin honor, aquí, léjos de Grecia,

»perezcan los Aquivos. Mas, Toante,
 »pues ántes siempre belicoso fuiste,
 »y á los otros animas si azorados
 »ves que huyen de la lid; tampoco ahora
 »ceses de pelear, y á las escuadras
 »tu voz anime.» Replicó Neptuno:

«¡Ojalá, Idomeneo, que de Troya
 »no vuelva más, y de los perros sea
 »vil ludibrio, el varon que en este dia
 »por temor abandone la batalla!
 »Ve á tomar la armadura, y á este sitio
 »vuelve ligero; y á la lid sangrienta
 »volempos presurosos, y veamos
 »si, áun siendo solo dos, á los Aqueos
 »útiles somos: que el valor unido
 »aún de los flacos en la guerra es útil,
 »y nosotros sabemos animosos
 »pelear con los fuertes campeones.»

Así habló la Deidad, y á las escuadras
 de los Griegos volvió; é Idomeneo
 al pabellon magnifico llegado,
 cubrió su cuerpo de brillantes armas.
 Y dos picas tomando hácia el paraje
 marchó de la batalla, parecido
 al ardiente relámpago que Jove
 despide con su diestra poderosa
 desde el luciente Olimpo, á los humanos
 fausta señal de lo futuro, y brillan
 á lo léjos sus rayos. Así el bronce
 centelleaba en derredor del pecho
 del fuerte campeon, que presuroso
 corria por el llano: y Meriões,
 su valiente escudero, que venia
 á tomar otra lanza, de la tienda
 no léjos le encontró; é Idomeneo

así, en turbada voz, triste le dijo:

«¡Oh dulce Meriónes, hijo fuerte
 »de Molo! ¡Oh tú, que en la veloz carrera
 »á todos los Cretenses aventajas!
 »¡Oh el más caro de todos mis amigos!
 »¿Cómo así, abandonando la pelea,
 »vuelves al pabellon? ¿De aguda lanza
 »estás herido, ó la afilada punta
 »te aflige de algun arma arrojadiza?
 »¿Ó á buscarme has venido, y á decirme
 »que á la batalla acuda? Pues entiende
 »que dentro de la tienda estar ocioso
 »nunca grato me fué; sólo deseo
 »pelear.» Respondióle Meriónes:

«Idomeneo, soberano jefe
 »de los Cretenses todos! A tu tienda
 »iba ahora, por ver si en ella habia
 »alguna fuerte lanza, porque acabo
 »yo de romper la mia en el escudo
 »del valiente Deifobo.» Idomeneo
 le replicó: «Cuando quisieras veinte,
 »y aunque fuese una más, dentro la tienda
 »las hallarás á la pared brillante
 »arrimadas, y fueron de Troyanos;
 »y todas las tomé, la dulce vida
 »á sus dueños quitando. Tú bien sabes
 »que léjos pelear del enemigo
 »nunca fué mi costumbre; y así tengo
 »muchas lanzas, y cóncavos escudos,
 »y cascos, y lorigas relucientes.»

Añadió Meriónes: «En mi nave
 »y pabellon conservo de Troyanos
 »muchos despojos yo, pero no cerca
 »están para tomar la que deseo
 »potente lanza; porque yo tampoco

»me olvido del valor en la pelea.
 »Siempre entre los primeros campeones,
 »apénas el combate se ha empezado,
 »á pié firme esperar al enemigo
 »suelo animoso. De los otros Griegos
 »á alguno acaso mi pujanza y brío
 »puede ocultarse en la comun batalla;
 »pero no á tí, que por tus mismos ojos
 »estás viendo el ardor con que peleo.»

Y el Rey le dijo: «Tu valor conozco:
 »¿para qué necesitas referirme
 »tus proezas? Si ya de los Aqueos
 »fuéramos escogidos los más fuertes
 »para ocultarnos en celada, nadie,
 »ni áun allí, tu valor despreciaria
 »y poderoso brazo. Y la emboscada
 »es donde se conoce el ardimiento
 »de los hombres, y claro se descubre
 »si el guerrero es cobarde ó valeroso.
 »Porque el cobarde pálido se torna,
 »ni estar quieto y sentado le permite
 »el temor de que está sobrecogido;
 »y las rodillas dobla, y en las puntas
 »se asienta de los piés. Sobresaltado
 »dentro su pecho el corazon palpita
 »esperando la muerte, y rechinantes
 »todos sus dientes crujen; mas el fuerte
 »no muda de color, ni muestra miedo
 »cuando con los valientes en celada
 »se colocó una vez; ántes desea
 »que pronto empiece la terrible lucha.
 »Bien saben todos que si acaso fueres
 »herido en la batalla ya de léjos
 »con arma arrojadiza, ó ya de cerca
 »con pica ó con espada, no su punta

»caerá por detras sobre tu cuello,
 »ni tu espalda; en el pecho, ó en el vientre,
 »recibirás la herida, al enemigo
 »marchando cara á cara y combatiendo
 »en la primera fila. Pero vamos
 »á la lid, y en inútiles discursos
 »no el tiempo se consuma: no nos vea
 »alguno y nos moteje de cobardes.
 »Entra en mi pabellon, y de allí toma
 »una robusta lanza.» Así decia;
 y pronto Meriões de la tienda
 sacó el herrado astil, y á donde estaba
 el Rey volvió con arrogantes pasos,
 y ganoso de entrar en la pelea.

Cual suele armado el furbindo Marte
 á la guerra marchar, y le acompaña
 el Terror, hijo suyo poderoso,
 é intrépido que al hombre más valiente
 llena de espanto; y de la Tracia salen
 á unirse á los Efiros, ó los Flegias
 de ardido corazon, y las plegarias
 de ambas haces no escuchan y á una sola
 conceden la victoria; tales iban
 estos dos campeones al combate,
 cubiertos ambos de lucientes armas.
 Y al llegar, dijo al Rey el escudero:

«¡Hijo de Deucalion! ¿por dónde quieres
 »que entremos en la lid? ¿Por la derecha
 »de todo el escuadron, ó por el centro,
 »ó por el ala izquierda? Me parece
 »que en ninguna otra parte los Aquèos,
 »tanto como hácia aquí, de nuestro brazo
 »necesitan ahora.» El Rey le dijo:

«Otros hay que defiendan los bajeles
 »en el centro y la diestra: los Ayaces,

»y Teucro que de todos los Aquivos
 »es el más diestro en disparar saetas,
 »y esforzado tambien si cuerpo á cuerpo
 »sostener el combate es necesario.
 »Pronto rechazarán estos caudillos,
 »aunque les acometa furibundo,
 »á Héctor, por más que valeroso él sea.
 »Y á pesar del furor de que animado
 »se muestra ahora, le será difícil,
 »de los tres héroes el valor venciendo
 »y la pujanza de su fuerte brazo,
 »las naves incendiar, si el mismo Jove
 »no lanzare la tea abrasadora.
 »Y Ajax de Telamon no cederia
 »á ningun hombre que á morir sujeto
 »haya nacido y de los frutos coma
 »que nos prodiga Céres, y con bronce
 »ó grandes piedras vulnerable sea.
 »Y ni retrocediera en las batallas
 »de Aquiles á la vista, si á pié firme
 »le hubiese de esperar; que en la carrera
 »con aquél nadie á competir se atreve.
 »Marchemos, pues, á la siniestra parte,
 »para ver si los dos en este dia
 »Damos á algun Troyano de vencernos
 »el alto honor, ó nos le da á nosotros.»

Así decia el Rey; y Meriones
 el primero marchó, y á breve tiempo
 al extremo llegaron de la línea
 por donde aquél acometer mandara.

Cuando vieron los Teucros que animoso,
 y á la violenta llama parecido,
 entraba en el combate Idomeneo
 con su escudero, y de lucientes armas
 cubiertos ambos, reunidos todos

sobre él cayeron, y en confusas voces á sostener el choque se animaban, y con igual ardor por ambos lados, bajo las altas popas de las naves, se trabó la pelea. Como suelen venir las tempestades agitadas por los vientos sonoros en los días en que árida la tierra están cubiertos de polvo los caminos, y levantan densa nube de oscura polvareda; así entónces vinieron á las manos las dos escuadras, deseando mucho los caudillos matarse el uno al otro con el agudo hierro. Y herizados de poderosas afiladas picas los escuadrones, se mostraba horrible la guerra destructora; y ni los ojos de los mortales sostener podían el resplandor de los brillantes yelmos, y bruñidas corazas, y lucientes escudos con que armados caminaban á encontrarse los Griegos y Troyanos: y duro el corazón aquel tendría que al mirar el combate se alegrara y el ánimo turbado no sintiera.

Así entónces, en bandos divididos, los dos hijos potentes de Saturno estragos preparaban dolorosos á los héroes Aqueos y Troyanos. Para vengar al ofendido Aquiles Júpiter á los Teucros deseaba y á Héctor dar la victoria; mas del todo no quería que en Troya pereciera la hueste de los Griegos: sólo á Tétis consolar y á su hijo valeroso

honrar quería la Deidad. Neptuno, sin que Jove lo viese, por las filas andando de los Griegos, con sus voces á todos animaba; porque mucho de su mísera suerte se dolía viendo que de los Teucros á las manos perecian, y mucho se indignaba contra Jove. Tenian uno y otro el mismo origen, y comun linaje; pero Júpiter era más anciano y de mayor saber. Y así Neptuno, como Dios inmortal, á los Aquivos socorrer evitaba; pero siempre, oculto discurriendo por las filas semejante á un mortal, los animaba. Y asidos ambos Dioses á las puntas de la cuerda del hórrido combate y de la guerra, á todos ominosa; cuerda que ni romper, ni deshacerla, es dado á los guerreros, y que á muchos de la vida privó; sobre ambas haces la extendieron, y en brazo poderoso tiraban de ella en direccion opuesta.

Y aunque ya semicano Idomeneo, con su voz animando á los Aquivos, acometió valiente á los Troyanos y en desórden los puso, y dió la muerte al claro Otríoneo, que habitaba en Cabeso y á Troya aquellos dias fuera venido á tan famosa guerra. Á la sin par Casandra, que de todas las Princesas de Príamo nacidas era la más hermosa, en matrimonio pedido habiendo sin que dote alguno él la hubiese de dar, á merecerla

con una grande hazaña se ofrecia,
de Ilión alejando á los Aquivos
á pesar suyo; y aceptó el anciano
la condicion, y darle prometiera
la hermosa jóven. Confiado el héroe,
del Rey en la promesa, combatia
con extremado ardor; é Idomeneo
contra él vibró su reluciente lanza,
y acertó á darle cuando en busca suya
él ya venia en arrogantes pasos.

Al duro golpe resistir no pudo
la córaza de bronce fabricada,
y en medio el vientre se clavó la punta.
Cayó el Troyano, y retemblar la tierra
hizo al caer; y viéndole postrado,
así el Cretense le insultó orgulloso:

»Otríoneo! yo te ensalzaria
»sobre todos los hombres, si cumplieras
»lo que á Príamo tienes ofrecido.
»Él, es verdad, te prometió á Casandra;
»pero tambien nosotros te ofrecemos,
»y sabremos cumplirlo, por esposa
»darte la más gallarda de las hijas
»de Agamenon, y haremos que de Acaya
»la traigan á este campo porque puedas
»la boda celebrar, si con nosotros
»unido destruir el fuerte muro
»lograses de Ilión. Sigue mis pasos
»para que en nuestras naves los conciertos
»se ajusten, y verás qué generosos
»los Griegos somos al dotar las hijas.»

Así dijo el heróico Idomeneo,
y arrastrado del pie sacó el cadáver
fuera de la pelea. Vino pronto
Asio á vengar su muerte, y caminaba

ligero, á pié, delante de su carro;
pero tan cerca de él que los bridones
sobre sus hombros resoplaban siempre,
y asido de las riendas el auriga
los sujetaba. Por matar al Griego
en fuego ardia el capitan troyano;
pero aquél le previno, y con su pica
en el cuello le hirió bajo la barba,
y al otro lado apareció la punta.
Y Asio cayó, como caer la encina
y el álamo se ve, ó el alto pino
que en el monte un artífice ha cortado
con aguda segur para que sea
mástil de algun bajel. Así, delante
del carro y los bridones, extendido
Asio quedó; y al espirar, los dientes
en su dolor cruja, y con la mano
apretaba la arena con su sangre
ya enrojecida. Y consternado al verlo
caer el escudero, ni osadia
tuvo para volver á los bridones
las riendas y evitar que le mataran
los enemigos. Lo notó el valiente
Antifloco, y lanzándole su pica,
el cuerpo le pasó de parte á parte
sin que le defendiese la coraza
que llevaba ceñida, y moribundo
cayó de la carroza. Los caballos
Antifloco sacó de entre las filas
de los Troyanos y marchar los hizo
á las de los Aqueos. Indignado
Deifobo del amigo por la muerte,
al paraje en que estaba Idomeneo
corrió veloz, y su brillante lanza
le tiró; pero vióla por el aire

el Cretense venir. Y de la pica para evitar el poderoso golpe, la cabeza cubrió con la rodela fabricada con pieles de novillo, que en derredor estaba guarnecida de luciente metal y asegurada con dos abrazaderas. Sin herirle pasó el asta volando, y levemente tocó al pasar en el metal sonoro, y en ronco ruido resonó el escudo. Pero no en vano con la fuerte diestra Deifobo la arrojó, que junto al bazo por bajo del ijar hirió al valiente Ipsenor, que de Hipaso era nacido y un escuadron mandaba de guerreros, y le quitó la vida. Cuando en tierra le vió el Teucro caer, en altas voces insultaba orgulloso á los Aquivos.

«A lo ménos (decia) sin venganza
»Asio no queda; y aunque triste ahora
»va caminando del oscuro averno
»á las herradas puertas, alegría
»habrá en su pecho al ver que yo le he dado
»un compañero que sus pasos guie.»

Así gritaba; y mucho los Aquivos al escuchar sus insolentes voces se indignaron, y Antiloco en el alma grave sintió dolor; mas no á los Teucros abandonó el cadáver. A ponerse á su lado corrió, y con el escudo le cubrió en derredor; pero llegaron dos de sus camaradas, Mecisteo y Alastor, y tomándole en sus hombros, dolorosos gemidos exhalaban, y á las naves aqueas le llevaron.

En tanto, no aflojó de Idomeneo
el gran valor; que procuraba siempre
de tenebrosa noche algun Troyano
con el velo cubrir, ó sobre el polvo
caer él mismo; y con fragor la tierra
estremecer, de su total ruína
librando á los Aquivos. Un magnate
hubo en Troya, nacido de Esiétes
y Alcató llamado; y era yerno
de Anquises, pues tenía por esposa
la mayor de sus hijas, Hipodamia,
y entre todas tambien la más querida
de sus ancianos padres, porque á todas
las de su edad aventajaba mucho
en hermosura, y en labor de manos,
y en talento; y así la pretendiera
para esposa el varon más distinguido
que entónces hubo en la ciudad de Troya.
Y este fué á quien Neptuno por la mano
mató de Idomeneo, y sus dos ojos
cubrió de oscuridad, y en duros grillos
ató sus miembros, porque atrás volverse
no pudiera, y tampoco adelantarse.
Inmóvil así, cual si columna fuera
ó árbol frondoso, con su ayuda lanza
en medio el corazón Idomeneo
le hirió, rompiendo la coraza fuerte
de bronce con que el pecho se cubriera
para librarse de mortales tiros,
y entónces ronca resonó rompida
por la robusta lanza, y el Troyano
cayó en el suelo, y retendió la tierra.
Y como estaba el acerado hierro
fijo en el corazón, con sus latidos
del asta el regatón se estremecía;

pero despues el hierro poderoso
toda fuerza perdió, é Idomeneo,
con la victoria ufano, á Deifobo
así decia en orgullosas voces:

«¡Deifobo! pues que vano te jactabas
»de haber muerto á un Aquivo, ¿no podremos
»con más razon nosotros gloriarnos
»por haber dado muerte á tres caudillos
»en lugar de uno solo? Y tú, valiente,
»¿por qué conmigo á combatir no llegas?
»Ya verias quién es de Jove el nieto
»que á Troya vino á pelear; pues Jove
»el padre fué de Minos, que de Creta
»ha sido el fundador; y Minos tuvo
»al afamado Deucalion por hijo,
»y de este yo nací, y en la ancha Creta
»impero sobre gentes numerosas;
»y á esta playa mis naves me trajeron
»para ser el azote de tu padre,
»de tí mismo, y de todos los Troyanos.»

Así dijo el Cretense, y Deifobo
entre dos pensamientos fluctuaba:
si á los otros valientes campeones
de Troya en su defensa llamaria
retirándose; ó solo, y cuerpo á cuerpo,
con el ardido Rey de los Cretenses
la suerte probaria de las armas;
y al fin le pareció más acertado
ir en busca de Enéas. Y al extremo
pronto le halló del escuadron, y ocioso;
porque siempre vivia resentido
del Rey Príamo, al ver que no le honraba,
siendo él tan esforzado y valeroso;
y así le dijo en agitadas voces:

«¡Enéas, claro Principe de Troya!

»si algo puede contigo el parentesco,
 »llegada es la ocasion en que defiendas
 »de un cuñado el cadáver. Tú me sigue,
 »y de Alcatoo la muerte vengaremos.
 »Es de tu hermana esposo, y educado
 »por él has sido. El Rey de los Cretenses,
 »Idomeneo, de matarle acaba.»

Así dijo, y su cólera en el pecho
 Enéas avivó: y á la pelea
 deseando volver, marchó animoso
 á buscar al valiente Idomeneo.
 Mas no el temor se apoderó del héroe
 cual si fuera un rapaz, sino que firme
 á los dos esperó. Como en el monte,
 haciendo ostentacion de su bravura,
 espera el jabalí de los mancebos
 el hórrido tumulto, y no abandona
 el matorral aunque se encuentre solo;
 y en el lomo las cerdas erizadas,
 brillan sus ojos en ardiente fuego,
 aguza los colmillos, é impacienté
 está por rechazar la acometida
 de los perros y fuertes cazadores;
 así esperó el ardido Idomeneo
 al Troyano, que en rápida carrera
 hácia él venía; pero en altas voces
 llamaba en su socorro á los amigos.
 Y fijando la vista en Afareo,
 Ascálafo, Deipiro, Meriões
 y Antíloco, esforzados adalides,
 así dijo en palabras voladoras:

«¡Amigos! acudid á mi defensa;
 »porque, hallándome solo, mucho temo
 »al fuerte Enéas que en veloz corrida
 »contra mí se adelanta. Él es valiente,

»y capaz de matar en la pelea
»á muchos campeones; y se encuentra
»en la flor de la edad, cuando los hombres
»alcanzan mayor fuerza. Si la misma
»fuera la edad de entrambos, y tuviese
»yo también el valor de que animado
»me siento ahora, glorioso triunfo
»pronto el héroe troyano alcanzaria,
»ó pronto yo la vida le quitara.»

Así les dijo, y animados todos del mismo ardor, á su defensa alegres corrieron; y embrizados los escudos, le rodearon. Por su parte, Enéas animaba á sus fuertes compañeros, hácia París volviéndose y Deifobo, y el gallardo Agenor, que las legiones juntamente con él acaudillaban de los Troyanos, y á su voz siguieron las tropas. Como suelen las ovejas al carnero seguir cuando al arroyo van á beber desde el herboso prado en que pacían, y el pastor se goza; así el alma de Enéas en el pecho gozóse mucho al ver que le seguía escuadra de guerreros numerosa.

Y de Alcatoo llegados al cadáver, cuerpo á cuerpo trabaron la pelea con luengas astas; y hórrido crujía en torno al pecho el sonoro bronce, al repetido golpe de los dardos que con pujanza mucha se lanzaban los Griegos y Troyanos. Entre todos, los que con más ardor apetecían despedazarse con agudo bronce eran los dos primeros capitanes,

Enéas y el cretense Idomeneo,
en el valor á Marte parecidos.
Y Enéas fué el primero que su lanza
al Aquivo tiró; pero en el aire
viéndola éste venir, evitó el golpe;
y del Troyano la acerada pica
clavándose en la arena, inútilmente
saltó ligera de su fuerte mano.

Vibró despues la suya Idomeneo,
y de Enomao la clavó en el vientre;
y rompiendo la cóncava loriga,
en las entrañas penetró la punta;
y en el polvo caido, con la mano
asió la tierra al espirar el Teucro.
Sacó su larga pica del cadáver
diligente el Aquivo; mas no pudo
de los hombros quitarle la armadura,
porque de todas partes le tiraban
sus luengas jabalinas los Troyanos.

Y no siendo bastante poderosos
sus piés para correr con ligereza,
ó ya quisiese recobrar su lanza
si de nuevo otra vez la despedia,
ó ya esquivar la que sobre él viniese;
á pié firme y parado, se libraba
de la muerte. Salirse del combate
retrocediendo en rápida carrera
tampoco le era dado; y lentamente
comenzó á retirarse. Deífobo,
que irritado con él estaba mucho,
su lanza le tiró; y errado el golpe,
el penetrante hierro al infelice
hijo de Marte, Ascáfalo, en el hombro
hizo mortal herida. Cayó en tierra:
y moribundo, con la fuerte mano

apretaba la arena. El fiero Marte no supo entónces que en la lid terrible cayera muerto el hijo; porque estaba bajo doradas nubes asentado del Olimpo en la cumbre y detenido, como los otros Dioses inmortales, por mandato de Jove; que en la guerra les prohibia intervenir ahora.

Sangrienta lid se comenzó de nuevo en derredor de Ascálafo, y Deifobo el morrión le arrebató brillante; pero sobre él saltando Meriões, en el brazo le hirió. Cayó en la arena el ferreo morrión, y ronco ruido hizo al caer; y el bravo Meriões, cual ligero alcotan, saltó de nuevo sobre el Troyano, y la robusta lanza de su brazo sacó, y hácia los suyos retrocedió veloz. A Deifobo, cruzándole los brazos por el cuerpo, del bélico tumulto y la pelea sacó Polites, su uterino hermano, hasta donde tenía sus bridones; que léjos del combate detenidos, con el brillante carro y el auriga estaban. Y subido ya en el carro, y hácia los muros caminando triste, dolorosos suspiros de su pecho frecuentes despedia y se quejaba, y del herido brazo mucha sangre vertia sin cesar; pero entre tanto peleaban los otros escuadrones, con inmenso clamor y vocería.

Y acometiendo Enéas á Afareo, hijo de Caletor, que valeroso

hacia él venía en arrogantes pasos,
le hirió en el cuello con su aguda lanza.
Inclinóse del Griego la cabeza
al otro lado; y el enorme escudo,
que del cuello pendía, el movimiento
siguió de la cabeza. Y en el polvo
caído el héroe, en repetidos saltos
rodó por tierra el morrión vacío;
y la muerte, que el ánimo divide
de los miembros, en torno derramada
fué del Aquivo. Antiloco, observando
que Toon para huir vuelta la espalda
empezaba á correr, saltó ligero
sobre él. Y con su lanza la armadura
y el cuerpo le pasó, y en larga herida
la vena le cortó que se dilata
por todo el lomo y hasta el cuello subo.
Y cayendo de cara sobre el polvo
el campeón, en vano á sus amigos
ambas manos tendía. Acudió alegre
Antiloco, y las armas de los hombros
le desató, mirando precavido
ántes en derredor: y los Troyanos,
unos por una parte, otros por otra,
en torno le cercaron, y valientes
la anchurosa rodela, que ligero
él oponía por cualquiera lado
que intentaban herirle, con sus picas
sin cesar golpeaban. Pero nunca
adentro penetrar y del Aquivo
la tierna carne rasguñar pudieron;
que Neptuno de Néstor defendía
al hijo, y de los dardos le libraba.

Así, el héroe jamás del enemigo
se alejaba; y en medio de su filas

penetrando animoso, ni un instante ociosa estaba su terrible lanza; que blandiéndola siempre, á todos lados la volvia dudando si de léjos mejor era arrojarla, ó desde cerca acometer. En tanto que dudoso él meditaba lo que hacer debía, de Asio el hijo, Adamante, entre la turba le divisó. Y de cerca arremetiendo, en medio del escudo con su lanza le dió furioso golpe; mas Neptuno, rompiendo el asta, le negó la vida quitar al héroe, y se quedó clavada la mitad del astil en el escudo cual tizon aguzado por el fuego; y en el polvo, del resto separada, cayó la otra mitad. Volvió el Troyano la espalda para huir y de los suyos ocultarse en las filas, y la muerte evitar. Pero vióle Meriones retirarse; y lanzándole su pica, en el vientre le hirió, do peligrosas son las heridas que el agudo hierro suele hacer á los míseros mortales.

Clavada allí la pica, y en la arena Adamante caido, se agitaba en torno del astil, como se agita un toro si á la fuerza los pastores con retorcidas cuerdas le han atado en el monte, y al valle le conducen á su pesar. Así, viéndose herido, Adamante furioso se agitaba por algunos instantes, pero largo no fué su padecer; que Meriones, acercándose á él, la aguda lanza

de su cuerpo sacó, y oscura sombra cubrió sus ojos. Entretanto, Heleno á Deipiro en la sien terrible tajo tiró de cerca con la gran cuchilla que de bronce finísimo le hiciera artífice traciano y honda raja hizo en el morrión, que á la violencia del golpe sacudido cayó al suelo: y uno de los donceles, que inmediato estaba y á sus piés venir le viera rodando, le tomó, y á Deipiro cubrió los ojos tenebrosa noche.

Alto dolor, cuando le vió en la arena, por su muerte sintiendo Menelao, se adelantó con pasos presurosos contra el valiente capitan Heleno; y blandiendo su lanza, con la vista le amenazaba ya. Vióle el Troyano y la ballesta armó, y al mismo tiempo dispararon. El Griego deseaba con la pica matar á su enemigo, y Heleno con la flecha despedida del arco atravesar á Menelao: y tan bien la asestó, que sobre el pecho en medio de la cóncava loriga del Aquivo cayó, mas rechazada fué por el duro bronce. Como suelen por el estío en anchurosas eras, al soplo de los vientos sonorosos y del aventador al firme empuje, saltar del bieldo las negruzcas habas, ó los duros garbanzos; así entónces, del peto del valiente Menelao rechazada la flecha matadora, á lo léjos voló; pero el Atrida

al mismo tiempo con su aguda lanza
al valeroso capitán Heleno
hirió también la mano en que tenía
el ballestón enorme. A la otra parte
apareció la punta, y presurosa
se clavó la ballesta; y el Troyano,
para evitar la muerte, á sus escuadras
retrocedió veloz. La mano izquierda,
cosida con el arco, por el suelo
arrastrando tras sí la lengua pica
llevaba del Aquivo; y ya llegado
Deifobo al escuadrón de sus guerreros,
se la sacó Agenor; y con destreza
la mano en torno le vendó con honda
que su escudero le alargó, tejida
de las ovejas con flexible lana.

Vió Pisandro, y en veloz carrera
marchó contra el Aquivo, que orgulloso
de su triunfo gozaba. Hado siniestro
al infeliz llevaba á que muriese
por tu diestra vencido, oh Menelao,
en terrible combate. Cuando cerca
estuvieron los dos, sus largas picas
vibraron animosos; pero el golpe
errando el Griego, su robusta lanza
por el lado pasó del enemigo
sin herirle. Pisandro con la suya
al broquel acertó de Menelao,
pero no pudo atravesar el bronce
que le cubría; y resistiendo firme
el poderoso escudo, por el asta
la pica se rompió. Cuando el Troyano
la vió clavarse en medio del escudo,
mucho en el alma se alegró, y creía
la victoria alcanzar; pero el Aquivo,

sacando pronto la tajante espada,
acometió á Pisandro. Defendido
éste de su rodela, alzó del suelo
una hacha de dos filos reluciente
y muy cortante, y de silvestre olivo
en largo y terso astil asegurada,
y al mismo tiempo furibundo golpe
descargaron los dos. En la cimera
del almete, y al pié de la garzota,
acertó á dar el Teucro á Menelao;
y el Aquivo, por medio de la frente,
entre las cejas le clavó la punta
de la espada. Y los huesos rechinaron,
y ambos ojos cayeron en la arena
á sus piés, en la roja sangre tintos;
y en tierra derribado, en dolorosa
contorsion se agitaba. Menelao,
sobre su pecho la robusta planta
fijando, de los hombros la armadura
le quitó, y jactancioso le decia:

«Así, por fin, de los valientes Griegos
»las naves dejareis, oh violadores
»de la pública fe, por más ganosos
»que esteis de pelear. No está vengada
»todavía la afrenta, viles perros,
»que hicisteis á mi honor sin que temierais
»de Júpiter tonante, que los fueros
»de la hospitalidad defiende santos
»y arruinará vuestra ciudad un dia,
»la terrible venganza. Y no contentos
»con haberme robado, sin que nunca
»yo os hubiese ofendido, mis riquezas
»y hasta la dulce esposa que en su alcázar
»os recibió benigna, los navíos
»con fuego abrasador quereis ahora

»arder, y degollar á los Aqueos.
 »Mas, á pesar de la impotente rabia
 »de que estais agitados, muy en breve
 »tendreis que renunciar á la pelea.
 »;Oh padre Jove! reconocen todos
 »que á las otras Deidades y á los hombres
 »en prudencia y saber excedes mucho,
 »pero de tí estos daños han venido;
 »porque así favoreces á una gente
 »que en la injusticia se complace solo,
 »y no sabe vivir sino en la guerra
 »que todos aborrecen. A saciarse
 »llega el hombre de todo, hasta del sueño,
 »del dulce amor, del canto delicioso,
 »y de la alegre danza, y son placeres
 »gratos al hombre, aunque valiente sea,
 »más que las lides; y saciados nunca
 »a los Troyanos de batallas vemos.»

Así dijo: y las armas de los hombros
 de Pisandro arrancó, y á sus donceles
 las dió porque á sus naos las llevaran;
 y entrándose de nuevo en la pelea,
 al frente se mostró de su falange.
 El primero de todos los Troyanos
 que á pelear salió con el Aquivo,
 fué el jóven Harpalion, fuerte guerrero,
 hijo del Rey Pilémencs, que á Troya,
 queriendo hallarse en tan famosa guerra,
 viniera con su padre, y á su patria
 no debía volver. El infelice
 acometió al Atrida, y del escudo
 en el centro le dió fuerte lanzada;
 mas, no pudiendo atravesar el bronce,
 á su escuadron para evitar la muerte
 retrocedió, mirando precavido

en derredor si con aguda pica
á herirle se acercaba algun Aqueo.
Disparóle una flecha Meriões,
viéndole huir; y la acerada punta,
por el muslo derecho atravesando,
vino á salir en la raíz del vientre.
Harpalion, en la arena de rodillas
caido habiendo y suspirando triste,
en manos de sus fieles compañeros
espiró; y extendido sobre el polvo
cual gusano quedó, purpúrea sangre
de la herida vertiendo que la arena
humedeció. Los fuertes Paflagones
en torno le cercaban, y en su carro
colocando el cadáver, afligidos
á Troya le llevaron; mas el padre
no le seguia, lágrimas vertiendo,
y ni del hijo la temprana muerte
pudo vengar; porque tambien muriera.

Viendo al jóven caer, ira terrible
se apoderó de Páris, porque huésped
entre los numerosos Paflagones
era suyo; y de cólera inflamado,
lanzó para vengarle una saeta.
Hubo entre los Aqueos un caudillo
hijo de Poliido el agorero,
y Euquenor se llamaba, y poderoso
era mucho en riqueza, y de Corinto
habitador. Y aunque á saber llegara
el destino fatal que preparado
las Parcas le tenian, en las naves
se embarcó de la Grecia. Cuando jóven
él era aún, su padre muchas veces
le dijo que en su casa moriria
de enfermedad penosa, ó de los Griegos

al pié de los bajeles por la flecha
de algun Troyano herido; mas el triste,
deseando evitar que le llamaran
cobarde los Aquivos, y en su lecho
para no padecer graves dolores
en larga enfermedad, á Troya vino.
Y ahora Páris le clavó su flecha
por bajo del oido y la quijada;
y el alma pronto abandonando el cuerpo.
horrenda oscuridad cercó sus ojos.

Así, cual fuego ardiente peleaban
animosos los Griegos y Troyanos
sin que Héctor conociese todavía,
ni á sus oidos el rumor llegara,
que á la izquierda del campo sus legiones
eran por los Aqueos destruidas.
Y si él á socorrerlas no acudiera,
prontamente los Griegos la victoria
hubieran alcanzado: tanto brio
les infundió Neptuno, y tan valiente
él mismo en su defensa combatia.
Mas Héctor entretanto, por la parte
en que asaltado el muro y derribada
la puerta las falanges de los Griegos
el primero rompiera, sostenia
la lid aún. Alli de los Ayaces
y de Protesilao los bajeles,
del espumoso mar en la ribera,
habian sido puestos, y muy bajo
era el muro que en torno los cercaba,
porque muy esforzados los guerreros
y poderosos eran los caballos
que acampaban alli. Los de Beocia,
los Yaones de larga vestidura,
los Locros, y los Phtios, y los fuertes

Epeos, las escuadras componian
que á esta parte del muro peleaban.
Y aunque valientes, consiguieron solo
impedir que llegara hasta las naves
Héctor, que furibundo acometia
semejante á la llama abrasadora,
y léjos de su escuadra rechazarle
no pudieron. Allí en primera fila
estaban los ardidos Atenienses
por su animoso Príncipe guiados,
el claro Menesteo, á quien seguian
Fidas, Estiquio y el feroz Biante.
Mandaban la legion de los Epeos
Méges, Anfion y el valeroso Draquio,
y de todos los Phtios eran jefes
Medonte y el magnánimo Podárces.
Hijo bastardo del valiente Oileo
era Medonte, y como tal hermano
de Ajax; y léjos del país nativo,
en Filace habitaba, porque muerte
á un hombre dió que de la linda jóven
Eriopis era hermano, su madrastra.
El valiente Podárces por Ificlo
fuera engendrado, el hijo de Filáces.
Y al frente de los Phtios valerosos
ambos en la defensa de las naos,
junto con los Beocios, combatian;
y Ajax de Oileo ni un instante solo
de Telamon al hijo abandonaba.

Cual dos negros novillos del arado
unidos tiran en noval profundo
la torva frente de sudor bañada,
y solo el terso yugo los divide,
y miéntras por los surcos lentamente
ellos caminan, la aguzada reja

el duro suelo rompe; tan cercanos
estaban los Ayaces. Numerosa
escuadra de aguerridos combatientes
de Telamon al hijo acompañaba;
y alternando por veces, el enorme
escudo le tomaban si, cansado
de combatir el héroe, la fatiga
y el sudor al descanso le obligaban.
Mas al hijo magnánimo de Oileo
no seguían sus Locros, porque nunca
grato les era combatir parados;
y ni yelmos tenían rehornidos
de luciente metal y con las crines
empenachados de alazan brioso,
ni escudos circulares, ni de fresno
gruesas y largas picas. Y á su jefe
á Troya acompañaran confiados
en sus ballestas, y hondas retorcidas
que con lana de ovejas fabricaban;
y en las lides con ellas á los Teucros
muchas y enormes piedras arrojando,
sus espesas falanges destruían.
Aquellos, pues, de frente y defendidos
de fuertes armaduras, peleaban
con Héctor sin cesar y con su gente;
y por detrás y ocultos, desde léjos
los Locros con sus flechas voladoras
los herían; y pronto los Troyanos
suspendieron la lid, porque las flechas
en confuso desórden los ponían.
Y entónces de las tiendas y las naves
vuelto hubieran á Troya derrotados
si acercándose á Héctor no le hubiese
hablado así el augur Polidamante.

«¡Héctor! ¿será posible que algun día

»escuches de los otros el consejo?
»¿Acaso porque Dios te ha concedido
»sobresalir en hechos militares,
»quieres también aventajar á todos
»en prudencia? No es fácil que reúnas
»todas las prendas tú. Concede el cielo
»á uno pujanza en la marcial pelea,
»y á otro pericia en las alegres danzas;
»á este destreza en el tañer la lira
»y en el cantar, y á aquel prudencia sumá,
»á muchos provechosa, y las ciudades
»salva con ella, y su valor conoce
»sólo aquel que la tiene. Así yo ahora
»te diré lo que entiendo y me parece
»más acertado. El fuego de la guerra
»arde en torno de tí por todas partes,
»y de los valerosos campeones
»de Troya que pasaron la muralla,
»los unos con sus armas se retiran,
»y los otros sostienen el combate
»en desigual batalla, porque pocos
»son contra muchos Griegos, y esparcidos
»están y separados en las naves.
»Así, tú retrocede y á este puesto
»convoca los más fuertes adalides,
»y aquí deliberemos si conviene
»acometer á las aquivas naos,
»para ver si propicio la victoria
»Júpiter nos concede, ó si volvernós
»debiéramos á Troya, ántes que daño
»se reciba mayor. Recelo mucho
»que hoy nos paguen la deuda los Aquivos;
»que ocioso está en las naves un guerrero
»incansable en la lid, y yo presagio
»que ya por largo tiempo de la guerra

»no estará retirado.» Así decia Polidamente; y el consejo suyo á Héctor fué grato, y en templadas voces con él hablando, cariñoso dijo:

«¡Polidamante! aquí deten ahora
»tú á los más valerosos capitanes;
»yo al ala izquierda voy, y en la pelea
»allí tomaré parte; y cuando hubiere
»puesto en orden las haces, presuroso
»tornaré aquí otra vez.» Así decia Héctor; y erguido cual nevado monte, y horribles voces dando, por las filas volaba de los Teucros y auxiliares. Y todos los más fuertes adalides al escuchar su voz se reunieron en torno del augur Polidamante, hijo de Pantoó, que en las batallas tambien sabía pelear valiente.

Héctor iba buscando á Deífobo, al esforzado capitan Heleno, á Adamante, y al hijo del valiente Hirtacio, y las hileras recorria del primer escuadron por si encontrarlos podia; pero ya ninguno de ellos vivo estaba, ó ileso. Ya los unos al pié de los bajeles, por la mano de los Griegos vencidos y del alma despojados, yacían; y los otros heridos, quién de léjos quién de cerca, y á los muros de Troya retirados, la lid abandonaran. Mas habiendo á Páris encontrado, que á los suyos animaba á que firmes peleasen, así le dijo en injuriosas voces:

«¡Funesto Páris, por la gran belleza

»célebre solo y á mujeres dado!
 »¡pérfido! ¡seductor! ¡qué es lo que hiciste
 »de tu hermano Deifobo, qué de Heleno,
 »qué de Adamante, qué del animoso
 »hijo de Hirtacio, qué de Otríoneo?
 »Hoy es el día en que la excelsa Troya
 »arruinada será, y á tí segura
 »también te espera dolorosa muerte.»

Y Páris respondió: «Ya que tú quieras
 »sin motivo culparme, acaso pude
 »otras veces mostrar en las batallas
 »ardimiento menor, aunque del todo
 »cobarde no nací. Mas este día,
 »desde que tú en las naos la pelea
 »á la frente empezaste de los Teucros,
 »nosotros combatiendo á los Aquivos
 »aquí estamos. Los fuertes adalides
 »por quien preguntas perecieron todos,
 »y Deifobo y Heleno solamente
 »se han retirado, aunque de lanza heridos
 »en la mano los dos; que de la muerte
 »los ha librado el hijo de Saturno.
 »Pero guíanos tú donde te inspire
 »tu ardido corazón; que adonde vayas
 »nosotros seguiremos presurosos,
 »y el heróico valor que nos anima
 »tú verás en la lid mientras las fuerzas
 »nos asistan. Y nadie está obligado
 »á hacer, aunque animoso lo procure,
 »más de lo que sus fuerzas le permiten.»

Y con estas palabras, de su hermano
 la cólera aplacó, y ambos unidos
 al paraje marcharon en que habia
 mayor peligro y de la guerra el fuego
 con más furor ardia; donde estaban

Cebríon, el augur Polidamante,
Fálces, Orteo, el claro Polifétes,
Pálmis, Ascanio y Mórís, hijos ambos
de Hipotíon. Vinieran estos héroes
de la fértil Ascania aquellos días
el vacío á llenar de los guerreros
que habian perecido en las batallas,
y Júpiter entónces al combate
los enviara él mismo. Cual descende
de rápido huracan el torbellino,
que del trueno de Jove acompañado
sobre tendida playa impetuoso
se precipita y con inmenso ruido
el piélago conmueve, y se levantan
del resonante mar las crespas olas
cual montañas de espuma, y alternand
con igual movimiento, se suceden
las unas á las otras; así entónces
en numerosa escuadra los Troyanos,
uno en pos de otro y apiñados, iban
detrás de sus caudillos. A su frente
Héctor, hijo de Príamo, marchaba,
al furibundo Marte parecido;
y delante del pecho la rodela
de durísimas pieles fabricada
y con espesa lámina de bronce
refornida llevaba, y de las sienes
en derredor el relumbrante yelmo
retemblaba. Y queriendo la falange
de los Griegos romper, acometia
por una y otra parte, defendido
con el escudo enorme, y esperaba
que en fuga se pondrian. Mas no pudo
el ánimo turbar de los Aquivos;
que Ajax de Telamon á grandes pasos

á encontrarle salió, y así el primero
le provocaba á singular pelea:

«Ven más cerca de mí. ¿Por qué á los Griegos
quieres intimidar con amenazas?
»No somos en la guerra tan noveles;
»de Júpiter tonante el duro azote
»es el que nos aflige. Si tú esperas
»las naves incendiar, también nosotros
»manos tenemos poderosas muchas
»que tu furor contengan, y primero
»por nosotros tomada y destruida
»vuestra ciudad será tan populosa.
»Y cercano tú mismo, te lo anuncio,
»ya tienes el momento en que, obligado
»á la fuga, á los otros inmortales
»y al padre Jove rogarás humilde
»que tus caballos al ondo viento
»suelta la hermosa crin corran veloces
»más que vuelan ligeros los milanos,
»y que á Troya te lleven, densa nube
»de polvo levantando en la llanura.»

Al decir estas últimas palabras,
por encima pasó de su cabeza
hácia el lado derecho, vagarosa,
el águila que vuela en las alturas,
y de los Dánaos exclamó la hueste
con la fausta señal cobrando aliento;
pero sin perturbarse, al desafío
así del Griego respondió el Troyano:

«¡Lenguaraz fanfarron! ¿qué pronunciaste?
»Ojalá que yo fuera hijo de Jove
»y eterno, y que mi madre hubiera sido
»la augusta Juno, y venerado fuese
»cual Apolo y Minerva, como es cierto
»que este día fatal á los Aquivos

»ha de ser, y tú mismo entre sus filas
»quedarás muerto si á esperar te atreves
»el bote de mi lanza; que su punta
»de tu cuerpo la carne delicada
»hará menudos trozos, y en las naves
»de los Dánaos tendido, de alimento
»á los perros carnívoros de Troya
»servirás y á las aves de rapiña.»

Dijo, y marchó adelante, y le siguieron
con inmenso clamor los escuadrones,
repitiendo las últimas hileras
la confusa algazara y vocería.

Y tambien por su parte los Aquivos
grande clamor alzaron, ni cobardes
de su antiguo valor ya se olvidaban;
que firmes esperaron en su puesto
de los más afamados campeones
troyanos al embate poderoso;
y el eco de las voces resonante
de ambas escuadras penetró hasta el éter
y la mansion de Jove luminosa.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Oyó Néstor el bélico tumulto,
aunque en dulces coloquios y bebiendo
con Macáon estaba; y agitado,
así le dijo en dolorosas voces:

«¿Qué suerte, oh Macáon, á los Aquivos
»reserva el Hado? Por momentos crece
»el gritar de los jóvenes briosos
»que las naves defienden. Tú en la tienda
»sigue bebiendo el delicioso vino
»mientras el agua tibia para el baño
»Hecamede prepara, y de la sangre,
»y el polvo, y el sudor tu cuerpo limpia;
»y en tanto yo, subido en alta loma,
»prontó veré lo que sucede.» Dijo,
y tomando el escudo poderoso
de su hijo Trasimédes, que en la tienda
le dejó por llevar el de su padre,
y un astil empuñando guarnecido
de agudo hierro, en presurosos pasos
salió del pabellon. Y cuando estuvo
ya fuera de él, en inquietud la vista
tendiendo por las tiendas y las naves.

se paró. Y pronto en vergonzosa fuga
vió venir á los suyos acosados
de los feroces Teucros, y por tierra
vió tambien de los Griegos la muralla.

Como la faz del piélagos espumoso,
lentamente arrugándose, comienza
ya con sorda mareta á conmovearse,
y renegrea si del alto cielo
siente venir en rápidos caminos
los resonantes vientos, y sus olas
indecisas están sin resolverse
ni á este lado ni aquel, hasta que baja
enviado por Júpiter el viento
que ha de reinar entónces; el anciano
de esta suerte indeciso vacilaba
entre dos pensamientos: ni sabia
si marchar al lugar en que los Griegos
estaban peleando, ó á la tienda
de Agamenon, sería provechoso.
Al fin le pareció más acertado
al Atrida buscar. Marchó; y siguiendo
entre tanto el combate, se mataban
los unos á los otros; y á los golpes
de las picas y espadas cortadoras
con que se herian, el arnés sonoro
en torno de sus pechos resonaba.

Y no léjos de allí se le juntaron
los Reyes que salieran del combate
heridos ántes,—de Tideo el hijo,
Agamenon, y Ulises, que subian
de la costa del mar desde sus naves.—
Estas léjos del campo de batalla
sacadas fueran á la corva orilla
del espumoso mar: las que primero
aportaron las últimas de todas

en la llanura estaban, y delante
 de sus popas el muro fué labrado.
 Porque, áun siendo tan vasta la ribera,
 todas las naves contener no pudo
 en una hilera sola sin que estrecho
 fuese el terreno en que acampar debía
 la numerosa hueste. En escalones
 las colocaron, pues, unas tras otras,
 y la costa llenaron dilatada
 que cierran elevados promontorios.—
 Iban tambien los Reyes el combate
 á ver y la pelea clamorosa,
 unidos y en sus lanzas apoyados,
 y dentro el pecho el corazon tenian
 hondamente afligido. Cuando triste
 se les juntó el anciano, su venida
 nuevo terror les infundió; y al verle,
 así, azorado, Agamenon le dijo:

«¡Oh Néstor, grande honor de los Aqueos!
 »¿Por qué hácia este lugar vienes ahora,
 »la guerra abandonando y los combates?
 »Mucho temo no acaso la amenaza
 »Héctor me cumpla que arrogante hacia,
 »delante de sus Teucros arengando,
 »de no volver á Troya hasta que hubiese
 »puesto fuego voraz á los navios
 »y degollado á todos los Aqueos.
 »Así aquel arengaba, y ya se cumple
 »su amenaza. ¡Ay de mí! Sin duda todos
 »los Aquivos la cólera en el pecho
 »pusieron en mi daño como Aquifles,
 »y á defender se niegan los bajeles.»

Néstor le respondió: «Ya su amenaza
 »en parte se ha cumplido; y no podria
 »el mismo Jove, que en los aires truena,

»lo hecho ya deshacer. La gran muralla
 »que esperábamos fuese de las naves
 »antemural, y de nosotros mismos,
 »ha sido destruida, y los Troyanos
 »en los navíos con rabiosa furia
 »pelean sin cesar. Y no podrias,
 »por más que conocerlo procurases,
 »distinguir de qué lado los Aquivos
 »huyendo se retiran: tan de cerca
 »hieren y son heridos, y hasta el cielo
 »llega el clamor horrisono. Veamos
 »nosotros ya si en esta desventura
 »queda alguna esperanza, y de qué modo
 »un prudente consejo de la ruina
 »nos salvará. Volver á la pelea
 »yo no os propongo, porque no es posible
 »que animoso batalle el que está herido.»

Respondió triste Agamenon: «Oh Néstor!
 »pues al pié de las popas de las naves
 »ya los Teucros pelean, y ni el muro
 »nos defendió, ni el excavado foso
 »que con mucho trabajo los Aquivos
 »hicieron, esperando que sería
 »de los bajeles y guerreros todos
 »inexpugnable antemural; sin duda
 »ha decretado el poderoso Jove
 »que sin honor, y léjos de su patria,
 »aquí mueran los Dánaos. Hubo tiempo
 »en que el Saturnio Jove á los Aquivos
 »ayudaba en la guerra; mas ahora
 »á los pérfidos Teucros favorece
 »y los colma de honor como si fueran
 »Deidades del Olimpo, y á nosotros
 »las manos y el valor ha encadenado.
 »Haced, pues, todos lo que yo dijere.

»Arrastremos del mar á la ribera,
 »y botemos al agua, los navíos
 »que de la orilla están los más cercanos;
 »y sujetos con áncoras, el puerto
 »llenen hasta que venga de la noche
 »la tiniebla; y si acaso el enemigo
 »entonces del combate se retira,
 »despues al ancho mar las otras naves
 »todas arrastraremos. Vergonzoso
 »no es evitar, aunque de noche sea,
 »el último exterminio; y en las lides
 »más prudente es salvarse con la fuga
 »que dar las manos á servil cadena.»

Con torva faz habiéndole mirado,
 el sabio Ulises respondió al Atrida:

«¿Qué palabra ha salido de tu boca,
 »oh hijo de Atreo? ¡Miserable! Jefe
 »de otro ejército ser tú deberías
 »de cobardes compuesto, y en nosotros
 »no mandar á quien Jove ha concedido
 »desde la juventud sangrientas lides
 »sostener con valor, hasta que venga
 »la rugosa vejez, y de la vida
 »el término se acerque. ¿Y has tenido
 »valor de proponer que abandonemos
 »de la opulenta Troya la conquista,
 »despues que en ella habemos tolerado
 »tantos afanes? Calla, no te escuche
 »alguno de los Griegos esas voces
 »que ni asomar al labio debería
 »un hombre que en el ánimo supiese
 »como prudente hablar, y que en su mano
 »cetro llevara, y comandante fuera
 »de ejército tan fuerte y numeroso
 »como el de los Aquivos que obedece

»hoy á tu voz. Por eso yo combato
»el funesto dictámen que propones.
»¿Quieres tú que trabada la pelea,
»y miéntas dura el bélico tumulto,
»saquemos á la mar nuestros navíos,
»para que así consigan los Troyanos
»más fácilmente el triunfo, cuando ahora,
»que les hacemos frente, en la batalla
»la mejor parte llevan? ¿No conoces
»que si ven á la mar estos bajeles
»arrastrar los Aquivos, el combate
»no querrán sostener, y á todos lados
»los ojos volverán, y temerosos
»huirán de la lid, y su derrota
»completará el consejo que tú mismo,
»siendo Jefe de todos, nos has dado?»

Y Agamenon le respondió confuso:
«No poco, Ulises, de dolor llenaste
»con reprension tan dura y tan amarga
»mi ánimo; pero yo no he pretendido
»que mal su grado saquen los Aqueos
»sus naves á la mar. Y ojalá hubiese
»quien consejo más sano propusiera
»que el mio. Y fuera mozo, ó fuera anciano;
»que mucho al alma grato me sería.»

Y dijo el belicoso Diómédes:
«Cerca está ese varon; y largo tiempo
»no habremos de buscarle si quisiereis
»mi dictámen seguir, y por envidia
»no despreciareis lo que yo proponga
»porque soy de vosotros el más jóven.
»Pero de ser tambien yo me glorio
»de esclarecida alcurnia; que mi padre
»fué Tideo el valiente, á quien de Tébas
»la tierra cubre ya. Tuvo Porteo

»tres hijos valerosos que habitaron
 »en la alta Calidon, del anchuroso
 »y fértil valle de Pleuron cabeza,
 »y Agrio, Mélas y Eneo se llamaron.
 »Éste, que á sus hermanos excedia
 »en valor, fué mi abuelo, y habitaba
 »en Calidon; pero mi padre tuvo
 »en Árgos su morada, habiendo errante
 »vivido algunos años porque Jove
 »y las otras Deidades lo quisieron.
 »Y desposado allí del Rey Adrasto
 »con una de las hijas, habitaba
 »opulento palacio; y extendidas
 »tierras tenia de labor, y muchos
 »plantíos de frutales, y rebaños
 »de ovejas numerosos; y en destreza
 »para blandir la pica aventajaba
 »á todos los Aquivos. Lo refiero
 »porque no acaso de linaje oscuro
 »creyéndome y nacido de cobardes,
 »desprecieis mi consejo aunque acertado
 »y saludable sea. Yo propongo
 »que los tres al lugar de la pelea
 »marchemos aunque heridos, obligados
 »por la necesidad. Y en la batalla
 »sin entrar y alejados de los tiros,
 »porque tal vez alguno de nosotros
 »sobre la herida antigua otra más grave
 »no reciba, á la lid animaremos
 »á los que fatigados de la liza
 »se retiraron ántes, y en sus tiendas
 »ociosos el combate han suspendido.»

Así habló Diomédes, y en silencio
 los Reyes le escuchaban; y aprobando
 su parecer, á la batalla todos

unidos caminaron, y á su frente
el adalid de las escuadras iba.

Y no en vano sus pasos observaba
el potente Neptuno; que con ellos,
de un anciano tomando la figura,
se reunió. Y asiendo por la diestra
á Agamenon, le dijo cariñoso:

«¡Atrida! el corazon desapiadado
»de Aquiles mucho gozará en su pecho,
»la fuga y destruccion de los Aquivos
»al contemplar; que la razon le ofusca
»vengativo rencor. ¡Ah! pereciera,
»y el cielo de ignominia le cubriese!
»Contigo no del todo las Deidades
»irritadas están; y no es ya léjos
»el dia en que los Principes y Jefes
»de los Troyanos en la gran llanura
»levantarán de polvo densa nube,
»y en general derrota, y fugitivos,
»volver tú los verás á su muralla
»de las naves y tiendas.» El potente
Neptuno así decia; y por el campo
corriendo, en alarido resonante
tanto gritaba cual gritar pudieran
nueve ó diez mil guerreros que la liza
á empezar fuesen. Tan horrendas voces
arrojaba del pecho el poderoso
Dios que la tierra con sus aguas ciñe
y de continuo agita, y á los Griegos
dentro del corazon pujanza y brío
infundió porque firmes peleasen.

Juno, del áureo trono levantada,
desde las altas cumbres del Olimpo
registró con sus ojos la llanura,
y pronto conoció que diligente

y afanoso corria por las filas
su cuñado y hermano, y en el alma
sintió grande placer. Tambien á Jove
vió sentado en la cima prominente
del Ida; y aunque mucho aborrecible
á su ánimo se hiciera, meditaba
cómo engañarle. Examinó cuidosa
los varios artificios que podria
contra Jove emplear, y el más seguro
la pareció de todos su belleza
realzar con adornos y del Ida
á la cumbre bajar, por si, inflamado
Jove en amor cuando venir la viese
tan apuesta y gallarda, en breve instante
en su regazo descansar queria.
Y si grato le fuese, meditaba
el sueño más profundo y delicioso
derramar en sus párpados, y en largo
sopor el alma adormecer del Númen.
Marchó, pues, á la cámara que el diestro
Vulcano fabricara, en los quiciales
dobladas puertas afirmando, y llave
de secreto añadiera, y ningun otro
usar de ella sabía entre los Dioses.
Y habiendo entrado, las doradas puertas
cerró por dentro, y del hermoso cútis
limpió todo el sudor con ambrosia.
Ungióse luégo con suave aceite,
celestial, perfumado, y tan fragante,
que con solo moverle en los eternos
alcázares de Jove, su fragancia
se difundió en el cielo y en la tierra.
Y habiendo unguido el sonrosado cútis
y peinado el cabello, por su mano
se hizo las rubias divinales trenzas

que hermosas y fulgentes coronaban la cabeza inmortal. Y con el manto que Minerva la hiciera y de labores vistosas adornara, su divino cuerpo cubrió y al pecho sujetóle con áureo broche. El ceñidor vistoso, de oro con cien borlones guarnecido, tomó despues; y en las orejas puso pendientes de tres gajos en que perlas relucientes estaban engastadas en graciosas labores. El prendido colocó al fin en la cabeza, hermoso, nuevo, y de una blancura tan brillante que con el sol luciente competia, y á los piés ajustó ricos chapines. Cuando hubo ya su cuerpo ataviado con todos los adornos, de su estancia volvió á salir; y habiendo á Citerea llamado aparte de los otros Dioses, así dijo en acento cariñoso:

«¡Hija mia! ¿quisieras una gracia
 »tú concederme que pedirte quiero?
 »¿ó me la negarás porque á los Dánaos
 »favorezco yo siempre en las batallas,
 »y á los Troyanos tú? Respondió Vénus:

«Augusta Juno, venerable Diosa,
 »hija del gran Saturno! Tu deseo
 »franca me anuncia: el corazon me inspira
 »hacer lo que pidieres, si alcanzare
 »á tanto mi poder.» Con solapada
 y dolosa intencion respondió Juno:

«Dame de amor el poderoso encanto,
 »y los dulces deseos con que á todos,
 »hombres y Dioses, á tu imperio rindes.
 »Al último confin de la alma tierra,

»al padre de los Dioses Oceano
 »y á Tézis su consorte voy ahora
 »á visitar; que en paternal cariño
 »de los brazos de Rea me cogieron,
 »y dentro del alcázar me criaron,
 »cuando á Saturno Júpiter tonante
 »más abajo del mar y de la tierra
 »precipitó; y á verlos me encamino
 »y á ponerlos en paz. Hace ya tiempo
 »que en funesta rencilla, abandonadas
 »sus almas á la cólera, renuncian
 »al tálamo nupcial; y si lograra
 »con halagüeñas voces inclinarlos
 »á olvidar sus querellas, para siempre
 »cara yo les sería y respetable.»

Respondió á Juno la risueña Vénus:
 «Justo ni decoroso no sería
 »esta gracia negar á la que hermana
 »siendo y esposa del potente Jove,
 »duerme en sus brazos.» Dijo; y de su pecho
 el cinto con respuntes adornado
 en variada labor, donde incluidos
 los encantos de amor todos tenía,
 se quitó. Allí el amor, allí el deseo,
 allí de los amantes los coloquios,
 y allí la fácil persuasion estaba
 que á los más cuerdos la prudencia roba.
 Y al ponérsele Vénus en las manos,
 estas palabras misteriosas dijo:

«Toma este hermoso ceñidor, y oculto
 »en tu seno le lleva: en él habitan
 »los artificios todos. Yo te anuncio
 »que cualquiera que fuere tu proyecto
 »no vendrás sin lograr lo que deseas.»

Así Vénus decia. Sonrióse

la hermosa Juno, del Olimpo Reina;
 y sonriendo, el cinturón vistoso
 dentro ocultó del seno. En tanto, Vénus
 en su cámara entró; y en rauda vuelo
 á tierra desde lo alto del Olimpo
 Juno bajó. Y pasando la Pieria,
 y la fértil Ematía, y de los Tracios
 los elevados montes que de nieve
 están cubiertos, por las altas cumbres
 presurosa corria, y á la tierra
 no tocaban sus piés. Y desde el Atos
 saltado habiendo al piélago espumoso,
 á la gran capital llegó de Lémnos,
 fundada por el célebre Toante.

Y á la mansion del Sueño ya llegadá,
 hermano de la Muerte, por la diestra
 blandamente le asió, y así le dijo:

«¡Oh Sueño! ¡Oh Rey de las Deidades todas
 »y de todos los hombres! Si otras veces
 »dócil fuiste á mi voz, también escucha
 »mi ruego ahora, y para siempre grata
 »quedaré á tu favor. Del padre Jove
 »aduerme tú los vigilantes ojos,
 »y sus párpados cierra, así que vieres
 »que ceñido le tengo con mis brazos.
 »Y en pago te daré fúlgido trono,
 »eterno y fabricado de oro puro,
 »que Vulcano te hará con primoroso
 »artificio, y en grada sostenido
 »en que afirmes tu planta delicada
 »cuando asistas á espléndido convite.»

Y el dulce Sueño respondió afligido:
 «¡Augusta Juno, venerable Diosa,
 »hija del gran Saturno! Fácilmente
 »á cualquier otro Dios, áun cuando fuera

»el que preside á la corriente undosa
 »del Océano y de los otros Dioses
 »es el padre comun, yo adormeciera;
 »pero al Saturnio Jove, ni acercarme
 »osaré yo, ni adormecer sus ojos,
 »si él mismo no lo manda. Ya otro tiempo
 »me enseñó á ser más cuerdo tu mandato;
 »aquel dia que el hijo valeroso
 »de Júpiter el mar atravesaba
 »con sus bajeles, saqueada Troya.
 »Yo entónces, dulcemente derramado
 »en derredor de Jove, en delicioso
 »sopor el alma enajené del Númen;
 »y á Hércules entre tanto preparabas
 »estragos tú, de los furiosos vientos
 »el soplo destructor sobre los mares
 »lanzando, y del camino y de su escuadra
 »alejado, su nave dirigiste
 »á la opulenta Cos. Despertó Jove:
 »é indignado á los Dioses del Olimpo
 »áspero reprendia y me buscaba
 »por todas partes. Y del alto cielo
 »arrojado me hubiera, si la Noche,
 »que á las Deidades y á los hombres rínde,
 »no me hubiera salvado. Y aunque estaba
 »enfurecido el iracundo Jove,
 »su cólera calmó porque temia
 »á la Noche ofender; pero tú ahora
 »nuevo atentado cometer me mandas.»

Juno le respondió: «¿Por qué en tu pecho
 »de aquel peligro la memoria triste
 »y el temor se renuevan? ¿Imaginas
 »acaso tú que Júpiter tonante
 »hoy á los Teucros tanto favorece
 »como entónces al hijo, y que enojado

»tanto sería ahora? Tú me sigue;
»y te daré de las hermosas Gracias
»la más jóven, la linda Pasitea,
»de quien siempre estuviste enamorado,
»para que por esposa la recibas
»y en legitima union con ella habites.»

Dijo; y el Sueño se alegró, y gozoso así la respondió: «Jura tú ahora
»por el agua sagrada de la Estigia,
»con una mano sobre la alma tierra
»puesta y del mar tocando la llanura
»con la otra, porque todas las Deidades
»subterráneas, que moran de Saturno
»en derredor, del juramento sean
»testigos, que al favor agradecida
»tú me darás de las hermosas Gracias
»la más jóven, la linda Pasitea,
»de quien yo siempre enamorado estuve.»

Dijo; y la Diosa, obedeciendo fácil, juró cual deseaba, y por su nombre todos los Dioses invocó que habitan más abajo del Tártaro y se llaman Titanes. Cuando ya su juramento la Diosa hiciera del solemne rito, en marcha se pusieron; y dejada la capital de Lémnos espaciosa, sin detenerse en Ímbros y cubiertos de oscura nube, en pasos presurosos caminaban. Llegados, en la sierra de los montes Ideos, al paraje *Lecto* llamado, de la mar salieron y por la tierra firme caminaban, y bajo de sus piés las altas selvas temblaban conmovidas. Allí el Sueño, ántes que con sus ojos el Saturnio

verle pudiera, se paró; y subido
 en un frondoso abeto, que de todos
 los árboles que entónces en las selvas
 hubo del Ida el más agigantado
 se criara, y sus ramas hasta el éter
 el aire atravesando se extendían,
 oculto entre sus hojas, la figura
 tomó del triste pájaro que mora
 en los montes, y *Cálcis* las Deidades
 suelen llamar y *Buho* los humanos.

En tanto Juno con ligera planta
 al Gárgaro subió, la más excelsa
 cumbre del Ida; y el Saturnio Jove
 la vió venir. Y apénas á lo léjos
 la divisó, el Amor de niebla oscura
 su mente rodeó, como aquel dia
 en que el uno del otro enamorados
 el placer conyugal la vez primera
 gustaron en el lecho, sin que nada
 de su ardiente pasion ántes supieran
 sus padres. Y llegada ya la Diosa,
 así Jove la habló: «¿Por dónde, Juno,
 »tan pronto aquí has llegado? Yo no veo
 »que cerca estén el carro y los bridones
 »que te hayan conducido, y en que puedas
 »al Olimpo volver.» Dolosa, Juno
 así le respondió, falsa riendo:

«Al último confin de la alma tierra,
 »al padre de los Dioses Oceano
 »y á Tézis su consorte voy ahora
 »á visitar; que en su dorado alcázar
 »de mi infancia cuidaron cariñosos,
 »y á verlos voy, y su fatal querella
 »terminará mi voz. Hace ya tiempo
 »que en funesta rencilla, abandonadas

»sus almas á la cólera, renuncian .
 »al tálamo nupcial. Deje mi carro
 »en las faldas del Ida y mis bridones,
 »que por tierra y por mar á todas partes
 »me llevarán, y del Olimpo vine
 »á decírtelo ahora; que pudieras
 »tú conmigo enojarte, si en secreto
 »al alcázar yo fuese de Oceano.»

Jove la respondió: «Cualquiera dia
 »á verlos podrás ir: los dos ahora
 — »al imperio de amor cedamos. Nunca
 »mi corazon en amorosa llama
 »ni Diosa, ni mujer, así ha inflamado.
 »Ni cuando de Ixion amé á la esposa
 »y de ella tuve á Piritoo, á los Dioses
 »en la sabiduría comparable;
 »ni cuando á Dánae, la gentil manceba
 »hija de Acrisio, que me dió á Perseo,
 »el más ilustre de los hombres todos;
 »ni cuando de la jóven de Fenicia,
 »la bella Europa, enamorado estuve,
 »y en doble fruto del amor, á Minos
 »me dió y á Radamanto, que á los Dioses
 »en justicia igualaba; ni de Baco,
 »delicia de los hombres, á la madre
 »Sémele cuando amaba; ni doloso
 »cuando á Alcmena engañé, la que por hijo
 »me dió al valiente Alcides; ni de Céres,
 »la Diosa de la rubia cabellera,
 »cuando el amante fui; ni de Latona
 »siendo favorecido, ó de tí misma;
 »tanto yo ardia en amoroso fuego,
 »como hoy al contemplar esa hermosura.»

Y Juno replicó: «¡Temido Jove!
 »¿qué palabra dijiste? Si deseas

»gozar de las delicias de himeneo
 »en la cumbre del Ida, donde todo
 »cuanto pasa se ve, ¿cómo sería
 »si alguno de los Dioses inmortales
 »en el lecho nos viese, y á las otras
 »Deidades lo dijera? Yo al Olimpo,
 »del lecho levantada, no osaría
 »ya volver; porque fuera vergonzoso.
 »Pero si folgar quieres, y te es grato,
 »tálamo nupcial hay, el que nos hizo
 »tu hijo Vulcano, y con dobladas puertas
 »aseguró la entrada. Allá marchemos,
 »ya que conmigo descansar te place.»

Júpiter replicó: «No temas, Juno,
 »que nos vea ninguno de los Dioses,
 »ni los mortales: de dorada nube
 »yo te circundaré; tal que por ella
 »ni el mismo Sol, cuyos sutiles rayos
 »fácilmente penetran, nos vería.»

Así Júpiter dijo: y en sus brazos
 estrechó á su consorte cariñoso,
 y por debajo la divina tierra
 hizo brotar de su fecundo seno
 blando y menudo trébol, oloroso
 tierno jacinto y loto aljofarado:
 y sobre aquella alfombra, que del suelo
 mucho se alzaba, al plácido reposo
 se abandonaron, y de hermosa nube
 dorada se cubrieron, y del éter
 el rocío bajaba nacarado.

Así tranquilo el padre de los Dioses
 dormía sobre el Gárgaro, rendido
 del sueño y del amor: y diligente
 en tanto el dulce Sueño caminaba
 al campo de los Griegos, la noticia

á llevar á Neptuno. Y á su lado
puesto, le dijo en resonantes voces:

«Pronto, Neptuno, pronto á los Aquivos
»haz vencedores en la lid sangrienta
»por algunos instantes, miéntras duerme
»el padre Jove; que en profundo sueño
»sumido queda ahora y en sus brazos
»Juno le estrecha, en amorosa llama
»despues de haber su corazon ardido.»

Así el Sueño decia, y presuroso
á las tribus marchó de los humanos.
Sintió Neptuno, al escuchar sus voces,
nuevo ardor en el pecho; y vencedoras
queriendo hacer á las escuadras griegas,
saltó veloz á las primeras filas,
y así animaba á los guerreros todos:

«¡Argivos! ¿y de nuevo la victoria
»á Héctor, hijo de Príamo, daremos,
»para que de las naos se apodere,
»y grande honor alcance? Así lo espera,
»y de ello se gloria; porque ahora
»ocioso Aquiles se quedó en las naves,
»el corazon airado. Pero falta
»mucha no hará, si en la comun pelea
»el uno al otro con heróico brío
»nos ayudamos todos. Al combate
»marchemos, pues, y lo que yo dijere
»por todos se ejecute. Los escudos
»mejores que en el campo hallarse puedan
»embrazando, y de yelmos relucientes
»cubriendo las cabezas, y las picas
»más largas empuñando, al enemigo
»vamos, y yo de todos el primero
»combatiré. Y confio en que á mi brazo
»Héctor, por más que furibundo embista,

no ya resistirá. Si algun valiente
 con pequeño broquel su pecho cubre,
 désele al que no sea tan ardido,
 y él otro tome ponderoso y grande. x

Dijo Neptuno; y los Aquivos todos,
 dóciles á su voz obedecieron:
 y en persona los Reyes, aunque heridos
 estaban, las falanges ordenaron.

Diomedes, pues, Ulises y el Atrida
 Agamenon, las filas recorriendo,
 cambiar mandaron las marciales armas.

Las mejores tomaba el más forzado,
 y entre los ménos fuertes los caudillos
 las no tan poderosas repartian.

Y cuando ya de reluciente bronce
 vestidas las escuadras estuvieron,
 marcharon á encontrar al enemigo
 por Neptuno guiadas, que tenía
 una espada terrible y anchurosa,
 que al relámpago árdiente semejaba,
 en la robusta mano; y aunque sea
 usar de ella en las lides prohibido,
 solo al mirarla tiemblan los guerreros.

Héctor de la otra parte sus legiones
 formaba, y el combate más reñido
 al pié de los bajeles encendieron
 el Dios que impera en las oscuras ondas
 y de Príamo el hijo valeroso.

Este mandaba la troyana hueste,
 y aquel á los Aquivos defendia;
 y las aguas del mar hasta las naves
 y las tiendas llegaban de los Griegos,
 y á las manos vinieron las escuadras
 con inmensa algazara y vocería.

No braman tanto las hinchadas olas

del vasto mar en resonante playa,
cuando el soplo del Bóreas estruendoso
del piélagó á la orilla las empuja;
no suena tanto del ardiente fuego
el ruido estrepitoso en las alturas
del monte, cuando airado se levanta
para quemar el bosque dilatado;
no silba tanto impetuoso viento
de frondosas encinas en las ramas,
cuando más iracundo las agita;
como de los Aqueos y Troyanos,
al dar de guerra el espantoso grito,
resonaba la voz cuando furiosos
el terrible combate comenzaron.

Y fué Héctor el primero que su lanza
contra Ajax arrojó, que en derechura
hácia él se encaminaba. Y aunque errado
no fué el tiro, tampoco herirle pudo;
porque en el pecho la acerada punta
vino á dar, en la parte que ocultaban
el grueso correon del grande escudo
y el ancho tahali de que pendia
el estoque con clavos guarnecido
de plata fina, y ambos impidieron
que hasta la tierna carne penetrara.
Héctor airóse, cuando vió que en vano
lanzara ardido la robusta pica:
y sin volver la espalda, lentamente
iba retrocediendo hácia los suyos
para evitar que le matase el Griego.
Pero cuando este vió que á sus hileras
Héctor retrocedia, alzó del suelo
un gran peñasco que á sus piés rodara
de los muchos que el campo contenia
para calzar con ellos los navíos.

Y con toda su fuerza rodeando la poderosa diestra, cual si fuese leve peonza le arrojó; y al héroe, por encima la gola del escudo cerca de la garganta, hirió en el pecho. Cual á impulso del rayo que despide de Júpiter la mano, cae en tierra de las hondas raíces arrancada la encina corpulenta, y en contorno fétido olor de azufre derramado, el valor desfallece del que cerca está y caer le ha visto, que temible es el ardiente rayo del gran Jove; así Héctor de la piedra al poderoso golpe cayó en el suelo, y de la mano soltó la enorme lanza. El grande escudo, pendiente de su cuello, le cubria; y el morrión huyó de su cabeza, y en derredor el espantoso ruido se oyó de la armadura. Y orgullosos en alta voz gritando los Aqueos corrieron hácia él, porque esperaban arrastrarle á su campo, y numerosas picas lanzaban todos. Mas ninguno, de cerca ni de léjos, al caudillo de los Teucros hirió; que cuidadosos todos los más ardidos campeones, Polidamente, Enéas, el valiente Agenor, y los jefes de los Licios, Sarpedon y su primo el fuerte Glauco, en torno le cercaban. Y tampoco los otros combatientes su defensa descuidaron; que pronto los escudos delante de él pusieron. Sus amigos en las manos alzándole de tierra,

de en medio del combate le sacaron
adonde los caballos corredores
tenía con el carro y el auriga,
léjos de la batalla; y hácia Troya,
dando él tristes gemidos, le llevaron.

Mas cuando ya del caudaloso rio,
el Janto cuya rápida corriente
creada fué por el eterno Jove,
á los vados vinieron anchurosos,
á tierra desde el carro descendieron
al héroe, y con el agua rociaron
su rostro. Volvió en sí; y abriendo triste
los moribundos ojos, y á los cielos
alzándolos hincado de rodillas,
roja sangre arrojó; pero en la arena
volvió á caer de espaldas, y sus ojos
negra noche cubrió: que todavía
el golpe su valor debilitaba.

Los Griegos todos con mayores bríos
cuando salir de la batalla vieron
al primer adalid de los Troyanos,
se arrojaron sobre ellos del antiguo
valor haciendo alarde. Y el primero
Ajax de Oileo, el corredor famoso,
diestro tambien en manejar la pica,
á Satnio hirió. Naciera este caudillo
de Náis, ninfa hermosa, que rendida
á Énope, que el ganado apacentaba
á la orilla del Sátnois, de él tuviera
este gallardo jóven, á quien Ajax
en el ijar hirió. Cayó en el polvo;
y sobre su cadáver los Troyanos
gran batalla trabaron y los Griegos.
Y blandiendo su lanza, á defenderle
corrió Polidamante; y en el hombro

derecho á Protenor, de Areíllico nacido, hirió, y el hombro atravesando la poderosa pica, allí clavada quedó; y el Griego, derribado en tierra, en su dolor el polvo, que su sangre ya enrojeciera, con la mano asia, miéntras Polidamante en altas voces orgulloso decia á los Aquivos:

«¡Griegos! no en vano de la fuerte diestra
 »del hijo valeroso que engendrara
 »Pantoo; salió la pica que en su cuerpo
 »recibió algun Aquivo; y me parece
 »que de baston le servirá, y en ella
 »apoyado podrá bajar al orco.»

Así dijo, y sus voces orgullosas el ánimo afligieron de los Griegos, y en cólera inflamaron al valiente Ajax de Telamon, porque cayera Protenor á sus piés. Marchó ligero contra Polidamante, que á su escuadra se retiraba, y la fulgente pica lanzó; mas el Troyano, con oblicuo súbito salto, de la negra muerte se libertó. Pero la aguda pica al infeliz Arquiloco, nacido del anciano Antenor, y á quien los Dioses á morir destinaran, en la parte en que se unen el cuello y la cabeza, por la primera vértebra pasando y cortando tambien los dos tendones, hirió de muerte y derribó en el polvo; y la anchurosa frente y las narices y la boca tocaron en el suelo ántes que las rodillas y las piernas. Y Ajax decia al campeón troyano:

«¡Polidamente! reflexiona cuerdo,
 »y dime la verdad. De este caudillo
 »que acabo de matar ¿no bastaria
 »la sangre, di, para dejar vengado
 »á Protenor? Cobarde no parece,
 »ni de viles nacido; y del ilustre
 »Antenor es hermano, ó tal vez hijo;
 »que el aire todo de familia tiene.»

Así dijo, aunque bien le conocia,
 y en tristeza cayeron los Troyanos;
 pero Acamante, á defender corriendo
 de Arquiloco el cadáver, con su lanza
 á Prómaco, el Beocio, que á sus filas
 de los piés le arrastraba, desde cerca
 hirió de muerte, y jactancioso luego
 en voces espantosas insultaba
 á los Aquivos. «¡Griegos! (les decia)
 »¡viles archeros que en palabras solo
 »vuestro valor mostrais! El llanto y luto
 »no solamente son para los Teucros:
 »tambien alguna vez ha de tocaros
 »á vosotros morir. Mirad ahora
 »cómo sobre la arena el orgulloso
 »Prómaco yace, por mi lanza herido
 »y atravesado; y ved que diferida
 »de un infeliz hermano la venganza
 »mucho no ha sido. Así, cualquier guerrero
 »al cielo rogará que algun hermano,
 »ya que él deba morir, quede en su casa
 »vengador de su muerte valeroso.»

Así dijo Acamante, y los Aqueos,
 al escuchar sus orgullosas voces,
 grave dolor sintieron: y entre todos
 el que más en su pecho se indignara
 fué Penelao; y en veloz corrida

á Acámante siguió, que del Aquivo
 no osó esperar el poderoso embate.
 Y Penelao con su aguda lanza
 de cerca hirió al valiente Ilióneo,
 que de Forbante (ganadero rico
 que sobre todos los Troyanos fuera
 amado de Mercurio, y le colmara
 de riquezas el Dios) era nacido,
 y el solo que su esposa le pariera.
 A este fué á quien entónces Penelao
 bajo la ceja á la raíz del ojo
 hirió; y atravesando la pupila
 y pasando la punta al otro lado,
 por la nuca salió. Cayó en la arena
 el Teucro con las manos extendidas;
 y sacando la espada cortadora
 el Aquivo, del cuello la cabeza
 le separó. Y tomándola en la mano
 con el asta clavada todavía
 en el ojo y del yelmo coronada,
 la levantó de tierra; y cual si fuese
 tierna flor de amapola, á los Troyanos
 la mostró, y arrogante les decia:

«¡Troyanos! del valiente Ilióneo
 »á los ancianos afligidos padres
 »en mi nombre decid que en su palacio
 »triste lamento empiecen; que tampoco
 »de Prómaco la esposa á su marido
 »recibirá en sus brazos aquel dia
 »que embarcados nosotros en las naves
 »á la Grecia lleguemos.» Penelao
 así decia, y los Troyanos todos,
 de pálido temor sobrecogidos,
 en derredor solícitos miraban
 por dónde huir podrian de la muerte,

Decidme ahora, oh Musas que el Olimpo habitais luminoso, quién primero de todos los Aquivos á un Troyano quitó las armas, en su sangre tintas, cuando ya hacía la parte de los Griegos inclinara Neptuno la pelea.

De Telamon el hijo fué el primero que al adalid de los valientes Misios, Irtio, mató, de Girtio el animoso esclarecida prole; y luego á Fálces Antíloco, y á Mérmero, la vida y las armas quitó. También á Mórís é Hipotíon el bravo Meriónés dió la muerte. Á Proton y Perifétes derribó Teucro. El fuerte Menclao á Hiperenor, caudillo valeroso, en el ijar hirió; y el duro hierro, rasgando el vientre, las entrañas todas le arrancó, y por la boca de la herida rápida el alma se alejó, y al triste eterna oscuridad cubrió los ojos. Ajax de Oileo á innumerable gente mató en la fuga; que con él ninguno podía competir en la carrera, cuando puesto por Jove el enemigo en derrota, el alcance le seguía.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Luego que ya del foso y la estacada
los Troyanos pasaron fugitivos,
y á manos de los Griegos muchos héroes
muertos dejaran; de sus carros cerca,
suspendida la fuga, al enemigo
pálidos de temor y acobardados
hacer frente querian; y en la cumbre
del Ida Jove despertó. Y del lecho
alzándose, y del lado de su esposa,
tendió la vista y vió que los Troyanos
en derrota venian perseguidos
por los Aqueos, cuya hueste toda
el potente Neptuno acaudillaba.
Y vió tambien tendido en la llanura
á Héctor, de sus amigos rodeado,
exánime, sin fuerzas, sin sentido,
anheloso, y vertiendo por la boca
purpúrea sangre, porque no el más débil
de los Griegos le hiriera. Y á su vista,
el padre de los hombres y los Dioses
de él se compadeció; y á Juno vuelto,
con torva faz habiéndola mirado,

así la dijo en iracundas voces:

«¡Engañosa Deidad, pérfida Juno,
»artífice de males! tus engaños
»á Héctor cesar en la batalla hicieron,
»y á la fuga entregaron sus escuadras:
»y yo no sé si con el duro azote
»castigada por mí, tú la primera
»serás tal vez entre los Dioses todos
»que coja el fruto del ardid funesto.
»¿No te acuerdas acaso de aquel día
»que pendiente estuviste del Olimpo
»y de tus piés colgué pesados yunques,
»y sujeté tus manos con esposas
»de oro macizo que romper á fuerza
»imposible te fuese? De las nubes
»y los aires en medio tú colgada,
»los otros Dioses en el vasto Olimpo
»se consternaron todos, y soltarte
»no podían, por más que rodeados
»á tí lo procuraban. Y á uno solo
»que logré asir desde el umbral celeste,
»cogiéndole del pié, con furia grande
»lancé á la tierra, y al caer de vida
»apénas un instante le quedaba.
»Y ni áun así la cólera terrible
»pudo apagarse que en mi pecho ardía,
»altamente afligido por el daño
»que al valeroso Alcides tú causarás,
»cuando unida con Bóreas sedujiste
»á las borrascas, y á la mar undosa
»las mandaste bajar para que el héroe
»por las mares errando pereciera.
»Tú de su derrotero le alejaste,
»y á la opulenta Cos le condujiste;
»pero yo le libré de los peligros

»que allí corria, y á la fértil Argos
 »triumfante le volví despues que muchos
 »afanes tolerara. Si aquel día
 »ya tú olvidaste, á la memoria ahora
 »yo te lo acordaré, para que ceses
 »en tus engaños; y verás el fruto
 »que sacas con venir desde el Olimpo,
 »la vista huyendo de los otros Dioses,
 »á engañarme con pérfidas caricias.»

Así dijo; temió la augusta Juno,
 y en voz humilde respondió al esposo:

«Testigo ahora la fecunda tierra,
 »y el anchuroso cielo, y de la Estigia
 »el agua que hasta el fondo del averno
 »desde la tierra cae, y el más firme
 »sagrado juramento las Deidades
 »hacen por ella: y séanme testigos
 »tu cabeza divina, y de nosotros
 »el tálamo nupcial, por cuyo nombre
 »nunca yo temeraria juraría,
 »de que no por mi ruego ó mis instancias
 »Neptuno á los Troyanos en derrota
 »y á Héctor ha puesto, y poderoso ayuda
 »á las huestes aquivas. Le moviera
 »su propia voluntad; porque, vencidos
 »viendo al pié de sus naves á los Griegos,
 »hubo de ellos piedad. Mas yo á Neptuno,
 »y á cualquier otro Dios, aconsejara
 »el camino seguir que tú siguieras.»

El padre de los Dioses y los hombres
 se sonrió al oirla, y placentero
 así la respondió: «Si en adelante,
 »conmigo acorde siempre, en el Olimpo
 »estuvieras sentada entre los Dioses,
 »prontamente Neptuno, aunque él quisiera

»seguir otro camino, mudaria
»de parecer, tu corazon y el mio
»unidos viendo. Y si verdad ahora
»en todo hablaste, y lo que dijo el labio
»piensa tu corazon, vuelve al Olimpo
»en medio de los otros inmortales;
»y á Íris y á Apolo di que diligentes
»vengan aquí para que aquella vaya
»al ejército aquivo, y á Neptuno
»mande que de la guerra se retire
»y á su morada vuelva. En tanto, Febo
»á Héctor dentro del alma heróico brio
»infunda y calme los dolores todos
»que su aliento enflaquecen, y al combate
»otra vez le conduzca; y los Aquivos
»cobardes haga que en inermes fuga
»la espalda vuelvan, y azorados lleguen
»á las naves del hijo de Peleo.
»Este á Patroclo, su valiente amigo,
»enviará á la lid; y con su lanza
»Héctor le matará cuando llegado
»delante de Ilion aquel hubiere,
»despues de haber á muchos campeones
»privado de la vida. Y uno de ellos
»Sarpedon ha de ser, el valeroso
»hijo mio. Y Aquiles, irritado
»por su caro Patroclo, dará muerte
»á Héctor; y desde entónces perseguidos
»siempre serán desde las griegas naves
»á su ciudad los Teucros, y los Dánaos
»de Troya expugnarán los altos muros
»con astucioso ardid que á sus caudillos
»enseñará Minerva. Hasta que llegue
»el dia en que á las lides sanguinosas
»Aquiles vuelva, mi terrible enojo

«no cesará, ni de los otros Dioses
 »permitiré á ninguno que á los Griegos
 »baje á favorecer en las batallas.
 »Y así de Aquiles los ardientes votos
 »serán cumplidos. La inmortal cabeza
 »moviendo yo, con juramento firme
 »ya se lo prometí, cuando su madre
 »abrazó mis rodillas, y doliente
 »me suplicó que del gallardo jóven
 »el agravio vengara.» Así decia
 Júpiter; y á su voz obedeciendo
 la augusta Juno, desde la alta cumbre
 subió del Ida al anchuroso Olimpo.

Como suele tal vez el caminante
 que viájó por numerosas tierras
 repasar las ciudades en su mente,
 y dice: *yo aquel pueblo he visitado,*
y aquel otro tambien, y en un instante
 los vuelve á recorrer en su memoria;
 así la augusta Juno en raudo vuelo
 y en un instante al elevado Olimpo
 llegó, y á las Deidades congregadas
 halló de Jove en la mansion. Al verla
 todos se levantaron de las sillas,
 y las copas de néctar la ofrecieron;
 pero ella, de los otros rehusando
 la oferta, solo de la Diosa Témis
 aceptó el agasajo. A recibirla
 esta salió de todos la primera,
 y así dijo en palabras voladoras:

«¿Cómo tan pronto de la tierra al cielo
 »vuelves, hermosa Juno? En el semblante
 »asustada pareces. ¿Te ha inspirado
 »ese terror tu esposo?» En voz sumisa
 Juno la respondió: «No me preguntes,

»oh Témis, el motivo: ya tú sabes
 »cuán arrogante y despiadado sea
 »el ánimo de Jove. Tú preside
 »de las Deidades el banquete ahora
 »en el celeste alcázar; yo en presencia
 »de los eternos Dioses diré luego
 »la amenaza terrible que les hace
 »airado Jove. Y pienso que ninguno
 »ni de los Dioses mismos ni los hombres
 »se regocijará, por más que ahora
 »á espléndido festin alegre asista.»

Así la dijo, y ocupó su trono
 la augusta Juno. Y afligidas fueron
 de Jove en el palacio las Deidades,
 al observar que si la dulce risa
 dejó ver en sus labios, no la frente
 sobre las rubias cejas se mostraba
 despejada y alegre. Al fin las dijo,
 en dolorida voz, triste y llorosa:

«¡Oh! cuán necios que somos é ignorantes,
 »si ofendidos de Jove deseamos
 »llegar á su presencia; y con razones,
 »ó por fuerza, obligarle á que ya olvido
 »la cólera! De todos apartado,
 »ni de nuestras bravatas él se cura
 »ni de ellas tiene miedo, y se gloria
 »de que á todos los Dioses aventaja
 »en fuerzas y poder. Así, vosotros
 »en paciencia llevad los infortunios
 »que él os envíe. Y á Mavorte ahora
 »ya gran calamidad ha rodeado;
 »porque Ascálafo ha muerto en la pelea,
 »á quien él sobre todos los mortales
 »tierno amaba, y por hijo reconoce.»

El furibundo Marte al escucharla

bajó la diestra y el fornido muslo
 se hirió indignado, y en dolientes voces
 dijo: «No os irriteis conmigo ahora,
 »Dioses que las moradas eternas
 »habitais del Olimpo, si la muerte
 »para vengar de Ascálafo á las naos
 »ya de los griegos voy. Aunque estuviera
 »predicho por el Hado que de Jove
 »herido con el rayo allí debía
 »quedar entre los muertos y la sangre
 »derribado en el polvo; no dudara
 »á la tierra bajar.» Así les dijo:
 y al Miedo y al Terror que los caballos
 uncieran ordenó y él diligente
 tomó sus armas todas, que á lo léjos
 en hórrido fulgor resplandecían.

Y de Jove mayor hubiera sido
 el enojo, y terrible la venganza
 que entónces de los otros inmortales
 él hubiera tomado, si Minerva,
 por la suerte solícita de todos,
 del áureo trono en que sentada estaba
 alzado no se hubiese; y presurosa
 al pórtico saliendo, no á Mavorte
 quitara el morrión de la cabeza,
 y el broquel de los hombros, y la pica
 de la robusta mano; y arrancada,
 no la hubiese apartado de sus ojos
 clavándola en el suelo. Al iracundo
 Marte despues en poderoso acento
 así la Diosa reprendió, y le dijo.

«Furioso, dementado! ¿No conoces
 »que á tu ruina imprudente caminabas?
 »¿Tienes tal vez en vano los oidos
 »para oír? ¿La razon y la vergüenza

»perdiste acaso? ¿De escuchar no acabas
 »lo que Juno decia, cuando ahora
 »vino de hablar con el potente Jove?
 »¿Ó, despues de sufrir pesares muchos,
 »quieres, mal de tu grado y afligido,
 »al Olimpo volver y daño grave
 »acarrear á todos? Sí: que Jove,
 »á los Teucros dejando y los Aqueos,
 »en busca nuestra volverá al Olimpo
 »alborotando el cielo, y al que coja,
 »inocente ó culpado, de su enojo
 »hará sentir el peso. Por tu vida
 »te ruego que la cólera depongas
 »que la muerte del hijo te ha excitado.
 »Considera que alguno habrá ya muerto
 »que en fuerzas y valor le aventajaba,
 »ó morirá; porque imposible fuera
 »de la muerte librar al que ha tenido
 »padre mortal, ó de mujer naciere.»

Dijo Minerva, y al furioso Marte
 hizo sentar sobre el excelso trono:
 y Juno fuera del celeste alcázar
 á Iris, la mensajera de los Dioses,
 llamó y á Febo. Y con los dos hablando,
 así dijo en palabras voladoras:

«Júpiter quiere que bajeis al Ida;
 »y luego que llegado á su presencia
 »los dos hubiereis, lo que aquel os **mande**
 »obedientes haced.» Estas razones
 dichas, volvió al palacio y en su trono
 otra vez se asentó la augusta Juno.

Iris y Febo, pues, en raudo vuelo
 del Olimpo bajaron luminoso;
 y llegados al Ida, en la alta cumbre
 del monte descubrieron asentado

al hijo de Saturno y de olorosa
 nube cercado en torno. A la presencia
 del Dios que junta las espesas nubes
 venidos, se pararon: y el Saturnio
 no al verlos se enojó, porque obedientes
 fueran á los mandatos de su esposa.
 Y con Iris hablando la primera,
 así la dijo en imperiosas voces:

«Iris veloz! á las aquivas naos
 »camina diligente y á Neptuno
 »mi voluntad anuncia, y mensajera
 »no tú seas falaz. Dile que pronto
 »la guerra abandonando y los combates,
 »á las moradas vuelva de los Dioses
 »ó al profundo del mar. Si á mis palabras
 »obedecer no quiere y las desprecia,
 »medite bien en lo interior del pecho
 »si, aunque valiente sea, de mi brazo
 »él podrá resistir á la pujanza;
 »porque yo mucho le aventajo en fuerzas,
 »y tengo más edad. Ni ya á decirse
 »mi igual se atreva, cuando sólo al verme
 »tiemblan los otros Dioses.» Así dijo,
 é Iris inobediente á su mandato
 no se mostró; que de los altos montes
 bajó del Ida en vagaroso vuelo
 á la llanura. De las altas nubes
 como descende rápida la nieve,
 ó el helado granizo, por el soplo
 del Bóreas conducida que á los cielos,
 si de continuo sopla, restituye
 la claridad; así la veloz Iris
 diligente volaba, deseosa
 de llevar el mensaje. Y de Neptuno
 llegada á la presencia, así le dijo:

«A tí, Neptuno, que en el mar imperas,
 »Jove me envía; y por mi voz te manda
 »que, la guerra dejando y los combates,
 »ó vuelvas á la junta de los Dioses,
 »ó al profundo del mar. Y si al mandato
 »obedecer no quieres y desprecias
 »el consejo, amenaza que contigo
 »vendrá en persona á pelear: y dice
 »que resistir no quieras á su brazo,
 »porque en fuerzas á tí mucho aventaja
 »y tiene más edad; ni ya te atrevas
 »á decirte su igual, cuando á su vista
 »tiemblan los otros Dioses del Olimpo.»

Altamente indignado el poderoso
 Neptuno, respondió: «Por vida mia,
 »que, aunque valiente él es, ha hablado ahora
 »con arrogancia mucha si pretende
 »sujetarme por fuerza y mal mi grado,
 »siendo igual mi poder. Sólo tres hijos
 »á Saturno parió su esposa Rea;
 »Júpiter el primero, yo el segundo,
 »y el tercero Pluton que en las regiones
 »infernales domina: y dividido
 »en tres partes el orbe, á cada hermano
 »imperar en la suya omnipotente
 »la suerte dió. En el piélago espumoso
 »habitar fué la mia; en las tinieblas
 »vivir la de Pluton; el ancho cielo,
 »del éter y las nubes rodeado,
 »á Júpiter tocó; pero la tierra
 »y del Olimpo las nevadas cumbres
 »quedaron en comun. Así, de Jove
 »no yo al capricho arreglaré mi vida.
 »En paz ocupe la region del éter;
 »pero, por más que poderoso él sea,

»no pretenda con fieros y amenazas
 »amedrentarme, cual si yo nacido
 »hubiera sin valor. Y más valdria
 »que ese lenguaje duro y altanero
 »con las hijas tuviese y con los hijos
 »que de él nacieron; y aunque mal su grado,
 »vivieran todos á su voz sujetos.»

Iris le replicó: «¿Y al padre Jove
 »quieres, Neptuno, que respuesta lleve
 »tan dura y altanera? ¿No querrias
 »algo mudar? De los varones cuerdos
 »dóciles son las almas; y ya sabes
 »que las tristes Euménides los pasos
 »de los hermanos siguen que soberbios
 »al mayor en edad no reverencian.»

Respondiólá Neptuno: «¡Iris divina!
 »cuerdamente has hablado: es dicha grande
 »que un mensajero aconsejar prudente
 »sepa tambien. Pero dolor terrible
 »del corazon y el alma se apodera,
 »cuando veo que en voces iracundas
 »reprender quiere el orgulloso Jove
 »á quien igual en suerte hiciera el Hado.
 »Mas, áun así, yo cederé este dia
 »respetando su enojo; pero sabe...
 »y esta amenaza escucha. Si pretende,
 »contra mi voluntad y la de Palas,
 »de Juno, de Mercurio y de Vulcano,
 »á Troya conservar y no consiente
 »en que arruinada sea, y á los Griegos
 »el alto honor de la victoria quita;
 »sepa que de nosotros será eterna
 »la cólera rabiosa.» Así la dijo;
 y la hueste de Grecia abandonando,
 se sumergió en el mar; pero su falta

sintieron altamente los Aquivos.

Y hablando luego Jove con Apolo,
 así le dijo: «Marcha, caro Febo,
 »á Héctor á confortar; que ya Neptuno,
 »por evitar mi cólera terrible,
 »al mar se retiró. Si no lo hiciera,
 »de la batalla el ruido estrepitoso
 »los otros Dioses escuchado habrían,
 »áun los que bajo de la tierra moran
 »en torno de Saturno. Pero ha sido
 »á él más útil, y á mí, que acobardado
 »delante de mi diestra poderosa
 »ántes haya cedido; que el combate
 »no sin mucho sudor se acabaría.
 »Toma tú ahora mi égida en la mano,
 »en el aire la agita, y á los héroes
 »aquivos pon en fuga; y del valiente
 »Héctor tú cuida, y prodigiosa fuerza
 »le infunde, hasta que lleguen los Aquivos
 »en fuga al Helesponto y á las naves;
 »que, llegados allí, de la fatiga
 »haré yo que los míseros respiren.»

Así Júpiter dijo; y al mandato
 Apolo de su padre obedeciendo,
 cual gavián que la region etérea
 atraviesa veloz (pues de las aves
 es la más voladora), y enemigo
 de las palomas siendo, despedaza
 la que coger logró; de la alta cumbre
 bajó del Ida y encontró asentado
 á Héctor, que recobrar ya el sentido
 y alzárse del suelo, y conocía
 á los caros amigos que dolientes
 en torno le cercaban. Y cesado
 habian ya el sudor y el anhelo

respirar; porque Júpiter sus fuerzas renovara. Y poniéndose á su lado, así le dijo el Flechador Apolo:

«¡Héctor, hijo de Príamo! ¿Qué veo?
 »¿Cómo así, de los otros apartado,
 »estás ocioso aquí y desfallecido?
 »¿Te oprime el alma dolorosa cuita?»

Y con lánguida voz el valeroso Héctor á Febo respondió: «¿Quién eres,
 »oh benigna Deidad, que á mi presencia
 »te dignas de venir, y esta pregunta
 »solicita me hiciste? ¿No has oido
 »que al pié de los bajeles de los Griegos,
 »mientras yo sus falanges destrozaba,
 »Ajax de Telamon con una piedra
 »me hirió en el pecho, y de la liza mucho
 »hizo que me alejase? Pues entiende
 »que exhalando los últimos alientos
 »en anheloso respirar, pensaba
 »que hoy el alcázar de Pluton veria
 »y la triste mansion de los finados.»

Dijole Febo: «Tu temor acabe;
 »pues á ayudarte el hijo de Saturno,
 »y á tu lado asistir, y defenderte
 »con áurea espada refulgente armado,
 »un Dios te envia; el Flechador Apolo.
 »Y este soy yo, que de la negra Parca
 »te libré siempre, y de la excelsa Troya
 »siempre tambien el defensor he sido.
 »Manda, pues, á los Cabos de la hueste
 »que guíen los caballos corredores
 »hácia las griegas naves; que el primero
 »yo marcharé y á los caballos fácil
 »allanaré el camino, y á los héroes
 »griegos haré que las espaldas vuelvan.»

Con estas voces, poderoso brío
inspiró Febo al adalid de Troya.

Cual fogoso alazan que, acostumbrado
á bañarse en el agua cristalina
del rio, se impacienta si al pesebre
le detienen atado, y los ronzales
rompiendo corre con ligera planta
por la llanura, la cabeza erguida,
ondeantes las crines sobre el cuello,
y de su lozanía haciendo alarde,
y con fácil galope alegre vuela
al verde soto en que pacer solia
con los otros caballos; así el héroe,
apénas resonara en sus oidos
la voz de la Deidad, se alzó del suelo.
Y moviendo con fácil ligereza
los piés, á sus legicnes animaba.

Como suelen los perros y pastores
perseguir en el monte, ya al venado,
ya á la cabra montés, y se refugia
el tímido animal á la espesura
de la selva, y subido en alta roca
salva la vida, ni los hados quieren
que allí le cojan, y el clamor oyendo
melenudo leon sale al camino,
y en fuga pone á la cuadrilla toda
por más que en el alcance esté empeñada;
de esta suerte los Griegos, que orgullosos
en confuso tropel siempre seguian
á los Teucros hiriéndoles osados
con espadas y picas de dos cortes,
cuando ya vieron que Héctor animoso
por las filas corria de los suyos,
es consternaron, y á los piés el alma
se les cayó. Mas viéndolo Toante,

el hijo de Andremon, y el más valiente de los Etolos, que vibrar sabia desde léjos el dardo y con su lanza á pié firme tambien al enemigo acometer (y pocos de los Griegos en las juntas ventaja le llevaban cuando la juventud en el certámen de la elocuencia disputaba el premio), así dijo á los otros adalides:

«¡Oh dolor! gran prodigio con mis ojos
 »estoy mirando, pues con tal desnudo,
 »y evitada la muerte, á los combates
 »Héctor vuelve otra vez, cuando creía
 »nuestro comun deseo que á las manos
 »de Ajax de Telamon muerto quedara.
 »Pero benigno alguno de los Dioses
 »le libró de morir, y le ha salvado.
 »Él á muchos Aquivos de la vida
 »ántes privó, y recelo que otros muchos
 »muertos serán ahora por su mano;
 »que no sin voluntad del padre Jove
 »al frente ya de su escuadron se muestra
 »tan arrogante y fiero. Mas vosotros
 »mi consejo seguid. Hacia las naos
 »retirarse mandemos á la turba
 »de oscuros combatientes, y nosotros,
 »cuantos en el ejército hasta ahora
 »de ser los más valientes nos preciamos,
 »esperemos aquí; y al enemigo,
 »con las picas alzadas, al encuentro
 »salgamos, para ver si rechazarle
 »conseguimos. Y espero que en la hueste
 »Héctor á penetrar de los Aquivos
 »osado no será, por más que venga
 »respirando furor.» Así decía,

y todos su dietámen aprobaron.

Ajax de Telamon é Idomeneo,
y Teucro y Meríones, y el ardido
Méges, la flor de las escuadras todas
habiendo reunido, la batalla
contra Héctor y los suyos disponian;
y entre tanto la turba de los Griegos
á las naves tornaba, y los Troyanos
en escuadron cerrado la pelea
trabaron los primeros. A su frente
Héctor venía en arrogantes pasos;
y los hombros cubiertos de áurea nube
delante de él Apolo caminaba
con la égida brillante defendido,
espantosa, versátil y con borlas
de oro por todas partes guarnecida,
que el inclito Vulcano en otro tiempo
para sí fabricara y se la diera
al padre Jove, que con ella armado
al mísero linaje de los hombres
terror inspira. En la potente diestra
agitándola, pues, airado Apolo,
el escuadron guiaba de los Teucros;
y los Aquivos firmes esperaban
en numerosa hueste y apiñados,
y de una y otra parte clamoroso
grito se alzó. Saltaban las saetas
de los tirantes nervios de los arcos,
y numerosas picas relucientes
lanzadas eran; y unas en el cuerpo
de algun valiente jóven se clavaban,
y otras muchas en medio del camino
y sin tocar al delicado cútis
de un Troyano, caian en el polvo,
en su carne cebarse deseando.

Miéntras que Febo la égida en su diestra
inmóble tuvo, de las dos falanges
las saetas volaban y los tiros,
y á su golpe caian los guerreros.
Mas cuando ya mirando en derechura
á los Aqueos, la agitó en el aire,
y el espantoso grito de la guerra
él mismo dió, en el pecho á los Aqueos
el ánimo abatió, y acobardados
de su valor antiguo se olvidaban.
Como á deshora de la noche oscura
á la vacada de robustos bueyes
ó al rebaño de cándidas ovejas,
si ausente está el pastor, acometiendo
de repente dos fieras la deshacen;
así, ya acobardados los Aquivos,
en desórden y fuga se pusieron;
que en su pecho el terror infundió Apolo,
y á Héctor y á los Troyanos la mudable
victoria concedia. Disipada
la hueste de los Griegos, uno á uno
mataban los Troyanos á aquel héroe
que en suerte les cabia. Héctor á Estiquio,
amigo del valiente Menesteo,
mató, y á Arcesilao que la hueste
guiaba de Beocia: el claro Enéas
á Medonte y á Jaso armas y vida
quitó tambien. Medonte, hijo bastardo
era de Oileo, y Jaso acaudillaba
una de las escuadras atenienses,
y á Esfelo, que de Búcolis naciera,
debía el ser. En las primeras filas
mató Polidamante á Mecisteo,
á Equio Polítes, y Agenor á Clonio;
y tambien á Deyoco por la espalda,

miéntras huía, sobre el hombro Páris
hirió con una lanza y por el pecho
vino á salir el afilado bronce.

Miéntras que á los cadáveres las armas
quitaban los Troyanos, los Aqueos,
á la estacada y el profundo foso
arrojándose todos en la fuga,
uno por una parte otro por otra,
al muro se acogian obligados
de la necesidad; y á sus escuadras
Héctor, en altas espantosas voces,
mandó que acometieran á las naves
sin detenerse á recoger despojos.

«Al que de los navíos de los Griegos
»alejado yo encuentre (les decia),
»muerte allí le daré; ni su cadáver
»quemarán en la pira sus hermanos
»y hermanas; que delante de los muros
»de nuestra capital voraces perros
»le harán pedazos.» Dijo, y el azote
sobre el lomo tendió de los caballos
para que caminasen, y corriendo
por medio de las filas, con sus voces
animaba á los Teucros. Y gritando
éstos con él, y en amenazas fieras
retando á los Aquivos, al combate
los bridones, que ufanos arrastraban
los magníficos carros, dirigian
con grandes y espantosos alaridos.

Apolo, que á su frente caminaba,
del hondo y ancho fozo las orillas
ambas hollando, con los piés la tierra
echó en medio del hoyo, y un camino,
á manera de puente, á los Troyanos
facilitó espacioso. Era su anchura

la que puede medir robusta lanza
cuando la diestra de forzudo jóven
que intenta hacer de su vigor alarde
léjos la arroja, y por aquel camino
escuadrones enteros de Troyanos
hasta el muro llegaban. Y á su frente
marchando Apolo, y la égida terrible
en su mano teniendo, la muralla
tan fácil derribó de los Aquivos,
como el rapaz que en inocente juego
á la orilla del mar de leve arena
un valladar levanta y con la mano
y los piés luégo le derriba y ríe.
Así tú, Apolo, el anchuroso muro
que con tanta fatiga los Aquivos
afanosos labraran allanaste,
y terror en sus almas infundiendo,
en vergonzosa fuga los pusiste.
Mas, llegados al pié de sus bajeles,
hicieron alto allí; y aunque abatidos,
los unos á los otros se animaban
á pelear. Y á los eternos Dioses
las dos manos alzadas, en ardiente
plegaria humildes suplicaban todos,
y más que todos Néstor, el anciano,
el númen tutelar de los Aquivos.
Y al estrellado cielo levantadas
ambas manos, á Júpiter decia:

«¡Oh padre Jove! si en la fértil Árgos
»al quemar en tus aras de los bueyes
»ó las pingües ovejas las sabrosas
»piernas, alguno te pidió que salvo
»tú le volvieses al hogar paterno,
»y con firme señal se lo otorgaste;
»no ya olvides aho tus promesas,

»oh dueño del Olimpo. *Nos defiende
»contra la dura Parca, y no permitas
»que así por los Troyanos los Aqueos
»vencidos hoy y degollados sean.»*

Esto decia, y escuchando Jove benigno su plegaria, en grande trueno el aire estremeció; pero al oírle, creyendo que era favorable auspicio, de nuevo acometieron los Troyanos á los Aquivos, y á la lid sangrienta con más ardor volvieron animosos. Como del vasto mar las grandes olas embisten al costado del navio, y pasando del borde por encima en la cubierta caen si la fuerza del viento las impele y resonante en alto las levanta; así los Teucros, del asolado muro las ruínas orgullosos pisando, sus bridones á las naves guiaban de la Grecia, y bajo de las popas el combate se trabó. Desde cerca los Troyanos con afiladas picas batallaban en sus carros subidos: los Aqueos, que á lo alto de sus naves se acogieran, desde allí con las perchas que tenian para naval combate reservadas, eran y de duro fresno y á la punta de agudo hierro estaban guarnecidas, rechazar procuraban á los Teucros.

Miéntras que los Aquivos y Troyanos á la parte exterior del alto muro y fuera de las naves peleaban, en la tienda Patroclo del valiente Eurípilo quedó, y al caro amigo

en plácido coloquio entrenia,
 y sūaves remedios le aplicaba
 que los negros dolores mitigasen.
 Mas al ver que furiosos los Troyanos
 pasaran ya del arruinado muro,
 y que todos los Griegos en derrota
 huían á las naves azorados
 mucho alzando clamor; enternecido,
 suspiros exhalaba dolorosos.
 Y bajando la diestra recio golpe
 en el muslo se dió, y en triste acento
 al hijo de Evemon así decia:

«Por más que de mi auxilio necesites,
 »ya más no puedo, Eurípilo, á tu lado
 »permanecer; que cerca de las naves
 »grande comienza y hórrida batalla.
 »A tí el fiel escudero te consuele;
 »yo á la tienda de Aquiles presuroso
 »volveré, á ver si persuadirle puedo
 »que torne á las batallas. ¿Y quién sabe
 »si de alguna Deidad favorecido,
 »yo con súplicas tiernas y razones
 »su alma conmoveré? Muy poderosos
 »suelen ser de un amigo los consejos.»

Apénas estas voces pronunciado
 hubo Patroclo, con ligera planta
 se encaminó á su tienda; y los Aquivos
 el choque sostenían animosos
 contra Héctor y los suyos. De las naves,
 aunque estos en el número inferiores
 eran mucho, alejarlos no podían,
 y tampoco lograban los Troyanos,
 rompiendo la falange de los Griegos,
 en las tiendas entrar y los bajeles.
 Como el hábil artífice que todas

las reglas sabe, y de Minerva misma
 las aprendió, con igual nivela,
 escuadra en mano, el ponderoso mástil
 al hacer un navío; tan iguales
 el combate alargaban clamoroso
 Aqueos y Troyanos, repartidos
 en diversas escuadras; y las unas
 en torno de un navío peleaban,
 y otras en derredor de otro navío.
 Héctor adonde estaba el animoso
 Ajax de Telamon se encaminara;
 y ambos héroes valientes combatían
 por un solo bajel sin que pudiesen,
 ni Héctor al Dánao retirar y fuego
 echar en la cubierta, ni el Aquivo
 rechazar al Troyano de la nave
 desde que un Dios allí le condujera.
 Pero sí pudo con aguda pica
 el pecho atravesar de parte á parte
 á Caletor de Clitio, que llevaba
 para abrasar la nave ardiente fuego.
 Cayó en la arena el campeón Troyano,
 retendió el suelo alrededor en triste
 ronco ruido, y la encendida tea
 de su mano cayó. Y apenas Héctor
 vió derribado en tierra y moribundo
 á su deudo delante del navío,
 para animar á Licios y Troyanos,
 así les dijo en espantosas voces.

«¡Teucros, Licios, Dardanios, que de cerca
 acostumbrais á pelear! Ahora
 no ya el pié retireis de la batalla
 teniendo al enemigo acorralado;
 y del hijo de Clitio, que valiente
 combatiendo en las naos muerto queda,

»defended el cadáver, no le quiten
 »sus armas los Aqueos.» A los suyos
 así animaba el adalid Troyano,
 y contra Ajax lanzó su larga pica.
 Y aunque errado fué el tiro, al escudero
 el fuerte Licofron hijo de Mástor,
 que al lado de su principe asistia,
 en la cabeza hirió sobre el oido
 con el agudo bronce, y en la arena
 de lo alto de la popa de la nave
 cayó de espalda, y sin vigor sus miembros
 todos quedaron. En Citere habia
 nacido el infeliz; y habiendo dado
 la muerte á un hombre, del hogar paterno
 á Salamina huyó y en el alcázar
 de Ajax vivia. Estremecióse el héroe
 cuando le vió caer, y en anhelosa
 voz gritaba á su hermano: «¡Dulce Teucro!
 »ya de Mástor el hijo, á quien nosotros
 »cuando desde Citere á Salamina
 »errante vino en el paterno alcázar
 »hospedamos, y siempre cariñosos
 »honrábamos á igual de nuestro padre,
 »á manos de Héctor pereció. Mas ¿dónde
 »hoy tienes tú las flechas matadoras
 »y el arco, don del Flechador Apolo?»

Oyóle Teucro, y en veloz carrera
 vino á unirse con él. En una mano
 el balleston elástico traia,
 y en otra de saetas bien provisto
 el flechero; y volviéndose á la escuadra
 del enemigo y aceradas puntas
 lanzando sin cesar, con la primera
 á Clito hirió, de Pisenor nacido
 y de Polidamente camarada.

Clito entónces el carro y los bridones
regía del amigo, y oficioso
á aquella parte rápido acudia
donde más en desórden las falanges
á ceder empezaban, conociendo
que á Héctor y á los Troyanos de este modo
grato se haria. Pero pronto al triste,
cuando más animoso peleaba,
llegó la fatal hora de que nadie
le pudo libertar; porque en el cuello
por detrás se clavó la aguda flecha:
y exhalando suspiros dolorosos,
desde el carro cayó. Retrocedieron
los bridones, y el carro, ya vacío,
por entre los cadáveres y arneses,
arrastraban con ruido estrepitoso.
Advirtiólo su dueño; y los bridones
á sujetar corriendo apresurado
de todos el primero, los detuvo;
y á Astinoó, de Profíon nacido,
los entregó, mandándole que cerca
de él allí los tuviese y á su vista,
y de nuevo se entró por la batalla.
Sacó Teucro otra flecha voladora,
y á Héctor iba á tirarla; y si la vida,
hiriéndole con ella, le quitara,
pronto la lid hubiera terminado
que ostinada seguia en los bajeles.
Pero á la mente próvida de Jove,
que á Héctor guardaba, la intencion de Teucro
no se ocultó; y habiéndole rompido
del balleston la retorcida cuerda
cuando á Héctor apuntando la estiraba,
del alta gloria de matar al héroe
le privó la Deidad. Huyó la flecha

por diverso camino, y de la mano del Griego en tierra el arco poderoso cayó tambien, y enfurecido el jóven dijo al hermano en dolorido acento:

«¡Triste de mí! Ya veo que irritado
 »algun Dios el valor inutiliza
 »que mostramos los dos en la pelea:
 »y él ha sido el que ahora de mi mano
 »derribó en tierra el arco poderoso
 »y la cuerda rompió recien torcida
 »que yo mismo le puse esta mañana
 »para que, sin romperse, de las flechas
 »sostuviese el empuje, y numerosas
 »contra los enemigos las tirase.»

Y Ajax así le dijo: «¡Dulce hermano!
 »el arco deja ahora y las saetas
 »en el suelo. Ya ves que las ha roto
 »enemiga Deidad que á los Aquivos
 »persigue airada, y su valor envidia.
 »Toma en la mano poderosa lanza,
 »cubre los hombros de anchuroso escudo,
 »y valiente pelea con los Teucros
 »y á los otros anima con tus voces;
 »para que los Troyanos, aunque ahora
 »vencedores estén, no sin trabajo
 »tomen las naves. En lidiar nosotros
 »pensemos solamente.» Así decia;
 y Teucro, encaminándose á su tienda,
 dejó allí el balleston; y de los hombros
 un escudo colgó de cuatro pieles
 formado, y con un yelmo la cabeza
 se cubrió reformido, y en la mano
 tomó robusta lanza guarnecida
 de agudo hierro; y en veloz carrera
 volvió á donde su hermano le esperaba.

y á su lado se puso. Cuando visto Héctor hubo que inútiles yacian del Griego las saetas, en alegres voces gritó á los Teucros y auxiliares:

«¡Teucros, Licios, Dardanios valerosos!
 »sed varones, amigos, y acordaos
 »del antiguo valor mientras que dure
 »la batalla en las naves. Por mis ojos
 »he visto yo que del mejor archero
 »el arco ha roto y voladoras flechas
 »del mismo Jove; que á los hombres fácil
 »es conocer á quiénes con su mano
 »defiende Jove y el honor del triunfo
 »en las batallas da, y á cuáles niega
 »su favor y las fuerzas enflaquece;
 »cómo ya de los griegos la pujanza
 »y el valor debilita, y á nosotros
 »con su poder ayuda. A los navíos
 »acometed en escuadron cerrado;
 »y aquel de entre vosotros que de cercâ
 »ó de léjos herido, de la vida
 »al término fatal aquí llegare,
 »alegre muera; que glorioso y dulce
 »es morir en defensa de la patria.
 »Y libres además sus tiernos hijos
 »quedarán y su esposa, y menoscabo
 »no sufrirán sus bienes, si en las naves
 »á su tierra volvieren los Aqueos.»

Así dijo, y á todas sus escuadras más aliento inspiró. Del otro lado Ajax tambien gritaba á sus legiones:

«¡Argivos! ¡qué vergüenza! Ya es preciso,
 »ó todos perecer, ó de las naves
 »rechazar á los Teucros y salvarnos.
 »¡Imaginai tal vez que si tomadas

«fueren por Héctor, al país nativo
 «por tierra volveréis? ¿No estais oyendo
 «cómo á toda su gente en altas voces
 «alegre anima, y les promete ufano
 «reducir á ceniza los navios?
 «Y no, cierto, á la danza los convida,
 «sino á la lid terrible; y á nosotros
 «otro camino de salud no queda
 «que valientes lidiar con los Troyanos,
 «y vencer, ó morir. Es más glorioso
 «acabar de una vez, ó en la victoria
 «asegurar la vida, que dejarse
 «de esta suerte matar en la pelea,
 «lentamente, en las naves, indefensos.
 «por soldados que son á los Aquivos
 «en número y valor tan inferiores.»

Ajax de Telamon así á los suyos
 animó á pelear: Héctor en tanto
 quitó la vida á Esquédio, el valeroso
 hijo de Perimédes, que mandaba
 los Focenses. Tambien á Laodamante,
 otro hijo de Antenor que los peones
 de Troya acaudillaba, con su pica
 Ajax mató. La vida y la armadura
 despues quitó el augur Polidamante
 á Oto, el Cilenio, que de Méges era
 el escudero. Cuando vió el caudillo
 que de las armas á Oto despojaba
 Polidamante, acometió furioso
 con la pica. El Troyano ladeóse,
 y así evitó la muerte; porque Febo
 no permitia que de Panto el hijo
 quedase muerto al pié de los bajeles,
 pero despues á Cresmo con su lanza
 Méges atravesó. Cayó en la arena

el Troyano y en ruido temeroso
el suelo retembló, y de la armadura
le despojó el Aquivo. Mas en tanto
que el hijo de Fileo de los hombros
del cadáver las armas arrancaba,
saltó sobre él en rápida carrera
Dólope, que de Lampo era nacido
hijo de Laomedonte y en sus días
el más fuerte de todos los guerreros,
y también él en las sangrientas lides
estaba ejercitado. Y desde cerca
arremetiendo con aguda pica,
el escudo del hijo de Fileo
por el medio rompió; pero la cota
de bien tejidas poderosas mallas
con que el pecho del héroe defendido
estaba, le salvó. Trajo Fileo
de Éfira, situada á las orillas
del claro Seleente, aquella cota,
que Eufétes, Rey de la ciudad, le dió,
en señal de amistad y de hospedaje,
porque puesta en las lides la llevara
y con ella su pecho defendiese
contra los enemigos; y este día
también libró de muerte inevitable
al hijo. Viendo Méges que la pica
á herirle no llegara, en lo más bajo
de la cimera del bruñido almete
dió una lanzada al Teucro, y la garzota
de crines de caballo al suelo vino
con toda la cimera, que teñida
nuevamente de púrpura brillaba.
Mientras Méges seguía combatiendo
y vencer esperaba, Menelao
acudió á socorrerle, y á la espalda

de Dólope sin que éste lo advirtiera
 poniéndose, en el hombro con la pica
 le hirió. La punta, atravesando el pecho
 impetuosa y deseando ardiente
 adelante pasar, por la garganta
 salió, y de cara el adalid troyano
 cayó en la arena. Fueron presurosos
 Mégés y Menelao de las armas
 á depojarle; pero viólos Héctor,
 y en alta voz á todos sus hermanos
 mandó que defendiesen el cadáver.
 Y vuelto al valeroso Melanipo,
 hijo de Hicetaon, deudo cercano
 del infelice Dólope, con dura
 reprension le agujaba.—Hasta que á Troya
 á guerrear vinieran los Aqueos,
 habitaba en Percope Melanipo
 numerosa vacada apacentando;
 mas despues que los Griegos en las naves
 vinieron á Ilion volvióse á Troya,
 y por su gran valor entre los Teucros
 todos sobresalia, y le hospedara
 en su palacio el Rey, y cual si fuera
 alguno de sus hijos le queria.—
 A este guerrero, pues, en altas voces
 Héctor entónces reprendió, y le dijo:

«¿Y seremos nosotros tan cobardes,
 »oh Melanipo? ¿El corazon ahora
 »conmovido no sientes, á la vista
 »el cadáver teniendo de tu primo?
 »¿No ves cómo de Dólope los Griegos
 »pelean por llevarse la armadura?
 »Sígueme, pues; que mengua ya sería
 »de léjos batallar con los Aquivos,
 »hasta que todos ellos traspasados

»por nuestras lanzas sean, ó ellos tomen
 »la fuerza de Ilíon, y la destruyan
 »en general ruína, y á cuchillo
 »pasen á sus valientes ciudadanos.»

Dichas estas palabras, el primero
 Héctor marchó. Siguióle Melanipo,
 á los Dioses igual en valentía,
 y al verlos, á los hijos de la Grecia
 Ajax de Telamon así animaba:

«¡Mostrad aquí vuestro valor, amigos!
 »y el desprecio temed con que el valiente,
 »cuando ya se ha trabado la pelea,
 »á los cobardes mira. En las legiones
 »en que los unos el desprecio temen
 »de los otros, son más los que se salvan
 »que los que mueren. Si cobardes huyen,
 »ni gloria alcanzan, ni ayudarse pueden
 »los unos á los otros.» Así dijo

Ajax, y todos, aunque ya resueltos
 á defenderse estaban, al oírle
 más valientes se hicieron, y cercaron
 con un muro de bronce los navíos.

A los Troyanos alentaba Jove;
 mas no cobarde entónces Menelao
 olvidó la defensa, que cuidadoso
 con sus voces á Antiloco animaba
 á que el valor mostrase, y le decia:

«¡Antiloco! de todos los Aqueos
 »eres aquí el más jóven, y ninguno
 »en el correr te iguala ni más fuerte
 »es que tú en la pelea. Si lograses,
 »impetuoso arremetiendo, alguno
 »matar de los Troyanos!...» Esto dijo
 el Atrida; y habiendo así animado
 con sus voces al jóven, á su escuadra

se retiró, y Antíloco, brioso,
fuera saltó de la primera fila.
Y en derredor mirando precavido,
vibró la aguda reluciente lanza;
y al verla por su mano despedida
huyó cobarde el escuadron de Troya.
Pero no en vano la arrojó; que al fuerte
hijo de Hicetaon, el animoso
Melanipo que ardiente á la pelea
venía, á la raíz de la garganta
se la clavó en el pecho, y el Troyano
cayó en el polvo, y retembló la tierra.
Y Antíloco saltó sobre el cadáver,
ganoso de quitarle la armadura.

Como salta el lebre sobre el herido
ciervo, que de su cama descuidado
sale á pacer, y el cazador le pasa
con acerada flecha, y moribundo
viene á caer sobre la verde yerba;
así el hijo magnánimo de Néstor
sobre el cadáver tuyo, oh Melanipo,
saltó para quitarte la armadura.

Mas Héctor lo advirtió, y por las primeras
filas atravesando, del Aqueo
al encuentro salió; y aunque valiente
guerrero fuese Antíloco, á esperarle
no atreviéndose, huyó precipitado.
Como la fiera que mató los perros,
ó al pastor que guardaba las ovejas,
después de hecho el estrago se retira
antes que acuda gente, así de Néstor
el hijo huyó; mas Héctor y los suyos,
dando terribles voces, derramaban
siempre copiosa lluvia de saetas:
y él, llegado á la escuadra de los Griegos,

paróse, y dió la cara al enemigo.

Entónces los Troyanos, semejantes á leones hambrientos, se arrojaron sobre las naves en tropel confuso, de Jove por la diestra protegidos que siempre nuevo ardor les infundia. La Deidad, el valor de los Aqueos debilitando, y el honor del triunfo negándoles, en su ánimo queria á Héctor, hijo de Príamo, la gloria dar de que fuego ardiente é indomable echara en los navíos, y de Tétis así el fatal deseo se cumpliera. Pero sólo esparaba con sus ojos ver la llama salir de algun navío que empezara á quemarse, y desde entónces poner debia en fuga á los Troyanos y la victoria dar á los Aqueos. Por eso ahora á destruir las naves con impulso agitaba poderoso á Héctor, que mucho en llama abrasadora quemarlas impaciente deseaba.

Cual, blandiendo su lanza, se enfurece Marte en la guerra, ó cual en alto monte el fuego se embravece, cuando abrasa espesísima selva; tal ahora Héctor se enfurecia, y en espuma blanca tiñendo el encendido labio ambos sus ojos en ardiente fuego bajo las torvas arrugadas cejas ardian, y en contorno de las sienas hórridamente el morrion cruja miéntras él animoso batallaba. Y desde el éter ardimiento y brío infundíale Jove, y entre todos

los caudillos troyanos y auxiliares
á él solo honrar y proteger queria,
al ver que breve tiempo le quedaba
ya de vivir; que en su furor Minerva
apresuraba el día en que vencido
por el hijo valiente de Peleo
acabase la vida. Mas entónces
las hileras romper de los Aquivos,
por un lado y por otro acometiendo
donde más numerosas las escuadras
eran y los más fuertes combatian,
anhelaba feroz; pero no pudo
la falange romper de los Aqueos
que en columna cerrada resistian.
Como una grande roca inaccesible
del espumoso mar en la ribera
firme sostiene el repetido choque
de los vientos sonoros, y el embate
de las ingentes olas que sobre ella
se rompen rebramando; así los Griegos
firmes á los Troyanos esperaban,
ni en vergonzosa fuga se ponian:
y Héctor, en derredor de la armadura
claro fulgor lanzando, impetuoso
se arrojó al escuadron de los Aqueos,
y sobre ellos cayó. Como á la nao
embravecidas olas acometen
que el viento ha levantado resonante
bajando de las nubes, y el navío
todo se cubre con la espuma, y brama
dentro la vela furibundo el viento,
y acobardados los marinos tiemblan
porque muy cerca de la muerte miran
correr su nave; así de los Aquivos
en el pecho el temor despedazaba

el ánimo abatido, mientras Héctor furioso á su falange acometia.

Cual, si hambriento leon fiero acometa al rebaño de bueyes numeroso que de extendido lago en la ribera está paciendo, y por custodio tiene un pastor no avezado todavía á pelear con fieras y estorbarlas que las reses le maten; y siguiendo á las últimas siempre, ó las primeras, descuida las del centro, y al notar lo el leon á esta parte se encamina, y una vaca devora, y todas huyen medrosas; así entónces los Aquivos, por Héctor y por Jove amedrentados, en fuga se pusieron, y á uno solo Héctor logró matar: á Perifétes, natural de Micénas, y nacido de Copreo el infame, el que llevaba á Hércules los mensajes de Euristeo. De un padre sin valor naciera un hijo muy valeroso y fuerte, que adornado de las virtudes todas, con ligera planta corria, en las sangrientas lides peleaba animoso, y en talento entre los más prudentes de Micénas sobresalia; y con su muerte ahora dió grande honor al campeon troyano.

Al volver las espaldas el Aquivo, del anchuroso escudo que llevaba para que de los tiros le librase, y de piés á cabeza le cubria, en la circunferencia tropezando y enredados los piés, cayo de espalda, y el morrión en horroroso ruido

en derredor crujió de la cabeza
cuando en tierra cayó. No tardó mucho
Héctor en verlo, y en veloz corrida
á su lado se puso, y en el pecho
su lanza le clavó, y á la presencia
le mató de los suyos. Y aunque tristes
quedaron con su muerte, su cadáver
defender no pudieron; que ellos mismos
á Héctor mucho temian. Los Aqueos
detras se retiraron de las naves
más cercanas al muro, y á la espalda
tenian las demas que las postreras
sacado á tierra habian. Retirados
al centro de las naves, á la dura
necesidad cediendo, y perséguídos
por la troyana hueste, no la suya
se dispersó; que en apiñadas filas
al lado de las tiendas reunidos
hicieron alto, y el pudor y el miedo
los contenian, y en ardientes voces
los unos á los otros no cesaban
de animarse. De todos el primero
Néstor, el númen tutelar de Grecia,
uno por uno á los Aquivos todos,
el nombre de sus padres invocando,
á la lid animaba, y les decia:

«Tened valor, amigos, y en el pecho
»el pudor renovad que la presencia
»de los hombres infunde. De los hijos,
»las esposas, los padres y los bienes
»os acordad, así el que todavía
»sepa que viven sus ancianos padres,
»como el que ya en su muerte derramado
»tiernas lágrimas haya; que yo ahora
»por tan amadas prendas os suplico,

»aunque ausentes están, que la batalla
»sostengais con valor y no á la fuga
»os entregueis cobardes.» El anciano
con estas voces inflamó de todos
el ánimo; y Minerva de repente
la nube separó densa y oscura
que sus ojos cubria, y en contorno
en claridad inmensa los objetos
pudieron todos descubrir; las naves,
y el campo de batalla. Dó este lado
á Héctor veían orgulloso y fiero,
y del otro á los griegos campeones,
y así á los que detrás de los navíos
sin pelear estaban, como aquellos
que al pié de los bajeles combatían.
Mas no era grato al corazón valiente
de Ajax de Telamon estar ocioso
donde los otros hijos de la Grecia
se habían retirado. Así, las naves
corrían todas, con ligera planta
de una en otra saltando á la cruzía,
y en la mano teniendo una gran percha
de más de veinte codos que con clavos
de hierro asegurada, en los combates
de mar servía. Cual ligero suele
diestro cabalgador, cuatro bridones
escogiendo entre muchos, á carrera
de la llanura á la ciudad guiarlos
por el ancho camino, y mucha turba
de hombres y mujeres admirada
le está viendo correr, y él de continuo
del uno al otro salta sin caerse,
y ellos en tanto rápidos galopan;
así Ajax por encima la cubierta
corría de las naves presuroso

de una en otra saltando, y hasta el éter
llegó su voz; que en horroroso grito
de animar no cesaba á los Aqueos
á defender las tiendas y las naves:
y Héctor tampoco estaba entre las filas
oculto de los teucros escuadrones.
Como el águila negra á la bandada
persigue de las aves que tranquilas
á la márgen de un rio caudaloso
solazándose están, sea de grullas,
ó de gansos, ó cisnes; tal entónces
Héctor se encaminó precipitado
á un bajel cuya proa herloseaba
verde color; y con su diestra Jove
por detras le empujaba poderosa
y animaba á su gente, y el combate
con más ardor se comenzó de nuevo
al pié de los navíos. Y dijeras
que sin estar de combatir cansados
los unos y otros peleaban
por la primera vez: tan animosos
se acometian. Y diversos mucho
eran de los Aquivos los temores,
y diversas tambien las esperanzas
de los Troyanos. Que evitar pudiesen
su total exterminio los Aqueos
ya no creian; perecer con gloria
solamente esperaban. Los Troyanos
los bajeles arder, y á los Aquivos
en ellos degollar, dentro del alma
todos se prometian; y agitados
de ideas tan contrarias, se embistieron.

Era la nave cuya excelsa popa
Héctor asió de las que el mar undoso
pueden atravesar, nueva y ligera,

y en ella vino á la troyana costá
 Protesilao; mas al patrio suelo
 no le volvió á llevar. Por esta nave
 se mataban los Griegos y Troyanos
 hiriéndose de cerca, ni de léjos
 unos y otros los tiros esperaban
 de flechas y de dardos; que valientes,
 unánimes, unidos, y de cerca,
 con hachas de dos cortes y afiladas
 segures combatian. Y en el polvo
 muchas espadas de brillante acero,
 de anchuroso recazo y con oscuro
 hierro adornadas, sin cesar caian;
 ó huyendo de la diestra poderosa
 de los mismos guerreros, ó en sus hombros
 hechas pedazos; y la roja sangre
 en copioso raudal sobre la verde
 yerba corria. La elevada popa
 Héctor en tanto de la nave griega
 no soltaba; que firme con la mano
 el alcázar tenía, y á los Teucros
 así en alegres voces animaba:

«Fuego traed, y en escuadron cerrado
 »todos al mismo tiempo la batalla
 »empeñad; porque Júpiter benigno
 »este dia nos da que los afanes
 »hace ya olvidar todos, y la gloria
 »tendremos de quemar esos bajeles
 »que con hado siniestro aquí venidos
 »contra la voluntad de las Deidades,
 »mucho mal nos hicieron por la culpa
 »de los ancianos. Porque yo queria
 »junto á las altas popas de las naves
 »dar la batalla y, tímidos, licencia
 »no me quisieron dar, y de la hueste

»el ardor reprimian. Mas, si entónces
 »el padre Jove permitió que ciegos
 »errásemos así, ya él mismo ahora
 »nos anima á lidiar y nos ampara.»

Dijo; y al escucharle los Troyanos,
 con más ardor á la falange griega
 acometieron. Sostener no pudo
 Ajax la acometida impetuosa;
 que de lanzas y dardos oprimido
 era por todas partes; y algun tanto
 retrocedió, porque morir temia,
 Dejó, pues, la cubierta de la nave;
 y de pié sobre un banco de remeros
 que siete piés tenía, cuidadoso
 observaba si alguno á los bajeles
 con encendidas teas se acercaba
 para quemar la nave, y con la percha
 sin cesar alejaba de los buques
 al que con fuego abrasador venia,
 y de continuo en horrorosas voces
 al combate á los Griegos animaba.

«¡Ministros de Mavorte (les decia),
 »campeones valientes de la Grecia,
 »dulces amigos! Recordad ahora
 »cuál fué vuestro valor en las batallas
 »hasta este dia. ¿Imagináis acaso
 »que á la espalda teneis otras legiones
 »que pueden ayudaros, ó algun muro
 »más firme que el antiguo y que la vida
 »á todos salve? Ni tenemos cerca
 »torreada ciudad donde podamos
 »acogernos, ni tropas de fresco
 »que alternen con nosotros. En las tierras
 »de los Troyanos fuertes, y á la orilla
 »del mar acorralados, y de Acaya

»estamos léjos. La salud, amigos,
»en los puños está, no en retirarse
»de la batalla.» Dijo; y furibundo
con la terrible percha á todas partes
diligente acudia, y al guerrero
que de Héctor por las voces animado
y agradarle queriendo, se acercaba
con fuego abrasador á los bajeles,
furioso heria con agudo hierro;
y doce campeones sobre el polvo,
de las naves al pié, dejó tendidos.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

Así por esta nave combatian
Aquivos y Troyanos, y Patroclo
al pabellon de Aquiles ya viniera,
y lágrimas ardientes derramaba,
cual fuente cenagosa que cayendo
de altísimo peñasco, en la llanura
vierte las negras ondas. Cuando Aquiles
le vió venir lloroso, del amigo
hubo piedad, y asiéndole la mano,
así le dijo en halagüeñas voces:

«¿Por qué lloras, Patroclo? Como suele
»llorar la niña que en veloz carrera
»á su madre siguiendo ya se cansa,
»y la tira del manto, y la detiene,
»y la mira llorosa, y la suplica
»que en sus brazos la tome; así afligido
»tiernas lágrimas viertes. ¿Anunciarnos
»quieres infausta nueva, ó á mí solo
»ó á todos los Mirmídones? ¿De Phtia
»ha venido tal vez un mensajero
»y tú le oiste solo? Si no miente
»la fama lisonjera, tu buen padre

»Menetio vive aún, y rodeado
 »vive de los Mirmídones Peleo,
 »y solamente si los dos murieran
 »tristes estar debiéramos. ¡O lloras
 »por los Griegos acaso, que perecen
 »al pié de los navíos por su culpa?
 »Habla, nada me ocultes, y el origen
 »sepa yo de esas lágrimas.» Al héroe
 así, tristes suspiros exhalando,
 ¡generoso Patroclo! respondiste:

«¡Ah, hijo de Peleo, y el más fuerte
 »de los Aquivos todos! ¡No mi llanto
 »culpes, amigo! Dolorosa cuita
 »opreme á los Aqueos. Cuantos eran
 »ánates los más valientes, en las naves
 »yacen heridos, quién de flecha aguda,
 »quién de un bote de lanza. Diómédes
 »herido está por arma arrojadiza;
 »con sus lanzas dos Teucros han herido
 »á Agamenon y al esforzado Ulises,
 »y Eurípilo, en el muslo, de saeta
 »herido está. Los médicos atienden
 »á curar sus heridas; y tú, Aquiles,
 »eres inexorable. ¡Oh ¡nunca, nunca,
 »la cólera que tú, valiente solo
 »en daño nuestro, abrigas en el alma
 »se apodere de mí. ¡Quién por tu brazo
 »alguna vez en las sangrientas lides
 »defendido será, si á los Aquivos
 »no libiertas ahora de la muerte?
 »¡Cruel! No fué tu padre el bondadoso
 »Peleo, ni tu madre la divina
 »Tétis: el negro mar de sus abismos
 »te abortó, ó de las rocas escarpadas
 »duras naciste, pues así te muestras

»despiadado. Si temes que se cumpla
 »el vaticinio que tu augusta madre
 »de Jove en nombre te anunció algun día,
 »ú otro nuevo tal vez te ha revelado,
 »á lo ménos á mí concede ahora
 »á campaña salir, y haz que me siga
 »de los otros Mirmidones la hueste
 »por ver si aurora de salud mi diestra
 »es para los Aqueos. Tu armadura
 »me da tambien: acaso, por las armas
 »creyendo los Troyanos ser Aquiles
 »el que en la lid se muestra, los combates
 »suspenderán, y los valientes hijos
 »de la Grecia, que están acobardados,
 »alientos cobrarán; que en las batallas
 »un breve instante de reposo es útil.
 »Y nosotros, que entramos en la liza
 »sin estar fatigados, fácilmente
 »á unas tropas que están ya tan cansadas
 »hasta su capital rechazaremos
 »léjos de los navíos y las tiendas.»

Con este ardor el infeliz rogaba.

¡Ah, necio, necio! en prematura muerte
 bajar del orco á la region oscura
 pedía sin saberlo; mas Aquiles,
 altamente irritado, así le dijo:

«¿Cómo, Patroclo, de tu labio ahora
 »estas voces salieron? Ni mi madre
 »de Jove en nombre me anunció este día
 »nueva calamidad, ni me acobarda
 »la suerte que los Hados me reservan.
 »Pero grave dolor el alma siente,
 »y el corazon, al ver que envanecido
 »un adalid, porque potente sea,
 »á un igual suyo á despojar se atreve

»de la justa porcion que le ha cabido
»por suerte al repartirse los despojos,
»y hasta el premio de honor. Esta mi pena,
»este es mi gran dolor, y esta la causa
»de los muchos pesares que he sufrido.
»La jóven que los hijos de la Grecia
»como premio de honor me destinaron,
»y que yo por mi mano cautivara
»despues de haber tomado y destruido
»bien murada ciudad, de entre los brazos
»me arrancó Agamenon como si fuese
»yo el villano más ruin. Pero olvidemos
»ya lo pasado, ni posible fuera
»siempre abrigar la cólera en el alma.
»A mi justa venganza yo queria
»no renunciar, hasta que á ver llegase
»el bélico tumulto y la pelea
»cerca ya de mis naves.—Tú, Patroclo,
»cúbrete ya de mis brillantes armas,
»y los bravos Mirmídones ahora
»á la lid guía; pues oscura nube
»de Troyanos circunda los bajeles
»con gran fuerza, y los Griegos á la orilla
»del mar se han retirado. Reducidos
»á corto espacio están y de los Teucros
»sobre ellos carga la ciudad entera,
»llena de confianza porque ahora
»no ven de cerca el resplandor brillante
»de mi celada. Pronto, fugitivos,
»de muertos los barrancos llenarian
»si el poderoso Agamenon me hubiese
»honrado cual debiera; mas ahora
»cercado el campo tienen, y atrevidos
»en derredor combaten. Ni en la mano
»le Diomédes el asta se enfurece

»y libra de la muerte á los Aqueos,
»ni ya la voz resuena en mis oídos
»del Atrida, aunque odiosa la persona
»tanto me debe ser. Escucho solo
»de Héctor, el matador de los guerreros,
»el orgulloso grito con que alienta
»á sus legiones que la gran llanura
»atruenan en confusa vocería,
»ufanas por el triunfo que lograron
»sobre los Griegos. Pero tú, Patroclo,
»para salvar las naves acomete
»animoso; no sea que abrasadas
»por los Troyanos en ardiente fuego,
»no podamos volver á nuestros lares.
»Lo que debes hacer escucha ahora;
»y el consejo no olvides, si deseas
»que de honores y gloria los Aquivos
»me colmen todos y la hermosa esclava
»me restituyan, y brillantes dones
»añadan en reparo de la ofensa.
»Cuando ya de las naves alejado
»al enemigo hubieres, te retira;
»y aunque benigno Jove te conceda
»coronarte de gloria, no á los Teucros,
»sin mí tú quieras perseguir, no acaso
»mi deshonor aumentes; ni atrevido,
»el combate siguiendo y la pelea
»y matando enemigos, hasta Troya
»llevés la hueste. Desde el alto cielo
»alguno de los Dioses inmortales
»contra tí bajaría; porque mucho
»Febo á los Teucros ama. Así que hubieres
»los navíos salvado, con mis tropas
»vuelve otra vez, y deja que los Griegos
»y los Troyanos en la gran llanura

estrellas tachonada; y de los hombros colgó el estoque de cortante acero, cuyo luciente puño enriquecían clavos de plata, y el enorme escudo tomó despues. El reluciente casco puso tambien en la cabeza hermosa; y el penacho, que trémulo ondeaba y era de negras crines de caballo, inspiraba terror. Dos gruesas picas asió por fin, que manejar pudiera; pero la grande, y poderosa, y fuerte asta de Aquiles empuñar no quiso; que blandirla ninguno de los Griegos pudiera, y solamente manejarla sabía Aquiles. De robusto fresno cortada fué sobre la enhiesta cumbre del Pelio por Quiron; y éste á Peleo se la cedió despues, para que armado con ella en las batallas diera muerte á los más valerosos adalides.

Mandó luego al auriga Automedonte (que era el amigo á quien despues de Aquiles él más queria, y en la lid sangrienta más que de nadie, al sostener el choque, de él se fiaba) que pusiera pronto al carro los bridones. El auriga obedeció á su voz, y diligente unció bajo del yugo á Janto y Balio, que en correr á los vientos igualaban, del Zéfiro nacidos y la Harpía Podarga, que del mar en la ribera pacia descuidada cuando vista por el Zéfiro fué. Juntó con ellos al ligero Pedaso, que de Teba, la ciudad de Elion, Aquiles trujo

cuando fué por su brazo conquistada,
y aunque nació mortal, veloz seguia
á los otros caballos inmortales.

Y entre tanto, las tiendas recorriendo,
á todos los Mirmídones Aquiles
mandaba que se armasen. Como suelen
los carniceros lobos en el monte
algun venado de ramosas astas
perseguir y matar, su cuerpo todo
despedazando, y en su roja sangre
tiñen las negras bocas, y sedientos
van en cuadrilla á cenagosa fuente,
y con la punta de la lengua solo
lamiendo el agua turbia de la sangre
fétido olor arrojan, y su vientre
se dilata, mas ellos en el pecho
firme el valor conservan; así ahora
de los fieros Mirmídones los Jefes
todos, en derredor del escudero
del primer adalid, apresurados
se reunian. Y en el centro estaba
Aquiles, animando con sus gritos
á los fuertes guerreros que en los carros
debían combatir, y á los peones.

Fueron cincuenta las veloces naves
en que á Troya condujo sus escuadras;
y cincuenta soldados contenia
cada una de ellas, que tambien el remo
sabian manejar; y cinco jefes
escogidos nombró que los guiaran
en la pelea, y el poder supremo
se reservó. De la primer falange
caudillo era Menestio, que vestía
de variado color fuerte coraza,
y á la Deidad que poderosa impera

en el Esperquio, caudaloso rio
que acrecer suelen las celestes lluvias,
debía el ser. La bella Polidora,
nacida de Pelco, festejada
aunque mortal por la Deidad del rio,
le dió á luz; mas pasaba por su padre
Boro, hijo de Periéres, que con ella
se desposara en público y en dote
bienes la dió de inestimable precio.
El segundo escuadron acaudillaba
el aguerrido Eudoro, que engendrado
fué por una soltera, por la hermosa
y tan diestra en la danza Polimela,
de Filante nacida.—Por acaso
Mercurio con sus ojos en las danzas
de Diana, la Diosa que en el monte
hiere certera con la flecha de oro
á las fieras en caza clamorosa,
la vió danzar entre las otras ninfas
el dulce canto acompañando al baile;
y enamorado de ella, en su aposento
la sorprendió. Y cediendo á sus caricias,
hubo de él Polimela al esforzado
Eudoro, que entre todos sus iguales
sobresalia en la veloz carrera,
si el alcance seguía al enemigo,
y en la sangrienta lid. Cuando la Diosa
que á los partos preside al tierno infante
sacó á la luz, y el resplandor inmenso
del sol hirió sus ojos, por esposa
tomó luego á la madre el aguerrido
hijo de Actor, Equeclo; y á su alcázar,
en gran riqueza habiéndola dotado,
la llevó; y el abuelo cariñoso,
el anciano Filante, en su morada

cuidó del nieto hasta la edad madura,
 y tan tierno le amaba cual si fuese
 hijo suyo.—Pisandro, el animoso
 hijo de Mémal, que en vibrar el asta
 á todos los Mirmidones vencía
 no contando de Aquiles al amigo,
 era adalid de la tercer escuadra.
 Por el anciano Fénix, que otro tiempo
 fuera cabalgador tan afamado,
 la cuarta era regida. Alcimedonte,
 de Laerces hijo claro, acaudillaba
 el último escuadron. Cuando sus tropas,
 junto con los valientes capitanes,
 hubo ya puesto en orden de batalla
 el valeroso Aquiles, esta arenga
 dirigió en alta voz á sus guerreros:

«¡Mirmidones! ninguno dé al olvido
 »las amenazas que vosotros todos
 »mientras duró mi cólera á los Teucros
 »haciais. Impacientes, á mí mismo
 »me culpábais así porque á las lides
 »no os conducía.—¡*Aquiles de Peleo!*
 »*¡inflexible! sin duda que tu madre*
 »*te alimentó con hiel. ¡Desapiadado!*
 »*que así malgrado suyo á tus legiones*
 »*detienes en las naves. Á lo ménos*
 »*permite que nosotros á la patria,*
 »*atravesando el mar, volvamos todos;*
 »*pues tan funesta cólera tu pecho*
 »*á dominar llegó.* Tales razones,
 »congregados en junta clamorosa,
 »repetirme soliais. A la vista
 »ya teneis, pues, el hórrido combate
 »que pediais. Marchad: y á los Troyanos
 »con animoso corazon se arroje

»cada cual.» Así el héroe les decía,
y nuevo ardor les infundió en el alma;
y al escuchar la voz de su caudillo,
ellos más estrecharon las hileras.

Como suele de alcázar suntuoso
con bien unidas piedras el obrero
fabricar las paredes que al embate
de los vientos resisten; así estaban
los escudos y cóncavos broqueles.
Un escudo tocaba al otro escudo,
un morrión al otro, y un guerrero
á otro guerrero; y las espesas crines,
que en las altas cimeras relucientes
trémulas ondeaban, en el aire
se confundían. Tan cerradas eran
las filas de soldados: y á su frente
estaban los dos héroes que animosos,
y mucho de la hueste adelantados,
ansiaban pelear, Automedonte
y el ardido Patroclo. En tanto, Aquiles
entró en su tienda, y del arcon hermoso
de cedro que en la nave le pusiera
su madre Tétis, y llenado había
de túnicas y mantos que pudiesen
abrigarle, y tapetes afelpados
para cubrir el lecho, alzó la tapa.
Y una copa sacando primorosa,
en la cual nadie el vino delicioso
todavía gustara, y ni aún Aquiles
á ninguno con ella de los Dioses
las puras libaciones ofrecía
excepto el padre Jove, con azufre
primero la limpió. Después, con agua
cristalina lavándola, sus manos
lavó también; y de oloroso vino

llenándola, y en medio de la hueste
colocado, y del vino las primicias
en tierra derramando, en estas voces,
mirando al cielo, suplicaba humilde
á Júpiter, que atento le escuchaba:

«¡Júpiter soberano, Dodoneo,
»Pelásgico, que habitas el Olimpo,
»y eres el númen tutelar potente
»del país destemplado de Dodona,
»en cuyo bosque silencioso habitan
»los Seles, tus ministros y profetas,
»que en austero vivir, ni la dulzara
»gozan del baño, ni en mullido lecho
»quieren dormir, sino en la dura tierra!
»Si ya otra vez mis ruegos escuchaste,
»y por vengarme á las aquivas huestes
»hiciste tanto mal, tambien ahora
»da que se cumplan mis ardientes votos.
»*Yo quedo en el recinto de las naves,*
»*y á pelear envió mi escudero,*
»*de todos los Mirmídones seguido:*
»*ny tú, Jove tonante, la victoria*
»*con él envía, y en su fuerte pecho*
»*alienta el corazon, para que vea*
»*Héctor si mi escudero, aunque esté solo,*
»*combatir sabe, ó si su fuerte brazo*
»*sólo es capaz de pelear valiente*
»*cuando yo tomo parte en las batallas.*
»*Mas luégo que la guerra y el tumulto*
»*él hubiere alejado de las naves,*
»*vuelva ileso á mi vista, y con las armas*
»*todas y sus valientes compañeros.»*

El padre Jove le escuchó benigno;
mas de su ruego le otorgó una parte,
y la otra le negó. Que de las naos

la guerra y los combates alejara Patroclo, le otorgó; que de la liza volviera ileso, le negó. Y Aquiles, hecha la libacion y al padre Jove habiendo ya sus votos dirigido, á su tienda volvió, y la copa de oro depositó otra vez dentro del arca. Y volviendo á salir, junto á la puerta quedó parado, y deseaba mucho desde aquel puesto la terrible lucha presenciar de los Griegos y Troyanos.

Y los fuertes Mirmídones, siguiendo al valiente Patroclo, caminaban en buena formacion, hasta que cerca de los Teucros llegaron. Y animosos se arrojaron sobre ellos, como suelen acometer furiosas las avispas que cerca de un camino su morada tienen, si los malignos rapazuelos, como lo han de costumbre, las irritan sin conocer que á sí y á muchos otros gran daño causarán. Porque si alguno las alborota sin querer, pasando por el camino, valerosas ellas, volando al inocente pasajero, en ardorosa pertinaz porfia sus hijuelos defienden. Así entónces los valientes Mirmídones saliendo de las naves, cayeron de repente sobre los Teucros, atronando el aire con inmenso clamor; y en altas voces Patroclo así á lidiar los animaba:

«¡Mirmídones de Aquiles compañeros
»el hijo de la Diosa! en este dia
»sed varones, amigos, y acordaos

»del antiguo valor; porque de gloria
 »el más valiente de los Griegos todos
 »que contiene el recinto de las naves
 »(y también son valientes sus escuadras)
 »hoy se cubra, y la falta reconozca
 »el poderoso Agamenon de Atreo
 »que cometió cuando insultó orgulloso
 »al más fuerte de todos los Aquivos.»

Con estas voces infundió á los suyos
 osadía y valor, y como fieras,
 en columna cerrada, al enemigo
 se arrojaron; y en torno repetían
 los bajeles las voces espantosas
 que daban los Aqueos. Los Troyanos,
 cuando al hijo valiente de Menetio
 vieron venir, de relumbrantes armas
 él vestido y también Automedonte,
 perdieron el valor. Y las falanges
 desordenadas ya (porque creían
 que el hijo de Peleo depusiera
 su cólera terrible, y á la gracia
 vuelto de Agamenon, de sus bajeles
 saliera á pelear), y acobardados
 aún los más valerosos campeones,
 en derredor miraban todos ellos
 por donde huir podrían de la muerte.

El primero Patroclo, adonde viera
 que con mayor empeño los Troyanos,
 en numerosa escuadra reunidos,
 por la nave que fuera del valiente
 Protesilao la ardorosa llama
 extender procuraban; de la turba
 lanzó en el medio la brillante pica,
 y en el brazo derecho hirió á Pirécmes.
 que á Troya los Peonios condujera

de Amidon la remota, situada
del Axio caudaloso á las orillas.
El adalid de espalda sobre el polvo
cayó gimiendo, y las legiones todas
de los Peonios que á su lado estaban
se pusieron en fuga; que Patroclo
les inspiró terror, matado habiendo
al capitan que á todos en la guerra
en valor excedia. Así Patroclo
alejó de las naves á los Teucros,
y la llama apagó que consumia
la de Protesilao, que abrasada
la mitad quedó allí. Y hácia sus muros
los Troyanos huyeron presurosos
grande clamor alzando, y los Aquivos
en torno de los cóncavos bajeles
se derramaron con alegres voces.

Como si de las cimas elevadas
del alto monte las oscuras nubes
alza y aleja el fulgurante Jove,
las cumbres todas, prominentes riscos
y selvas se descubren, y en el cielo
brilla azulada la region del éter;
así, cuando los Griegos de sus naves
hubieron alejado al enemigo
y apagado la llama, en alegría
respiraron al fin; mas no por eso
el combate cesaba clamoroso.
Porque no todavía los Troyanos,
por las falanges griegas perseguidos,
en completa derrota se entregaran
á la fuga, la empresa abandonando;
que aún resistian, y con paso lento,
del número oprimidos, se alejaban
de los bajeles. Pero al fin, deshecha

la hueste, los caudillos de los Griegos
mataban, cada cual, de los Troyanos
á un campeón. El hijo valeroso
de Menetio, de todos el primero,
á Areilico, entretanto que volvía
la espalda para huir, hirió en el muslo
con una lanza, y el agudo bronce
el duro hueso le rompió, y en tierra
cayó el Teucro de cara. El belicoso
Menelao también hirió á Toante,
en la parte del pecho que mostraba
por el duro broquel no defendida,
y allí espiró el Troyano. Luégo Méges,
viendo venir á Anficlo, que animoso
acometía, anticipó su tiro,
y en la parte más alta de la pierna,
donde el más grueso músculo se extiende
de cuantos tiene el hombre, con la pica
acertó á darle, y la acerada punta
los nervios desgarró, y oscura sombra
se extendió por los ojos del Troyano.
Antíloco después en el alcance
á Atimnio hirió con aguzada pica
en un ijar y hasta el ijar opuesto
el duro bronce atravesó, y de cara
el adalid cayó; pero su hermano
Máris, airado por su muerte y puesto
delante del cadáver, con su lanza
á Antíloco apuntó. Mas Trasimédes,
que en el valor á los eternos Dioses
mucho se asemejaba, ántes que el Teucro
hubiese herido á Antíloco su pica
arrojó, y en el hombro á que apuntara
hirió al Troyano, y la acerada punta
el brazo superior de los tendones

separó, y hasta el hueso hizo pedazos. Cayó Máris al suelo, y en contorno en ronco ruido retendió la tierra, y de la muerte la tiniebla oscura sus dos ojos cubrió. Y así este día dos hermanos allí fueron vencidos por otros dos hermanos, y sus almas al orco descendieron. Ambos eran de Sarpedon valientes campeones, flechadores famosos, y nacidos de aquel Amisodaro que otro tiempo la Quimera crió, monstruo indomable que privó á muchos hombres de la vida.

Ajax de Oileo, acometiendo bravo, cogió vivo á Cleóbulo, que en tierra cayera atropellado por la turba; pero allí mismo le quitó la vida, hiriéndole en el cuello con la espada. Y el hierro todo con la roja sangre se calentó, y al infeliz los ojos cubrió de negra muerte oscura sombra; que así lo quiso el hado inexorable.

Entretanto, Liconte y Peneleo, habiendo ambos sus astas arrojado y errado ambos el golpe, ya de cerca, puesta mano á la espada, se embestian. Y Liconte, el primero, furibundo golpe dió á su enemigo en la cimera del morrión; mas se rompió la espada junto á la empuñadura, y Peneleo por bajo de la oreja en ancha herida el cuello le rompió. El agudo bronce pasó de parte á parte; y la cabeza, pendiente sólo de la piel, al lado sobre el hombro cayó, y el infelice

así perdió la vida. Meriões,
que en rápida carrera perseguia
á Acamante, en el hombro con su lanza
le hirió cuando á subir iba en el carro,
y cayó el adalid, y oscura niebla
triste se derramó sobre sus ojos.

Á Erimante en la boca Idomeneo
con el hierro cruel hirió; y la pica,
por bajo del cerebro atravesando
la cabeza, rompió los blancos huesos,
y los dientes saltaron, y de sangre,
que por boca y nariz á borbotones
arrojaba, sus ojos se llenaron,
y la nube sombría de la muerte
al Troyano cubrió. Y estos de Grecia
los adalides fueron que mataron,
cada cual, á un caudillo de los Teucros.

Como en el monte los voraces lobos
á los hatos de ovejas ó de cabras,
si ven que del pastor por impericia
vagan errantes en el verde prado,
acometen feroces, y se llevan
el recental, ó el tierno cabritillo
que de vigor carece, y en menudos
trozos le despedazan; así entónces
en impetu furioso los Aqueos
seguian el alcance á los Troyanos,
que ya olvidados del valor antiguo
sólo en huir pensaban á sus muros.

Ajax de Telamon siempre seguia
á Héctor de cerca, y mucho deseaba
herirle con su pica; mas el Teucro,
cual experto adalid, con el escudo
cubiertas las espaldas anchurosas,
el silbo de las flechas observaba

y el ruido de los dardos. Bien veía que al lado de los Griegos la victoria Jove inclinaba ya; pero á la fuga no se entregó cobarde, y á su gente salvar en la derrota procuraba.

Como desde el Olimpo oscura nube, ocultando la bóveda del cielo, viene sobre la tierra, y desaparece la claridad etérea cuando Jove la tempestad envía; así los Teucros, con tristes alaridos de las naves desbandados huyendo, la llanura cubrían, y en desórden la muralla volvieron á pasar, y sus caballos en rápida carrera del combate á Héctor sacaron. Y aunque armado estaba, abandonó la turba de los suyos, á la cual el profundo y ancho foso, mal su grado, en la fuga detenia; y arrastrando los carros los bridones, muchos, roto el timon, dentro del hoyo el carro de su dueño abandonaban.

Entretanto, Patroclo á los Aquivos sin cesar animaba con sus voces, y acabar con la hueste de los Teucros queria; y ellos los caminos todos con espantables gritos atronaban, desde el instante que en desórden puestos la formacion perdieran. Y en el aire remolinos de polvo se extendían debajo de las nubes, y á carrera tendida los caballos hácia Troya de las tiendas volvieron y las naves.

Patroclo adonde via que en desórden mayor huía el escuadron troyano

su carro encaminaba, á los bridones
amenazando fiero; y bajo el eje
de los suyos caian de cabeza
en el polvo los Teucros, y volcaban
con hórrido fragor los grandes carros;
pero de un brinco por el ancho foso
pasaron los caballos inmortales,
y sin igual veloces, que á Peleo
dieran los Dioses, ¡dádiva preciosa!
y mucho ansiaban por correr ligeros.
Y lo que más Patroclo deseaba
era lidiar con Héctor, y matarle;
pero á éste sus caballos corredores
léjos llevaran ya de la pelea.

Como suele en los dias del otoño
hórrida tempestad sobre la tierra
descargar su furor (porque, irritado
Jove contra los hombres que en el foro
fallan inicuos en legal proceso
vendiendo la justicia y de los Dioses
sin temer la venganza, castigarlos
quiere con este azote) y sus riberas
dilatan, con las lluvias acrecidos,
los rios más pequeños, y en los montes
hinchados los torrentes espumosos
se precipitan de la cima al valle
arrastrando consigo las laderas,
y en horrendos bramidos son llevados
á la mar, y devastan las campiñas
que el labrador aró; tales entónces
los caballos de Troya presurosos
corrian, de relinchos lastimeros
poblando el aire. Cuando ya Patroclo
las últimas falanges enemigas
del resto hubo cortado, hácia las naves

á volver otra vez las obligaba,
ni hacía Troya subir las permitía.
Y en vano lo intentarían; que entre el río
cerradas y las naos y la parte
que del muro quedaba, las seguía
por do quiera Patroclo, dando muerte
á muchos campeones en venganza
de los muertos Aquivos. El primero
á quien hirió su lanza poderosa,
en la parte del pecho que mostraba
por el duro broquel no defendida,
fué Pronóo, y en tierra derribado
perdió la vida, y temeroso ruido
hizo al caer. Acometió el segundo
á Téstor, hijo de Énope, que estaba
en el carro sentado y encogido,
y turbado y medroso ya las bridas
soltara de la mano, y desde cerca
le dió un bote de lanza en el carrillo.
Y pasando la punta al otro lado
por medio de los dientes, de la silla
hasta el borde le alzó del antepecho
colgando de la pica. Como suele
sentado el pescador en alto risco
sacar fuera del mar un pez enorme
del anzuelo pendiente y de la cuerda,
así sacó Patroclo de su carro
al adalid pendiente de la pica,
con la boca entreabierta, y desdefioso
en tierra le arrojó. Cayó de cara,
y ya al caer le abandonó la vida.
A Eríalo también, que denodado
hacia él venía, hirió con una piedra
en medio de la frente, y el cerebro,
al rudo golpe, se rajó en pedazos

dentro del reformido capacete;
 y cayendo el Troyano sobre el polvo,
 y en torno de él la muerte derramada,
 allí perdió la vida. Y el estrago
 siguiendo y la matanza, el valeroso
 escudero de Aquiles á Erimante,
 á Anfótero y Epáltes, y al valiente
 Tlepólemo, nacido de Damástor,
 y á Equio, á Pires, á Ifeo y á Evenipo,
 y á Polimelo, esclarecida prole
 de Árges, uno en pos de otro con su lanza
 hirió, y á todos derribó en la arena.

Cuando vió Sarpedon que sus legiones
 á manos de Patroclo perecian,
 en iracundas imperiosas voces
 así gritó á los Licios, que otro tiempo
 en valor á los Dioses igualaban:

«¡Qué deshonor, oh Licios! ¿hácia dónde
 »huís acobardados? ¿Sólo ahora
 »teneis ligeros piés? A ese guerrero
 »yo al encuentro saldré, porque se vea
 »quién es el que de Troya las falanges
 »así destroza vencedor. Estragos
 »horribles hace, y el vital aliento
 »á muchos valerosos campeones
 »ya quitó con su lanza.» Así decia
 Sarpedon, y del carro, sin quitarse
 la armadura, saltó. Cuando Patroclo
 le vió bajar, tambien desde su carro
 de un salto se arrojó sobre la arena.

Como dos buitres que en excelsa roca,
 dando chillidos, con la enorme garra
 y el corvo pico empiezan la pelea;
 así los dos, con espantosas voces
 atronando los aires, á embestirse

en rápida carrera caminaban.

Y el hijo de Saturno, al contemplarlos, hubo de ellos piedad; y así á la esposa y hermana dijo en dolorosas voces:

«¡Triste de mí! Los Hados han dispuesto
»que Sarpedon, de todos los mortales
»el que yo más queria, de Patroclo
»ha de morir á manos, y en el pecho
»entre dos pensamientos dividido
»está mi corazon. No sé si ahora
»de la sangrienta lid yo deberia
»arrebatarle, y conducirle vivo
»al pueblo de la Licia, ó mal mi grado
»habré de permitir que el triste muera
»á manos de Patroclo.» Al padre Jove la augusta Juno respondió enojada:

«¿Qué palabra ha salido de tus labios,
»hijo terrible de Saturno? ¿Quieres
»al que nació mortal, y por la Parca
»fué condenado á perecer, de nuevo
»libertar de la muerte dolorosa?
»Hazlo; pero los otros inmortales
»no el consejo aprobamos. Yo te anuncio
»otro daño mayor, y en la memoria
»grábalo tú. Si á Sarpedon envías
»vivo á su régio alcázar, algun otro
»de los Dioses tambien querrá apiadado
»sacar de la batalla á un hijo suyo;
»que muchos son los hijos de los Dioses
»que peleando están en torno á Troya,
»y si librarlos á sus padres niegas,
»ira terrible excitarás en ellos.
»Pero si mucho Sarpedon te es caro
»y de él tu corazon se compadece,
»deja que á manos de Patroclo muera

»en los campos de Troya; y cuando el alma
 »le abandone y la vida, llama pronto -
 »á la Muerte y al Sueño, y les ordena
 »que á la Licia le lleven y á su alcázar.
 »Y allí, con odoríferos perfumes
 »el cadáver ungido, sus hermanos
 »y sus amigos túmulo soberbio
 »le erigirán, y encima la columna
 »con inscripcion pondrán; que estos honores
 »debidos son á los que ya murieron.»

Siguió Jove el consejo de su esposa,
 y un rocío de sangre sobre el campo
 derramó de batalla; de este modo
 honrar queriendo al hijo que debia
 de Troya en la llanura, y de su patria
 léjos, morir á manos de Patroclo.

Cuando los dos valientes campeones
 cerca estuvieron ya, lanzó el Aquivo
 su pica, y al fogoso Trasimelo,
 escudero del Rey, hirió en el vientre,
 y le quitó la vida. Arrojó airado
 la suya Sarpedon, y aunque á Patroclo
 no logró herir y errado fué su golpe,
 al caballo Pedaso en el brazuelo
 derecho hirió, y el animal bramando
 el aliento exhaló. Cayó en el polvo,
 y de él huyó la vida; y aturdidos
 los otros dos bridones, desasirse
 querian del timon cuando en la arena
 vieron caido al lateral caballo;
 y crujió el yugo, y de los tres las bridas
 se enredaron. Mas pronto Automedonte,
 desnudando la espada cortadora
 que llevaba pendiente, los tirantes
 del caido cortó, ni perezoso

se mostró en el peligro. Enderezados ya los otros bridones, con las riendas los sujetó, y de nuevo se embistieron Patroclo y Sarpedon. Vibró su lanza éste segunda vez, y errado el golpe, por encima del hombro del Aquivo pasó la pica sin herirle; y pronto lanzó él la suya, y por su fuerte diestra no fué en vano arrojada; que en el pecho á Sarpedon hirió, sobre las mismas telas del corazon. Cayó en la arena el campeon de Licia, como suele caer la encina, el álamo frondoso, ó el alto pino, que el obrero corta con aguda segur para que sea mástil de algun navío. Así en el polvo delante de su carro y sus bridones extendido quedó, crujiendo triste, al espirar, los dientes y apretando con la mano la arena ensangrentada. Cual tostado novillo, que de todas las vacas es el defensor valiente, si algun leon en la torada entrando logra matarle, enfurecido brama al espirar en la terrible boca de la fiera; así á manos del Aquivo muriendo Sarpedon, el valeroso capitan de los Licios, indignado suspiraba y gemia, y por su nombre á su primo llamó, y así le dijo:

«¡Amado Glauco! Si en la Licia toda
»siempre fuiste el primero en valentía,
»llegada es la ocasion de que te muestres
»fuerte adalid y campeon ardido.
»Grato hoy te sea el bélico tumulto,

»pues valiente naciste. Presuroso
»las escuadras recorre de los Licios,
»y á los jefes anima de la hueste
»á que todos combatan con denuedo
»de Sarpedon en torno, y mi cadáver
»luégo tú mismo, con la pica en mano,
»defiende valeroso. Tu vergüenza
»y deshonor por siempre durarian
»si en esta gran batalla de las naves
»muriendo yo, de las brillantes armas
»me despojasen los Aquivos. Firme
»pelea tú, y á los demas anima.»

Al decir estas últimas palabras cubrió sus ojos el oscuro manto de la muerte, y su rostro; y en el pechc fijando el pié, la poderosa lanza sacó Patroclo, y con el hierro unido venía el corazon, y al mismo tiempo salió del cuerpo la acerada punta y el alma del guerrero. A sus caballos, que anhelaban fogosos y querian ponerse en fuga cuando ya vacío vieron el carro y á sus dos Señores ya sin vida, allí mismo los donceles de Aquiles detuvieron. Las palabras de Sarpedon al escuchar, á Glauco grave dolor oscureció la mente y afligió el corazon, pues no podia defender el cadáver, é iracundo con la siniestra mano se apretaba el brazo que le hirió con su saeta en la muralla Teucro, cuando ardido él queria asaltarla, y el Aqueo á los suyos valiente defendia. **Asiendo, pues, el dolorido brazo,**

así rogaba al Flechador Apolo:

«¡Soberana Deidad! Oye mi ruego,
 »ya estás ahora en la opulenta Licia,
 »ya dentro de Ilion; que tú bien puedes
 »desde cualquiera parte los clamores
 »oír de un afligido, como ahora
 »yo lo estoy altamente. Porque tengo
 »una profunda herida, y me traspasan
 »esta mano agudísimos dolores
 »que hasta el hombro me llegan, y la sangre
 »no cesa de correr. Así, la pica
 »no puedo sostener, ni en la batalla
 »lidiar con los Aquivos. Y postrado
 »y muerto yace el campeón más fuerte,
 »Sarpedon, hijo del Saturnio Jove:
 »¡cruel Deidad, que ni á su propia sangre
 »defender quiso! Pero tú la herida
 »me cura, oh Febo, y los dolores calma,
 »¡é inspírame valor para que anime
 »con mi voz á los Licios, y valiente
 »el cadáver defienda con mi lanza.»

Oyóle el claro Febo, y los dolores
 todos calmó, y la sangre que corria
 de la herida secando, aliento y brío
 en su ánimo infundió. Sintiólo Glauco,
 y alto consuelo tuvo al ver que pronto
 la gran Deidad sus votos escuchara.
 Y sus legiones recorriendo todas,
 en resonante voz á los caudillos
 animó de los Licios el cadáver
 á defender de Sarpedon, y luégo
 en rápida carrera á las escuadras
 marchó de los Troyanos, y en sus filas
 buscó á Polidamante, al fuerte Enéas,
 al ardido Agenor, y al valeroso

Héctor también. Y habiéndolos hallado,
exclamó triste en agitadas voces:

«¡Héctor! ¿Y de los Reyes auxiliares
»así te olvidas que por causa tuya,
»léjos de sus amigos y su patria,
»aquí pierden la vida, y ni el auxilio
»les prestas de tu brazo? Muerto yace
»Sarpedon, el caudillo valeroso
»de los Licios, el que ántes gobernaba
»en justicia y en paz el dilatado
»imperio de la Licia, y con su diestra
»la defendió. Por mano de Patroclo
»le mató el férreo Marte con su pica.
»¡Amigos! acudid á su defensa,
»y en cólera se inflamen vuestras almas;
»no acaso los Mirmídones le quiten
»la armadura, é insulten al cadáver,
»para vengar la muerte de los héroes
»que al pié de los navíos les matamos
»con nuestras lanzas.» Glauco así decía,
y agudo pasador de amargo duelo
el pecho atravesó de los Troyanos,
porque un varon muriera que de todos
era el antemural, aunque extranjero,
y escuadra le seguía numerosa
de valiente soldados, y en las lides
en valor él á todos excedía.

Así, llenos de ardor, contra los Griegos
marcharon todos; y Héctor los guiaba,
altamente ensañado por la muerte
de Sarpedon: y en tanto á los Aquivos
en ardorosas voces animaba
el escudero del valiente Aquiles.
Y con los dos Ayaces, que animosos
seguían peleando, los primeros

habló y les dijo: «¡Ayaces! si hasta ahora
»habeis en el valor sobresalido
»entre todos los Griegos, este dia
»tal, ó mayor, vuestra pujanza sea,
»y á los Troyanos rechazad. Postrado
»yace el caudillo que asaltó el primero
»nuestra muralla, Sarpedon. ¡Amigos,
»si nosotros pudiésemos ahora
»tomando su cadáver, insultarle,
»y la rica armadura de los hombros
»arrancarle, y alguno de los suyos,
»que defenderle osara, á nuestras manos
»pereciera tambien...!» Así decia;
pero, sin que él hablara, los Ayaces
acabar con los Teucros deseaban.

Despues que á sus legiones arengado
los Troyanos hubieron y los Licios
y tambien los Mirmídones y Aqueos,
dando horrorosas voces, á las manos
vinieron animosas las escuadras,
y en torno combatian del cadáver
de Sarpedon. Y en espantoso ruido
recrujieron las férreas armaduras
de los guerreros, y funesta noche
Jove extendió en el campo de batalla,
porque horrendo el estrago en la pelea
fuese que comenzaba por el cuerpo
de su hijo. Los primeros los Troyanos
lograron retirar á los Aquivos,
porque herido de muerte fué un guerrero
no por el más cobarde reputado
de todos los Mirmídones, el fuerte
Epigeo de Agáculos, que otro tiempo
la ciudad populosa gobernara
de Budeo. Y habiendo de la vida

á un su deudo privado, y suplicante
 al palacio venido de Peleo
 y de la blanca Tétis, con Aquiles
 á Troya le enviaron. Al cadáver
 de Sarpedon entónces el primero
 éste puso la mano; mas al verle
 Héctor, con una piedra en la cabeza
 le hirió, y dentro del yelmo en dos mitades
 dividida quedó. Cayó de cara
 sobre el cadáver, y la negra muerte
 le cercó en torno de tiniebla oscura.

Afligido Patroclo, moribundo
 al ver en tierra al infeliz amigo,
 atravesando las primeras filas,
 marchó derecho á los Troyanos. Como
 alguna vez el gabilan ligero
 persigue á las bandadas de los grajos,
 ó de los estorninos; tal entónces
 ibas, noble Patroclo, furibundo
 tú contra los Troyanos y los Licios,
 porque inflamado el corazón tenías
 en ira por la muerte de Epigeo.
 Con una piedra, pues, hirió en la nuca
 á Estenelao, el hijo valeroso
 del anciano Iteménes, y con ella
 el cuello le rompió. Retrocedieron
 los Troyanos al verle, y el famoso
 Héctor también. Cuanto alcanzar el tiro
 suele de luenga pica si lanzada
 es con empuje por algun valiente,
 ó ya sea en los juegos, ó en las lides
 contra los enemigos; tanto ahora
 retrocedieron los Troyanos todos,
 y tanto les siguieron el alcance
 los Aquivos. Mas Glauco fué el primero

que volviendo la cara dió la muerte al valiente Baticles, el nacido de Calcon. Habitaba este guerrero en Hélade, y en mucho aventajaba en tesoros y haciendas á los otros Mirmídones; y Glauco, de repente volviéndose hácia él cuando en la fuga ardiente le seguía y de alcanzarle estaba cerca ya, le hirió en el pecho con su lanza. Cayó sobre la arena, y en ronco ruido resonó en contorno la tierra, y de dolor espesa nube oscureció los ojos de los Griegos, porque un valiente capitán cayera; pero mucho los Teucros se alegraron, y en derredor de Glauco reunidos hicieron alto. Entónces los Aqueos del antiguo valor no se olvidaban; que llenos de furor acometían. Y el primero de todos, Meriónes á un adalid mató de los Troyanos, Laógono llamado, hijo valiente de Onetor, el antiguo sacerdote de Júpiter Ideo, y venerado por todo el pueblo á igual de las Deidades. Bajo de la mejilla y de la oreja le hirió el Aquivo, y afligida el alma el cuerpo abandonó, y oscura sombra le cercó en derredor. Despues Enéas á Meriónes lanzó su herrada pica, esperando por bajo del escudo, que sobre la cabeza levantado llevaba, herirle; pero vió el Aquivo venir la pica, y evitó su golpe bajándose inclinado hácia adelante.

Y el asta por detras sobre la tierra
 cayendo se clavó, y el otro extremo
 estuvo retemblando todavía.
 hasta que al fin perdió la fuerza toda
 el poderoso hierro. Cuando Enéas
 vió que la pica de su fuerte mano
 volara inútilmente y en la tierra
 quedara fija, se indignó, y al Griego,
 esforzando la voz, así decia:

«¡Meriõeses! por más que ejercitado
 »en batallas estés, mi poderosa
 »lanza por siempre de la lid sangrienta
 »alejado te habria, si alcanzarte
 »hubiera yo logrado.» Y Meriõeses
 así le respondió: «Dificil mucho
 »es que tú, aunque valiente hayas nacido,
 »quites la vida á los guerreros todos
 »que contigo batallan en las lides;
 »tambien tú eres mortal. Y si yo ahora
 »herirte logro con mi aguda lanza
 »en medio el corazon, por más que seas
 »esforzado adalid, y de tu brazo
 »confies en la fuerza, á mí alta gloria
 »pronto darias, y á Pluton el alma.»

Pero el hijo animoso de Menetio
 al escucharle se indignó, y le dijo:

«¡Por qué tú, Meriõeses, si te precias
 »de valiente, en inútiles discursos
 »pierdes el tiempo? ¡Amigo! Con injurias
 »no haremos que abandonen los Troyanos
 »el cadáver; es fuerza que primero
 »alguno caiga en tierra. Las batallas
 »se ganan con los puños; en las juntas
 »vienen bien las arengas. Así, ahora
 »no más razones haya; á la pelea.»

Dijo, marchó el primero, y Meríones,
igual á una Deidad, siguió sus pasos.

Como en el monte caen las encinas
con fragor estruendoso cuando el hacha
del leñador las corta, y á lo léjos
Eco repite el espantable ruido;
así entónces, heridos los escudos
por las espadas y cortantes picas,
estrépito espantoso resonaba
en la inmensa llanura. Y ninguno hombre,
por perspicaz que fuese, ya el cadáver
de Sarpedon reconocer podria;
tan cubierto de lanzas, y afeado
con la cuajada sangre y con el polvo,
estaba de los piés á la cabeza;
y en derredor los Griegos y Troyanos
lidiaban. Como suele en los rediles
en torno de los tarros de la leche
zumar de moscas numeroso enjambre,
cuando ya llega la estacion florida
y ordeñan el ganado; así los Griegos
y Troyanos en torno del cadáver
estaban en espeso remolino.

En tanto Jove, que jamás los ojos
apartaba del campo de batalla
y fijos en las haces los tenía,
meditaba solícito en su pecho
sobre la muerte de Patroclo; y mucho
en su ánimo dudaba si ya entónces,
allí de Sarpedon sobre el cadáver,
Héctor le mataria con su lanza
y de sus hombros luégo la armadura
le quitaria, ó si mayor estrago
él haria en los Teucros. Estas dudas
la Deidad en su mente revolvía,

**y al fin le pareció más acertado
que el amigo de Aquiles á los Teucros
y á Héctor segunda vez hácia los muros
de Troya retirase, y que la muerte
á muchos otros diera; y el primero
en Héctor infundió la cobardía.**

**Subió el héroe en su carro y á la fuga
tímido se entregó, y á sus legiones
todas mandó que huyesen; porque viera
que Jove sus balanzas inclinaba
en favor de los Griegos. Ni los Licios,
aunque valientes eran, por más tiempo
osaron resistir; que en fuga todos
se pusieron, y al Rey abandonaron.**

**Y herido el corazon, muerto yacia
entre muchos cadáveres; que muchos
en torno de él cayeron cuando Jove
allí encendió la lid asoladora.**

**A Sarpedon las armas relucientes
de finísimo bronce fabricadas
de los hombros quitaron los Aquivos,
y el hijo valeroso de Menetio
á su gente las dió porque á las naves
las llevaran; y á Febo el padre Jove
así dijo en palabras voladoras:**

«Marcha tú, amado Febo, y el cadáver
»saca de Sarpedon de entre las flechas,
»y llevado del rio á la corriente,
»lávale allí. Despues con ambrosía
»úngele dulce y de inmortal ropaje
»le viste, y á la Muerte se le entrega
»y á su hermano mellizo el dulce Sueño,
»para que le acompañen y le lleven
»en rápida carrera al poderoso
»reino de la ancha Licia, y sus hermanos

»y deudos le sepulten y erigido
 »un túmulo soberbio la columna
 »pongan con inscripcion; que estos honores
 »debidos son á los que ya murieron.»

Así dijo; y Apolo, de su padre
 obediente al mandato, de los montes
 bajó del Ida al campo de batalla.
 Y á Sarpedon sacando de los tiros,
 muy léjos le llevó; y en la corriente
 lavándole del rio; ungióle luégo,
 con ambrosía, y de inmortal ropaje
 vistió el cadáver frio y á la Muerte
 y al Sueño le entregó. Veloces ambos
 á las vastas llanuras de la Licia
 le condujeron, y en su regio alcázar
 para que le enterrasen le dejaron.

Entre tanto, Patroclo á los bridones
 y á Automedonte á caminar ligeros
 con su voz agujaba, y á los Licios
 y Teucros perseguia; pero ahora
 grande error cometió. ¡Necio! si hubiera
 el mandato del hijo de Peleo
 fiel observado, de la triste Parca
 libertado se hubiera. Pero siempre
 los consejos de Jove superiores
 á los del hombre son; que veces muchas
 al guerrero acobarda más ardido,
 y fácil la victoria de las manos
 le arrebató, despues que á los combates
 él mismo le envió. Y así á Patroclo
 dentro del alma entónces mucho brío
 infundió, porque ardiente pelease.

¡Quién, infeliz Patroclo, fué el primero
 y el último á quien vida y armadura
 quitaste tú, cuando á la negra muerte

los Dioses te llamaban? Fué el primero Adrasto, y Autonoo, Périmo, el hijo de Mégas, Melanipo, el fuerte Elato, Equeclo, Epístor, Mulio, le siguieron, y el postrero de todos fué Pilártes.

A estos mató, y los otros en la fuga, despavoridos, la salud buscaban.

Y aquel dia los hijos de los Griegos la opulenta ciudad de los Troyanos por las manos tomaran de Patroclo, que de su escuadra adelantado mucho cual furia del averno combatia, si de Ilíon sobre la excelsa torre

Apolo no se hubiese colocado para mal de Patroclo, y á los Teucros para de allí ayudar. Hasta tres veces, apoyado en el codo, á la muralla subió el héroe, y tres veces derribado fué por Apolo; que el luciente escudo hiriendo con sus manos inmortales, le hizo bajar. Y cuando ya la cuarta acometió furioso cual si fuese una Deidad, el Flechador Apolo en triste voz le amenazó, y le dijo:

«¡Retírate, Patroclo! que los Hados no á tu lanza conceden que de Troya »rinda los altos muros, ni tampoco »á la de Aquiles, que en pujanza y brío »mucho á tí se aventaja.» Así decia; y Patroclo, á su voz retrocediendo, no poco se alejó, porque temia del Flechador Apolo la venganza.

Héctor en tanto hacía la puerta Escea estaba con su carro y sus bridones, mucho dudando si volver debia

á la pelea, ó á la hueste toda
mandar que se acogiese á la muralla.
En tanto que así estaba irresoluto,
Febo se le acercó, rostro y figura.
tomado habiendo del valiente jóven
Asio, hijo de Dimante, que habitaba
en Frigia del Sangario en la ribera
y era de Hécuba hermano. La figura
habiendo, pues, tomado de este jóven,
así le dijo Apolo: «¡Héctor valiente!
»¿por qué de la pelea te retiras?
»No te está bien. Si cuanto me aventajas
»á mí tú en el valor yo te excediera
»á tí, pronto verias cuán funesto
»hoy era para tí de la batalla
»haberte retirado. Marcha ahora,
»y en busca de Patroclo tus bridones
»encamina. ¿Quién sabe si la muerte
»darle conseguirás, y el claro Apolo
»esta gloria te tiene reservada?»

Así Febo decia, y en la turba
á ocultarse marchó de los Troyanos;
y Héctor á Cebríon que los bridones
con el sonoro látigo aguijase
mandó. Y en tanto Febo, entre las filas
oculto ya, descomunal batalla
suscitó, á los Aquivos dolorosa,
á Héctor y á su falange nuevos triunfos
facilitando. A los demas Aqueos
Héctor dejaba y ni matar queria,
y en busca de Patroclo sus bridones
dirigia veloz. Cuando el Aquivo
cerca de sí le vió, saltó del carro,
y en la mano siniestra la alta pica
empuñada teniendo, con la diestra

un enorme peñasco alzó del suelo, cándido, puntiagudo, que la mano llenaba toda: y la robusta planta afirmando en la tierra, con inmenso empuje le arrojó. No tardó mucho en alcanzar con él á un combatiente, mí en vano le arrojó; que al escudero de Héctor, á Cebrion, hijo bastardo de Príamo, que el carro gobernaba, en medio de la frente con la piedra herir logró, y entrambos sobrecejos la piedra hizo pedazos; ni al impulso el hueso resistió. Sobre la silla á los piés del Troyano sus dos ojos cayeron; y él, como ligero buzo que se arroja á la mar, cayó del carro y el alma huyó del cuerpo. Y tú, Patroclo, viéndole así caer, para insultarle en amargas razones le dijiste:

«Por mi vida, que es ágil el Troyano.
 »¡Cómo salta á lo buzo! Si estuviera
 »dentro del mar pescando, fácilmente
 »saltara de la nave, aunque las olas
 »en hórrida borrasca enfurecidas
 »estuviesen; y pesca para muchos
 »sacaría, debajo de las peñas
 »ostras buscando: tal ha sido ahora
 »la mucha ligereza con que al suelo
 »desde su carro se arrojó. Parece
 »que también tienen buzos los Troyanos.»

Así dijo, y en rápida carrera á Cebrion se arrojó como se arroja el furioso leon á los establos, y los despuebla, hasta que herido cae de aguda flecha y su valor le pierde.

Así entónces, Patroclo, tú saltabas,
respirando furor, sobre el Troyano.
Y Héctor saltó tambien sobre la arena
desde el carro, y en torno del cadáver
de Cebrión entrambos peleaban
cual dos leones que en las altas cumbres
de un monte, hambrientos ambos, furibundos
pelean por el ciervo que ha matado
el uno de los dos. Así furiosos
los dos esclarecidos campeones,
el valiente Patroclo y el ardido
Héctor, de Cebrión por el cadáver
combatian, y mucho deseaban
el uno al otro con agudo bronce
herirse. Y Héctor, la cabeza asido
habiendo del cadáver, la tenía,
y Patroclo los piés, y los restantes
Aquivos y Troyanos la batalla
entre tanto seguian clamorosa.

Como el Euro y el Noto embravecidos
combaten entre sí, la selva umbría
que del monte corona las alturas
agitando; y las hayas, y los fresnos,
y frondosos cornejos, de contino
con sus ramas se azotan uno al otro
en inmenso ruido, y al romperse
dan chasquidos horrendos; así entónces
Aquivos y Troyanos se mataban
en repetido encuentro, y ya ninguno
á la fuga cobarde se acogia.
Y en torno á Cebrión sobre la tierra
muchas lanzas agudas se clavaron
y voladoras flechas que saltaban
de los arcos, y muchos y muy grandes
peñascos los escudos deshicieron

de los Teucros y Aquivos que en contorno
peleaban, y el mísero yacía
de polvo en un oscuro remolino.
Y siendo agigantado en la estatura,
largo trecho ocupaba de la tierra,
y para siempre ya la gran pericia
en manejar bridones olvidara.

Miéntras el sol á la mitad del cielo
áun no habia llegado, en ambas haces
los astiles volaban, y caian
los combatientes. Cuando ya al ocaso
el sol se encaminaba presuroso,
contra los que los Hados dispusieran
venecedores quedaron los Aqueos;
y á Cebrión sacaron de los tiros
y el bélico tumulto, y la armadura
de los hombros al fin le desataron.
Patroclo entónces, cual rabiosa furia,
de nuevo á los Troyanos por tres veces
acometió, á Mavorte parecido,
horribles voces dando, y con su lanza
en cada vez á nueve campeones
por tierra derribó. Cuando ya ciego
de furor, cuarta vez acometiste,
entónces, oh Patroclo, de tu muerte
el momento fatal ya se acercaba;
porque Febo á encontrarse en la pelea
salió contigo, y verle no podias.
De oscurísima niebla rodeado
venía el Dios, y á sus espaldas puesto,
le hirió de plano con su fuerte diestra
en los riñones y anchurosos hombros,
y en repentinos vértigos del héroe
los ojos se turbaron. En el suelo
le derribó despues de la cabeza

Apolo el yelmo, que rodando vino,
con hórrido fragor, de los caballos
á los piés, y en el polvo y en la sangre
manchadas fueron las hermosas crines
del penacho, que nunca hasta este dia
fuera dado manchar miéntas el yelmo
de un valiente caudillo la cabeza
y la gallarda frente defendia,
de Aquiles. Pero Júpiter entónces
á Héctor queria la funesta gloria
otorgar de que puesto le llevase,
porque tambien el mísero tenía
ya cercana la muerte. Entre las manos
la pica de Patroclo, poderosa,
y larga, y muy pesada, y guarnecida
de agudo hierro, se rompió; y del hombro,
roto ya el correon, sobre la arena
cayó el ingente escudo, y la coraza
de Jove el hijo, el soberano Febo,
le desató. Calamidad tan grande
le quitó la razon, perdió las fuerzas
y atónito paróse. Y por la espalda,
entre los hombros, con aguda pica
un Troyano le hirió llamado Euforbo,
hijo de Pantoó, que á sus iguales,
en manejar la pica con destreza,
en dirigir de un carro los bridones,
y en los ligeros piés aventajaba;
pues la primera vez que con su carro
para aprender el arte de la guerra
se presentó en la lid, veinte guerreros
derribó de los suyos. Este ahora
fué el que primero contra tí su lanza
vibró, ¡noble Patroclo! aunque matarte
no consiguió. Y corriendo apresurado

atras se retiró, y en las hileras se ocultó de los suyos, de tu cuerpo ántes sacando la robusta lanza de duro fresno; ni osadía tuvo para esperar de frente á su enemigo, aunque ya le veia desarmado.

Abatido Patroclo con el golpe que recibió del Dios, y con la herida que le hiciera el Troyano, hácia la escuadra empezó á retirarse de los Griegos por evitar la muerte. Mas apénas Héctor vió que el magánimo Patroclo atras se retiraba, y que ya herido de aguda lanza fuera, atravesando las filas corrió á él, y en medio el vientre desde cerca clavándole su pica, y al otro lado con pujanza mucha haciéndola pasar, le hirió de muerte. Cayó en el suelo, retembló la tierra con espantable ruido, y los Aqueos todos cayeron en dolor profundo. Como tal vez, del monte en las alturas, un valeroso jabalí peleá con un leon por el raudal escaso de pobre fuentecilla, porque quieren ambos beber; y de arrogancia llenos los dos combaten, y el leon estrecha al jabalí en la lucha, y superiores siendo sus fuerzas, aunque más resista y áneloso respire fatigado el cerdoso animal, por fin le mata; Héctor así á Patroclo, que en su hueste hiciera tal estrago, hirió de cerca con su lanzon, y le quitó la vida.

Y con el alto triunfo envanecido,
así le hablaba en orgullosas voces:

«¡Ah, Patroclo! sin duda tú creías
»nuestra ciudad rendir, y las mujeres
»de Troya por esclavas á la Grecia
»en las naves llevar. ¡Necio! Ya has visto
»que de Héctor los caballos corredores
»vuelan á las batallas animosos
»por defenderlas, y que yo en el arte
»de manejar la pica sobresalgo
»entre todos los Teucros, y valiente
»alejo de ellos el funesto día
»de esclavitud; pero tu cuerpo ahora
»aquí voraces comerán los buitres.
»¡Infeliz! que ni Aquiles, aunque sea
»tan valeroso, defenderte pudo.
»Él, sin duda, quedándose en las naos,
»en imperiosas voces te diría
»cuando en la lid sangrienta te enviaba
»á combatir por él: *A mi presencia*
»*no vuelvas, oh Patroclo generoso,*
»*ni á las aquivas naos, sin que de Héctor,*
»*el campeón temido, la coraza*
»*hayas sobre su pecho desgarrado*
»*teñida en sangre.* En semejantes voces
»Aquiles te hablaría, é imprudente
»tú le has creído.» En lánguidos acentos
así, noble Patroclo, respondiste:

¡Héctor! ya puedes gloriarte ufano
»de que Jove y Apolo la victoria
»te han dado, y fácilmente me han vencido;
»poque ellos por su mano de los hombros
»me quitaron las armas: que si veinte
»guerreros como tú conmigo hubieran

»batallado, los veinte perecido
 »habrían aquí todos, por mi lanza
 »derrribados en tierra. A mí la vida
 »Apolo me ha quitado, y mi destino:
 »Euforbo entre los hombres el segundo
 »me ha herido, y tú el tercero me acabaste,
 »ya de mis armas dueño. Mas entiende,
 »y grábalo en el alma, que tú mismo
 »no ya por largo tiempo de la vida
 »el camino andarás; porque ya cerca
 »y á tu lado la muerte, y de la Parca
 »tienes la sombra inexorable, y pronto
 »á manos morirás del valeroso
 »nieto de Eäco, el sin igual Aquiles.»

Al decir estas últimas palabras,
 en derredor oscuridad eterna
 de muerte le cercó. Y abandonando
 su cuerpo el alma, en vagaroso vuelo
 al averno bajó, su triste suerte
 llorando y su perdida valentía
 y tierna juventud; y Héctor le dijo,
 aunque muerto le via, estas razones:

«¿Porqué, Patroclo, en vaticinio triste
 »tú la muerte me anuncias desgraciada?
 »¿Quién sabe si ántes por mi lanza herido
 »Aquiles, hijo de la Diosa Tétis,
 »la vida perderá?» De esta manera
 habiendo hablado, y la robusta planta
 fijando sobre el pecho de Patroclo,
 sacó su aguda lanza de la herida,
 y al sacarla trayéndose el cadáver,
 tendido luego le dejó en la arena.
 Y armado con la pica, á Automedonte
 en rápida carrera y orgulloso

se encaminó; que mucho deseaba matarle. Pero pronto los veloces inmortales caballos, que á Peleo en otro tiempo dieran las Deidades, le sacaron del campo de batalla.

LIBRO DECIMOSÉTIMO.

No se ocultó al valiente Menelao
que Patroclo muriera en la pelea
á manos de los Teucros; y las filas
atravesando, del arnes bruñido
todo cubierto, en torno del cadáver
corria defendiéndole. Cual suele
solicita correr del becerrillo
en derredor la vaca primeriza,
que todavía del amor materno
áun no sintiera el aguijon penoso,
y da tiernos mujidos; así triste
en torno de Patroclo Menelao
corriendo, con su escudo y con su lanza
le defendia, y en ardiente anhelo
deseaba matar al que viniese
á despojarle. Y el troyano Euforbo
no se olvidó, cuando le vió caido,
de acudir á quitarle la armadura
que áun le quedaba, y á su lado puesto,
así dijo al valiente Menelao:

«¡Oh hijo de Atreo, y del potente Jove
»alumno, y adalid de los Aquivos!

»te retira, el cadáver abandona,
 »y déjame quitarle la armadura
 »en sangre tinta. De los Teucros todos,
 »y auxiliares, ninguno con su lanza
 »antes que yo le hirió. Deja, te digo,
 »que yo lleve sus armas por trofeo
 »y á los Teucros las muestre, y me corone
 »de inmensa gloria. Teme que mi lanza
 »aquí te arroje, y de la dulce vida
 »tambien te prive á tí.» Y en ira ardiendo,
 así dijo el valiente Menelao:

«¿Y será, oh padre Jove, decoroso
 »que tanto se glorie envanecido
 »este Troyano? La rabiosa furia
 »de la pantera, del leon airado,
 »del jabalí feroz, en cuyo pecho
 »arde en furor el corazon valiente,
 »al orgullo no iguala é insolencia
 »de los hijos de Panto. ¿Te olvidaste
 »acaso ya de que á tu mismo hermano,
 »el fuerte Hiperenor, sirvió de poco
 »su juventud, cuando arrogante y fiero
 »me insultaba, y el bote de mi pica
 »osó esperar, y en orgullosas voces
 »decia que entre todos los Aquivos
 »era yo el más cobarde? Pues no creo
 »que él haya vuelto vivo á su morada,
 »á alegrar á su esposa y á sus padres.
 »Y á tí tambien te quitaré la vida
 »si hacerme frente osares. Te aconsejo
 »que te retires y á tu escuadra vuelvas,
 »y no conmigo en desigual batalla
 »entres ahora. A tu salud atiende
 »mientras ileso estás; que recibido
 »el daño, hasta los necios escarmientan.»

Así dijo el Atrida, y sus razones
 no á Euforbo persuadieron; que ostinado
 replicó todavía: «Ya es llegada
 »la ocasion, orgulloso, de que ahora
 »pagues la muerte de mi dulce hermano,
 »de que te jactas necio. Tú dejaste
 »en viudez á su esposa, y entregada
 »al lloro en el palacio que el esposo
 »de nuevo fabricara, y tú sumiste
 »á nuestros padres en tristeza y luto;
 »pero de éstos y aquella los pesares
 »acabarian hoy, si yo pudiese
 »tu cabeza y tus armas por trofeo
 »llevar, y presentárselas á Panto
 »y á la gallarda Fróntis. No más tregua
 »á la batalla demos; quién valiente
 »de los dos, ó cobarde, haya nacido,
 »las armas lo dirán en la pelea.»

Así dijo, y al Griego una lanzada
 dió en el escudo plano; mas el bronce
 romper no pudo, y se torció la punta
 en el duro broquel. Su larga pica
 vibró segundo el fuerte Menelao,
 y cuando Euforbo, sin volver el rostro,
 retrocedia, le clavó la punta
 en el pecho á raíz de la garganta,
 y empujó firme con la fuerte diestra;
 y atravesando el delicado cuello,
 sobre la nuca apareció la pica.
 Cayó el Troyano, retembló la tierra
 en derredor, y temeroso ruido
 sobre él hicieron al caer las armas;
 y enrojció la sangre sus cabellos,
 que con los de las Gracias competian,
 y los rizos que de oro reluciente

y de plata en sortijas recogidos
tenía entónces. Cual frondosa oliva,
que plantó el labrador en solitario
terreno por las aguas abundantes
regado de un arroyo, hermosa crece
y de altísimas ramas se corona
que los céfiros blandos con su aliento
mecen süaves, y de blancas flores
se cubre en primavera; pero viene
impetuosa ráfaga de viento
rápidamente, y de raíz la arranca,
y la tiende en el suelo; tal entónces
al valeroso Euforbo, aunque sabía
diestro blandir su lanza, Menelao
derribó en tierra. Y viéndole cadáver,
ya empezaba á quitarle la armadura.

Como el fiero leon sale del monte
en que nació y se arroja á la vacada
que en el valle sombrío está paciendo,
y acomete rabioso, y la ternera
arrebata mejor, y entre los dientes
llevándola terribles, furibundo
rompe su cuello, y las entrañas todás
devora impío, y de su sangre bebe,
y el cuerpo despedaza; y los mastines
y los pastores en contorno mucho
gritan, pero de léjos, ni se atreven
á salir á la fiera, porque todos
de espanto y de temor sobrecogidos
están; así tambien de los Troyanos
ninguno osaba, aunque valor tuviese,
acometer al poderoso Atrida.
Y fácilmente de las ricas armas
el cadáver de Euforbo despojado
hubiera entónces, si envidioso Febo

no le hubiese privado de esta gloria.
 Mas la Deidad, en todo asemejada
 á Mentes, de los Cicones caudillo,
 á Héctor á combatir con el Aqueo
 así animó con imperiosas voces:

«¡Héctor! tú vas siguiendo á los caballos
 »del hijo valeroso de Peleo
 »sin poder alcanzarlos, y difícil
 »á los mortales fuera bajo el yugo
 »de la carroza uncirlos; solo Aquiles,
 »hijo de Tétis, domeñarlos puede.
 »Y en tanto, el belicoso hijo de Atreo,
 »Menelao, el cadáver de Patroclo
 »defendiendo animoso, ha dado muerte
 »á uno de los mejores adalides
 »de los Troyanos, al valiente Euforbo,
 »y ha puesto fin á sus hazañas.» Dijo,
 y á la escuadra volvió de los Troyanos.

Grave dolor oscureció la mente
 de Héctor al escucharle, y por las filas
 en derredor mirando, no muy léjos
 vió el cadáver de Euforbo, que en la arena
 derribado yacia, mucha sangre
 de la herida vertiendo, y al Aquivo
 que la rica armadura de los hombros
 ya le quitaba. Y la primer hilera
 atravesando el héroe, con su escudo
 cubierto, daba horrendos alaridos,
 semejante á llama inextinguible
 que de Vulcano en las cavernas arde.
 Oyó de Héctor las voces Menelao,
 y exhalando un suspiro, estas razones
 á su valiente corazón decía:

«¡Triste de mí! Si las brillantes armas
 »del hijo de Peleo y el cadáver

»de Patroclo abandono, que la vida
 »por vengarme perdió, temo que alguno
 »de los Aquivos, viéndolo, me acuse
 »de ingratitud. Pero, si estando solo,
 »con Héctor yo peleo y los Troyanos,
 »porque no me motejen de cobarde,
 »temo tambien que en derredor me cerquen,
 »siendo tan numerosos; que á este sitio
 »Héctor conduce sus escuadras todas.
 »Mas, ¿á qué fin en importunas voces
 »triste mi corazon habla consigo?
 »Cuando á pesar de las Deidades quiere
 »el hombre combatir con un guerrero
 »á quien Jove defiende; rueda pronto
 »grave daño sobre él. Así, ninguno
 »de los Griegos cobarde con justicia
 »podrá llamarme cuando aqui me vea
 »á Héctor ceder; que por los altos Dioses
 »ayudado pelea. Si pudiese
 »yo la voz escuchar del valeroso
 »Ajax de Telamon, los dos unidos
 »aquí otra vez tornáramos; y entónces,
 »á pesar de los Dioses que lo estorban,
 »de nuevo la batalla empezaria,
 »para ver si á lo ménos el cadáver
 »de Patroclo podemos á la tienda
 »llevar del triste Aquiles: de consuelo
 »esto le fuera en su dolor amargo.»

Mientras él en su mente revolvía
 y en su ánimo estas dudas, las hileras
 llegaban ya de los Troyanos, y Héctor
 á su frente venía, y Menelao
 retrocedió volviendo las espaldas,
 y el cadáver de Euforbo sin quitarle
 la armadura dejó. Como afligido

el redil abandona mal su grado
melenudo leon á quien persiguen
y alejan del rebaño los pastores
con armas, y los perros con aullidos,
y el corazon valiente se le encoge
dentro del pecho; triste Menelao
así desde el cadáver de Patroclo
caminaba hácia atras, y la cabeza
volvía alguna vez. Y ya llegado
donde estaba la escuadra de los Griegos,
se detuvo; y la cara al enemigo
vuelta de nuevo, en inquietud miraba
en derredor buscando con la vista
á Ajax de Telamon. Y prontamente
á la izquierda de toda la batalla
vió que estaba animando á los Aquivos
á pelear; que grande cobardia
les infundiera Apolo. Menelao
corrió, pues, á encontrarle; y cuando cerca
estuvo ya, le dijo en altas voces:

«¡Ajax, amigo! caminemos ambos
»á defender el cuerpo de Patroclo,
»y llevarsele á Aquiles; la armadura
»no podremos salvar, porque la tiene
»Héctor en su poder.» Así decía
Menelao, y el ánimo afligido
de Ajax fué mucho, y por la hueste aquea
los dos atravesaron. El cadáver
ya de Patroclo, las brillantes armas
habiéndole quitado, por el suelo
Héctor iba arrastrando, la cabeza
para cortarle con aguda espada
y á los perros de Troya el mutilado
cuerpo entregar, despues que por la arena
él le hubiese arrastrado. Pero vino

Ajax cubierto de su grande escudo,
y Héctor á las escuadras de los Teucros
se retiró; y subiéndose en el carro,
dió á los suyos las armas de Patroclo
para que á la ciudad como trofeo
del triunfo que alcanzara las llevasen.

Ajax, en tanto, con su enorme escudo
el cadáver cubriendo de Patroclo,
firme allí se mantuvo. Cual se pára
á defender sus hijos la leona,
si al llevar por la selva sus cachorros
la salen al encuentro cazadores,
y bajando los párpados ceñuda,
cierra los ojos, y en veloz corrida
acomete á la turba numerosa;
Ajax así en contorno del cadáver
corria de Patroclo, y Menelao
de la otra parte estaba, y á la vista
del caro amigo su dolor profundo
dentro del corazon más se aumentaba.
Y al verlos Glauco, en iracundas voces,
á Héctor mirando con ceñudo rostro,
así culpó su mucha cobardía:

«¡Héctor! aunque presencia tan gallarda
»te hayan dado los Dioses, distas mucho
»de merecer la fama de valiente
»que tienes entre todos, pues cobardo
»huyes así de la batalla. Mira
»si defender podrás contra los Griegos
»esta ciudad que del imperio todo
»es cabeza, tú solo con la gente
»que dentro el muro de Ilion habita,
»porque ya más ninguno de los Licios
»batallará con los valientes Griegos
»por defender á Troya, si este pago

»al campeón se da que ha combatido
»sin cesar por vosotros. ¿Qué cadáver
»de oscuro combatiente de las manos
»sacarás, oh cruel, de los Aqueos,
»si Sarpedon, tu huésped y tu amigo,
»dejaste que la presa y el escarnio
»sea de los Aqueos? Cuando estaba
»en vida, mucho á tu ciudad y gente,
»y á tí mismo, sirvió; y al verle muerto,
»¿á estorbar no te atreves que devoren
»los perros su cadáver? Si los Licios
»siguieran mi consejo, les diría
»que á su país volviesen, y asolada
»fuera vuestra ciudad. Pero si ahora
»la intrepidez, y fuerza, y osadía
»los Troyanos tuviesen que los hombres
»suelen tener cuando terrible guerra
»contra los enemigos emprendieron
»y en defensa combaten de su patria,
»prontamente el cadáver de Patroclo
»arrastrando lleváramos á Troya.
»Y si de entre los tiros arrancado
»en la gran capital á entrar llegase
»de Príamo, abatidos los Aqueos,
»de Sarpedon las relucientes armas
»en cambio nos darian y el cadáver,
»y á Troya le lleváramos nosotros:
»que Patroclo escudero fué de Aquiles,
»el más fuerte de todos los Aqueos
»que las naves contienen, y sus tropas
»tambien son entre todas las mejores...
»¡Vana ilusion! pues ni valor tuviste
»de Ajax para esperar la acometida
»y mirarle á la cara, y cuerpo á cuerpo
»con él no quieres pelear. ¡Cobarde!

»ya tú confiesas que en valor te excede.»

Con torva faz mirándole, el fogoso Héctor le dijo: «¡Glauco! si hasta ahora »tan comedido y tan prudente fuiste, »¿cómo tan orgulloso y dementado »hablaste? Siempre de los hombres todos »cuantos habitan en la fértil Licia »te he creído el más cuerdo; mas ahora, »al oír tus palabras, ya dijera »que la razón perdiste. ¿Y has podido »imaginar siquiera que no tengo »valor para esperar la acometida »de Ajax, por más que agigantado sea? »Yo jamás las batallas he temido, »ni el ruido me espantó de los caballos; »pero siempre de Jove los consejos »al humano valor son superiores, »y veces muchas al varón más fuerte »en fuga pone, y la victoria fácil »de las manos arranca, aunque á la guerra »le haya animado él mismo. Ven ahora, »amigo, ven, colócate á mi lado, »y los combates mira; porque veas »si yo soy tan cobarde como dices, »aun cuando dure la batalla un día; »ó si ya del cadáver de Patroclo »logro alejar alguno de los Griegos, »por más que fuerte y valeroso lidie.»

Así le dijo, y en horrendas voces á los suyos habló: «Mostrad (decía) »vuestro valor, y sostened ahora »el combate, entretanto que me visto »de Aquiles yo las refulgentes armas »de que al fuerte Patroclo he despojado »después de haberle muerto.» Así decía,

**y de la lid saliendo, y á carrera
 marchando siempre con ligera planta,
 alcanzó prontamente, y no muy léjos,
 al escuadron que por mandato suyo
 á Troya conducia las brillantes
 armas del fuerte Aquiles, y á distancia
 del bélico tumulto y la pelea,
 de armadura mudó. La suya propia
 entregó á los donceles, y les dijo
 que á Troya la llevasen, y gozoso
 él se vistió con las hermosas armas
 de Aquiles, que los Dioses á Peleo
 en otro tiempo dieran, y él, llegado
 á la vejez, se las cediera al hijo;
 pero éste en la armadura de su padre
 no envejeció. Cuando el Saturnio Jove
 desde el Olimpo vió que Héctor las armas
 se ceñia del hijo de Peleo,
 agitó su cabeza, y silencioso
 consigo habló, y decia: «¡Ah desgraciado!
 »¡ay! tú no piensas en la muerte ahora
 »que ya tienes al lado, y con las armas
 »te cubres del varon más animoso,
 »á cuya vista las falanges tiemblan;
 »y la vida has quitado á su escudero
 »tan bueno como fuerte, y la armadura
 »ignominiosamente de sus hombros
 »arrancaste y cabeza. Mas ahora
 »el triunfo darte quiero todavía;
 »porque sé bien que la doblada cuera
 »del hijo de Peleo, de tus hombros
 »no desatará Andrómaca, ni vivo
 »á Troya volverás de la batalla.»**

Dijo el Saturnio, y las cerúleas cejas
 inclinó. Apénas Héctor la armadura

de Aquiles, á su talle acomodada,
 se hubo ceñido, el corazon sentia
 en bélico furor arder fogoso,
 y de vigor y prodigiosa fuerza
 su pecho se llenaba. Ya vestida
 la armadura del hijo de Peleo,
 á juntarse volvió con su falange
 y daba horribles voces. Cuando todos
 venir le vieron con las ricas armas
 de que á Patroclo despojó adornado,
 al resplandor que en torno despedia
 creyeron ver al furibundo Aquiles;
 y él, corriendo las filas presuroso,
 animaba á sus fuertes capitanes,
 Mésles, Glauco, Medonte, Asteropeo
 Tersiloco, Disénor, Fórcis, Cromio,
 Hipotoó, y Enomo el adivino,
 y así decia en imperiosas voces:

«Las numerosas tribus de auxiliares,
 »que en torno habitan de Ilión, escuchen
 »mi voz ahora. Muchedumbre tanta
 »para que ociosa esté no he congregado.
 »ni estándolo me es útil. Yo á vosotros
 »rogué que cada cual desde su patria
 »aquí viniera á defender los hijos
 »y las caras esposas de los Teucros,
 »en la terrible guerra que nos hacen
 »los príncipes de Acaya; y generoso
 »en recompensa con brillantes dones
 »y abundante comida, que mi pueblo
 »con gran trabajo suministra, ahora
 »premio vuestro valor. Al enemigo
 »marchad de frente, y ó morid lidiando,
 »ó la vida salvad: esta la suerte
 »de los guerreros es. Al que arrastrare

»el cuerpo de Patroclo á nuestras filas,
 »y á quien Ajax cedere, en larga mano
 »yo daré la mitad de los despojos
 »que en la batalla hubiéremos cogido;
 »y la otra yo tendré, é igual la gloria
 »suya será y la mia.» Apénas Héctor
 cesó de hablar, marcharon animosos
 con todo su poder y en derechura,
 levantadas las picas, los Troyanos
 contra los Griegos, y esperaban todos
 arrancar de las manos el cadáver
 á Ajax. ¡Oh necios! que matar debía
 sobre él á muchos. Mas entónces, viendo
 á los Teucros venir, estas palabras
 habló con el valiente Menelao:

«¡Amigo! ya no espero que nosotros
 »volvamos vivos de la lid: ni temo
 »tanto por el cadáver de Patroclo,
 »que bien pronto de Troya á los lebreles
 »y á las aves carnívoras de pasto
 »servirá, como temo por mi vida
 »y la tuya, no sea que nos maten;
 »que el oscuro nublado de la guerra,
 »Héctor, todo lo cubre, y á la vista
 »ya tenemos la muerte. Mas ahora
 »llama á los más valientes de los Griegos,
 »y puede ser que alguno tus clamores
 »oiga, y acuda.» Obedeció el Atrida,
 y en alta voz gritaba á los caudillos:

«¡Adalides y Príncipes de Acaya!
 »Todos oid mi voz, los que en la tienda
 »de Agamenon de Atreo y Menelao
 »bebeis el vino que los pueblos pagan,
 »y escuadra acaudillais, y honor y gloria
 »á Júpiter debeis. Difícil fuera

»que uno por uno desde aquí yo viese
 »á los caudillos todos: tal combate
 »de nuevo se ha encendido. Pero venga
 »alguno aquí de su valor guiado
 »y en cólera se inflame, y no permita
 »que al cadáver insulten de Patroclo
 »los perros de esta tierra.» Así les dijo;
 y pronto oyó su voz Ajax de Oileo:
 y el primero de todos, por las filas
 atravesando, al llamamiento vino.
 Siguióle el Rey de Creta, y Meriões;
 y de los otros..... ¿qué mortal podría
 los nombres repasar en la memoria
 de todos los Aquivos que acudieron
 despues á la batalla? Los Troyanos,
 por Héctor precedidos, el combate
 empezaron terrible. Como el rio
 que acrecieron de Júpiter las lluvias
 corre á la mar, y por el ancho cauce
 refluye la corriente, y con estruendo
 las olas braman y resuena en torno
 la dilatada costa, y en la arena
 vomita el mar las espumosas aguas;
 tal fué entónces el grito estrepitoso
 que dieron los Troyanos. Los Aqueos,
 apiñados en torno del cadáver
 y con anchos broqueles defendidos,
 y en bélico furor ardiendo todos,
 firmes estaban. El Saturnio Jove
 de oscura niebla sus brillantes cascos
 rodeó; que no al hijo de Menetio
 aborrecia el padre de los Dioses
 miéntras vivió y servia de escudero
 á Aquiles, y ni ahora le agradaba
 que su cadáver devorado fuera

por los perros de Troya. A defenderle animó, pues, á sus amigos todos.

Al principio los Teucros rechazaron á los fuertes Aquivos, que á la fuga tímidos se entregaban indefenso el cadáver dejando; pero á nadie matar pudieron con sus largas picas, aunque lo deseaban. El cadáver ya arrastraban por tierra; mas no largo el tiempo ser debia en que los Griegos le abandonasen: que volver la cara Ajax les hizo pronto, el más gallardo y más valiente de los Griegos todos, excepto Aquiles. La primer hilera el héroe atravesó; y en derechura marchaba al enemigo, semejante al jabalí cerdoso que disipa fácilmente la turba numerosa de perros y robustos cazadores, si intrépido se vuelve y da la cara del matorral saliendo. Tan gallardo de Telamon el hijo á las falanges de Troya acometió; y á los que en torno estaban de Patroclo y combatian por llevarle á Ilión, y de alta gloria coronarse esperaban, fácilmente disipó. Ya el cadáver de Patroclo atara por el pié junto al tobillo con ancho correon, y le llevaba arrastrando por medio de las filas, Hipotoó, el hijo valeroso del Pelásgico Leto que este dia elogios merecer de los Troyanos y de Héctor deseaba; pero pronto cayó sobre él calamidad terrible,

de que ninguno libertarle pudo
entre los Teucros todos. Porque el hijo
de Telamon, por medio de la turba
abriéndose camino, de muy cerca
en el yelmo le dió fuerte lanzada;
y aunque de duro bronce fabricado
y con dobladas planchas refinado
el casco fuera, resistir no pudo
al golpe de la diestra poderosa
y del lanzon enorme. De la herida,
pegado al asta y en la sangre tinto,
el cerebro saltó; y el infelice,
ya moribundo, de la fuerte diestra
soltó el pié del exánime Patroclo
sobre la tierra, y él cayó de cara
junto al Aquivo y alejado mucho
de la fértil Larisa. Y á sus padres
el amor no pagó con que otro tiempo
de su infancia cuidaron; porque breve
fué su vivir, y defendiendo á Troya
á manos de Ajax pereció este dia.

Héctor despues su reluciente lanza
contra Ajax arrojó; pero el Aquivo
la vió venir, y el furibundo golpe
con una breve inclinacion de cuerpo
logró evitar. Mas el astil herrado
á Esquedio, hijo de Ifito y el más fuerte
de todos los Focenses, que tenía
su alcázar en Panopo y numerosa
escuadra condujera, en lo más alto
hirió del pecho, y la acerada punta
por la espalda salió cerca del hombro.
Cayó en el suelo, retembló la tierra
en derredor, y temeroso ruido
sobre él hicieron al caer las armas.

Ajax tambien al valeroso **Fórcis**,
de Fénope nacido, que el cadáver
de Hipotoó animoso defendia,
hirió con su lanzon en medio el **vientre**;
y rompiendo la cóncava coraza
el duro hierro, las entrañas todas
le arrancó; y el **Troyano moribundo**
de rodillas cayó sobre la arena,
que con la mano en su dolor asía.
Al verle los primeros campeones
de los Troyanos y su gran caudillo,
retrocedieron; y en alegres voces
clamaron los **Aquivos** y á su escuadra
de Hipotoó y de **Fórcis** el cadáver
podieron arrastrar, y de sus hombros
las ricas armaduras desataron.

Y ya entónces los **Teucros** en sus muros
encerrado se hubieran, por los **Griegos**
perseguidos (tan grande era su espanto)
y mucha gloria conseguido hubieran
por su propio vigor y valentía,
áun sin quererlo Jove, los **Aqueos**;
si no hubiese inspirado heróico brio
á Enéas Febo, asemejado en todo
á Perifante, del **heraldo Epítis**
nacido, que de **Anquíses** en la casa
tambien la profesion ejercitando
de heraldo envejeciera, y en consejos
abundaba de paz. Al venerable
heraldo, pues, asemejado entónces
Apolo, dijo al adalid troyano:

«**Enéas!** ¿Cómo defender vosotros
 »**pudiérais** á **Ilion**, si destruirle
 »**á los Dioses** pluguiera? Otros **guerreros**
 »**he visto** yo, que en su vigor fiados,

»y en su fuerza, y valor, y muchedumbre,
 »con tropas que el temor no conocian
 »osaron oponerse á las Deidades.

»Y otorgándonos Jove la victoria
 »más bien que á los Aqueos, ¿espantados
 »y cobardes huís, y al enemigo
 »el campo abandonais?» Así decia
 el Flechador Apolo; mas Enéas,
 que de frente y atento le miraba,
 conoció á la Deidad, y en altas voces
 á Héctor gritó, y le dijo alborozado:

«¡Héctor, y los demas tan valerosos
 »jefes de los Troyanos y auxiliares!
 »Mucha mengua sería si cediendo
 »á las falanges griegas, y vencidos
 »por nuestra cobardía, á la muralla
 »de Ilíon retornásemos ahora.
 »Pero uno de los Dioses, á mi lado
 »poniéndose, me ha dicho que el excelso
 »Jove, que á los mortales la victoria
 »concede ó niega en las dudosas lides,
 »nuestro auxiliar será. Contra los Dánaos
 »marchemos, pues, en derecha todos;
 »y no les permitamos que tranquilos
 »lleven á sus bajeles el cadáver
 »de Patroclo.» Así dijo, y de su fila
 saltó ligero á la primer escuadra;
 y los otros volvieron de la fuga,
 é hicieron todos frente á los Aquivos.

Y Enéas el primero con su lanza
 hirió en el vientre, y derribó en la arena,
 á Leócrito, el hijo de Arisbante
 y amigo y compañero valeroso
 de Licomédes. Viéndole caído,
 mucho su jefe se afligió; y corriendo

al cadáver y cerca de él parado,
vibró su aguda lanza y al valiente
Apisaon, que escuadra numerosa
guñaba en los combates y nacido
fuera de Hipaso, en el ijar derecho
hizo profunda herida, y en la arena
el adalid cayó. De la Peonía
con la gente viniera, y el más bravo
era de los peonios campeones
después del animoso Asteropeo.
Cuando este vió por tierra derribado
á Apisaon, se entristeció; y las filas
atravesó á carrera, deseoso
de combatir él mismo con los Griegos.
Pero no le fué dado; porque todos
los que estaban en torno del cadáver
de Patroclo cubiertos de broqueles
sus picas por do quier le presentaban.
Ajax en tanto, las hileras todas
recorriendo, á ninguno permitia
que mucho se alejara del cadáver,
ni que fuera de fila con los Teucros
á batallar saliese; y les mandaba
que allí firmes al muerto defendieran
y de cerca las armas esgrimiesen.
Hórrida lid se comenzó de nuevo:
y el campo todo de purpúrea sangre
era regado, y sin cesar caian
unos sobre otros muertos los Troyanos,
sus auxiliares, y tambien algunos
Aquivos; que estos en la lid no el triunfo
alcanzaban sin sangre. Pero ménos
de su lado morian; porque siempre
contra los enemigos procuraban
ayudarse uno al otro, y la fatiga

y el trabajo aliviarse en la pelea.

Estos allí, como el ardiente fuego,
entre sí peleaban; ni dirías
que el sol brillaba en la region del éter,
ni la luna; de tanta rodeados
oscura niebla estaban los guerreros
que en derredor del infeliz Patroclo
sin cesar combatian. Los restantes
Aquivos y Troyanos la batalla,
libres de oscuridad y á la luz pura
del claro sol, seguian; porque limpios
todos brillaban sus lucentes rayos,
y ni en valles ni en montes se veia
la más pequeña nube. Y peleaban,
no siempre, y todos, y á la vez, y cerca,
sino de tiempo en tiempo, y por falanges,
y bastante apartados, y los tiros
evitaban los unos de los otros,
Y en tanto, los del centro por la lucha,
y por la oscuridad, mucho sufrían;
y cuanto más valientes ellos eran,
mayor era el peligro de que algunos
heridos fuesen con aguda lanza.

Todavía la muerte de Patroclo
ignoraban de Néstor los dos hijos
Trasímedes y Antíloco, y pensaban
que vivo aún en la primer hilera
con los Teucros seguía peleando.
Y ellos, aunque de léjos la derrota
y el estrago miraban de los suyos,
á otro lado y distantes combatian;
que estas fueron las órdenes que Néstor
les dió cuando su voz á la pelea,
al salir de las tiendas y las naos,
los animó. Entretanto, los que en torno

estaban peleando del cadáver
todo el día siguieron combatiendo
en horrenda batalla, y fatigados
estaban de continuo, y les corria
el sudor por las manos y las piernas
y hasta los pies llegaba, y con el polvo
los ojos ofuscados y el semblante
afeado tenían. Como suele
el curtidor á numerosa turba
de obreros entregar, á que la estiren,
de corpulento buey la piel teñida
en untuoso aceite, y apartados
y en círculo dispuestos, con gran fuerza
cada cual tira de su punta y pronto
despide el agua y el aceite embebe,
y de tantos obreros al impulso
queda tirante en derredor y toda;
así entónces Aquivos y Troyanos
del cadáver tiraban de Patroclo
en breve campo de batalla unidos,
y arrastrarle esperaban, hácia Troya
los Teucros, y á las naves los Aqueos.
Y terrible combate y ostinado
en torno de él seguía. Y ni Mavorte,
ni Pálas, aunque más su pecho ardiese
en cólera, cobardes á los unos
ó á los otros diría. Tal batalla
de hombres y de caballos el Saturnio
Jove extendió con su potente diestra
sobre el yerto cadáver de Patroclo.

Aquiles ignoraba todavía
la muerte de su amigo, porque léjos
de las tiendas y naves de la Grecia,
ya de Ilión bajo los altos muros,
era entónces la lid; y no creía

que aquel hubiese muerto, y esperaba que á las puertas llegado á sus bajeles vivo retornaria. Ni tampoco le era dado esperar que su escudero á Troya conquistase, áun ayudado del mismo Aquiles; porque bien sabía, y muchas veces de su augusta madre en secreto lo oyera, cuál de Jove fuese la voluntad. Pero la Diosa la gran calamidad no le decia ahora, de que á manos de los Teucros pereciera el amigo á quien amaba él con tanta ternura. Y entre tanto en torno á su cadáver los Aquivos y Troyanos, la pica enarbolada, sin cesar combatian, y la muerte recibian y daban. Y así alguno entre los Griegos á los otros dijo:

«¡Amigos! á nosotros decoroso
»no sería volver á los bajeles,
»el cuerpo de Patroclo abandonando:
»ántes la dura tierra nos sepulte.
»Mejor esto sería, que el cadáver
»á los Teucros dejar para que á Troya
»lo lleven por trofeo.» Y á los suyos
tambien alguno dijo de los Teucros:

«¡Amigos! aunque á todos el destino
»nos haya condenado del cadáver
»en torno á perecer, ninguno vuelva
»la espalda al enemigo.» Así decian
los unos á los otros, y estas voces
los ánimos de todos inflamaron;
y el combate seguía y hasta el cielo,
atravesando el éter espacioso,
el estruendo subia de las armas.

Los caballos de Aquiles, que distantes
 estaban de la lid desde que vieron
 que á manos de Héctor perecido habia
 su conductor, lloraban afligidos,
 Y por más que á marchar los aguijaba,
 con el látigo hiriéndolos ligero,
 Automedonte, el hijo valeroso
 de Dióres, y en palabras cariñosas
 les hablaba unas veces, y con dura
 reprension otras veces castigaba
 su inobediencia; ni marchar querian
 hácia atrás á las naves y la costa
 del rápido Helesponto, ni á la hueste
 de los Griegos que estaban peleando.
 Cuál firme está é inmoble la columna
 que el túmulo corona de un guerrero,
 ó de alguna matrona; así parados
 é inmóviles estaban los bridones
 con el brillante carro. Y á la tierra
 la cabeza inclinada, de sus ojos
 lágrimas derramaban ardorosas
 que hasta el suelo corrian; y las crines
 con el polvo manchadas y en desórden
 sobre el yugo esparcidas, por la muerte
 tristes lloraban ellos del que fuera
 otro tiempo su auriga. Al verlos Jove
 así llorar, se condolió; y moviendo
 la cabeza inmortal, estas palabras,
 consigo hablando, silencioso dijo:

«¡Infelices! ¿Por qué, estando vosotros
 »libres de la vejez y de la muerte,
 »os dimos á un mortal, el rey Peleo?
 »Para que entre los míseros humanos
 »miserables también vosotros fuerais;
 »pues de los animales que se crian

»sobre la tierra y viven, es el hombre
»el más desventurado. Mas vosotros
»no ya del carro tirareis de Aquiles,
»Héctor en él subido. ¿No le basta
»tales armas tener, y jactancioso
»de su triunfo gozar? En vuestras almas
»y en las rodillas, ligereza y brío
»yo infundiré, para que vivo y sano
»á Automedonte á las Aquivas naves
»lleveis; que á los Troyanos todavía
»quiero dar la victoria, hasta que lleguen
»matando Griegos á las mismas naves,
»y el sol se oculte, y la tiniebla oscura
»sobre la tierra caiga.» Así decía,
y á los caballos poderoso orio
inspiró; y de las crines sacudiendo
á tierra el blanco polvo, fácilmente
la voluble carroza conducian
por entre los Aquivos y Troyanos.
Y en rápida carrera Automedonte,
aunque por la memoria del amigo
lleno de pena el corazón tenía,
contra los enemigos los guiaba,
y acometía fiero como suelen
acometer los buitres á los gansos.
Y unas veces cuidadoso de la liza,
y el bélico tumulto y la matanza
se retiraba huyendo, y otras veces
las escuadras rompía, y el alcance
seguía al enemigo; pero nunca
mataba á los guerreros que á su paso
encontraba tal vez. Ni era posible
que estando solo, y la dorada silla
ocupando, la pica manejase
y al mismo tiempo firme sujetara

los inquietos caballos. Con sus ojos
 vióle al fin su esforzado compañero
 Alcimedonte, el hijo de Laérces;
 y á la espalda parándose del carro,
 á Automedonte dijo. «¿Y cuál ahora
 »entre todos los Dioses del Olimpo
 »ese inútil consejo te ha inspirado
 »dentro del corazón, y la prudencia
 »hoy te ha quitado que hasta aquí tenías?
 »¿Cómo, viéndote solo, así pretendes
 »en lo más recio de la gran pelea
 »con los Teucros lidiar? Cayó sin vida
 »tu compañero; y las brillantes armas
 »de Aquiles tiene ya sobre sus hombros
 »Héctor, y en ellas se gloria ufano.»

Y el hijo de Dióres, al oírle
 alegrándose, dijo: «¿Alcimedonte!
 »y quién, mejor que tú, de entre los Griegos
 »fuera capaz de sujetar brioso
 »ahora los caballos inmortales,
 »y su ardor reprimir? Solo podría
 »contigo compararse cuando vivo
 »aún estaba Patroclo, que á los Dioses
 »igualaba en valor; mas ya á la muerte
 »la Parca le entregó. Sube en el carro,
 »toma el azote y las hermosas bridas,
 »y yo saltaré al suelo y con mi lanza
 »á pié combatiré.» De esta manera
 Automedonte dijo; y en el carro
 subiendo Alcimedonte, diligente
 tomó en la mano el látigo y las bridas,
 y Automedonte de él saltó en la arena
 Héctor lo vió, y alborozado dijo
 á Enéas que no léjos peleaba:
 «¿Enéas! me parece que al combate

»conducidos por débiles aurigas,
 »los caballos del hijo de Peleo
 »vuelven ahora; y esperanza mucha
 »de tomarlos tendria, si al combate
 »quisieras tú seguirme; que hacer frente
 »no osarán los dos Griegos si animosos
 »á su encuentro salimos, ni sus armas
 »con nosotros medir en la pelea.»

Cedió el hijo de Anquises á su ruego:
 y cubiertos los hombres con escudos
 de pieles de novillo fabricados
 secas y endurecidas y con planchas
 dobladas de metal sobrecubiertos,
 en derechura caminaban ambos.
 Y Cromio y el igual en hermosura
 á los Dioses Areto los seguian;
 y en su valor fiados esperaban
 matar á los dos Griegos y tomarles
 los hermosos caballos, que las crines
 sueltas al viento, y la cerviz erguida,
 por el campo volaban anhelosos.
 ¡Necios! que no, sin sangre, de las manos
 debian escapar de Automedonte.
 Viólos éste venir; y ardientes votos
 haciendo al padre Jove, de ardimiento
 y valor conoció que se llenaba
 su corazon, y al compañero dijo:

«¡Alcimedonte! los caballos nunca
 »tengas léjos de mí, y haz de manera
 »que el resoplido de ellos á mi espalda
 »siempre perciba yo. De perseguirnos
 »Héctor no ha de cesar hasta que, muertos
 »nosotros dos, en el brillante carro
 suba de Aquiles, y su mano rija
 »los hermosos caballos, y en desórden

»y en fuga las escuadras de los Griegos
 »ponga despues, ó por nosotros sea
 »uno de los primeros cautivado.

Así con él habló: y en altas voces
 llamó á los dos Ayaces y al Atrida
 Menelao, y les dijo: «La defensa
 »del cadáver vosotros á los jefes
 »confiad más árdidos, y decidles
 »que en torno colocados á ninguno
 »acercarse permitan, y rechacen
 »al que á venir se atreva: y á nosotros
 »que áun vivimos, libradnos de la muerte.
 »Porque á esta parte, rápidos corriendo
 »por entre todas las escuadras, llegan
 »Enéas y Héctor, de los Teucros todos
 »los dos más aguerridos. De los Dioses
 »en las manos está la suerte mia;
 »mas yo mi lanza vibraré, y se cumpla
 »la voluntad del soberano Jove.»

Dijo; y blandiendo la robusta lanza
 la disparó, y en el escudo plano
 de Areto vino á dar. Y hasta la cuera,
 que resistir no pudo, por el medio
 del ceñidor cortó la aguda pica,
 y el vientre le pasó de parte á parte.
 Como al novillo la robusta mano
 del sacrificador, ante las aras,
 con aguda segur divide el cuello
 por detras de las astas, y cortado
 el nervio, salta el animal y cae;
 así de espalda el campeón troyano,
 dando un salto hácia atras, cayó: y el duro
 hierro, que en las entrañas todavía
 oscilaba, á sus miembros el aliento
 quitó vital. Su reluciente lanza

Héctor despues al bravo Automedonte
tiró; pero el Aqueo por el aire
la vió venir, y hácia adelante un poco
echándose y bajando la cabeza,
evitó el golpe del agudo hierro.
Y á su espalda clavándose la punta,
el astil retemblaba todavía,
hasta que al fin perdió la fuerza toda.
Y de cerca los dos, poniendo mano
á las espadas, combatido hubieran,
si los Ayaces, que escuchado habian
las voces del amigo y por la hueste
atravesando con ligera planta
en su ayuda venian, el combate
no les hicieran suspender. Al verlos
Héctor, Enéas, y el gallardo Cromio
retrocedieron tímidos; y al triste
Areto allí dejaron en la arena,
donde, partido el corazon, yacía.
Y Automedonte, al furibundo Marte
en el valor igual, de la armadura
le despojó; y glorioso con el triunfo,
así decia en arrogantes voces:

«Ya el inmenso dolor que me oprimiera
»el corazon, al hijo de Menetio
»viendo morir, se me alivió no poco,
»aunque con él no sea comparable
»el Teucro que á sus manes he inmolado.»

Así dijo: y de Areto la armadura,
en sangre tinta, sobre el carro puso;
y él subió, de los piés á la cabeza
tambien cubierto de la roja sangre
como el leon que al toro ha devorado.

Y de nuevo terrible, lagrimosa,
hórrida lid en torno del cadáver

se trabó de Patroclo: que Minerva desde el cielo bajando (porque Jove, ya mudada la mente, la enviara á animar á los Griegos), la pelea renovó. Como Júpiter el iris de purpúreo color á los humanos muestra en el ancho cielo, y les anuncia la guerra, ó las terribles tempestades que en largos aguaceros las tareas del labrador suspenden y de espanto á los ganados llenan; así ahora, cercándose de nubes encendidas, Minerva por los densos escuadrones entró de los Aquivos, y animaba á todos con su voz. Primeramente habló con el ardido Menelao, que cerca estaba, el aire y la figura tomado habiendo del anciano Fénix; y su voz imitando resonante, así dijo en palabras voladoras:

«La ignominia y vergüenza, oh Menelao,
 »tuyas serán, si los voraces perros
 »bajo los muros de Ilión arrastran
 »el cadáver del héroe que de Aquiles
 »fué el escudero fiel cuando vivia.
 »Pelea, pues, valiente, y de los Griegos
 »tu voz anime á las escuadras todas.»
 Y así afligido respondió el Atrida:

«¡Ojalá, Fénix, venerable anciano,
 »que Minerva en mi pecho más pujanza
 »hoy infundiese, y que de mí alejase
 »las picas y las flechas! Animoso
 »yo pronto estoy á colocarme al lado
 »de Patroclo y valiente á defenderle,
 «porque su muerte pasador agudo

»para mi triste corazón ha sido;
 »mas Héctor de la llama abrasadora
 »la fuerza tiene irresistible, y Jove
 »inmensa gloria concederle quiere.»

Alegróse Minerva al escucharle,
 viendo que entre los Dioses la primera
 él la había invocado. Y á sus hombros,
 y á sus rodillas, ligereza y brío
 comunicó; y la audacia de la mosca
 en su pecho infundió, que ya cebada
 en el humano cútis muerde y sigue
 mordiendo aunque mil veces la rechacen;
 que el más dulce manjar para la mosca
 es la sangre del hombre. Esta importuna
 tenacidad y audacia á Menelao
 fué la que entónces infundió Minerva.
 Marchó, pues, al cadáver de Patroclo,
 y disparó su reluciente lanza.

Hubo entre los Troyanos un guerrero
 Pódes llamado y de Etion nacido,
 rico y valiente, y á quien Héctor mucho
 preciaba y distinguía, que su amigo
 era, y su compañero en los convites:
 y este fué á quien entónces Menelao
 con su lanza pasó cuando á la fuga
 él se entregaba. Recibió la herida
 por debajo del cinto, al otro lado
 pasó el agudo hierro y en la arena
 el mísero cayó, y hácia los Griegos
 arrastró su cadáver Menelao.
 Al verlo Febo el rostro y la figura,
 de Fénope tomó, de Asio nacido,
 que en Abido habitaba y era de Héctor
 más que sus otros huéspedes amado.
 Y acercándose al héroe, le animaba

¿recobrar de Pódes el cadáver.

«¡Héctor! (le dijo) ¿quién de los Aqueos
 »en adelante temblará á tu vista
 »si ya terror te inspira Menelao,
 »que hasta aquí por guerrero fué tenido
 »débil y flaco; y valeroso ahora
 »en la primer escuadra combatiendo,
 »quitó la vida á tu mejor amigo,
 »á Pódes de Etion, y su cadáver
 »él solo de las filas de los Teucros
 »sacó despues, y á su escuadron le lleva?»

Esto decia el Flechador Apolo,
 y negra nube de dolor la mente
 de Héctor oscureció. Marchó afligido
 todo cubierto de brillantes armas,
 y atravesó por las primeras filas.
 Al verle Jove, en la potente diestra
 a égida formidable esplendorosa
 tomó, y del Ida las excelsas cumbres
 cubrió de nubes. Y enviando luego
 repetidos relámpagos ardientes,
 y en trueno horrible la montaña toda
 estremeciendo, la égida en su mano
 sacudió y á los Teucros vencedores
 hizo otra vez, y los Aquivos todos
 en desórden y fuga se pusieron.

El primero que huyó fué Penelao,
 jefe de los Beocios; porque herido
 por una lanza se sintió en el hombro
 aunque ligeramente, cuando vuelta
 aún tenía la cara al enemigo.
 Y fué Polidamante el que la pica
 de cerca le tiró; pero la carne
 le rasguñó del hombro sin que al hueso
 ofendiese la punta. En una mano

Héctor, también de cerca, con su lanza á Leito hirió despues, el valeroso hijo de Electrion, y del combate hizo que se alejara: y precavido mirando el héroe en derredor, hufa; porque ya no pudiendo con la mano blandir la luenga pica, no esperaba poder con los troyanos campeones pelear. El cretense Idomeneo, al ver que á Leito en presurosos pasos Héctor seguia, le tiró su lanza, y en medio del velludo y ancho pecho el golpe dió de la robusta pica. Pero donde al astil la abrazadera la punta sujetaba, el duro fresno se rompió, y en alegre vocería gritaban los Troyanos; y su lanza Héctor, que estaba á pié, tiró al Cretense que combatia desde su alto carro. Y aunque cerca pasó no logró herirle; más á Cerano (auriga y escudero de Meriones, que con él viniera desde la hermosa Licto) en la quijada bajo la oreja hirió, y al otro lado pasó la punta; y al pasar, los dientes hizo saltar y le cortó la lengua. Cayó del carro el adalid; y al polvo dejó caer las riendas, que ligero, inclinándose todo, Meriones alzó. Cuando salieran de las naves los Aquivos siguiendo á los Troyanos, vino á pié Idomeneo: y alto triunfo de él hubiera alcanzado el enemigo, si Cerano las yeguas corredoras no le hubiera traído. Así aquel día

el infeliz Cerano á Idomeneo
 fué aurora de salud, y de la muerte
 le libertó; pero la vida él mismo,
 de Héctor atravesado por la pica,
 perdió. Despues al Rey Idomeneo
 dijo en breves palabras Meriões:

«Con el látigo aguija tus caballos,
 »hasta llegar adonde están las naves:
 »ya conoces tú mismo que este dia
 »no serán los Aqueos vencedores.»

Dijo, y el Rey á sus caballos pronto
 á que en veloz carrera hasta las naos
 marcharan aguijó con el azote,
 porque en temor cayera. Ni al valiente
 Ajax y á Menelao se ocultaba
 que Júpiter queria la victoria
 á los Troyanos dar; y así el primero
 Ajax dijo al valiente Menelao:

«¡Amigo! Ya no hay duda, hasta los necios
 »conocerán que á los Troyanos Jove
 »dar quiere la victoria. Cuantas picas
 »arrojan todos ellos, ya cobardes
 »ya valerosos sean, en alguno
 »de nosotros se clavan, porque Jove
 »las encamina todas: las que salen
 »de nuestras manos en la tierra siempre
 »van á clavarse. Meditemos ambos
 »de qué modo podremos de Patroclo
 »el cadáver sacar de la pelea
 »y á las naves volver, y de alegría
 »colmar á los amigos; que clavados
 »aquí los ojos, en tristeza y duelo
 »yacen tal vez y ni á esperar se atreven
 »que al brazo resistamos poderoso
 »de Héctor, y temen que en cobarde fuga

»nos retiremos todos á las naves.
 »Y ojalá hubiese cerca algun amigo
 »de Aquiles, que el aviso le llevara;
 »pues yo presumo que la triste nueva
 »no llegó á sus oidos, de que ha muerto
 »el escudero fiel á quien amaba
 »él con tanta ternura. Mas no es fácil
 »divisar entre todos los Aqueos
 »uno que lleve la fatal noticia;
 »porque de oscura niebla rodeados
 »los bridones están y los guerreros.
 »Librá ya, padre Jove, á los Aquivos
 »de niebla tan oscura, haz que veamos;
 »serena el cielo, y á la luz del dia
 »destrúyenos á todos si te place.»

Así dijo: y el padre de los Dioses,
 viendo que tiernas lágrimas vertia,
 de él hubo compasion; y en voz potente
 la oscura niebla dispó. De nuevo
 brilló la luz del sol, y el campo todo
 de batalla se vió; y entónces Ajax
 volvió á decir al fuerte Menelao:

«Tiende la vista en derredor, amigo,
 »y mira cuidadoso por si puedes
 »á Antíloco, si áun vive, el esforzado
 »hijo de Néstor, descubrir; y dile
 »que á la tienda de Aquiles vaya pronto,
 »y le anuncie que el caro y dulce amigo
 »ha sido muerto.» Obedeció el Atrida
 de Telamon al hijo, y presuroso
 marchó á buscar á Antíloco de Néstor.
 Así como los perros y pastores
 ahuyentan del establo de los bueyes
 al tostado leon y no le dejan,
 toda la noche vigilando átentos,

gustar la dulce carne, y él furioso
 una y más veces acomete en vano;
 que espesísima nube de saetas
 robustas manos sin cesar derraman
 y gran copia de teas encendidas
 que él mucho teme; y aunque esté acosado
 del hambre, en fin al clarear la aurora
 se retira á las selvas macilento;
 así, mal grado suyo, Menelao
 abandonó el cadáver de Patroclo;
 porque mucho temia que los Griegos,
 de espanto y de temor sobrecogidos,
 en poder de los Teucros le dejaran:
 y á Meriónés y á los dos Ayaces
 su defensa encargó, y así les dijo:

«Acordaos, amigos, del amable
 »y mísero Patroclo, que sabía
 »mientras vivió, de mansedumbre lleno,
 »hacerse á todos grato; pero yace
 »frio cadáver ya, porque la Parca
 »ha cortado el estambre de su vida.»

Así dijo y marchó, y en todas partes
 á Antíloco buscaba con los ojos.
 Como el águila suele (de quien dicen
 que entre todas las aves que del cielo
 vuelan bajo la bóveda la vista
 tiene más perspicaz) desde las altas
 regiones de las nubes á la liebre
 divisar que escondida de un arbusto
 entre el ramaje está, y en raudo vuelo
 sobre ella cae, y la sorprende y mata;
 así entónces, oh fuerte Menelao,
 á todas partes los brillantes ojos
 volvias tú por ver si entre la turba
 numerosa de Griegos divisabas

vivo al hijo de Néstor, y no mucho tardaste en descubrirle. Estaba el héroe á la izquierda de toda la batalla animando á su gente, y Menelao así le dijo en doloridas voces:

«Ven, Antíloco, ven para que escuches
 »triste noticia de fatal desgracia
 »que permitir los Dioses no debieran.
 »Ya tú mismo conoces, dulce amigo,
 »qué gran calamidad á los Aqueos
 »algun Dios ha enviado, y vencedores
 »á los Troyanos hace. Entiende ahora
 »que el más fuerte de todos los guerreros,
 »Patroclo, ha perecido, y con su muerte
 »afligidos están y consternados
 »los Griegos. Corre, pues, á nuestras nave.
 »y á Aquiles dí que sin tardanza vea
 »cómo salvar el cuerpo del amigo;
 »ya que sus armas no, porque las tiene
 »Héctor en su poder.» Así decia;
 y Antíloco, al oírle, en dolorosa admiracion cayó. Por largo tiempo estuvo sin hablar y ambos sus ojos se llenaron de lágrimas, ni pudo en clara voz articular palabra; mas no por eso dilató un instante el precepto cumplir de Menelao. Y entregando las armas al valiente Laódoco, su escudero, que subido en el brillante carro con las bridas los fogosos bridones sujetaba, salió de allí: y en rápida carrera, lágrimas él vertiendo, le llevaron á dar á Aquiles la fatal noticia sus piés desde la lid. Y no quisiste

entonces, tú, valiente Menelao,
 ayudar á los Griegos que el combate
 afanosos seguian en el sitio
 que abandonara Antíloco, aunque mucho
 los Pilios con su ausencia se afligieron;
 pero no ya olvidaste á Trasimédes
 encargar que atendiese á su defensa,
 y en pasos presurosos tú volviste
 á defender el cuerpo de Patroclo.
 Llegado el héroe, á los Ayaces dijo:

«A Antíloco á las naves he enviado,
 »para que lleve la fatal noticia
 »al valeroso Aquiles; pero ahora,
 »aunque de Héctor vengarse ya quisiera,
 »temo que no vendrá; porque sin armas
 »¿cómo ha de pelear con los Troyanos?
 »Así, presto nosotros el arbitrio
 »que parezca mejor buscar debemos
 »para llevar á Aquiles el cadáver,
 »y librar las escuádras con la fuga
 »del ímpetu y furor de los Troyanos,
 »y la muerte evitar.» A estas palabras
 Ajax de Telamon respondió: «En todo
 »hablaste cuerdo, ilustre Menelao.
 »Tú, pues, y Meriónes el cadáver
 »en los hombros tomad, y de la liza
 »sacadle prontamente; que nosotros,
 »los dos Ayaces, á la espalda puestos
 »y de marcial espíritu animados,
 »como hasta aquí el combate sostuvimos
 »uno al lado del otro, con los Teucros
 »y con Héctor iremos peleando.»

Ajax así decia, y á Patroclo
 alzaron de la arena Meriónes
 y el Atrida, y en hombros le pusieron.

Cuando así los Troyanos el cadáver vieron de tierra alzar, en alarido gritaron espantoso, y en columna cerrada acometieron. Como alegres, cuando al herido jabalí persiguen, al cazador los perros se adelantan, y ufanos corren y en menudos trozos despedazarle esperan; y cobardes, si el animal en su valor fiado vuelve la cara, retroceden ellos, y uno por una parte otro por otra huyen y desaparecen; así entónces por algunos instantes los Troyanos en tropel á los Griegos perseguian, con espadas y picas de dos cortes hiriendo sus rodela. Mas si vueltos hácia ellos los Ayaces se paraban, perdian el color, y acobardados de perseguir cesaban el cadáver.

Así ya valerosos los Aquivos el muerto hácia las naves conducian; pero en lucha terrible y sanguinosa sin cesar peleaban. Como el fuego de repente encendido, si le aviva impetuoso viento, de los hombres una ciudad abrasa y desaparecen los edificios por la ardiente llama devorados; así de los peones y jinetes troyanos en confuso tropel seguia numerosa turba sin cesar á los Griegos que el cadáver de Patroclo llevaban á las naos. Como dos mulos vigorosos suelen por fragoso camino desde el monte arrastrar una viga, ó un gran tronco

á mástil de návfo destinado,
y se cansan, y sudan, y anhelantes
aceleran el paso; así el Atrida
y el Cretense el cadáver del amigo
llevaban en los hombros, y á su espalda
puestos los dos Ayaces contenian
el ímpetu y furor de los Troyanos.
Como el robusto valladar, que hiciera
el labrador con árboles, detiene
el ímpetu del agua; y de los rios
rápidos la corriente asoladora
en su curso sujeta y la dirige
al llano que sus aguas en provecho
fertilizan comun, y con su fuerza
no le pueden romper las avenidas;
así los dos Ayaces por la espalda
contenian la hueste de los Teucros;
pero ellos siempre en obstinada lucha
seguian peleando; y entre todos,
los que más furibundos batallaban
eran Héctor y Enéas. Como suelen
las bandadas huir de los vencejos,
ó chilladores grajos, cuando han visto
venir al gavilan que extrago horrible
hace en los pajarillos; así entónces
los hijos de los Griegos, cuando vian
á Héctor venir y á Enéas, escapaban
dando agudos chillidos y el combate
tímidos olvidaban. Y no pocas
armas de los Aquivos que á la fuga
cobardes se entregaron, en el foso
cayeron y á la orilla, y la batalla
no por eso cesaba clamorosa.

LIBRO DÉCIMOCTAVO.

Miéntras estos seguían peleando
con el ardor de abrasadora llama,
Antiloco veloz llegó de Aquiles
á la presencia, de fatal noticia
portador, y le halló junto á sus naves
al pié sentado de las altas popas.
En su ánimo ya el héroe presentia
la muerte de Patroclo; y exhalando
doloroso gemido, en estas voces
con su valiente corazón hablaba:

«¡Ay de mí! ¿qué será que los Aqueos
»corren por la llanura, y en derrota
»otra vez á las naves se retiran?
»Mucho temo no sea que los Dioses
»me cumplan hoy el triste vaticinio
»que en otro tiempo me anunció mi madre,
»diciéndome que á manos de los Teucros,
»y viviendo yo aún, la clara lumbre
»del sol ya no vería el más ardido
»de todos los Mirmídones. Sin duda
»murió el hijo valiente de Menetio.
»¡Infelice! yo bien le aconsejaba

»que en apagando el fuego que á las naves
 »de los Griegos pusiera el enemigo,
 »á mi tienda volviese, y que con Héctor
 »no pelease en desigual batalla.»

Miéntras él en su mente revolvía
 y en su ánimo estas dudas, el amable
 hijo de Néstor se acercó. Y ardientes
 lágrimas derramando, la funesta
 noticia le anunció, diciendo triste:

«¡Ay hijo de Peleo! dolorosa
 »noticia vas á oír, fatal desgracia
 »que permitir los Dioses no debieron.
 »Yace Patroclo, en torno del cadáver
 »desnudo se pelea, y tu armadura
 »Héctor la tiene.» Al escuchar sus voces,
 oscura nube de dolor el alma
 cubrió de Aquiles. Y con ambas manos
 la ceniza caliente todavía
 tomando y por encima la cabeza
 derramándola, el rostro peregrino
 afeaba con ella; y la negruzca
 ceniza su vestido, que exhalaba
 del néctar el aroma delicado,
 cubria todo. Se arrojó en la arena;
 y siendo de estatura agigantada
 largo trecho yacia, y con las manos
 se arrancaba la rubia cabellera.

Al oír sus gemidos las mujeres
 que cautivara él mismo con Patroclo,
 triste clamor alzaron; y saliendo
 fuera del pabellon y colocadas
 en torno al héroe, y sollozando todas,
 con las palmas herian sus hermosos
 cándidos pechos, y al dolor rendidas
 se desmayaron. Funeral lamento

Antíloco también, en triste lloro
bañando sus mejillas, comenzaba;
pero mientras Aquiles en suspiros
exhalaba el furor, ambas sus manos
el jóven sujetaba con las suyas;
porque mucho temia que tomase
algun cuchillo y el hermoso cuello
se dividiese. Tan horrendos eran
los gemidos de Aquiles, que su augusta
madre, que estaba en los profundos senos
del mar al lado del anciano padre,
los oyó; y también ella hondo suspiro
dió al escucharlos, y las ninfas todas,
cuantas el mar habitan y engendrara
el anciano Nereo, se juntaron
en derredor de Tétis. Allí vino
Glauce, y Talía, y Cimodoce, y Nesa,
y Espío, y Toe, y la gallarda Halía,
y Cimótoe, y Actaya, y Limnorea,
y Mélita, y Yaíra, y Anfítoe,
y Ágave, y Doto, y Proto, y Dinamene,
y Anfinome, y Dexámene, y Ferusa,
y Calianira, y Pánope con Dóris,
y la tan celebrada Galatea,
y Nemértes, y Apseúdes. Y vinieron
también, pero las últimas de todas,
Calianasa, Clímene, Yanira,
Yanasa, Mera, Oritia, y la de hermosos
cabellos Amatea, y las restantes
Nereidas que habitaban en las grutas
del hondo mar; y la argentada cueva
de Tétis toda se llenó, y llorosas
ellas sus albos pechos golpeaban.
Y exhalando suspiros numerosos,
así las dijo Tétis la primera:

«¡Hermanas mías que engendró Nereo!
 »atentas escuchadme, porque todas
 »sepais las muchas dolorosas cuitas
 »que siente el corazon. ¡Ay infelice!
 »¡qué desgraciada he sido en mis amores!
 »Un hijo dí yo á luz, fuerte, gallardo,
 »y de todos los héroes el primero;
 »y creció al tierno olivo semejante,
 »y de su infancia y juventud yo misma
 »solicita cuidé como de nueva
 »planta se cuida que en feraz terreno
 »nace y se cria. Y cuando ya llegara
 »á la edad varonil, con sus navíos
 »á Iñon le envié porque animoso
 »con los Teucros lidiase; pero, ¡ay triste!
 »que ya más á la casa de Peleo
 »no volverá, ni en cariñoso abrazo
 »yo le recibiré. Vive él ahora
 »y ve la luz del sol, pero afligido
 »está; y aunque yo vaya á consolarle,
 »útil no puedo serle. Iré con todo
 »á ver al hijo mio; y de su boca
 »sabré el nuevo pesar que así le aflige,
 »aunque está de las lides retirado.»

Dijo, y dejó la gruta: y las Nereidas
 llorando la siguieron, y las olas
 se rompian del piélagos espumoso
 en torno de ellas. Cuando ya vinieron
 del Helesponto á la anchurosa playa,
 todas subieron á la corva orilla,
 hácia el paraje en que las muchas naos
 fueran de los Mirmídones sacadas
 á tierra en derredor de la de Aquiles
 por ambos lados. Y su augusta madre,
 miéntras él en suspiros exhalaba

su dolor, se acercó, y gimiendo triste,
y del hijo abrazando la cabeza,
dijo llorosa en agitadas voces:

«¿Por qué así lloras, hijo? ¿Cuál el duelo
»es que tu pecho aflige? Me le explica,
»y no ocultarle quieras. Te ha otorgado
»Júpiter ya cuanto rogaste, alzadas
»ambas manos al cielo. Los Aquivos,
»ya retirados á las naves todos,
»mucho por tí suspiran, y padecen
»no merecidos daños.» Y á su madre,
un profundo suspiro despidiendo,
Aquiles respondió: «¡Sí, madre mia!
»El dueño del Olimpo me ha otorgado
»cuanto yo le pedí; pero, ¿qué fruto
»saqué de mi venganza, si el amigo
»he perdido más dulce, mi escudero
»Pratroclo, á quien yo amaba sobre todos
»los demas capitanes y queria
»cual si fuese otro yo? Si: le he perdido;
»y Héctor, despues de haberle asesinado,
»le despojó de las hermosas armas,
»encanto de la vista, que á Peleo
»dieron los Dioses el infausto dia
»en que á tí, siendo Diosa, colocaron
»de un mortal en el lecho. Más valiera
»que tú por siempre hubieses con las hijas
»habitado del mar, y que Peleo
»una mujer tuviera por esposa.
»Pero sin duda los eternos Dioses
»así lo dispusieron porque fuese
»inmenso tu dolor, cuando del hijo
»sepas la muerte; que al hogar paterno
»no volverá, ni en cariñoso abrazo
»tú le recibirás. Ni desde ahora

»ya más quiero vivir, ni con los hombres
 »comunicar, si por mi lanza herido
 »antes Héctor no cae, y con su vida
 »no paga la del hijo de Menetio.»

Tétis le respondió, bañada en lloro:
 «Pues breve ya de tu vivir el plazo,
 »hijo, será si la amenaza cumples;
 »porque, muerto el Troyano, tú el primero
 »serás que baje á la region oscura.»

Y Aquiles exclamó: «Venga la muerte,
 »ya que el Hado no quiso que la vida
 »salvase á mi escudero, y de su patria
 »lejos ha perecido. ¡Ay! moribundo
 »sin duda el triste me llamaba en vano
 »para que de la Parca le librase.
 »Y pues no debo ya volver á Grecia,
 »ni á Patroclo mi brazo ha defendido
 »y á los muchos valientes que por Héctor
 »vencidos acabaron, y en las naves,
 »inútil peso de la tierra, ahora
 »ocioso estoy, de los Aquivos siendo
 »el más fuerte en la lid aunque me excedan
 »otros en arengar; de entre los Dioses
 »y los humanos la fatal discordia
 »huya y desaparezca y la acompañe
 »la cólera, que al hombre más sensato
 »induce á ser cruel y se insinúa,
 »más dulcemente que la miel gotea,
 »dentro del alma y como el humo crece.
 »Así en la mia Agamenon de Atreo
 »la cólera encendió... pero al olvido
 »demos ya lo pasado aunque lo sienta
 »mi corazón; que el natural fogoso
 »en el pecho domar es necesario.
 »Ahora al matador de aquel amigo

»que tan caro me fué mientras vivia,
 »á Héctor, voy á buscar; y yo la muerte
 »recibiré cuando llegare el tiempo
 »que Júpiter hubiere señalado
 »y las otras Deidades. Ni el famoso
 »Hércules pudo de la negra Parca
 »el decreto eludir, por más que fuese
 »tan amado de Jove; que el Destino
 »y de Juno la cólera terrible
 »le quitaron la vida. Así yo luego,
 »si igual mi suerte ha sido, ya cadáver
 »yaceré en el sepulcro; mas ahora
 »claro renombre alcanzaré. Y alguna
 »de las teucras matronas y dardanias
 »haré que entre suspiros dolorosos
 »de las tiernas y cándidas mejillas
 »á dos manos sus lágrimas enjague.
 »Conozcan ya que demasiado tiempo
 »estuve de las lides retirado.
 »Y tú, por más que como tierna madre
 »dilatarte quieras de mi muerte el día,
 »no me impidas salir á la pelea;
 »porque resuelto estoy, y tus palabras
 »no me persuadirán.» Respondió Tétis:
 «Sí, hijo mio: es muy justo, y reprobarlo
 »nadie podrá, que tu valor la vida
 »salve á tus camaradas que en derrota
 »vienen por los Troyanos perseguidos;
 »pero tus armas, relucientes, bellas,
 »y del más fino bronce fabricadas,
 »las tienen los Troyanos; y vestido
 »con ellas Héctor, orgulloso ahora
 »por trofeo las lleva. Yo le anuncio
 »que no por largo tiempo en las batallas
 »hará de ellas alarde; ya la muerte

«está á su lado. Pero tú en la liza
 «no tomes parte aún hasta que veas,
 «tú con tus mismos ojos, que á este puesto
 «otra vez he venido. Yo mañana,
 «apénas brille el sol, aquí á buscarte
 «vendré, y una armadura por Vulcano
 «labrada traeré.» La hermosa Tétis,
 dichas estas razones, las espaldas
 al hijo dió; y volviéndose de frente
 á las otras Nereidas, las decia:

«Bajad vosotras al profundo seno
 «del mar ahora, y al anciano padre
 «acompañad en el paterno alcázar
 «y referidle todo: yo al Olimpo
 «voy á ver á Vulcano, y á rogarle
 «que para el hijo mio una armadura
 «me dé completa y refulgente.» Dijo
 Tétis así, y las ninfas en las olas
 del mar se sumergieron resonante,
 y ella subió al Olimpo luminoso
 para traer al hijo la armadura.

Mientras en raudo vuelo al vasto Olimpo
 subia Tétis, á las griegas naves
 y al Helesponto en pavorosa fuga,
 por Héctor acosados, los Aqueos
 dando terribles espantosas voces
 llegaban ya. Ni fuera de los tiros
 el cadáver podian de Patroclo
 sacar; porque otra vez los adalides
 que en los brillantes carros combatian,
 y los peones, y á la ardiente llama
 Héctor asemejado, á emparejarse
 llegaron ya con ellos. Por tres veces
 Héctor los piés asiera de Patroclo
 «deseando arrastrarle, y ostinado

horrendas voces á los Teucros daba;
y tres los dos Ayaces, revestidos
de firmeza y valor, le rechazaron
y á soltar le obligaron el cadáver.
Y él, fiado en su fuerza y siempre firme,
unas veces feroz arremetía
rompiendo el escuadron, y otras parado
en alta voz gritaba; pero nunca
en fuga se ponía. Como á veces
los pastores que en vela cuidadosos
en la majada están la noche toda
al hambriento leon que devorando
está la presa rechazar no pueden;
así los dos Ayaces valerosos
alejarse del cadáver no podían
á Héctor. Y al fin hubiérale arrastrado
é inmensa gloria habría conseguido,
si Íris veloz al hijo de Peleo
á decir del Olimpo no bajara
que en la lid se mostrase; pero Juno
la envió sin que Júpiter la viese,
ni las otras Deidades. Y á su lado
puesta ya la celeste mensajera,
así dijo en palabras voladoras:

«Sus, hijo de Peleo: y pues de todos
eres el más valiente, del amigo
el cadáver libérra. Gran batalla
se está dando por él, y los Troyanos
y los Aqueos indistintamente
hieren y son heridos. Quieren estos
el cadáver salvar; llevarle á rastra
á su ciudad intentan los Troyanos,
y sobre todos Héctor; que ambiciona
apoderarse de él, y se propone
separar de su cuello la cabeza

»y en un palo clavarla. Sus, Aquiles:
 »no más ocioso estés, ni ya permitas
 »que pasto de los perros que alimenta
 »de Troya la ciudad, sea el cadáver
 »de tu amigo Patroclo. Amancillada
 »para siempre tu fama quedaria,
 »si el tronco mutilado recobrases
 »despues que de los Teucros el juguete
 »hubiera sido.» Preguntóla Aquiles:

«¿Y cuál, Íris divina, de los Dioses
 »á darme este consejo te ha enviado?»

Íris le respondió: «La Diosa Juno;
 »y ni el Saturnio Júpiter que mora
 »en las alturas, ni los otros Dioses
 »que en las cumbres habitan del Olimpo
 »siempre nevadas, mi venida saben.»

Aquiles replicó: «Y á la pelea,
 »¿cómo salir yo puedo? Los Troyanos
 »son dueños de las armás; y mi madre
 »entrar no me permite en la batalla,
 »hasta que vuelva y con mis propios ojos
 »yo la vea llegar. Me ha prometido
 »que una rica armadura fabricada
 »por el mismo Vulcano ha de traerme,
 »y entretanto no sé de qué guerrero
 »yo pudiera vestirme con las armas.
 »Sólo tomar podria el grande escudo
 »de Ajax de Telamon; pero aquel héroe
 »entre los más ardidos campeones
 »estará combatiendo y el cadáver
 »defenderá, y en la troyana hueste
 »estrageo hará terrible con su lanza.»

Iris le respondió: «Todos sabemos
 »que tu armadura el enemigo tiene;
 »pero, áun así, preséntate en la orilla

»del foso á los Troyanos, por si logras
»que al verte acobardados se retiren
»de la lid, y respiren los Aqueos
»que cansados están; pues en la guerra
»un breve instante de reposo es útil.»

Dijo la Diosa, y al nevado Olimpo
volvió ligera en vagaroso vuelo.
Y el amado de Júpiter, Aquiles,
alzóse en pié, y Minerva sus fornidos
hombros cubrió con la égida espantable,
cercó sus sienes con dorada nube,
y encendió en ella esplendorosa llama.
Como el humo de léjos se divisa
que de la excelsa capital saliendo
de fértil isla que la mar circunda,
y sitia el enemigo, sube al éter,
cuando sus habitantes, todo el dia
por su ciudad habiendo combatido,
luego que el sol se oculta anchas hogueras
en los muros encienden y en las torres,
y alta sube la llama por que vista
pueda ser de los pueblos comarcanos
y vengan con sus naves del asedio
á librarlos; así la luz brillante
que la frente de Aquiles despedia
hasta el éter llegaba. Y ya venido
á la parte exterior de la muralla,
en la orilla del foso sin mezclarse
con los Aqueos (que el prudente aviso
respetó de su madre) se detuvo,
y en alta voz clamó (y á la otra parte
tambien gritó Minerva) y los Troyanos
en confuso desórden y aturdidos
huyeron al oírle. Cuan sonora
se oye la voz de la marcial trompeta

que al arma toca en la ciudad que sitia
poderoso enemigo; tan aguda
entónces resonó la voz de Aquiles.
Apénas de los Teucros al oido
llegó la férrea voz clara y sonora
del hijo valeroso de Peleo,
todos de espanto el alma conmovida
sintieron en el pecho; y los bridones,
sueltas al aire las hermosas crines,
hácia atrás se volvian con los carros
y en fuga se pusieron porque males
su ánimo presagiaba. Los jinetes
tambien se consternaron cuando vieron
el vivo fuego abrasador que ardia,
y Minerva avivaba de contino,
sobre la alta cabeza del valiente
nieto de Eaco. Resonó del foso
en la orilla tres veces la espantosa
y clara voz de Aquiles, y al oirla
los Teucros y sus fuertes auxiliares
en pavorosa turbacion cayeron.
Y todavía allí la muerte hallaron
doce fuertes caudillos, que en la arena
caído habiendo, por su propia lanza
fueron heridos sin poder valerse
y por la alta carroza atropellados.
Y ya llenos de gozo los Aqueos,
de Patroclo sacaron el cadáver
de en medio de las armas y los tiros,
y en el fúnebre lecho le pusieron.
Y todos los Mirmidones llorando
en torno le cercaban, y de todos
en medio estaba el afligido Aquiles.
Y ardientes muchas lágrimas vertia
cuando ya vió en el féretro tendido

á su fiel escudero, y desgarrada
con el hierro cruel su hermosa carne.
al contemplar que á la batalla él mismo
le envió con su carro y sus bridones,
y que de ella con vida no tornaba.

Al incansable Sol la augusta Juno
envió á las corrientes de Oceano
contra su voluntad; y oscurecida
ya su luz, los Aqueos el terrible
combate y la batalla suspendieron.
Y tambien de su parte los Troyanos,
acabada la lid, en la llanura
los ligeros bridones desuncian
de los carros marciales y á la junta
sin preparar la cena concurrieron,
y azorados y en pié deliberaban;
que á sentarse ninguno se atrevia.
Y de temor sobrecogidos todos
estaban, porque el hijo de Peleo,
que largo tiempo habia renunciado
al bélico tumulto, en la pelea
ya se dejara ver. Polidamente,
el sabio augur, de todos el primero
habló; porque tambien allí de todos
era el sólo que via lo futuro
y lo pasado. Siempre fuera amigo
de Héctor y camarada y una misma
noche los vió nacer, y en elocuencia
á Héctor Polidamente aventajaba;
mas Héctor mucho en manejar la pica
vencia al adivino, que prudente
así entónces decia á los Troyanos:

«Deliberad con madurez, amigos,
»lo que conviene hacer. Yo, de los Dioses
»la voz divina interpretando ahora,

»digo que á la ciudad nos retiremos
 »sin tardar, y acampados que amanezca
 »no ya esperemos de mañana el dia
 »cerca de los bajeles y distantes
 »de los troyanos muros. Cuando Aquiles,
 »en sus naves ocioso, del agravio
 »que Agamenon le hiciera se vengaba,
 »eran en la pelea los Aquivos
 »ménos valientes, y pasar la noche
 »á vista de su campo me agradaba
 »á mí tambien; que de tomar las naves
 »grande esperanza habia. Mas ahora
 »mucho yo temo al hijo valeroso
 »de Peleo; y anuncio que llevado
 »de su ardiente valor, no en la llanura
 »donde hasta ahora siempre las batallas
 »se daban de los Griegos y Troyanos,
 »querrá permanecer; que hasta los muros
 »de Troya llegará, y por escalarla
 »pugnará y á pavesa reducirla
 »y llevarse cautivas las mujeres.
 »Volvamos, pues, á la ciudad, amigos;
 »y fíaos de mí, pues os anuncio
 »lo que sucederá. La oscura noche
 »impide ahora al hijo de Peleo
 »á campaña salir; pero si armado
 »acomete mañana y nos encuentra
 »acampados aquí, tal vez alguno
 »conocerá lo que su brazo puede:
 »que harto gozoso volverá de Troya
 »al muro el que se salve con la fuga.
 »Y á muchos Teucros comerán los buitres
 »y perros... ¡ojalá que á mis oidos
 »tal desgracia no llegue! Mas si ahora
 »mi consejo seguís, aunque lo sienta

»vuestro valor, el resto de la noche
 »en junta reunidos tomaremos
 »las precauciones que prudencia dicte
 »para comun provecho, y las murallas
 »defenderán las elevadas puertas
 »y los recios portones que formados
 »de gruesas hojas con primor labradas
 »y bien unidas las entradas cierran.
 »Y cuando ya la divinal aurora
 »mañana empiece á clarear, nosotros
 »armados las murallas y las torres
 »coronaremos todas. Y aunque quiera,
 »de las naves saliendo, en torno al muro
 »Aquiles batallar, no será fácil
 »que se apodere de él. Y á sus navíos
 »volverá á pesar suyo, cuando hubiere
 »ya mucho fatigado á sus bridones
 »en derredor de la ciudad corriendo.
 »Y dentro penetrar su valor mismo
 »no le aconsejará, ni entrarla á saco
 »conseguirá: ¡primero le devoren
 »los carnívoros perros!» Así dijo
 Polidamante; y con ceñudo rostro
 mirándole Héctor, respondió irritado:

«¡Polidamante! tu consejo ahora
 »no al corazón agrada. Tú propones
 »que á la ciudad volvamos, y en su cerca
 »nos encerremos todos. ¿Qué? ¿cansados
 »no estais ya de vivir siempre escondidos
 »dentro los muros? En la edad pasada
 »era fama comun entre los hombres
 »que la ciudad de Príamo era rica
 »en oro y bronce mucho; y ya no existen
 »los hermosos joyeles que en las casas
 »se guardaban entónces: casi todos

»Á la Frigia pasaron y Meonia,
 »á ser allí vendidos, desde el día
 »que se irritó contra nosotros Jove.
 »Y cuando la Deidad me ha concedido
 »que en la última batalla inmensa gloria
 »haya alcanzado, al pié de los bajeles
 »combatiendo y á todos los Aquivos
 »hasta el mar retirando, ¿tú propones,
 »¡cobarde! tal vileza á las escuadras?
 »Pues sabe que ninguno tu consejo
 »aprobará, ni yo lo permitiera.
 »Hagamos todos lo que yo dijere.
 »Cenad ahora, en militar usanza
 »por ranchos divididos: centinelas
 »se pongan en el campo, y vigilantes
 »estemos todos. Y si acaso alguno
 »sus riquezas perder mucho temiere,
 »las junte y traiga todas, y á los otros
 »para que sean en comun gastadas
 »las entregue: más vale que cualquiera
 »Troyano de ellas goce, que los Griegos.
 »Mañana ya, cuando á brillar empiece
 »el rayo de la aurora, la armadura
 »tomando todos, hórrida batalla
 »trabaremos al pié de los navíos.
 »Y si es verdad que el valeroso Aquiles
 »á los combates vuelve, y de mi brazo
 »probar quiere la fuerza, más difícil
 »vencerme le será que él imagina;
 »y no de la pelea clamorosa,
 »huyendo de él, saldré. No: cara á cara
 »firme le he de esperar y alta victoria
 »él de mí alcanzará, ó eterno laur
 »yo lograré matándole; que Marte
 »es á todos comun, y muchas veces

»el que esperó vencer vencido queda.»

Así dijo: y los Teucros aplaudian.
 ¡Necios! que de razon ya los privara
 Minerva, y de Héctor el fatal dictámen
 siguieron todos y escuchar ninguno
 quiso á Polidamante, que prudente
 lo mejor proponia; y por escuadras
 divididos, la cena aparejaron.

En tanto los Aqueos á Patroclo,
 la noche toda, en funeral gemido
 lloraban; y de todos el primero,
 suspiros exhalando numerosos
 y sobre el pecho del amigo puestas
 las manos homicidas, el lamento
 Aquiles empezó. Como leona
 que habiéndola robado los cachorros
 el cazador miéntras estaba ausente
 se aflige cuando vuelve y no los halla,
 y los valles recorre, por la huella
 siguiendo al cazador para matarle,
 y se enfurece en su dolor agudo;
 así Aquiles, suspiros exhalando,
 en medio los Mirmídones decia:

«En vano, ¡ay triste! la palabra un tiempo
 »de mi boca salió cuando animaba
 »al heróico Menetio en mi palacio,
 »diciéndole que el hijo valeroso
 »á Opunte yo otra vez le llevaria,
 »despues que hubiese á Troya destruido
 »y la parte tomado de la presa
 »que cabido le hubiese. Pero Jove
 »no al hombre cumple sus deseos todos.
 »Así á nosotros dos la dura Parca
 »á morir aquí en Troya ha condenado,
 »esta tierra enemiga enrojeciendo

»con nuestra sangre. Porque á mí tampoco
 »el anciano Peleo en su morada
 »ya más recibirá, ni cariñosa
 »mi madre Tétis cercará mi cuello
 »con sus ebúrneos brazos, de esta guerra
 »volviendo vencedor; que sepultado
 »aquí yo quedaré. Mas, pues me toca
 »despues que tú morir, dulce Patroclo,
 »no te haré el funeral hasta que traiga
 »aquí yo la cabeza y la armadura
 »de Héctor tu matador; y ante la pira
 »en que arda tu cadáver, la cabeza
 »cortaré á doce jóvenes troyanos,
 »hijos de las familias más ilustres,
 »para vengar tu muerte. É insepulto
 »entretanto estarás aquí en las naves,
 »y en torno tuyo velarán llorando
 »noches y dias las esclavas todas,
 »troyanas y dardanias, que nosotros
 »cautivamos, habiendo destruido
 »las ciudades en que ellas habitaban.»

Así dijo; y despues á sus donceles
 mandó que al fuego tripode anchuroso
 pusieran, y con agua las heridas
 lavaran al cadáver del amigo
 y la sangre cuajada. Los donceles,
 á la lumbre poniendo una caldera
 por tres pies sostenida, la llenaron
 de agua, y trajeron leña, y la metieron
 por debajo del tripode; y la llama,
 en derredor cercando la caldera,
 el agua calentó. Cuando ya hervía
 en el sonoro cobre, diligentes
 el cadáver lavaron y le ungiéron
 con untuoso aceite, y las heridas

de un bálsamo llenaron oloroso
 que nueve años tenía. Y colocado
 ya en alto lecho funeral, con blanca
 y finísima sábana de lino
 desde los piés á la cabeza todo
 le cubrieron, y encima rico manto
 extendido tambien, la noche entera,
 en derredor de Aquiles reunidos,
 los Mirmidones todos á Patroclo
 tristes lloraron. Y el excelso Jove,
 á su esposa y hermana así decia:

«Ya hiciste al fin que á los combates vuelva
 »el valeroso Aquiles. Tú la madre
 »fuiste sin duda de los Griegos todos.»

Y Juno respondió: «¿Qué has proferido,
 »hijo terrible de Saturno? Un hombre
 »de otro hombre encuentra medios de vengarse
 »aunque mortal nació, ni ciencia tiene
 »tanta como los Dioses. Yo, que Reina
 »soy de las Diosas todas por mi origen,
 »y porque siendo tú de las Deidades
 »el Soberano soy esposa tuya,
 »estando de los Teucros agraviada
 »¿castigar no podré sus demasías?»

Miéntas hablaban Júpiter y Juno,
 del inclito Vulcano se acercaba
 al palacio ya Tétis, que de bronce
 de eterna duracion fuera labrado
 y cual astro brillaba, y entre todos
 los de los Dioses por su gran belleza
 mucho sobresalia, y le labrara
 él por su mano. De sudor cubierto
 hallóle Tétis, y agitado en torno
 corriendo de los fuelles; porque entónces
 trípodés veinte á un tiempo fabricaba,

que á la pared á veces arrimados
 del magnífico alcázar por sí mismos
 en el régio salon entrar pudiesen
 en que se juntan los eternos Dioses
 y volver otra vez á donde estaban:
 ¡admirable prodigio! Les pusiera
 con este fin debajo de su fondo
 ruedas de oro macizo, y los tenía
 ya muy adelantados. Solamente
 las asas no añadiera; pero entónces
 las preparaba, y en el duro yunque
 machacaba los clavos que debían
 afirmarlas. En tanto que afanoso
 él trabajaba con destreza suma,
 ¡llegó Tétis, y vióla desde léjos
 la hermosa Cáris, que las rubias trenzas
 con la coroná entónces sujetaba,
 y era esposa del ínclito Vulcano.
 Y adelantada á recibir á Tétis,
 de la mano la asió, y así la dijo:

«¿Por qué, augusta Deidad, Tétis hermosa,
 »y á nosotros tan cara, á este palacio
 »vienes ahora cuando no solías
 »ántes venir? Pero adelante pasa,
 »para que yo te ofrezca el agasajo
 »que á tan ilustre huéspedá es debido.»

Así Cáris habló, y á Tétis luégo
 por la mano condujo del alcázar
 á lo más interior; y en alta silla
 que en variada labor con clavos de oro
 estaba guarnecida, muy hermosa
 y sobre una tarima colocada
 en que el pié delicado descansase,
 la hizo sentar; y al ínclito Vulcano
 llamó despues, diciéndole: «A esta sala,

»esposo, ven ahora; porque Tétis
»desea hablarte.» Respondió el esposo:
 «De mi cariño digna y mi respeto
»es la Diosa que dentro los umbrales
»está de nuestro alcázar. Ya la vida
»me salvó en otro tiempo cuando triste
»y del cielo arrojado yo llegara
»al confin de la tierra, por capricho
»de una madre crüel y vanidosa
»que viéndome de piés estropeado
»ocultarme queria. Y mi desgracia
»fuera mayor si Tétis en el seno
»de la mar no me hubiese recibido
»de Eurínome ayudada, la graciosa
»hija del Oceano. Yo con ellas
»nueve años habité, y alhajas muchas
»primorosas las hice (brazaletes,
»y broches, y sortijas, y collares)
»en la profunda cueva que cercaban
»las murmurantes espumosas ondas
»del inmenso Oceano. Y no sabía
»ninguno de los Dioses, ni mortales,
»que yo estuviese allí; pues sólo Tétis
»y Eurínome, las que ántes me salvaran,
»á mi lado asistian. Y pues vino
»hoy Tétis á mi alcázar, será justo
»que agradecido yo la pague ahora
»aquel gran beneficio. Mas en tanto
»que voy á recoger las herramientas
»del oficio, y los fuelles, tú prepara,
»oh Cáris, el espléndido convite
»que á tan ilustre huésped es debido.»

Dijo el tiznado gigantesco Númen;
y alzándose del trono en que sentado
junto al yunque estuviera, cojeaba

y con mucho trabajo se movian sus mal formados piés. Quitó del fuego el fuelle; y recogiendo la herramienta con que entónces estaba trabajando, en un arcon magnífico de plata la encerró toda; y del tiznado rostro y ambas las manos, y el fornido cuello, y el muy velludo pecho, con esponja lavó el sudor y el humo; y ya vestida la túnica, y el cetro poderoso empuñando, salió donde esperaban Tétis y Cáris. Cojeando vino; pero sus tardos pasos dirigian dos estatuas que él mismo fabricara de oro macizo, y semejantes eran á las jóvenes vivas. En su mente inteligencia habia, y con la boca hablaban, y del pecho respiraban vital aliento, y de los mismos Dioses las labores de manos aprendieran; y entónces por el brazo sostenido á su Señor tenian, que despacio áun así caminaba. Y cuando vuelto hubo al régio salon, cerca de Tétis en áureo trono se asentó; y asida la mano de la Diosa, así la dijo:

«¿Por qué, augusta Deidad, hermosa Tétis,
 »y á nosotros tan cara, á este palacio
 »vienes ahora cuando no solias
 »ántes venir? A complacerte pronta
 »está mi voluntad, si lo que pides
 »lícito fuere y mi poder alcanza.»

Respondió Tétis, lágrimas vertiendo:
 «¡Vulcano! ¿piensas que de cuantas Diosas
 »habitan el Olimpo haya ninguna

»que agudos pasadores en su pecho
»tantos haya sentido, como Jove
»á mí sola en su colera ha lanzado?
»De las Diosas marinas á mí sola
»obligó á que tomase por esposo
»á un mortal, á Peleo; y las caricias
»amorosas de un hombre, mal mi grado,
»hube de tolerar: y ya rendido
»á la triste vejez, dentro su alcázar
»yace postrado. Á tan amargas cuitas
»otras se juntan nuevas. El Saturnio
»me otorgó que engendrarse y que criara
»un hijo, el más famoso entre los héroes:
»y creció al tierno olivo semejante,
»y de su infancia y juventud yo misma
»solicita cuidé, como de nueva
»planta se cuida que en feraz terreno
»nace y se cria. Y cuando ya llegara
»á la edad varonil, con sus navíos
»á Ilión le envié porque valiente
»con los Teucros lidiase; pero, ¡ay triste!
»que ya más á la casa de Peleo
»no volverá, ni en cariñoso abrazo
»yo le recibiré. Vive él ahora
»y ve la luz del sol, pero afligido
»está; y aunque yo vaya á consolarle,
»útil no puedo serle. Una cautiva
»que en premio del valor le destinaran
»los hijos de la Grecia, de las manos
»le arrancó injusto Agamenon de Atreo,
»y en profunda tristeza él devoraba
»su propio corazón. Á los Aquivos
»después en sus bajeles encerraron
»los Teucros, ni salir les permitian:
»y de Aquiles los Próceres de Grecia

»el favor imploraron, y preciosos
 »dones le prometian, é inflexible
 »él se negó á librarlos. Solamente
 »permitió que Patroclo su armadura
 »tomase, y con escuadra numerosa
 »le envió á combatir; y todo el dia
 »en torno á la muralla peleando
 »y las puertas Esceas estuvieron
 »los Dánaos. Y aquel dia destruido
 »hubieran la ciudad, si airado Apolo
 »al hijo valeroso de Menetio,
 »despues que estrago mucho en los Troyanos
 »hiciera, por sí mismo no matara
 »en la primera fila y la victoria
 »á Héctor no hubiese dado. Este el motivo
 »es de que ahora á suplicarte venga
 »humilde yo que al hijo, cuya vida
 »tan corta debe ser, un fuerte escudo
 »labres, y un morrión con su penacho,
 »y unas hermosas grevas que los broches
 »al tobillo aseguren, y una cota:
 »que las armas de Aquiles el amigo
 »perdió tambien, cuando la dulce vida
 »le quitaron los Teucros; y entregado
 »á su dolor inmenso, el héroe yace
 »fuera del pabellon sobre la arena.»

Y así Vulcano respondió á la Diosa:
 «Ten buen ánimo, Tétis, ni afligida
 »por las armas estés. Así pudiera
 »á la muerte ocultarle dolorosa
 »tan fácilmente yo cuando la Parca
 »inexorable del vital aliento
 »le prive, como ahora la armadura
 »más bella le daré que admiren todos
 »cuantos hombres la vean.» Así dijo:

y dejando allí á Tétis, á la fragua
y á los fuelles marchó. Y hácia los hornos
volviéndolos, mandó que trabajasen;
y obedientes los fuelles en los hornos,
que en todos eran veinte, de contino
soplaban, arrojando por la boca
toda clase de viento: que su soplo
rápido á veces era, cual le pide
el que apriesa trabaja, y otras veces
lento, como Vulcano le queria
para acabar las armas. En crisoles
echó, para que al fuego se ablandasen,
duro cobre, y estaño, y oro puro,
y plata; y en el tronco puso luégo
el firme y grande yunque. Y en la diestra
el pesado martillo, y las tenazas
en la izquierda tomando, lo primero
hizo el escudo ponderoso y grande,
de variada labor, y orlado en torno
con triplicado cerco reluciente
de metal derretido; y la correa,
de plata entretejida, en la más alta
parte colgó. Las planchas que el escudo
formaban eran cinco; y con destreza
suma esculpió lindísimas figuras
sobre la faz de la primera plancha.

Allí grabó la tierra, el mar, el cielo,
el incansable sol, la luna llena:
y allí entalló tambien los astros todos
que coronan el cielo; las Pléyadas,
las Híadas, el fuerte y aguerrido,
miéntras vivió, Oríon; la Osa, ó el Carro
(porque tambien así llamarla suelen)
que siempre gira en derredor del polo,
y á Oríon mira de frente, y es la sola

constelacion que en la corriente clara
nunca á bañarse llega de Oceano.

Grabó despues en el redondo escudo
dos hermosas ciudades, y pobladas.
En una estaban celebrando bodas,
y espléndidos convites se veian;
y las novias, del tálamo saliendo,
con hachas encendidas por las calles
del pueblo eran llevadas, y se oia
el repetido canto de himeneo.
Y cuadrillas de jóvenes danzaban
á la redonda, y en agudas voces
sus cadenciosos pasos dirigian
las cítaras y flautas; y á su puerta
parada cada cual, muchas matronas
complacidas el baile presenciaban.
Los hombres en el foro reunidos
estaban; porque habia una disputa
entre dos que tenaces contendian
sobre la multa que pagar debiera
el uno de ellos por haber matado
á un pariente del otro. Aquel decia
que ya todo pagara, y ante el pueblo
lo declaraba así; pero el segundo
negaba que él hubiese recibido
ni aún una parte. Pretendian ambos
que, oidos los testigos, la querella
se decidiese en su favor; y el pueblo
en bandos dividido, apadrinaban
os unos al primero y los restantes
al segundo, y ardientes aplaudian
en alternada vez al que postrero
hablara; y los heraldos á la gente
mponian silencio. Los ancianos
que sentenciar debian, en labradas

pedras sentados y de gran gentío rodeados, tenían en la diestra un cetro igual al que de insignia sirve al heraldo canoro que los aires atruena con sus voces sonoras; y en ellos apoyados, por su turno se levantaban y el ruidoso pleito decidían. Y allí depositados en medio se pusieran de los jueces dos talentos en oro, que debía en premio recibir el que entre todas la más justa sentencia hubiese dado.

Cubiertas de brillantes armaduras, dos escuadras de fuertes campeones la otra ciudad sitiaban; y querían arruinarla los unos, y los otros que entre las dos escuadras se partieran en porciones iguales divididos los bienes y tesoros que en sus muros la ciudad contenía. Los sitiados no á rendirse dispuestos se mostraban, y cautos en secreto disponían salir á una emboscada; y mientras ellos se armaban, las mujeres, los rapaces, y los ancianos, sobre el alto muro á guardarle subieran. Los armados ya salieron en fin, y los guiaban Pálas y Marte. Sus estatuas eran de oro macizo, y áurea vestidura ambos tenían y brillantes armas; y gallardos también como los Dioses y corpulentos eran, y excedían á todos en altura; que más bajos eran mucho los hombres. Ya llegadas las escuadras al río y al paraje

que para la celada señalado
estaba, y era el sitio en que solia
el ganado beber del enemigo,
dentro la selva umbría se ocultaron
todos cubiertos de lucientes armas;
pero á distancia mucha ántes pusieron
dos atalayas que observar pudiesen
cuándo del enemigo las ovejas
y los bueyes al rio se acercaban.
Y no mucho tardaron; y venian
con ellos dos pastores divertidos
en tocar la zampoña, la asechanza
sin sospechar. Los vieran desde léjos
los atalayas; y el aviso dando
á los suyos, corrieron presurosos
todos á los ganados y por presa
se llevaron los bueyes y el rebaño
de lanudas ovejas, y la muerte
dieron á los pastores. Cuando oyeron
la algazara y confusa vocería
que en torno de los bueyes resonaba
los sitiadores, que hasta allí en arengas
el tiempo consumian en la junta,
en sus carros subieron que arrastraban
en airoso galope los caballos,
y fueron á buscar al enemigo,
y pronto le alcanzaron. A la márgen
alto hicieron del rio, y la batalla
animosos trabaron, y se herian
los unos á los otros. La Discordia
y el bélico tumulto allí entallados
se vian, y la Parca inexorable
que á un guerrero tenia de la mano
con vida aún pero recién herido,
y á otro dejaba ileso; y con la diestra

de los piés arrastraba algun cadáver,
y el ropaje que en torno la cubria
manchado estaba con su sangre todo:
y combatian los demás guerreros,
y se mataban cual si fueran vivos,
y ambas haces sus muertos arrastraban

Grabó despues en anchurosa vega
blando noval y de feraz terreno,
que por tercera vez con el arado
rompian multitud de labradores;
y cada cual llevaba al yugo uncidas
un par de mulas, y en profundos surcos,
unos por una parte otros por otra,
el terreno movian. Y al extremo
del campo todo cuando ya llegaban,
un hombre que al encuentro les salia
profundas tazas de oloroso vino
les ponía en las manos; y en bebiendo,
otros surcos á abrir atrás volvian
en impaciencia deseando todos
del profundo noval á la otra punta
prontamente llegar. Y negreaba
el terreno que atrás iban dejando
cual si la reja en realidad hubiese
la tierra roto, siendo de oro puro
toda aquella campiña: tal prodigio
á la vista ofreciera allí Vulcano.

Grabó tambien un campo ya cubierto
de espesa miés; y en él los segadores
con hoces cortadoras que tenian
en las manos segaban afanosos,
y las rubias espigas en la tierra
unas estaban sin cesar cayendo,
y otras en haces con flexible junco
ataban tres mancebos, y á su espalda

unos rapaces, que al caer la espiga la alzaban de la tierra y á brazados á los tres atadores la llevaban para formar el haz, nuevas espigas les alargaban sin cesar. En medio de ellos el Rey, el corazón alegre, con el cetro en la mano y silencioso de pié estaba en un surco; y á otra parte bajo las ramas de frondosa encina los heraldos espléndido convite, matado habiendo corpulenta vaca, estaban preparando; y las mujeres á los trabajadores la comida aparejaban, en ingentes ollas de blanca harina deliciosas puches sin cesar revolviendo y sazizando.

También de oro macizo, y muy hermosa, una viña entalló de no pequeña extensión, y las cepas, oprimidas al peso de las uvas, por estacas hechas de plata sostenidas eran; y entre las verdes hojas los racimos negrear se veían, y en contorno cavado foso de negruzco acero y un seto que de estaño fabricara la entrada prohibían; y una sola hizo y angosta calle que pudiese á ella guiar, y parecía llena de los acarreadores que volvían á la aldea, la viña vendimiada. Y mancebos gallardos y doncellas en canastos de mimbre el dulce fruto llevaban al lagar, y en medio de ellos un muchacho la cítara sonora tafía blandamente, y al sonido

en baja y dulce voz iba entonando
de Lino la cancion, y la cuadrilla
ágil danzaba en pasos cadenciosos,
y en acordada voz cantando leda,
con ruidosa algazara le seguia.

Hizo despues vacada numerosa;
y eran de oro y estaño, así las vacas
como los toros; y mugiendo alegres,
en confuso tropel desde el establo
salian á pacer la dulce hierba
en ancho valle que regaba un rio
rápido y caudaloso coronado
de espeso carrizal; y los guiaban
cuatro pastores de oro, á quien seguian
nueve robustos perros. Pronto salen
dos terribles leones á las reses;
y de entre las primeras á un novillo
acometiendo, con la fuerte garra
le sujetan. Bramidos espantosos
da el herido animal; pero las fieras
le arrastran, y en mugidos lastimeros
él llama á los pastores. Estos vienen,
y los perros detrás; pero entre tanto,
del toro corpulento los leones
desgarrando la piel, su roja sangre
beben y sus entrañas despedazan.
Y en vano los pastores los persiguen,
azuzando á los perros; que cobardes
estos vuelven la espalda y se retiran
sin morder á las fieras, y parados
ladran de cerca, pero evitan siempre
de los leones la terrible garra.

Hizo tambien el inclito Vulcano
en un ameno valle una pradera
en que rebaños pacen numerosos

de cándidas ovejas, y á lo léjos
los establos se ven y las tinadas,
y las chozas tambien de los pastores.

Una danza despues allí Vulcano
entalló artificiosa, y semejante
á la que en otro tiempo en la ancha Creta
Dédalo imaginó para la rubia
Ariadne. Y allí danzar se vian,
unos y otros asidos de las manos,
tiernas doncellas y ágiles mancebos.
Con ropaje de lino ellas vestidas,
y de hermosas guirnaldas coronadas,
iban; y ellos tenian herreruelos
de finísima lana con süave
aceite perfumados, y del hombro
en tirantes de plata suspendidos
cortos estoques de oro. Y unas veces
á la redonda en anchuroso cerco
danzaban todos con ligera planta
en fácil giro y en acordes pasos,
así imitando la voluble rueda
que el alfarero con la mano agita
para que rueda en torno; y otras veces
en parejas bailaban divididos.
Y mucha gente la graciosa danza
mirando estaba, alegre y divertida;
y con raro primor dos saltarines,
despues de preludiar alegre canto,
en difíciles saltos y cabriolas
su agilidad y su saber mostraban.

Y al extremo tambien del grande escudo
del rio de Oceano caudaloso
figurando la rápida corriente,
en derredor le circundó con ella.

Luego que el ancho y ponderoso escudo

hubo ya concluido, la coraza hizo, más reluciente que del fuego el resplandor que desde léjos brilla, y el refinado yelmo que á las sienes sentase bien, hermoso, y nielado en variada labor; y en la cimera el penacho afirmó, que de oro fino era formado y trémulo ondeaba; y las grevas, por fin, hizo de estaño que dócil al tobillo se ajustase.

Y cuando ya completa la armadura Vulcano tuvo, la tomó en las manos; y á la gallarda Tétis en las suyas se la puso. Y la Diosa en rauda vuelo, cual ligero alcotan, desde el Olimpo saltó á la tierra, las brillantes armas para llevar á Aquiles que Vulcano á ruego suyo fabricado habia.

LIBRO DÉCIMONONO.

Con su manto de púrpura cubierta
ya la Aurora dejaba las corrientes
del Oceano, á los eternos Dioses
para llevar la luz y á los mortales;
cuando Tétis, trayendo la armadura
que Vulcano la diera, á los bajeles
llegó de los Aqueos. Reclinado
sobre el yerto cadáver del amigo
y lágrimas vertiendo acompañadas
con gritos de dolor, al hijo suyo
halló; y en torno de él la numerosa
turba de los Mirmídones lloraba
al amable Patroclo. En medio de ellos
se presentó la Diosa; y por la diestra
asiendo al héroe, le llamó y le dijo:

«Por más que tristes y afligidos ambos
estemos, hijo mio, por la muerte
de tu escudero, ahora su cadáver
aquí yacer dejemos, pues vencido
fué el infeliz porque los altos Dioses
así lo decretaran. Tú recibe
esta rica armadura, por el mismo

»Vulcano fabricada; y tan hermosa
 »no la llevó jamás sobre los hombros
 »héroe ninguno de la edad pasada.»

Así dijo la Diosa, y la armadura,
 de Aquiles á los piés, soltó en la arena;
 y en espantoso ruido resonaron
 las armas al caer. A tal estruendo
 los Mirmídones todos confundidos
 y atónitos quedaron; y ninguno
 á mirarlas de frente se atrevía,
 y la espalda volvieron. Cuando el héroe
 vió las armas, en cólera terrible
 más se inflamó, y sus ojos como fuego
 debajo de los párpados brillaban
 en hórrido fulgor; pero en sus manos
 al tomar la armadura, complacido
 la contemplaba. Y cuando ya el deseo
 hubo saciado de admirarla, triste
 dijo á su madre en doloridas voces:

«¡Madre! las nuevas armas que me envía
 »el Dios son tan hermosas como deben
 »las obras ser que fabricó la mano
 »de los eternos Dioses, y ninguno
 »de los hombres mortales las hiciera.
 »Con ellas me armaré; pero en el alma
 »grande tengo temor de que este día,
 »mientras yo esté lidiando, en el cadáver
 »del hijo de Menetio las ligeras
 »moscas penetren por las anchas bocas
 »que en él abrieron enemigas lanzas,
 »y gusanos enjendren, y su cuerpo
 »ya del alma privado desfiguren,
 »y que toda la carne se corrompa.»

Télis le respondió: «¡No ese cuidado
 »te atormente, hijo mio! Del cadáver

»yo misma alejaré los importunos
 »enjambres de las moscas, que ostinadas
 »en la carne se ceban de los hombres
 »que de heridas fallecen en las lides.
 »Y aunque un año cumplido aquí estuviese
 »insepulto, su carne la frescura
 »conservaría que viviendo tuvo,
 »y si cabe mayor. Así, á los Griegos
 »tú á la junta convoca; y renunciando
 »á la venganza ya que del Atrida
 »hasta ahora tomaste, sal armado
 »á campaña y el ánimo te viste
 »de intrepidez y fortaleza.» Tétis
 así decia; é inspirando al hijo
 ardimiento y valor, en el cadáver
 de celeste ambrosía algunas gotas
 por las narices infundió y de néctar,
 para que la frescura conservase.

Por la orilla del mar despues Aquiles
 dando espantosas voces caminaba,
 á los héroes aquivos á la junta
 él mismo convocando. Y áun aquellos
 que solian quedarse en los navíos,
 y hasta los timoneros, que encargados
 de dirigir las naves por las aguas
 en la navegacion tambien ahora
 eran los dispenseros y cuidaban
 de repartir los víveres á todos,
 entónces á la junta concurrieron;
 porque de nuevo Aquiles se mostraba,
 despues de haber estado de las lides
 mucho tiempo alejado. Los primeros
 llegaron á la junta Diomédes
 y Ulises en sus lanzas apoyados;
 y los dos cojeaban porque mucho

sentian el dolor de las heridas
que en la lid recibieran, y delante
de todos se asentaron. El potente
Agamenon, caudillo de las tropas,
el último llegó, también herido
por el herrado astil que le arrojara
el hijo de Antenor. Cuando estuvieron
ya reunidas las escuadras todas,
en medio de ellas el valiente Aquiles
alzóse, y dijo en sonoras voces:

«¡Oh hijo de Atreo! ¡Cuánto hubiera sido
»más útil á los dos que nuestras almas
»así hubiesen estado tan unidas
»cuando ciegos de cólera, y en duras
»palabras conteniendo, rencorosos
»enemistad por siempre nos juramos
»sólo por una esclava! Más valiera
»que Diana en la nave con sus tiros
»la hubiese dado muerte, en aquel día
»en que habiendo á Lirneso saqueado
»la cautivé. No entónces moribundos
»mordido hubieran la anchurosa tierra
»tantos Aquivos como ya murieron
»del enemigo á manos en los días
»que duró mi rencor. A los de Troya,
»y á Héctor, útil ha sido de nosotros
»la contienda fatal; pero los Griegos
»de ella se acordarán. Los dos ahora,
»por más que doloroso el sacrificio
»pueda ser, olvidemos lo pasado;
»y á la necesidad cediendo triste,
»dentro del alma el natural fogoso
»reprimir procuremos. Desde ahora
»yo depongo la cólera, ni es justo
»que eternamente la pasada injuria

»tenga en memoria. A pelear valientes
 »tú anima á los Aqueos; y veamos
 »si combatiendo yo, los enemigos
 »quieren pasar las noches á la vista
 »de nuestras naos. El que huir lograre
 »de mi lanza en la lid, ¡con cuánto gozo
 »descansará despues!» Así decía;
 y todos los Aqueos se alegraban
 al ver que del agravio recibido
 ya se olvidara el valeroso Aquiles.

Y Agamenon desde su propia silla,
 sin levantarse ni salir al medio,
 dijo á la multitud de los Aquivos:

«¡Ministros de Mavorte, heróicos Dánaos,
 »dulces amigos! Pues arengo ahora
 »desde la silla, convendrá que atentos
 »mi discurso escucheis. Ni decoroso
 »interrumpirme fuera; que difícil,
 »aún al varon más sabio y entendido,
 »sería perorar si á cada paso
 »otro le interrumpiese. ¿Y cómo nadie,
 »en medio del tumulto estrepitoso
 »de tanta gente, aún escuchar pudiera,
 »mucho ménos hablar? Aun el que fuese
 »elocuente orador, se turbaria.
 »Yo hablaré con el hijo de Peleo;
 »pero vosotros, los demas Argivos,
 »atentos escuchad y lo que diga
 »grabad en la memoria. Muchas veces
 »me han dicho los Aqueos que la causa
 »era yo de sus males, y en las juntas
 »insultarme solian; y el culpado
 »no soy yo. Lo son Jove y el Destino,
 »y la Furia que vaga en las tinieblas;
 »los cuales en mi pecho introdujeron

»la triste Diosa que al error preside,
 »y á quien *Ate* llamar los hombres suelen
 »en el aciago día en que su esclava
 »á Aquiles yo quité. Mas ¿qué podía
 »yo, mísero mortal, hacer entónces?
 »Dios es quien todo lo dispone y hace.
 »*Ate* es hija de Jove poderosa,
 »y á los mortales todos inclemente
 »persigue y hace males. Delicados
 »son sus piés, y en el suelo no los pone;
 »que siempre por encima las cabezas
 »anda de los mortales, y á los pueblos
 »inexorable daña. Y cuando riñen
 »dos personas, con grillos poderosos
 »de gran calamidad las manos ata
 »á la una de las dos si acaso deja
 »á la otra libre. Y áun al mismo Jove,
 »á quien la voz del universo aclama
 »por el más poderoso de los Dioses
 »y los humanos, dolorosa cuita
 »*Ate* causó otro tiempo, cuando Juno,
 »hembra siendo y menor su poderío,
 »logró engañarle artificiosa el día
 »en que debía Alcmena al valeroso
 »Hércules dar á luz dentro los muros
 »de Tébas, y orgulloso el padre Jove
 »así dijo á los otros inmortales:
«¡Dioses y Diosas! escuchadme todos,
»y un secreto sabreis que el alma ahora
»dentro del pecho revelar me manda.
»Ilitia, que del parto los dolores
»aumenta ó disminuye, en este día
»sacará á luz un niño que de todas
»las naciones cercanas poderoso
»Rey ha de ser, y de mi sangre misma

»es engendra-to.» Respondióle Juno
*»con dolosa intencion: «¿Y será falso
 »lo que tu labio ha dicho, ó la palabra
 »que has dado cumplirás? Si es como dices,
 »jérame ahora tú, que omnipotente
 »en el Olimpo reinas, con sagrado
 »y firme juramento, que de todas
 »las naciones cercanas poderoso
 »Rey ha de ser aquél que en este día
 »de una mujer entre los piés cayere,
 »y de los hombres sea que enjendrados
 »son de tu sangre.»* Juno así decia:
*»y Jove, que no el dolo sospechaba,
 »hizo el solemne y firme juramento
 »que á su amor paternal tantos pesares
 »ocasionar debía. Porque Juno
 »desde las altas cumbres del Olimpo
 »presurosa bajó, y en un instante
 »á Árgos llegó de Acaya y al palacio
 »en que habitaba la gentil esposa
 »de Estenelo, nacido de Perseo.
 »Y como estaba en cinta, y áun entrada
 »en el octavo mes, á luz un hijo
 »hizo que diese, y por algunas horas
 »de Alcmena el parto retardó teniendo
 »sujetas entretanto á las Ilitias:
 »y al Olimpo volvió, y al padre Jove
 »dió la noticia y dijo: «¡Oh tú, que el rayo
 »envotas á la tierra! Sabe ahora
 »que un mortal ha nacido valeroso
 »que en Árgos reinará, y es Euristeo,
 »de Esténelo nacido. Y pues el padre
 »de Esténelo es Perseo, y engendrado
 »éste fué de tu sangre, no es injusto
 »que aquél en Árgos reine.»* Así decia

»Juno, y el alma de Saturnio Jove
 »dolor agudo hirió. Y de la cabeza
 »de nítidos cabellos coronada
 »á Ate cogiendo, y en su mente airado,
 »pronunció el juramento irrevocable
 »de que jamás al estrellado cielo
 »ni al Olimpo la Diosa volvería
 »que á todos hace tan terribles daños.
 »Y hecho ya el juramento, y con la diestra
 »agitándola en torno, para siempre
 »del cielo la arrojó; y en un instante
 »cayó en la dura tierra que la mano
 »fertiliza del hombre, y por su causa
 »mucho Jove gemía cuando al hijo
 »en trabajos penosos fatigarse
 »veía por mandato de Euristeo.
 »Así yo, cuando al pié de los bajeles
 »Héctor á los Aquivos destruía,
 »nunca pude olvidarme de la Diosa
 »que á cometer tal hierro me obligara.
 »Mas, pues le cometí, y airado Jove
 »la razón me quitó, la ofensa quiero
 »ahora reparar, y dones muchos
 »á Aquiles ofrecer en desagravio.—
 »Marcha, pues, al combate, y á los otros
 »anima con tu voz; que yo á la vuelta
 »los dones te daré que te ofrecía
 »ayer Ulises, cuando fué enviado
 »á tu tienda. Ó si quieres recibirlos
 »breve espera un momento, aunque impaciente
 »por batallar estés; y los heraldos
 »aquí los traerán, para que veas
 »si de aplacar la cólera en tu pecho
 »capaces son los que te ofrezco ahora.»

Y Aquiles respondió: «¡Glorioso Atrida

»Agamenon, caudillo de los Griegos!
 »ó ya quieras los dones ofrecerme
 »porque justo lo creas, ó guardarlos,
 »luego podrás hacer lo que te sea
 »más grato al corazón. En este día
 »sólo pensemos en salir armados
 »al horrible combate. No conviene
 »que en discursos el tiempo se consuma,
 »y la lid se retarde: todavía
 »está sin acabar la grande empresa
 »á que venidos somos. Y ya es tiempo
 »de que vean á Aquiles los Troyanos
 »en las primeras filas con su lanza,
 »de bronce guarnecida, las falanges
 »troyanas destrozar. Y con mi ejemplo
 »animados vosotros, del antiguo
 »valor os acordad en la pelea.»

Y dijo el sábio Ulises: «No en ayuñas,
 »oh Aquiles, á los Dioses parecido,
 »porque eres tan valiente, á los Aqueos
 »quieras llevar á combatir ahora
 »delante de Ilion con los Troyanos;
 »que no breves instantes la batalla
 »ha de durar, cuando á lidiar empiecen
 »una vez las escuadras y en el pecho
 »Jove infunda valor á los Aquivos
 »y á los Troyanos. Á las tropas manda
 »que las fuerzas reparen en las naos
 »con manjares y vino. La comida
 »es la que da valor y fortaleza.
 »Que si desfallecido el combatiente
 »esta de no comer, no será fácil
 »que con el enemigo todo el día
 »hasta que baje el sol al Oceano
 »animoso combata. Aunque valiente

»él quiera pelear, sus miembros todos
»poco á poco se van debilitando,
»siente el hambre y la sed, y las rodillas
»no pueden sostenerle. Mas el hombre
»que saciado de vino y de comida
»en la batalla entrare, aunque ésta dure
»un día entero, con pujanza y brío
»está siempre lidiando; ni fatiga
»en sus miembros advierte hasta que todos
»de la lid se retiran. Así, ahora
»á las tropas despide, y que preparen
»el desayuno manda. Los regalos
»que debe hacerte el adalid supremo
»Agamenon, en medio de la junta
»él los mande traer; para que todos
»con sus ojos los vean, y en el alma
»te regocijes tú. También te jure
»con lengua no falaz, de los Argivos
»en presencia y de pié, que de la esclava
»nunca al lecho subió, ni en amoroso
»lazo se unió con ella, cual permite
»antigua ley en las naciones todas
»entre hombres y mujeres admitida.
»Tú, oh Príncipe, también dentro del alma
»todo rencor olvida, y en su tienda
»te ofrezca el Rey espléndido convite
»de reconciliación en testimonio,
»para que nada á los honores falte
»que debidos te son. Desde este día,
»oh hijo de Atreo, tú también procura
»ser más justo con todos; ni ya creas
»que puede ser á un Rey indecoroso
»al varón aplacar á quien primero
»él hubiese injuriado.» Así le dijo;
y placentero respondió el Atrida:

«¡Ulises! mucho el corazón se alegra
 »al escuchar lo que dijiste ahora,
 »porque en todo has hablado cual prudente
 »y entendido varón. Jurar yo quiero
 »lo que desees; ni repugna el alma
 »tal juramento hacer, ni cuando invoque
 »de la divinidad el nombre santo.
 »perjuraré mi lengua. Espere Aquiles
 »aquí, por más que en impaciente anhelo
 »volver quiera á la lid: y reunidos
 »todos permaneced hasta que vengan
 »de mi tienda los dones y yo jure,
 »un sacrificio haciendo que confirme
 »lo que pronuncie el labio. Escoge ahora
 »entre todos los jóvenes Aqueos
 »tú los más distinguidos, y á mi tienda
 »con ellos te encamina: y de allí tomen
 »los regalos que hacer yo prometía
 »ayer á Aquiles, y también conduzcan
 »del brazo á las esclavas. Y Taltibio,
 »por la anchurosa hueste de los Griegos
 »atravesando, un jabalí me traiga
 »para ofrecerle en sacrificio á Jove
 »y al Sol.» Aquiles respondió al Atrida:

«Dejad para otro tiempo esos cuidados;
 »para cuando se pueda la batalla
 »suspender, y mi pecho no se sienta
 »en bélico furor tan encendido.
 »Yacen hoy insepultos los Aqueos
 »que Héctor mató mientras le dió la gloria
 »del vencimiento Jove, ¿y á los vivos
 »vosotros á tomar el desayuno
 »aguijais? Yo, por mí, les mandaría
 »que sin gustar el vino y los manjares
 »marcharan á la lid, y que á la noche

»dispusieran espléndidos banquetes
 »cuando la ofensa hubiéramos vengado.
 »Hasta entónces, ál ménos por mi boca,
 »no entrará ni alimento ni bebida;
 »porque yace en la tienda mi escudero,
 »de aguda lanza el corazon pasado,
 »en lecho funeral hácia la puerta
 »vueltos los piés; y en derredor le lloran
 »mis escuadras. Por eso no me curo
 »de regalos ahora, ni convites;
 »sólo me es grata la matanza y sangre,
 »y el triste lamentar de los que mueren.»

«¡Oh Aquiles de Peleo (dijo Ulíses),
 »oh el más fuerte de todos los Aquivos!
 »No poco tú en valor y en la destreza
 »de manejar la pica me aventajas,
 »pero en sabiduría acaso mucho
 »yo á tí soy superior; porque he nacido
 »ántes que tú, y en experiencia larga
 »más he visto tambien. Por eso ahora
 »quisiera que cediese á mis razones
 »tu fogosa impaciencia. Los guerreros
 »de combatir se cansan prontamente
 »si ha derribado la segur por tierra
 »ya mucha paja y la cosecha es poca,
 »luégo que al otro lado la balanza
 »Jove inclinó; que el árbitro supremo
 »él es de la victoria. Con el vientre
 »no es justo que los hijos de la Grecia
 »lloren al que murió. Todos los días
 »muchos y valerosos adalides
 »caen; y si llorarlos se debiera
 »uno por uno á todos, ¿cuándo el hombre
 »el llanto acabaria? Al que muriere
 »es justo luégo sepultar, y mucho

»su pérdida sentir, y un solo día
 »llorar sobre su tumba. Los que vivos
 »salieron de la lid, en el sustento
 »y en la bebida piensen, porque puedan
 »con más vigor en el marcial combate
 »pelear animosos, revestidos
 »del indomable hierro. Así, ninguno
 »quede en el campo ocioso, ni ya espere
 »que con nuevos discursos á las tropas
 »á pelear animen los caudillos;
 »que en daño suyo esperará la arenga
 »el que en las naves quede. Todos juntos
 »marchemos á la lid, y al enemigo
 »en terrible batalla destruyamos.»

Así dijo, y mandó que le siguieran
 los fuertes hijos del ilustre Néstor,
 y Mégas, y Toante, y Meriones,
 y el hijo de Creonte Licomedes,
 y Melanipo; y á la tienda todos
 marcharon del Atrida. Y no más pronto
 hablaron ellos, que acabada estuvo
 la entrega de los dones. De las naves
 siete trípodes, pues, cuales habia
 á Aquiles ofrecido, relucientes
 veinte calderas y caballos doce,
 escogieron: y asidas por el brazo
 fuera del pabellon sacaron luego
 siete hermosas esclavas instruidas
 en labores de manos, y con ellas
 iba tambien Briseida y á las otras
 en hermosura aventajaba mucho.
 Los diez talentos de oro, que pesara
 ántes él por su mano, en anchurosa
 urna llevaba Ulises; y el primero
 iba, y los otros jóvenes Aquivos

con los demas presentes le seguian.
 Y al paraje venidos en que estaban
 los Griegos asentados, de la hueste
 en medio los pusieron, y el Atrida
 Agamenon se alzó: y a su derecha
 colocado Taltibio, que á los Dioses
 en la voz igualaba sonora,
 el jabali con la robusta mano
 tuvo sujeto. Desnudó el Atrida
 el cuchillo de monte que pendiente
 tenia al lado de la grande espada;
 y al jabali cortando por primicias
 algunas cerdas, al eterno Jove,
 con las manos alzadas al Olimpo,
 rogaba humilde. Los Aquivos todos,
 en sus sillas sentados y en silencio,
 con piadosa atencion y compostura
 escuchaban al Rey, miéntras que fijos
 los ojos en el cielo esta plegaria
 á los eternos Dioses dirigia:

«Testigos hoy me sean: el primero
 »Júpiter, que de todas las Deidades
 »es la más grande, y poderosa, y fuerte;
 »y la Tierra y el Sol, y las terribles
 »Furias que en las regiones infernales
 »á los hombres castigan que perjuros
 »sobre la tierra fueron, de que nunca
 »yo la mano he tocado de Briseida,
 »ni he subido á su lecho, ni he logrado
 »de ella ningun favor, y de que ha sido
 »de todos en mi tienda respetada.
 »Y si perjuras mis palabras fueron,
 »dénme los justos Dioses cuantos males
 »suelen dar por castigo al que su nombre
 »invocó sin verdad.» Así decia,

y el cuello con la daga cortadora
dividió al jabalí. Tomó del suelo
la víctima Taltibio; y rodeando
el brazo, de la mar á la llanura
la arrojó para pasto de los peces.
Alzóse Aquiles, y al excelso Jove
dirigió en alta voz esta plegaria:

«Grandes y muchas desventuras sueles,
»padre Jove, enviar á los humanos:
»que si tú no lo hubieras permitido,
»nunca jamás en cólera mi pecho
»inflamara el Atrida; ni la jóven
»él hubiera sacado de mi tienda
»contra mi voluntad, de irresistible
»fuerza arrastrado. Sí: no lo dudemos,
»Jove ha querido que por tal querella
»muchos Griegos muriesen.—Id ahora
»á tomar alimento, y la batalla
»despues comenzaremos.» El valiente
Aquiles dijo, disolvió la junta,
y volviéronse todos á las naves.
Y en tanto, los Mirmídones tomaban
los magníficos dones, y al navío
llevándolos de Aquiles, en las tiendas
los pusieron, y dentro su morada
dejando á las cautivas, los donceles
los bridones llevaron á la vega
en que estaban los otros. Cuando muerto
y por aguda lanza atravesado
vió á Patroclo Briseida, á su cadáver
se arrojó; y en gemidos, afligida,
prorumpiendo y sollozos, con sus manos
el blanco pecho, el delicado cuello,
y el bellissimo rostro se afeaba.
Y de sus claros ojos derramando

lágrimas abundantes, y tan bella
en su dolor como las Diosas, dijo:

«¡Generoso Patroclo, amigo caro
»de esta infeliz mujer! Cuando la tienda
»de Aquiles dejé yo, vivo quedaste;
»y cuando vuelvo ahora, ¡oh valeroso
»caudillo de la hueste! ya te encuentro
»sin vida; que en mí siempre nuevos males
»á los primeros siguen. De mi patria
»ante los muros, con agudo hierro
»pasado el corazon, sobre la arena
»ví espirar al esposo que mis padres
»me dieran; y tambien los tres hermanos
»carnales que conmigo se criaran,
»y yo mucho queria, de la muerte
»á la region bajaron tenebrosa.
»Y habiendo Aquiles por su propia mano
»muerto á mi dulce esposo, y destruido
»de Mines la ciudad, no me dejabas
»tú llorar, y decias que del héroe
»en legitima union esposa tierna
»harias que yo fuese, y que en las naves
»á Phtia yo llevada, en su palacio
»el convite nupcial celebraria
»en medio los Mirmidones. ¡Ay triste!
»¿cómo viendo ya muerto al que conmigo
»fué siempre tan humano, yo pudiera
»no deshacerme en llanto doloroso?»

Así dijo Briseida; y las esclavas
todas gemian lamentando tristes,
al parecer, la muerte de Patroclo,
pero en realidad sus propios males.

Y en derredor de Aquiles los primeros
caudillos de la hueste se juntaron,
y con muchas instancias le pedian

que tomase alimento; mas el héroe
 á tomarle obstinado se negaba,
 y exhalando suspiros les decia:

«Si alguno aún de los amigos caros
 »á mi voz obedece, yo á vosotros
 »os pido que, importunos, de alimento
 »no me habéis ni bebida. Atravesado
 »de dolor está el pecho; y en ayunas
 »he de permanecer hasta que oculte
 »su luz el sol, y la marcial fatiga
 »quiero así tolerar.» Con estas voces
 despidió á los demas: sólo quedaron
 los dos Atridas, el sagaz Ulises,
 Néstor, Idomeneo, y el prudente
 Fénix. Y procuraban todos ellos
 á Aquiles distraer de su profunda
 y sombría tristeza; mas del héroe
 nada alegrar el ánimo podia,
 hasta dejar vengado al dulce amigo
 en poderosa lid. Y al acordarse
 de la fidelidad con que otro tiempo
 officioso Patroclo le sirviera,
 en frecuentes suspiros anheloso
 respiraba; y volviéndose al cadáver,
 así decia en dolorosas voces:

«¡Infeliz, y de todos mis amigos
 »el que yo más amaba! En otro tiempo
 »tú mismo, diligente y afanado,
 »el desayuno aquí me preparabas
 »en esta tienda, cuando ya los Griegos
 »á las armas corrian presurosos
 »para llevar asolacion y muerte
 »á los Troyanos. Mas en ella yaces
 »ahora tú, por enemiga lanza
 »atravesado; y triste el alma mia

»por tu muerte, privado de alimento
»y de bebida estoy, aunque manjares
»en abundancia tengo y dulce vino
»dentro la tienda. Recibir no puede
»el pecho más dolor, aunque llegara
»á mis oídos la fatal noticia
»de haber muerto mi padre. ¡Desdichado!
»tal vez ahora en Phtia numerosas
»lágrimas él derrama, al acordarse
»de un hijo que es su gloria; y en extraña
»region en tanto yo con los Troyanos,
»por esa odiosa Elena, combatiendo
»estoy. Ni más el alma se afligiera
»si hubiese muerto el hijo de mi vida
»que en Esciro dejé para que fuese
»allí educado, ¡ay triste! si á estas horas
»aura vital respira el parecido
»en belleza á los Dioses Neptolemo.
»Ántes al alma mía algunas veces,
»en feliz ilusion, se consolaba
»con pensar que distante de la Grecia
»en los campos de Troya moriria
»yo sólo; y que en las naves á Tesalia
»volviendo tú, y de Esciro al hijo mio
»sacando y á la Grecia en tus bajeles
»llevándole despues, le mostrarias
»mis grandes posesiones, mis esclavos,
»y mi elevado alcázar; porque ahora
»ya habrá muerto Peleo. O si de vida
»corto plazo le queda, consumido
»por la fria vejez en dolorosa
»estaré agitacion, siempre esperando
»de mi muerte escuchar la triste nueva.»

Así dijo llorando: y suspiraban
los Príncipes tambien, al acordarse :

cada cual de las prendas que dejado dentro su casa habia. Y el Saturnio, cuando los vió llorar, compadecido, dijo á Minerva en cariñoso acento:

«;Hija mia! Del todo abandonaste
 »al guerrero á quien ántes protegias
 »y tiernamente amabas. ¿No te curas
 »de Aquiles ya? Pues mírale llorando,
 »delante de su tienda, al escudero
 »que tan caro le fué miéntras vivia.
 »A tomar alimento los Aquivos
 »todos marcharon; sin gustar manjares,
 »ni beber, él quedó. Pero tú baja,
 »y derrama en su pecho algunas gotas
 »de néctar y ambrosía porque el hambre
 »no se apodere de él.» Con estas voces
 Jove aguijó á Minerva, que del cielo
 atravesando la region del éter
 bajó á la tierra en vuelo vagaroso,
 como el alcon que rápido volando
 tiende al aire las alas anchurosas
 y da agudos chillidos. Y llegada
 al campo de los Dánaos, que al combate
 se preparaban ya, dentro del pecho
 de Aquiles derramó de dulce néctar
 y celeste ambrosía algunas gotas,
 para que el hambre acaso sus rodillas
 no enflaqueciese; y al eterno alcázar
 volvió del padre omnipotente, y fuera
 de las naos salieron los Aquivos.

Cuan numerosos á la tierra envía
 los copos de la nieve el padre Jove,
 y helados vuelan al violento soplo
 del Bóreas que las nubes desparrama
 cuando constante reina, y restituye

á los cielos su luz; tan numerosos
los relucientes carros que á lo léjos
brillaban, y los cóncavos broqueles,
y las dobladas cueras, y las picas
de duro fresno, de las griegas naves
salir se vían, y hasta el ancho cielo
el resplandor llegaba. Y en contorno
la tierra toda ufana se reía
por el brillo del bronce iluminada,
y confuso ruido estrepitoso
se alzó bajo los piés de los guerreros;
y en medio el campo el valeroso Aquiles
se estaba ya vistiendo la armadura.

Rechinaban sus dientes, y sus ojos
resplandecían cual brillante llama
de fuego abrasador, é intolerable
dolor sentía el corazón del héroe;
y airado con los Teucros, la armadura
que Vulcano le hiciera se vestía.

Puso primero las hermosas grevas
de las piernas en torno, y al tobillo
las ajustó con argentados broches:
ciñó el pecho despues con la coraza,
y colgó de los hombros la cortante
espada, cuyo pomo enriquecían
clavos de plata y de luciente bronce
labrada fuera; y embrazó el escudo
sólido y anchuroso, y á lo léjos
llegaba el resplandor que despedía,
al de la luna llena parecido.

Como los marineros, á quien llevan
á pesar suyo por los anchos mares
y alejan de su casa impetuosos
rápidos huracanes, á lo léjos
divisan desde el mar la luz que arroja

la dilatada selva que en la cumbre
del monte ardiendo está, y en solitario
sitio en que nadie de apagarla cuida;
así de léjos relucir de Aquiles
se veia el escudo nielado
en vistosas labores, y llegaba
su resplandor al cielo. El refinado
casco tomó despues y á la cabeza,
le acomodó, y cual rastro radiante
el penacho brillaba, y en contorno
las áureas crines, que afirmó Vulcano
sobre la alta cimera del almete,
trémulas ondeaban. Probó Aquiles
primero si las armas eran todas
á su talle ajustadas, y moverse
podia en libertad; y cual si fueran
alas de pluma, el campeon corria.
Del estuche sacó la ponderosa
y larga y gruesa lanza que su padre
le diera y que ninguno de los Griegos
podia manejar, y sólo Aquiles
usar de ella sabía. Automedonte
y Álcimo, diligentes, los caballos
al yugo uncieron, los tirantes de oro
atando á las armellas; con el freno
su boca sujetaron, y las riendas
tendieron hácia atrás. Y Automedonte,
el látigo tomando sonoro
y ligero, del carro la alta silla
ocupó; y detrás de él subiendo Aquiles
armado ya con sus lucientes armas,
brillaba como el sol cuando camina
por el más alto punto de los cielos;
y en espantosa voz á los caballos
que de su padre fueran animaba.

«¡Janto y Balio (decía), ilustres hijos
 »de la Harpía Podarga! Victorioso
 »y sin herida á las aquivas naos
 »conducid, acabada la batalla,
 »al que monta hoy el carro; y no en la arena
 »muerto allí le dejeis, como á Patroclo.»

Oyó sus voces el ligero Janto
 uncido como estaba, y la cabeza
 inclinó á tierra: y las doradas crines,
 en deredor del yugo derramadas,
 hasta el suelo llegaron; y la Diosa
 Juno le dió que articular pudiese
 voces humanas, y á su dueño él dijo:

«¡Salvo de la batalla en este día
 »te sacaremos, valeroso Aquiles!
 »pero á tí ya se acerca de la muerte
 »el momento fatal, y no seremos
 »nosotros los culpados; que la vida
 »un Dios te quitará muy poderoso,
 »y el Hado inevitable. Ni por nuestra
 »lentitud y pereza los Troyanos
 »arrancaron las armas de los hombros
 »á Patroclo. Valiente combatía
 »él entre los primeros campeones;
 »y el hijo de Latona, el iracundo
 »Febo, la vida le quitó, y la gloria
 »á Héctor dió de vencerle: que corrido
 »hubiéramos nosotros tan veloces
 »como el soplo del céfiro, que dicen
 »ser de los vientos el que más camina.
 »Así tú destinado por la Parca
 »estás á que te maten un guerrero
 »y una Deidad.» Apénas el caballo
 habia proferido estas palabras,
 las Furias infernales contuvieron

**su voz, y airado Aquiles al oirle,
así le respondió: «¿Por qué la muerte
»me vaticinas, Janto? No debieras
»anunciármela tú. Sabido tengo
»que el Hado á perecer en esta playa,
»y léjos de Peleo y de la augusta
»Tétis, me condenó; mas no en la liza,
»porque haya de morir, acobardado,
»dejaré de mostrarme hasta que hubiere
»á los Teucros saciado de batallas.»**

**Dijo, y en alta voz al escudero
mandó que los caballos dirigiera
al primer escuadron de los Troyanos.**

LIBRO VIGÉSIMO.

En tanto que en sus naves los Aquivos,
vestida la armadura, se formaban
al lado tuyo, Aquiles, é impaciente
estabas por entrar en la pelea,
del campo en las alturas los Troyanos
tambien se armaban, y el Saturnio Jove
mandaba á Témis que á los Dioses todos,
de las cumbres bajando del Olimpo,
á junta convocase. Y presurosa
corriendo por las tierras y los mares,
les intimó que á la mansion de Jove
pronto subiesen. De los claros rios
solo faltó Oceano, y de las Ninfas,
cuantas habitan los amenos bosques,
las fuentes de los rios, y los prados
de verdura cubiertos, ni una sola
dejó de concurrir. Y ya venidas
al palacio de Jove, los asientos
de bien labrada reluciente piedra
que á Júpiter Vulcano fabricara
por órden las Deidades ocuparon.
Y tampoco Neptuno inobediente

á los mandatos se mostró de Témis,
 que desde el hondo mar subió al Olimpo;
 y en medio de los Dioses asentado,
 así exploró la voluntad de Jove:

«¿Por qué de nuevo á junta las Deidades
 »has convocado, oh tú que esplendorosos
 »rayos envías á la tierra? ¿Acaso
 »para deliberar sobre la suerte
 »de Troyanos y Griegos, porque cerca
 »está ya de encenderse la batalla?»

Jove le respondió: «Tú adivinaste,
 »oh Neptuno, el consejo que en la mente
 »ahora yo agitaba, y el motivo
 »de haberos convocado. De unos y otros
 »cuido yo todavía, aunque no léjos
 »están de perecer en los combates.
 »Mas este dia en la elevada cumbre
 »yo quedaré sentado del Olimpo,
 »y al mirar desde allí la gran pelea,
 »la vista así recrearé. Vosotros
 »á la tierra bajad; y cuando hubiereis
 »llegado á la llanura en que los Griegos
 »pelean y Troyanos, á los unos
 »socorred, ó á los otros, segun sean
 »de vosotros amados. Porque ahora,
 »si el fuerte Aquiles combatiera, él sólo,
 »con todas las escuadras enemigas,
 »ni un instante podrian los Troyanos
 »del hijo valeroso de Peleo
 »el choque sostener. Siempre en las lides
 »temblaban á su vista; y como ahora
 »tan colérico está, muerto Patroclo,
 »mucho yo temo que de Troya el muro
 »no destruya tal vez, aunque los Hados
 »no así lo dispusieron.» Esto dijo

el Saturnio, y la guerra y los combates excitó con su voz; y á la batalla marcharon las Deidades, divididas en dos bandos opuestos. A las naos iban Juno y Minerva, y las seguia Neptuno acompañado de Mercurio; Mercurio, el sabio Dios que á los mortales útiles artes enseñó el primero. Iba tambien Vulcano, y aunque cojo era, y en lento paso caminaban sus mal formados pies; hórrido fuego arrojaban sus ojos. A la hueste de los Troyanos el furioso Marte marchó seguido del intonso Apolo, de Diana, en saetas poderosa, de Latona, del Janto, y de Ciprina.

En tanto que los Dioses alejados estaban de los hombres, los Aquivos se ufanaban gozosos porque Aquiles en la lid se mostraba cuando habia tan largo tiempo de la triste guerra vivido ausente. A los Troyanos todos las rodillas temblaban, y en el pecho sobresaltado el corazon latía, cuando ya vieron al valiente Aquiles, al homicida Marte parecido, venir cubierto de lucientes armas. Mas apénas en medio de los hombres bajaron las olímpicas Deidades, la terrible Discordia, que los pueblos con su clamor concita, furibunda recorrió las dos haces; y Minerva, puesta de pié sobre el profundo foso fuera de la muralla, en altas voces gritaba; y otras veces en los altos

promontorios del mar, que resonantes
el eco repetían, en terribles
gritos á los Aqueos animaba.
Y á negro torbellino semejante,
desde Troya Mavorte, en lo más alto
del alcázar subido, á la pelea
en espantosas voces á los Teucros
ardiente convocaba; y por la márgen
otras veces corria del undoso
Simois, sobre la cima prominente
del enhiesto collado que llamaban
los Teucros todos la *Colina hermosa*.

Así los Dioses que á la lid bajaron
con su voz animaban al combate
á Griegos y Troyanos, y rompieron
en medio de ellos la fatal contienda.
El padre de los hombres y los Dioses
de lo alto del Olimpo tronó horrendo:
de la anchurosa tierra los profundos
cimientos y las cumbres de los montes
agitaba Neptuno; y retemblaron
del Ida todo los humildes valles,
las fuentes de los rios, las alturas,
de Troya la ciudad, y los navíos
de los Aqueos. En su negro alcázar
se estremeció Pluton y de su trono
saltó azorado, y en horrendas voces
espantado gritó; por que temia
que Neptuno rasgase las entrañas
de la tierra, y que claras se mostrasen
á los hombres y Dioses las horribles
moradas infernales y sombrías
que hasta los mismos Dioses aborrecen.
Tal el estruendo y ruido estrepitoso
era que resonó, cuando en batalla

entraron las Deidades. A Neptuno hacia frente Apolo con el arco y voladoras flechas; contra Marte Pálas marchó, la de brillantes ojos, y contra Juno la potente Diosa que entre los gritos de la caza hiere con flecha de oro á las errantes fieras de los bosques, Diana, que de Apolo es hermana carnal. Contra Latona marchó Mercurio; y el profundo rio á quien Janto los Dioses apellidan, y Escamandro los hombres, á Vulcano opuso la corriente caudalosa.

Así al combate los eternos Dioses marcharon; pero Aquiles, furibundo rompiendo las falanges, deseaba encontrarse con Héctor é impaciente estaba por matarle, y á Mavorte con su sangre saciar. Mas entretanto Apolo, que á los Teucros aguijaba á combatir, al valeroso Enéas á lidiar con el hijo de Peleo con su voz animó, y heróico brío y ardimiento infundióle y valentía, á Licæon en todo semejante de Príamo nacido, é imitando su voz, así decia: «¿Dónde ahora están las amenazas, oh valiente »adalid, que solias otro tiempo »hacer en los banquetes y festines »en medio de los Próceres troyanos, »diciendo que en la lid no temerías »medir las armas con el fuerte Aquiles?»

Y Enéas respondió: «¿Por qué, no siendo »esta mi voluntad, quieres ahora,

»oh Licón, que me adelante, y salga
 »á lidiar con el hijo de Peleo?
 »Pues no sería la ocasion primera
 »en que yo con Aquiles pelease,
 »porque ya en otro tiempo combatimos;
 »pero en fuga me puso con su lanza
 »cuando yo mis ganados defendia
 »y él los acometió, y las dos ciudades
 »destruyó de Lirneso y de Pedaso.
 »Y Jove me salvó, y aliento y brio
 »me dió para correr; que si más tiempo
 »seguido hubiera el desigual combate,
 »allí vencido y muerto yo quedara
 »á las manos de Aquiles y Minerva,
 »que iba delante de él y la victoria
 »le daba, y de contino con sus voces
 »á destruir con aguzada pica
 »los Lélegas y Teucros le animaba.
 »Así, á ninguno es dado con Aquiles
 »lidiar de solo á solo, porque siempre
 »uno tiene á lo ménos de los Dioses
 »á su lado, que ileso de la liza
 »le saque. Y aún sin ellos de su mano
 »vuela derecha la terrible lanza,
 »y de volar no cesa hasta que logra
 »el cuerpo atravesar de un enemigo.
 »Mas si Dios las balanzas igualase
 »de la guerra, no fácil le sería
 »vencerme, aunque de ser de hierro todo
 »él se glorie.» Al adalid Enéas
 instó de nuevo el Flechador Apolo.

«¡Héroe! (le dijo) á los eternos Dioses
 »tus plegarias dirige, pues nacido
 »eres de Vénus tú, y Aquiles debe
 »á una Diosa inferior el nacimiento;

»porque Vénus de Júpiter es hija,
 »y padre fué de la marina Tétis
 »el anciano del mar. Derecho arroja
 »el acero indomable, y no con voces
 »espantosas, y fieros, y amenazas,
 »logre ponerte en fuga.» Así decía
 Apolo, y en su pecho heróico brío
 infundió al adalid. Y atravesando
 éste por los primeros campeones
 animoso marchó, todo cubierto
 de relucientes armas; pero á Juno
 no se ocultó que penetrando Enéas
 por entre sus falanges hácia Aquiles
 derecho caminaba. Y convocando
 en derredor á las Deidades todas
 de su bando, asustada las decía:

«Deliberad vosotros, y decidme,
 »oh Minerva y Neptuno, lo que ahora
 »deberemos hacer. Ya veis que marcha
 »Enéas contra Aquiles, y es Apolo
 »quien tan loca osadía le ha inspirado.
 »Ó al adalid de Troya á retirarse
 »obliguemos, ó alguno de nosotros
 »á Aquiles acompañe y valentía
 »en el pecho le infunda, porque nada
 »pueda turbarle, y por sus ojos vea
 »que los más poderosos de los Dioses
 »le protegen, y poco son temibles
 »los que hasta aquí en las lides defendieron
 »á los Troyanos. Del Olimpo todos
 »á tomar parte en la terrible lucha
 »hemos bajado, porque en este día
 »no le maten los Teucros; que mañana
 »la suerte sufrirá que con el huso
 »la Parca hilando su vital estambre

»el día que nació le preparaba.
 »Y si Aquiles de boca de los Dioses
 »esto no escucha, temblará cobarde
 »cuando alguna Deidad en la pelea
 »al encuentro le salga; que terribles
 »los Dioses son, si en majestad y gloria
 »se muestran á los míseros mortales.»

Neptuno respondió: «¡No así te irrites
 »antes de tiempo, Juno! Decoroso
 »no te sería. Ni tampoco ahora
 »que entrásemos nosotros en batalla
 »quisiera yo; porque en pujanza y brío
 »mucho á los otros Dioses excedemos
 »que defienden á Troya. Aquella altura
 »ocupemos nosotros; y sentados
 »ociosos allí estemos, y los hombres
 »dejemos entretanto que en la liza
 »animosos combatan. Y si Marte
 »ó Apolo da principio á la pelea,
 »ó de Aquiles el brazo deteniendo
 »lidiar no le permiten, presurosos
 »a la lid volaremos; y al instante,
 »quedando por nosotros la victoria,
 »al Olimpo y la junta de los Dioses
 »aquellos volverán cuando ya vean
 »por nuestras manos su poder vencido.»

Así dijo Neptuno, y el primero
 al terraplen marchó que los Troyanos
 y Minerva otro tiempo fabricaran
 para que en él pudiera defenderse
 el valeroso Alcides, cuando en fuga
 puesto por la ballena y perseguido
 de la orilla del mar á la llanura
 azorado llegara. Allí Neptuno
 se asentó con los otros inmortales;

y oscura nube, que imposible fuese romper, en derredor sobre sus hombros extendieron los Dioses. Y á otro lado, del Flechador en torno y de Mavorte, los Dioses que á los Teucros defendian se asentaron tambien sobre la cumbre del enhiesto collado que llamahan los naturales la *Colina hermosa*. Y de este modo, aunque en diverso lado, unas y otras Deidades reunidas conferenciaban, rehusando todas el combate empezar, por más que Jove, del Olimpo sentado en las alturas, daba de guerra el espantoso grito.

Entretanto llenóse de guerreros la gran llanura, en derredor bañada de clara luz que el reluciente bronce lanzaba de los hombres y caballos, y en hórrido fragor la dura tierra bajo sus piés cruja. Y dos caudillos corpulentos, forzudos y valientes, á encontrarse marchaban deseosos de combatir: Enéas y el temido Aquiles. Y el primero que agitando sobre la alta cimera la garzota, y con torvas miradas al Aqueo amenazando ya, marchó animoso, el hijo fué de Anquises, arrimada al pecho la rodela y la robusta pica blandiendo; y á encontrarle vino el valeroso Aquiles. Como suele el leon que despuebla las majadas cuando para matarle se reúne de todo el pueblo juventud briosa, á su encuentro marchar y desdeñoso

primero los desprecia; mas si herido
 os de un fuerte mancebo por la pica,
 hácia él se vuelve con la boca abierta,
 baña en espuma los agudos dientes,
 gime en el pecho el corazon fogoso,
 los muslos y costados con la cola
 duro se hiere, y al combate él mismo
 se anima y estimula; y con ceñudo
 rostro mirando al escuadron, le embiste
 enfurecido, y, ó matar alcanza
 á alguno de los jóvenes, ó muerto
 en tierra él cae en la primera fila;
 así entónces á Aquiles en el pecho
 su valeroso corazon mandaba
 contra Enéas marchar. Cuando ya cerca
 estuvieron los dos, habló primero
 el magnánimo Aquiles, y le dijo:

«¡Enéas! ¿Por qué así de tus escuadras
 »mucho te adelantaste, y ya parado
 »aquí me esperas? ¿Tu valor te inspira
 »conmigo pelear, y te prometes,
 »la dignidad de Priamo ocupando,
 »ser Rey de los Troyanos belicosos?
 »Te ciega la ambicion. Aunque me mates,
 »no ya esperes que Priamo te ceda
 »en premio la corona; muchos hijos
 »tiene, y su sano juicio todavía
 »conserva y la razon no le abandona.
 »¿O acaso separarte han prometido
 »heredad espaciosa los Troyanos
 »que á todas aventaje y tú cultives
 »en amenos verjeles dividida
 »y en tierras de labor, si me matares?
 »No fácil te será. Ya una vez sola
 »que esperarme quisiste, con mi pica

»en fuga yo te puse. ¿No te acuerdas
 »ya de aquel día que guardando estabas
 »el ganado tú solo, y de los montes
 »Ideos te lancé, y en busca tuya
 »siempre corriendo con ligera planta
 »iba yo, y en la fuga la cabeza
 »ni aún osaste volver hasta que dentro
 »de Lirneso te viste; y yo fiado
 »en el favor de Jove y de Minerva,
 »destruí la ciudad y las mujeres
 »hice cautivas, pero á ti salvaron
 »Jove y otras Deidades? Pues ahora
 »no ya te salvarán, como lo esperas.
 »Así, yo te aconsejo que conmigo
 »no quieras combatir. A tus escuadras
 »retrocede veloz, ántes que sea
 »el daño irreparable; que hasta el necio
 »su mal conoce cuando ya ha llegado.»

Enéas respondió: «¡Valiente Aquiles!
 »No ya esperes con retos y amenazas
 »amedrentarme, cual si fuese ahora
 »un tímido rapaz. También podría
 »decirte yo de nuestros y baldones.
 »Sabemos uno y otro de qué gente
 »descendemos los dos, y quiénes fueron
 »sabemos nuestros padres; porque oído
 »habemos lo que en fama verdadera
 »de los siglos pasados se refiere
 »en cada pueblo; pero tú de vista
 »no á los míos conoces, ni á los tuyos
 »tampoco yo. De tí dice la fama
 »que eres hijo del ínclito Peleo
 »y de la Diosa Tétis, la graciosa
 »ninfa del mar; y puedo gloriarme
 »no poco yo de que mi padre ha sido

»el magnánimo Anquíses, y que Vénus
»es la que me dió á luz. Pero este día
»del hijo amado llorarán la muerte
»tus padres ó los míos; pues no creo
»que en pueriles injurias se termine
»nuestro combate, y sin medir las armas
»nos separemos ambos. Mas si quieres
»informarte mejor de mi linaje,
»aunque es de muchos hombres conocido,
»escucha:—Fué el autor de mi familia
»Dárdano, Rey de numeroso pueblo
»y de Jove nacido, y á la falda
»habitaba del Ida, y en el valle
»una ciudad fundó, que de su nombre
»Dardania se llamó; que todavía
»no se fundara la ciudad de Troya
»en la llanura. Dárdano por hijo
»tuvo al Rey Erictonio, que en riqueza
»aventajaba á los mortales todos;
»pues en sus verdes prados á la márgen
»de espaciosa laguna tres mil yeguas
»tenía, y cada cual todos los años
»un potro le criaba. Enamoróse
»de algunas, entretanto que pacian,
»el Bóreas; y tomada la figura
»de un hermoso caballo, en ellas hubo
»otros doce bridones, que ligeros
»corrian por la mies sin que su planta
»las espigas rompiese ni doblase;
»y si del mar por la llanura inmensa
»hubiesen de correr, sobre las olas
»saltaran sin hundirse. Y Erictonio
»hubo por hijo á Tros, el que, fundada
»Troya, en ella reinó. Tuvo tres hijos:
»el mayor, Asáraco el segundo,

»y el rubio Ganimédes el tercero,
 »que en belleza á los Dioses igualaba
 »y el más hermoso de los hombres era;
 »y los eternos Dioses al Olimpo
 »quisieron que subiera y allí fuese
 »el copero de Jove, y habitara
 »por su mucha beldad con las Deidades.
 »Ilo tuvo por hijo á Laomedonte,
 »y de él Títon y Príamo nacieron,
 »y Lampo, y Clitio, y el igual á Marte
 »Hicetãon. Asáraco por hijo
 »á Cápís tuvo, y de este nació Anquises,
 »mi padre; y el primero de los hijos
 »de Príamo Héctor es el animoso.
 »De esta familia, pues, y de tal sangre
 »yo de ser me glorio; pero Jove
 »en los guerreros el valor aumenta
 »ó disminuye, como bien le place;
 »que es el más poderoso de los Dioses.
 »Así, no más en medio de la liza
 »detenidos el día malgastemos
 »en ociosas palabras cual si niños
 »fuéramos ambos. Fácil nos sería
 »á los dos con dicterios injuriarnos
 »muchos y repetidos, y una barca
 »no bastara tal vez de cien remeros
 »para llevarlos todos. Es voluble
 »de los hombres la lengua, y de su boca
 »muchas palabras salen, ya ofensivas,
 »ya lisonjeras. Dilatado el campo
 »de las injurias es; y cual hablares,
 »tal oirás de los otros la respuesta.
 »¿Mas á qué fin con injuriosas voces
 »altercamos los dos cual mujercillas,
 »que acaloradas en fatal uerella

»en medio de la calle con denuestos
»se zahieren airadas, y se dicen
»con mentira ó verdad cuantas injurias
»la cólera sugiere? Con palabras
»no harás que retroceda, y que me olvide
»del antiguo valor, hasta que mida
»yo contigo las armas. Así, pronto
»uno del otro con el duro hierro
»probemos la pujanza.» Dijo Enéas;
y vibrando su pica, en el escudo
del Griego la clavó, por más que fuese
tan sólido y doblado. En ronco ruido
recrujió el duro escudo al penetrarle
la punta de la pica, y temeroso
Aquiles, de su pecho con la mano
cuanto pudo alejado le tenía
creyendo que de Enéas fácilmente
le horadaria la robusta lanza,
sin advertir, ¡ah necio! que á los hombres
no era dado romper una armadura
por el mismo Vulcano fabricada,
ni ella ceder podia. Así no entónces
el escudo pasó la poderosa
lanza de Enéas; la detuvo el oro
que el Dios pusiera en medio. Las dos planchas
atravesó primeras, mas no pudo
pasar las otras tres, porque Vulcano
cinco láminas puso: dos de cobre,
las primeras de todas; de bruñido
estaño las dos últimas, y en medio
una de oro macizo, y detenida
por ésta fué la poderosa lanza.

Vibró la suya el valeroso Aquiles
y en la más alta parte del escudo
de Enéas logró dar, en donde habia

una chapa de bronce muy delgada
y un cuero no muy fuerte; y por entrambos
la punta atravesó, y en ronco ruido
crujió el duro broquel. Que le matase
temiendo Enéas se encogió, y en alto
la rodela tenía levantada
alejándola mucho de su cuerpo;
pero la aguda lanza, atravesando
por la chapa y la piel del ancho escudo,
que se llevó consigo, por encima
del hombro del Troyano y sin herirle
pasó, y no léjos se clavó en la arena
y allí fija quedó, pero impaciente
de volar todavía. Así evitado
el recio golpe de la lengua pica,
quedó inmóvil Enéas, y sus ojos
oscura nube de dolor y miedo
en derredor cubrió, cuando tan cerca
vió clavada la pica. Luego Aquiles,
desnudando la espada cortadora
y alto gritando en espantosas voces,
furioso arremetió; mas una piedra
alzó Enéas del suelo, tan pesada
que dos hombres moverla no podrian
como los que hay ahora, y sin trabajo
la manejaba él sólo. Y con la piedra,
ántes de que á él llegase, hubiera herido
la celada de Aquiles, ó el escudo,
que de morir le habria libertado;
y el hijo de Peleo, con su espada
hiriéndole de cerca, de la vida
privado hubiera al campeón de Troya,
si Neptuno tan pronto no lo hubiese
advertido. Mas, viéndolo, á los Dioses
que en torno estaban se volvió y les dijo:

«Mucho, ¡oh Dioses! me duelo de la suerte
 »del magnánimo Enéas; que bien pronto,
 »por Aquiles vencido, á las sombrías
 »regiones bajará por haber dado
 »hoy crédito de Apolo á las palabras.
 »¡Necio! que luego de la triste muerte
 »no aquél le libraré. Mas ¿por qué ahora
 »éste ha de perecer sin culpa suya
 »por delitos ajenos en que parte
 »él no tuviera, cuando siempre pfo
 »víctimas escogidas á los Dioses
 »que en el cielo habitamos anchuroso
 »ofrecer suele? De morir ahora
 »librémosle nosotros; porque Jove
 »no se enoje tal vez, si aquí dejamos
 »que le dé muerte Aquiles. El Destino
 »dispuso que la evite porque toda
 »no perezca de Dárdano la raza,
 »á quien amaba Jove sobre todos
 »los hijos que hasta entónces le nacieran
 »de mujeres mortales. Ya hace tiempo
 »que á la prole de Priamo el Saturnio
 »aborreció; mas el valiente Enéas
 »sobre los Teucros reinará, y el cetro
 »heredarán los hijos de sus hijos
 »y los que en adelante de él nacieren.»

Juno le respondió: «Tú delibera
 »en tu ánimo, Neptuno, si la vida
 »le has de salvar, ó permitir que á manos
 »de Aquiles muera ahora aunque valiente
 »él sea y virtuoso; que nosotras,
 »Pálas y yo, terribles juramentos
 »á la faz de los Dioses inmortales
 »muchas veces hicimos de que nunca
 »salvaremos la vida á los Troyanos,

»ni aún aquel día que de Troya abrasen
 »la ciudad toda las voraces llamas
 »que encenderán los belicosos Griegos.»

De la Diosa escuchada la respuesta,
 Neptuno atravesó por las falanges
 y el estruendoso ruido de las picas
 y al paraje llegó donde el valiente
 Aquiles con Enéas peleaba.
 Y oscura niebla derramó en los ojos
 del hijo de Peleo; y por su mano
 del escudo de Enéas la terrible
 lanza sacó del Griego y en la arena
 á los piés se la puso, y al Troyano
 alzó en el aire. Atravesaba Enéas,
 en alto sosteniéndole Neptuno,
 por encima las filas numerosas
 de los guerreros y marciales carros,
 y llegó al escuadron de los Caucones
 que al extremo del campo se formaban.
 Y Neptuno le habló, y así le dijo:

«¡Enéas infeliz! ¿Cuál de los Dioses
 »en daño tuyo te inspiró que solo,
 »y cuerpo á cuerpo, en desigual batalla
 »entrases con Aquiles, que más fuerte
 »es que tú y más querido de los Dioses?
 »Cuando con él te encuentres en las lides,
 »léjos te aparta si bajar no quieres
 »antes de tiempo á la region oscura.
 »Mas cuando Aquiles haya de la vida
 »al término llegado, valeroso
 »entónces tú de la primer escuadra
 »te pon al frente y lidia; que ninguno
 »te matará de los demas Aqueos.»

Así dijo Neptuno, y al Troyano
 allí dejó, despues que saludables

consejos le hubo dado, y de los ojos
 de Aquiles apartó la niebla oscura.
 Vió claramente en derredor el Griego;
 y un suspiro exhalando, así decia
 á su valiente corazon: «¡Oh Dioses!
 »gran prodigio estoy viendo con mis ojos.
 »La pica está á mis piés; pero no veo
 »al adalid troyano á quien mi diestra
 »la arrojava, matarle deseando.
 »Ciertamente á los Dioses inmortales
 »caro es Enéas, aunque yo creia
 »que él en vano de serlo se jactaba.
 »Sálvese, pues; que en adelante nunca
 »querrá probar mi fuerza, pues ahora
 »se contentó con evitar la muerte.
 »Entretanto el valor de los Aqueos
 »mi voz aumente; que despues en busca
 »yo marcharé de los demas Troyanos,
 »y veré si se atreven á esperarme.»

Así dijo; y las filas recorriendo,
 á todos animó con estas voces:

«¡Valerosos Aquivos! no alejados
 »de los Teucros esteis; cada guerrero
 »á un enemigo embista, y animoso
 »combata sin cesar. A mí difícil,
 »áun siendo tan valiente, me sería
 »el alcance seguir á tantos hombres
 »y con todos lidiar. Ni el mismo Marte,
 »siendo Dios inmortal, y ni áun Minerva,
 »tan dilatado campo de batalla
 »podrian recorrer, y en todas partes
 »hallarse y pelear. Cuanto pudiere,
 »ó desde léjos, ó en veloz carrera
 »siguiendo al enemigo, ó valeroso
 »combatiendo á pié firme, ni un instante

»de hacerlo dejaré. Por todos lados
 »penetraré en sus filas y ninguno
 »de los Troyanos, que á venir se atreva
 »donde yo pueda con mi lanza herirle,
 »alegre tornará.» Con estas voces
 Aquiles á los Griegos animaba
 á pelear; á los Troyanos Héctor
 aguijaba tambien, y jactancioso
 él se ofrecia en singular pelea
 á combatir con el valiente Aquiles.

«Magnánimos Troyanos (les decia)
 »no ya temais al hijo de Peleo:
 »yo de palabra con los mismos Dioses
 »pelearia; con la pica en mano
 »no es ya tan fácil, porque son más fuertes.
 »Ni Aquiles cumplirá sus amenazas
 »todas: algunas el Saturnio Jove
 »le dará ejecutar; pero otras muchas
 »el viento habrá llevado. Voy ahora
 »en su busca, aunque sean semejantes
 »sus manos á la llama; sí, á la llama
 »semejantes sus manos, y al acero
 »su indomable valor.» Así decia
 Héctor para animar á los Troyanos;
 y éstos, la pica alzada, al enemigo
 marcharon sin temor, y la pelea
 empezó clamorosa. Entónces Febo,
 acercándose al héroe, así le dijo:

«¡Héctor! no ya tú sólo, adelantado
 »de la escuadra, combatas con Aquiles:
 »en la comun pelea, y confundido
 »entre la turba, espera que él embista;
 »no acaso con su lanza desde léjos,
 »ó de cerca te mate con su espada.»

Así le dijo el Dios; y acobardado

Héctor al escucharle, por las filas se entró de las escuadras numerosas que le seguían; y entretanto Aquiles, de fortaleza el corazón vestido, gritaba en alta voz y á los Troyanos se arrojó furibundo, y el primero á Ifitión mató. Muy valeroso era este capitán y acaudillaba numeroso escuadrón, y de Otrinteo era nacido y de la ninfa Náís, que en Ida le dió á luz, ciudad hermosa á la falda del Tmolo, coronado de eternas nieves, situada. Aquiles viera que Ifitión muy animoso hácia él venía, y con su aguda lanza le hirió en medio la frente; y la cabeza en dos partes iguales dividida, cayó el héroe en el suelo, y en contorno la tierra resonó; y ufano Aquiles, viéndole moribundo, así decía:

«¡Yaces, Ifitión, el más temido
 »de los guerreros Carios! Á la margen
 »tú naciste del lago de Gigeo,
 »y allí tenías la heredad paterna
 »por las aguas del Hilo caudaloso
 »y del Hermo regada, y á este clima
 »has venido á morir.» Así le dijo
 vanaglorioso Aquiles, y entretanto
 de Ifitión los ojos ya cercaba
 oscuridad de muerte. Su cadáver
 los bridones aquivos, por encima
 pasando todos los que atrás estaban,
 con los clavos que en torno de la rueda
 la férrea llanta en las volubles pinas
 aseguraban, en menudos trozos

despedazaron. El valiente Aquiles al hijo de Antenor Demolëonte, esforzado guerrero, con su lanza hirió luego en la sien; y atravesando por el casco de bronce, que no pudo al golpe resistir, la aguda punta, ansiosa de pasar más adelante, el hueso le rompió. Pasó la pica al otro lado y dentro la cabeza todo el cerebro le inundó de sangre, y le mató cuando animoso entraba el jóven en la lid. Á Hipodamante, que de él huía y en la arena entónces á saltar iba ya desde su carro, hirió despues Aquiles; y el aliento al exhalar el infeliz, bramaba como suele bramar hosco novillo que llevan arrastrando los mancebos á su pesar en torno de las aras en Hélice erigidas á Neptuno, que en su sangre se goza. Tal entónces bramaba Hipodamante, y de su cuerpo huyó el alma feroz; y en tanto Aquiles mató de una lanzada á Polidoro, semejante á los Dioses y nacido de Príamo. Su padre á las batallas ir no le permitia, porque siendo el de ménos edad entre sus hijos más que á todos le amaba; pero el jóven, como en correr ligero aventajaba á los Troyanos todos, este dia, de sus veloces piés haciendo alarde por juvenil error y de la hueste adelantado en imprudente arrojo, corriendo estuvo hasta que al fin la vida

**el misero perdió. Viéndole Aquiles
 cerca de sí pasar, en las espaldas
 entre los dos riñones con la pica
 le hirió, y la punta atravesando el vientre
 salió del otro lado, en el paraje
 en que del cinto los anillos de oro
 se unian y era doble la coraza.
 Cayó el jóven en tierra de rodillas
 exhalando suspiros lastimeros,
 y negra nube oscureció sus ojos;
 y hecho un ovillo, con la débil mano
 á impedir que saliesen por la herida
 las entrañas el triste se esforzaba.
 Cuando Héctor vió á su hermano Polidoro
 caido en tierra y moribundo, oscura
 tiniebla de dolor sobre su vista
 fué derramada; y el amor de hermano
 ya no le permitió más largo tiempo
 léjos estar lidiando. Del Aquivo
 en busca marchó, pues, impetuoso
 como el ardiente fuego, y en la diestra
 ágil blandía la robusta lanza;
 pero apénas le vió el valiente Aquiles
 á él se arrojó, y alegre así decia:**

«Cerca ya tengo al hombre que profunda
 »herida abrió en mi pecho, y al amigo
 »más caro dió la muerte. No más tiempo
 »uno del otro huyamos, ni entre filas
 »ya más nos ocultemos.» Y mirando
 con torva faz al campeón de Troya,
 añadió todavía estas palabras:
 «Más cerca ven, para que pronto llegues
 »al confín de la vida.» Sin turbarse,
 Héctor le respondió: «No así pretendas
 »intimidarme, cual si fuera un niño,

»con amenazas, hijo de Peleo!
 »Yo sé también palabras injuriosas
 »y denuestos decir. Sé que valiente
 »eres, y yo con mucho no te igualo
 »en fuerzas y valor; pero los Dioses
 »son los que saber pueden si aunque sea
 »yo ménos valeroso con mi lanza
 »muerte aquí te daré; porque su punta
 »afilada es también.» Así decia,
 y la pica arrojó; pero Minerva,
 con un ligero soplo, del escudo
 la rechazó de Aquiles y delante
 de Héctor cayó á sus piés. Impetuoso
 arremetió el Aquivo deseando
 al Troyano matar, y en altas voces
 fiero le amenazaba; y fácilmente
 ¡tanto pueden los Dioses! por los aires
 Febo le arrebató, y oscura niebla
 derramó en torno. Acometió tres veces
 Aquiles con su pica, y otras tantas
 hirió la niebla leve; y furibundo
 por cuarta vez acometiendo en vano,
 así decia en arrogantes voces
 á su enemigo: «De la muerte ahora,
 »perro, te has libertado, aunque muy cerca
 »ya la tuviste; porque el mismo Apolo,
 »á quien tú ruegos fervorosos haces
 »antes de entrar en lid, te ha defendido.
 »Pero yo al fin te mataré si tengo
 »la dicha de encontrarte en la batalla,
 »y si es que á mí también me favorece
 »alguno de los Dioses. Mas ahora
 »seguiré á los Troyanos, y la vida
 »á todos quitaré cuantos alcance.»

Dijo, y marchó; y en la mitad del cuello

**dió una lanzada á Dríope, que en tierra
cayó á sus piés. Y sin pararse el héroe
á quitarle las armas, á Demuco,
hijo de Filetor, alto de talla
y esforzado guerrero, en la rodilla
hiriendo con su lanza, le detuvo;
y el anchuroso estoque desnudando,
le hirió con él y le quitó la vida.
Y acometiendo en rápida carrera,
desde su carro derribó en el polvo
á Láogono y á Dárdano, ambos hijos
de Biante; al primero desde léjos
arrojando la pica, y al segundo
de cerca hiriendo con la grande espada.
Encontróse despues en la pelca
con Tros, hijo de Alástor, que á la fuga
no pudiendo acogerse, humilde vino
á sus piés. Y abrazando sus rodillas
le suplicaba en dolorosas voces
que de su tierna edad compadecido,
igual á la de Aquiles, sin matarle
en libertad y vivo le dejara.
¡Infeliz! no sabía que sus ruegos
no serian oidos; porque Aquiles
no era de genio dulce y bondadoso,
sino iracundo y fiero. Arrodillado
el jóven á sus piés y ambas rodillas
abrazadas teniendo, deseaba
moverle á compasion; pero á sus voces
sordo Aquiles, el pecho con la espada
le atravesó, y en la purpúrea sangre
envuelto el corazon salió, y en tierra
el jóven derribado, entre suspiros
el ánima exhaló y espesa nube
cubrió por siempre sus brillantes ojos.**

Aquiles luego á Mulio con la pica hirió en la sien, y hasta la sien opuesta atravesó la punta. Con la espada hirió despues en la cabeza á Equeclo, otro hijo de Agenor; y el hierro todo con la caliente sangre enrojecido se calentó tambien, y con oscura niebla la muerte inevitable en torno cubrió sus ojos. Y arrojando Aquiles despues la pica á Deucalion, el hierro el brazo le pasó de parte á parte cerca del codo. Y sin poder moverse el infeliz por el dolor terrible que en el brazo sentia, allí parado á Aquiles esperó, la negra muerte viendo delante ya. Llegó el Aquivo; y de un revés con la tajante espada del cuello separando la cabeza, léjos de sí con el almete al suelo la arrojó, y de las vértebras salia la médula, y el tronco mutilado cayó por tierra. Encaminóse Aquiles desde allí contra un hijo de Pireo, Rigmo llamado, valeroso y fuerte, que de la fértil Tracia aquellos dias fuera venido á Troya; y disparando contra él la aguda lanza, en medio el vientro la punta se clavó. Cayó el guerrero; y Aquiles al auriga, que las riendas volvia á los caballos, por la espalda clavó la pica y derribó en el polvo, y huyeron desbocados los bridones.

Como el fuego voraz rápido vuela de árido monte por los anchos senos, y arde el espeso bosque, y agitado

lleva el viento la llama abrasadora
hasta el extremo de la selva; Aquiles
así por todas partes con su lanza
furibundo corria, cual si fuese
una Deidad; y en rápida carrera
perseguia á los Teucros que el Destino
á morir condenara, y en arroyos
corrió la sangre por la negra tierra.
Y como el trillador unce dos bueyes
de torva y ancha frente bajo el yugo
para que el trigo, ó cándida cebada,
trillen en igual era, y de continuo
bajo los piés de los mugientes bueyes
se desmenuza la dorada espiga;
así, á la voz del valeroso Aquiles,
los ligeros bridones con el casco
hollaban los cadáveres y escudos,
y el eje por debajo con la sangre
era teñido, y de la silla en torno
los tableros del carro con las gotas
que arrojaban los piés de los trotones
y las volubles ruedas salpicados
eran tambien; y Aquiles, que de eterna
gloria cubrirse deseaba sólo,
en polvo y sangre, y en sudor bañadas
ambas tenía las invictas manos.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

Cuando del río á la corriente undosa
ya los Teucros llegaban y á los vados,
enfurecido el valeroso Aquiles
los separó en dos trozos. A los unos
echó hácia la ciudad por la llanura
por la cual fugitivos los Aqueos
otro día vinieran en derrota
cuando Héctor los seguía con su lanza;
y tímidos ahora los Troyanos
por allí mismo huían presurosos
y en confuso tropel se derramaban,
y para detenerlos en la fuga
espesísima niebla sobre el campo
extendió Juno. A los demás el héroe,
envueltos y cortados, perseguía
hácia las muchas aguas espumosas
de la corriente rápida del río,
y en él precipitados se arrojaban
con espantoso ruido. Resonaron
las profundas corrientes, y en **terribles**
ecos ambas riberas el confuso
estruendo repetían y las voces

y clamorosos gritos de los Teucros,
que envueltos en los hondos remolinos
de la corriente, en vano se esforzaban
á salvarse nadando. Como vuelan
acosadas del fuego impetuoso
que de repente ardió y atizan siempre
los hombres en el campo las langostas,
y huyen hácia los rios y aturdidas
en el agua se arrojan; así entónces
del Janto las corrientes se llenaban
de los muchos peones y caballos
que de Aquiles huyendo, al hondo rio
revueltos y mezclados se arrojaban.
Mas el héroe, dejándose en la orilla
á uno de los frondosos tamarices
arrimada la pica, á la corriente
saltó del agua parecido á un númen;
y defendido con la espada sola,
respirando furor los perseguia.
Y á derecha é izquierda dando tajos,
triste clamor alzaban en el rio
los míseros Troyanos que caian
heridos por su diestra, y la corriente
se enrojació con la purpúrea sangre.
Como huyendo los otros pececillos
del enorme delfin los senos todos
llenan del ancho puerto en que las naves
están ancladas, y de espanto llenos
se ocultan, porque el pez á cuantos coge
devora despiadado; así en las grutas
del caudaloso rio se ocultaba
despavorida la troyana hueste.
Y ya cansado de matar Aquiles,
por su mano cogió dentro del rio
vivos doce mancebos que expiaran

con su sangre la muerte de Patroclo;
y temblando cual tiernos cervatillos
afuera los sacó, y ambas las manos
por detrás les ató con las correas
que á su labrada túnica prendidas
ellos mismos llevaban, y á su gente
los entregó diciendo que á las naves
los condujeran. Y tomando pronto
su larga pica, á la corriente clara
saltó otra vez del rio, deseando
toda la hueste aniquilar de Troya.

Y á Licäon, de Príamo nacido,
allí encontró cuando á salir huyendo
iba de la corriente. A este Troyano
Aquiles otro tiempo cautivara
en la heredad de Príamo una noche,
miéntras cortaba con agudo hierro
las ramas de un frondoso cabrahigo
para que de antepecho le sirvieran
en su carro marcial. Estaba el jóven
atento á su labor, mas de repente
vino sobre él calamidad terrible;
que el Griego le prendió, y en sus navíos
á Lémnos le envió para que fuera
allí vendido. Inestimable precio
dió el hijo de Jason; pero tenía
en Ímbros el Troyano por su huésped
á Etion, que generoso su rescate
obtuvo, y dió por él riqueza mucha
y á Arisbe le envió. Desde allí el jóven
huyó secretamente; y á su alcázar
llegado habiendo, celebró la vuelta
once dias enteros en banquetes
con sus amigos; é inflexible Jove,
al duodécimo dia entre las manos

le hizo caer de Aquiles, que debía desapiadado á la region oscura precipitarle. Desarmado el Teucro estaba entónces, porque yelmo, escudo y pica, y demás piezas arrojara para huir más veloz. Y fatigado, y de sudor cubierto, ya á la márgen del rio se acercaba; mas Aquiles, consigo mismo hablando, se decia:

«¡Oh Dioses! gran prodigio con mis ojos
 »estoy mirando. Ni imposible fuera
 »que todos los Troyanos que yo he muerto
 »resucitaran del averno oscuro,
 »como éste desde Lémnos ha venido
 »en donde le vendieron por esclavo;
 »y evitada la muerte, la llanura
 »del espumoso mar, que á tantos otros
 »detiene á pesar suyo, no ha podido
 »estorbarle que vuelva. Mas ahora
 »pruebe la punta de mi aguda lanza,
 »para ver si tambien desde el sepulcro
 »vuelve á la luz, ó si en el hondo seno
 »queda encerrado de la tierra donde
 »yace por siempre el adalid más bravo.»

Esto Aquiles consigo razonaba,
 miéntras del rio Licäon salia.
 Salió, y temblando se acercó al Aquivo
 para echarse á sus piés, y mucho el jóven
 deseaba evitar la triste muerte
 á que la negra Parca destinado
 ya le tenía. El iracundo Aquiles,
 cuando le vió venir, tiró su lanza
 para matarle; mas aquel, ligero
 corriendo por debajo de la picá
 y postrándose en tierra, del Aquivo

á los piés se arrojó. La aguda lanza
 le pasó por encima, y en la arena
 cerca de él se clavó; pero impaciente
 de cebarse en la carne de un guerrero.
 Así el jóven despues con una mano
 de Aquiles las rodillas; y sujeta
 teniendo él mismo la enemiga lanza
 con la otra mano, en dolorido acento
 y suspirando triste, le decia:

«¡Alumno caro del eterno Jove!
 »me tienes á tus piés; me compadece,
 »y me respeta. Suplicante ahora
 »puedo llamarme tuyo, y acatada
 »debe ser mi persona, que otro tiempo
 »de los frutos de Céres en tu tienda
 »ya gusté, cuando vivo me cogiste
 »dentro la huerta. Y léjos de mi padre
 »llevándome y amigos, tu escudero
 »en Lémnos me vendió y hasta cien bueyes
 »yo te valí; y tres veces otro tanto
 »ahora te valiera mi rescate.
 »Hoy hace doce dias que á mi casa,
 »despues de padecer muchos trabajos,
 »yo llegué; y otra vez la Parca dura
 »en tus manos me puso. Aborrecido
 »debo de ser por Jove, pues de nuevo
 »á tí ya me entregó. Para que breve
 »fuera mi vida me engendró la hermosa
 »Laotoe, hija del anciano Altéas
 »que en los Lélegas manda valerosos
 »y á la orilla del Sátniois en Pedaso,
 »populosa ciudad, tiene su alcázar.
 »Tomó á su hija Laotoe entre otras muchas
 »Príamo por esposa, y dos varones
 »de ella nacimos; pero tú la vida

»á los dos quitarás. Hoy ya primero
 »con tu lanza mataste á Polidoro
 »habiéndole alcanzado cuando huía
 »con la gente de á pié, é inevitable
 »miro la muerte yo; ni me prometo
 »escapar de tus manos, ya que en ellas
 »una Deidad me ha puesto. Mas escucha
 »mis súplicas ahora, y no me mates:
 »mira que yo no soy del mismo vientre
 »que Héctor nacido el que mató á Patroclo,
 »tu amable y valeroso compañero.»

Así el hijo de Príamo decía
 humilde suplicando, y esta dura
 voz escuchó del héroe: «De rescate
 »no hables, oh necio, ni llorando triste
 »enternecer mi corazón esperes.
 »Mientras Patroclo al día inevitable
 »no llegó de la muerte, me era grato
 »á los Troyanos perdonar la vida;
 »y á muchos, que cogiera prisioneros,
 »por esclavos vendí. Desde hoy ninguno
 »de todos los guerreros que en mis manos
 »á vista de Ilión los Dioses pongan
 »evitará la muerte, y sobre todo
 »de los hijos de Príamo. Así, amigo,
 »tú también morirás. ¿Por qué te quejas
 »de tu suerte en inútiles lamentos?
 »También murió Patroclo, que valía
 »muy mucho más que tú. ¿No ves ahora
 »cuán hermoso yo soy, y alto de talla?
 »¿Y no oíste decir que yo he nacido
 »de un padre valeroso, y que una Diosa
 »á luz me dió? Pues aún á mí la dura
 »Parca la vida cortará, y en breve,
 »ya la mañana sea, ya la tarde,

»ya el medio día, cuando algun Troyano
 »arrojándome el asta desde léjos,
 »ó del nervio lanzando una saeta,
 »me precipite en la region oscura.»

Así Aquiles decia, y la esperanza
 á Licäon abandonó y la fuerza.
 Y soltando la pica, desmayado
 se asentó y ambas manos extendia
 implorando clemencia; pero Aquiles,
 desnudando la espada cortadora,
 en el cuello le hirió, y hasta el recazo
 entró el agudo hierro de dos cortes,
 y Licäon de espaldas en la arena
 extendido quedó, y en ancha boca
 vertia roja sangre que regaba
 en copioso raudal la verde orilla.
 Y Aquiles, con la diestra poderosa
 asiéndole de un pié, dentro del rio
 le arrojó porque el agua le llevase
 hasta la mar; y en orgullosas voces
 así al frio cadáver insultaba:

«Yace aquí entre los peces, que tranquilos
 »te lamerán la sangre de la herida.
 »Ni tu madre, poniéndote en el lecho,
 »te llorará; que el rápido Escamandro
 »al hondo abismo de la mar salada
 »llevará tu cadáver; y saliendo
 »enorme pez de entre las crespas olas
 »á la cerúlea faz del ancho ponto,
 »devorará la delicada carne
 »de Licäon. ¡Hiciera el padre Jove
 »que todos perecierais fugitivos
 »corriendo á vuestro muro, y el alcance
 »siguiendo yo y en general estrago
 »matando gente hasta que al fin de Troya

»conquisten los Aqueos el alcázar!
 »Ni el anchuroso río á quien vosotros
 »muchos toros habeis sacrificado,
 »y dentro de sus negros remolinos
 »vivos echais á veces los bridones,
 »defenderos podrá por más que ostente
 »su poder en las aguas espumosas;
 »que áun por él protegidos, suerte dura
 »á todos os espera hasta que hubiereis
 »expiado la muerte de Patroclo,
 »y el estrago terrible que en los Griegos
 »hicisteis cuando yo no peleaba.»

Así decia; y la Deidad del río,
 dentro del corazon en ira ardiendo,
 un arbitrio buscaba poderoso
 para hacer que cesase en la pelea
 el furibundo Aquiles, y la ruina
 evitar de los Teucros. Y entretanto
 el hijo de Peleo, enarbolada
 la lengua pica, acometió valiente,
 deseando matarle, á Asteropeo,
 hijo de Pelegon. Nació su padre
 de la Deidad del Axio caudaloso
 y Peribea, de las varias hijas
 de Aquesaménes la mayor; que un tiempo
 de su belleza el Dios enamorado
 la sorprendió y en ella al valeroso
 Pelegon tuvo, y de él Asteropeo
 era nacido. El animoso Aquiles
 contra él marchó, pero el gallardo jóven
 del ancho río en la ribera opuesta
 le esperó. Y fácilmente dos agudas
 lanzas blandia, y la Deidad del Janto
 le infundia valor; porque altamente
 airada estaba al ver cuantos mancebos

en sus aguas Aquiles destrozado
había sin piedad. Cuando ya cerca
estuvieron los dos, así el primero
Aquiles dijo al campeón de Troya:

«¿Quién eres y de dónde, tú que osado
»conmigo quieres pelear? ¿No sabes
»que nacieron de padres infelices
»los que conmigo á batallar se atreven?»

Respondió Asteropeo: «¿Mi familia
»á qué averiguar quieres y mi patria,
»oh magnánimo Aquiles? He nacido
»en la fértil Peonia, que de Troya
»tan alejada está; de los Peonios
»soy el caudillo que de luengas lanzas
»están armados, y el onceno día
»es hoy que á Troya vine. Mi linaje
»su origen debe á la Deidad potente
»del Axio caudaloso que derrama
»sobre la tierra la corriente undosa
»del agua más delgada y cristalina;
»que enamorado el Dios de Peribea,
»en ella tuvo á Pelegón mi padre.
»Pero entremos en lid, valiente Aquiles.»

Así le dijo en arrogantes voces:
y el Aquivo, al oírle, el duro fresno
en el Pelio cortado levantaba
para lanzarle; mas el fuerte jóven,
que era ambidextro, con entrambas manos
á un mismo tiempo le tiró dos picas;
y con una en el medio del escudo
acertó á darle, pero al otro lado
no penetró la punta porque el oro
que Vulcano pusiera la detuvo.
En el brazo derecho la segunda
rasguñó levemente junto al codo

á Aquiles, y saltó la roja sangre; pero pasó de largo, y en la tierra se clavó á su pesar. Tiró la suya á Asteropeo Aquiles, deseando matarle; pero errado fué su golpe, aunque bien apuntó, y á la otra orilla del rio fué á parar, y allí clavada hondamente quedó. Desnudó luego el Aqueo la espada cortadora y arremetió furioso á su enemigo, que arrancar no podia de la tierra con la robusta mano el ponderoso fresno. Y hasta tres veces, arrancarle anhelando, tiró con mucha fuerza de él y le mimbreaaba; pero tuvo que ceder. A la cuarta ya queria doblándole romperle, cuando Aquiles la vida con la espada de dos filos le quitó, en medio el vientre larga herida abriéndole, y en tierra las entrañas todas cayeron, y cubrió su vista sombra oscura de muerte, y anheloso el ánima exhaló. Despues Aquiles, puesta en el pecho la robusta planta, le quitó la armadura, y con el triunfo orgulloso, le dijo en altas voces:

«Muere ya, fanfarron, para que veas
 »cuánto difícil era que vencieses
 »á los hijos de Jove, aunque á tu padr
 »haya enjendrado la Deidad de un rio.
 »Tu linaje decias que descende
 »del Axio caudaloso; mas la gloria
 »tengo yo de que el mio al padre Jove
 »debe su origen. Me enjendró Peleo,
 »el Rey de los Mirmídones, que es hijo

»de Eaco, y éste al soberano Jove
 »el ser debió. Cuanto en poder excede
 »Júpiter á los rios que sus aguas
 »llevan al mar salado, en valentía
 »otro tanto de Júpiter los hijos
 »aventajan á aquellos que enjendrados
 »fueron por las Deidades que presiden
 »á los lagos y rios. Aquí tienes
 »uno muy anchuroso; mira ahora
 »si ya puede salvarte. Mas no es dado
 »pelear con el hijo de Saturno
 »á las Deidades que en poder y gloria
 »inferiores le son. Así, ni el fuerte
 »Aqueloo se atreve á compararse
 »con Júpiter, ni el grande y poderoso
 »Oceano de rápidas corrientes;
 »aunque todos los rios y los mares,
 »todas las fuentes, y los hondos pozos,
 »hayan nacido de él; que el Oceano
 »teme tambien el rayo del gran Jove,
 »y el trueno que retumba fragoroso
 »en la bóveda cóncava del cielo.»

Así dijo, y su lanza del ribazo
 arrancó; y en la arena allí tendido
 el cadáver dejó de Asteropeo,
 que el rio con sus aguas cenagosas
 cubria alguna vez; y las anguilas
 á su paso gustaban, y los peces,
 la delicada carne. En tanto Aquiles
 el alcance seguia á los Peonios;
 que tímidos en fuga se pusieran
 por la orilla del rio, cuando vieron
 al que de todos era el más valiente
 en las sangrientas lides, por la mano
 y la espada del hijo de Peleo

vencido y muerto. Y aunque más huian,
 pasados fueron por su aguda lanza
 Tersiloco, y Midon, y Trasio, y Enio,
 y Mneso, y Astipilo, y Ofeléstes.
 Y áun estrago mayor en los Peonios
 hiciera Aquiles, si indignado el rio,
 y de un hombre tomando la figura,
 no así le hubiera hablado en altas voces
 saliendo de sus hondos remolinos:

«¡Aquiles! si en valor y fortaleza
 »mucho á los hombres todos ventajas
 »porque siempre te asisten las Deidades,
 »en impiedad tambien les sobrepujas.
 »Si el hijo de Saturno te ha otorgado
 »que con todos los Teucros hoy acabes,
 »deja que de mi seno hayan salido
 »á la llanura, y mátalos en tierra.
 »Porque ya están mis cristalinas aguas
 »de cadáveres llenas, y no puedo,
 »con tantos muertos estrechado el cauce,
 »verter mis ondas en la mar inmensa;
 »que á todos los Troyanos das la muerte
 »sin dejar uno vivo. Mas ya basta:
 »mi corriente abandona; que asombrado,
 »oh valiente caudillo de los Griegos,
 »me tienen tu valor y tu fiereza.»

Aquiles respondió: «Lo que tú mandas,
 »oh Escamandro, de Júpiter nacido,
 »haré yo; mas primero á los perjuros
 »Troyanos seguiré dando la muerte,
 »hasta que en su ciudad se encierren todos,
 »y con Héctor yo lidie, y con su lanza
 »él me atraviese el pecho, ó por la mia
 »herido él baje á la region oscura.»

Así decia, y parecido á un númen

acometió de nuevo á los Troyanos;
 pero indignada la Deidad del rio,
 así habló con Apolo: «¡Hijo de Jove!
 »¿y de este modo los mandatos cumples
 »del Padre omnipotente? ¿Has olvidado
 »que hoy mismo cuidadoso te encargaba
 »asistir á los Teucros, y prestarles
 »tu poderoso auxilio todo el dia,
 »hasta que el sol bajase al Oceano,
 »y de la noche la tiniebla oscura
 »con sus sombras las tierras ocultase?»

Mientras hablaba el Janto, ya furioso
 saltaba Aquiles desde la alta orilla
 á la mitad del rio; pero al verle,
 airada la Deidad, hinchó sus aguas;
 y levantando en turbios remolinos
 sus rápidas corrientes, contra el héroe
 las dirigió furiosa. Y arrojando
 los cadáveres fuera numerosos
 de los Troyanos que matara Aquiles,
 y cual toro mugiendo, á los que vivos
 estaban todavía, en las profundas
 cavernas ocultó de su corriente,
 y así la vida les salvó. Las aguas
 á Aquiles rodearon cenagosas;
 y dando unidas en el ancho escudo,
 ni áun afirmar los piés sobre la arena
 podía ya. Con la robusta mano
 asió el héroe de un olmo corpulento
 de frondoso ramaje; y arrancada
 del árbol la raíz, trajo consigo
 todo el terreno, y la corriente fiera
 detuvo con las ramas. Y formando
 con el árbol un puente, del abismo
 saltó á la orilla, y por la gran llanura

fácil volabà con ligera planta,
aunque azorado. La Deidad potente
del rio, no cesó de perseguirle;
y conmoviendo sus cerúleas ondas,
sobre él saltó para que así dejase
de seguir y matar á los Troyanos.
Mas apénas el hijo de Peleo
vió el torrente venir, saltó de un brinco
todo el espacio que alcanzarse puede
con un tiro de lanza, y tan ligero
corria luégo por la gran llanura
como el águila negra por el aire
rápida vuela cuando va siguiendo
á la banda de tiernos pajarillos;
porque es la más valiente de las avcs,
y la más voladora. Así corria
Aquiles, y sus armas sobre el pecho
en ronco son temblaban; y del rio
que le seguia, en hórrido tumulto
levantando sus aguas espumosas,
siempre iba huyendo en giro tortuoso.
Cual suele el hortelano del oscuro
pozo sacar el agua, y conducirla
por estrechos canales á que riegue
las plantas y legumbres de la huerta,
y el escardillo en mano, los estorbos
quita de las regueras, y corriendo
por el declive en plácido murmullo
el agua lleva en pos las piedrecillas
que encuentra al paso, y siempre va delante
del que la guía; así, detras de Aquiles
corriendo el rio, le alcanzaba siempre,
por más que fuese en el correr ligero;
que siempre las Deidades poderosas
más que los hombres son. Y cuantas veces

quería el héroe á la corriente fiera
esperar, para ver si las Deidades
ya olvidado le habian, otras tantas
las grandes olas del potente rio
los hombros le azotaban. No pudiendo
ya resistir, en saltos poderosos
corrió hácia la ribera; mas del rio
la tortuosa rápida corriente
sus piernas de continuo enflaquecia,
y bajo de sus piés la firme arena
en que á sentarlos iba le robaba.
Cansado al fin el valeroso Aquiles
de luchar con el rio, suspirando
volvió la vista al anchuroso cielo,
y así al supremo Júpiter decia:

«¡Padre Jove! ¡Y ninguno entre los Dioses
»á este infeliz libertará del rio!
»Salga yo de él, y mas que luégo muera.
»Pero ninguno de los Dioses todos,
»ni de las Diosas, tan culpable ha sido
»como mi madre, que halagar queriendo
»mi vanidad con falsas predicciones,
»me decia que al pié de las murallas
»moriria de Troya, aguda flecha
»arrojándome Apolo. Más valdria
»que á manos de Héctor perecido hubiese,
»el más fuerte de todos los Troyanos;
»que entónces un guerrero valeroso
»á otro tambien valiente de la vida
»y de las armas despojado hubiera.
»Mas hoy de oscura muerte mi destino
»dispuso que perezca, por las aguas
»de un gran rio cercado; cual si fuese
»tierno zagal que atravesar queriendo
»el torrente espumoso, con las aguas

«del invierno acrecido, en ellas muere.»

Así el héroe decia; y cuidadosos,
de mortales tomando la figura,
Neptuno y Pálas, y á su lado puestos,
e asieron de la mano, y al oido
hablándole, en su pecho confianza
y valor infundieron. Y Neptuno
el primero le dijo: «¡No ya temas
»ni te acobardes, valeroso Aquiles!
»Sabe que á tu socorro hemos venido,
»aprobándolo Jove, yo y Minerva.
»No es tu destino en la corriente brava
»de este rio morir; de perseguirte
»ya cesará. Mas el consejo escucha
»que te damos los dos. En la pelea
»no tu brazo descansa, hasta que dentro
»los altos muros de Ilion encierres
»á todos los Troyanos que salvarse
»hayan logrado en pavorosa fuga.
»Y cuando luégo de la vida hubieres
»á Héctor privado, á las aquivas naves
»tú retrocede; que los dos te damos
»alta gloria alcanzar en este dia.»

Así dijo Neptuno, y con Minerva
al terrazo volvió donde esperaban
los otros inmortales. Animado
Aquiles ya de los eternos Dioses
con la promesa, á caminar seguro
por el llano empezó que ya cubierto
estaba con el agua que del rio
derramó la Deidad; y por encima
iban flotantes las brillantes armas
de los Troyanos que en la lid murieran,
y tambien sus cadáveres. Aquiles
ligero por el agua iba saltando,

ni ya le detenía la corriente;
 porque Minerva poderoso brio
 infundiera en su pecho. El Escamandro
 furibundo también le perseguía;
 y más y más airado con el Griego,
 hinchaba su torrente. Y la cabeza
 alzando, al Simois en horrendas voces
 en su auxilio llamaba, y le decía:

«¡Hermano mio! la corriente undosa
 »reunamos los dos, y de este fiero
 »hijo de Acaya la indomable fuerza
 »nuestro poder enfrene. Si tardamos,
 »pronto su diestra arruinará los muros
 »de la ciudad de Príamo, y los Teucros
 »no le resistirán en la pelea.
 »De ellos te compadece; tu corriente
 »de las fuentes aumenta con las aguas;
 »engruesa los arroyos que en el seno
 »recibes en tu curso; ingentes olas
 »levanta hinchadas, y en estruendo horrible
 »piedras arranca y troncos, por si puede
 »unida nuestra fuerza ese guerrero
 »tan feroz detener, que así orgulloso
 »de todos triunfa y á los mismos Dioses
 »igualarse pretende en sus hazañas.
 »Mas de la muerte espero que este día
 »no le libertarán, ni su gran fuerza,
 »ni su hermosura, ni sus ricas armas;
 »que en lo más hondo de mi cauce ocultas
 »quedarán, sepultadas en el cieno.
 »Y á él mismo cubriré con mis arenas
 »mucho cascajo derramando en torno,
 »y ni sus huesos recoger los Dánaos
 »podrán cuando los busquen. Tan enorme
 »cantidad yo de guijo, arena y cieno

»sobre él derramaré; y allí el sepulcro
 »labrado le será, sin que le sea
 »necesaria otra tumba cuando píos
 »inhumarle quisieren los Aqueos.»

Así el río decía; y contra Aquiles
 arremetió furioso, levantando
 ingentes y espumosos remolinos;
 y con la sangre turbio, murmuraba
 entre tantos cadáveres corriendo.
 Y levantadas las purpúreas ondas
 del anchuroso río y detenidas,
 ya á derribar al suelo comenzaban
 al hijo de Peleo; pero Juno,
 temiendo que el torrente arrebatado
 del caudaloso río le arrastrase,
 espantada gritó, y así al terrible
 Vulcano dijo en cariñosas voces:

«¡Sus, hijo mio! la batalla empieza,
 »y en el Janto hallarás impetuoso
 »digno rival. A combatir camina,
 »y muéstrale tu llama abrasadora;
 »que yo despues en ráfaga violenta
 »haré que desde el mar soplen airados
 »el Zéfiro y el Noto, y que propaguen
 »el fuego destructor, y éste las armas
 »y las cabezas de los Teucros queme.
 »En tanto tú del río en las orillas
 »los árboles abrasa, y en terrible
 »fuego arde su corriente; y no blandarte
 »dejes con sus razones lisonjeras,
 »ni su cólera temas y amenazas,
 »ni suspendas tu furia; pero cuando
 »oigas que grito en clamorosas voces,
 »apaga entónces el ardiente fuego.»

Dijo la Diosa, y arrojó Vulcano

inmensa llama que la gran llanura
toda encendió primero, y numerosos
cadáveres quemó de los Troyanos
que á las manos de Aquiles perecieran.
Y desecada la llanura toda,
volvió del rio el agua cristalina
á correr en su cauce. Como suelen
los Nordeste de otoño los barbechos
prontamente secar que los continuos
aguaceros habian inundado,
y el labrador se alegra; así la llama,
la llanura secando, de los Teucros
abrasó los cadáveres, y al rio
Vulcano dirigió el impetuoso
resplandeciente fuego, y se quemaron
los olmos, y los sauces, y los mirtos,
y la grama, y el loto, y el cipero,
que en abundancia mucha las orillas
del caudaloso rio coronaban.
Y los peces y anguilas en sus cuevas
á este lado y aquel de la corriente
saltaban, perseguidas por el soplo
sin cesar de Vulcano, y hasta el rio
ardió todo, y humilde así decia:
«¡Oh Vulcano! ninguno de los Dioses
»igualarte pudiera, ni yo mismo
»combatiria con tu ardiente llama.
»De perseguirme cesa; arroje Aquiles
»hoy mismo, si te place, á los Troyanos
»de su ciudad. ¿Qué fruto yo sacara
»de seguir combatiendo, y á los hombres
»de proteger ahora?» Así decia
ardiendo en fuego el rio, y su corriente
hervía á borbotones. Como dentro
de la caldera el agua en espumosos

hervores cuece, por la ardiente llama
herida siempre, y la sabrosa carne
fácil ablanda de cebado puerco,
y de todos los puntos se levantan
hinchados borbollones, y debajo
arde la árida leña; así espumosa
ardía en fuego la corriente inmensa
del anchuroso río, ni podía
adelante pasar; que allí parada
se exhalaba en vapor, á la violencia
resistir no pudiendo de Vulcano.
Y volviéndose á Juno, en dolorido
acento suplicaba y la decia:

«¡Juno! ¿Por qué á mi solo, entre los Dioses
»que á los Teucros amparan, la corriente
»tu hijo evapora en ardoroso fuego?
»¿Soy acaso á tus ojos más culpable
»yo que todos los otros? Si lo mandas,
»yo en esta lucha cederé; que cese
»tu hijo también. Con firme juramento
»te prometo además que á los Troyanos
»no ya defenderé, ni aún aquel día
»en que encendidas las voraces llamas
»por mano de los hijos de la Grecia
»arda su gran ciudad.» Apénas Juno
esto escuchó, cuando á Vulcano dijo:

«¡No más, Vulcano! Tu furor reprime;
»no es justo que en favor de los mortales
»á un Dios, que es inmortal, atormentemos.»

Así dijo; y la llama abrasadora
el Dios apagó pronto, y la corriente
del río por el cauce acostumbrado
volvió á correr. El Janto poderoso
así vencido, en la terrible lucha
uno y otro cesaron, porque Juno

reprimió su furor, aunque irritada.

Pero espantosa lid entre los Dioses, que en dos parcialidades divididos unos á los Troyanos defendian y otros á los Aqueos, desde entóncces se comenzó. Llegaron á las manos unos con otros con inmenso ruido, bramó asustada la anchurosa tierra, y en penetrante voz cual si llamase la trompeta marcial á la batalla el vasto cielo resonó. Sentado en el Olimpo Jove, oyó el estruendo; y alegre el corazon, dulce reia cuando vió que los Dioses á embestirse marchaban todos. Ni por largo tiempo uno de otro estuvieron alejados los combatientes; que el primero Marte acometió á Minerva, la terrible pica blandiendo, que por él lanzada los más gruesos escudos atraviesa; y así decia en iracundas voces:

«¿Por qué otra vez cual importuna mosea
 »empeñas á los Dioses en combates,
 »atrevida Deidad? ¿A tanto llega
 »tu orgulloso furor? ¿Has olvidado
 »que otro dia tambien á Diomédes
 »con tu voz animaste á que me hiriera;
 »y la potente lanza del Aquivo
 »empuñando tú misma, en derechura
 »hácia mí la arrojaste, y ancha herida
 »me hizo el agudo hierro? Pues ahora
 »pagarás el agravio que me hiciste.»

Así Marte decia; y la afilada pica arrojando, poderoso golpe dió en la égida espantable, que ni el rayo

de Jove rompería. Mas la Diosa
dió atrás algunos pasos, y una piedra
del suelo alzó con la robusta mano,
piedra que los antiguos para linde
pusieran del terreno, puntiaguda,
negra y pesada, y en el cuello á Marte
hirió con ella. De vigor privado
cayó en la arena el Dios, y con su cuerpo
siete enteras yugadas ocupaba.
Manchó el polvo su hermosa cabellera,
y en derredor las armas resonaron;
y riyendo Minerva, y con el triunfo
que sobre él alcanzara envanecida,
así le dijo en arrogantes voces:

«¡Necio! ¿será posible, ya que intentas
 »conmigo pelear, que ni áun ahora
 »hayas llegado á conocer tú mismo
 »cuánto yo soy más fuerte? Así castiga
 »tu madre Juno la inconstancia tuya;
 »y altamente enojada, nuevos males
 »áun te hará padecer porque á los Griegos
 »abandonaste, y veleidoso ahora
 »proteges á los pérfidos Troyanos.»

Dijo la Diosa, y los brillantes ojos
 á otro lado volvió. La tierna Vénus,
 asiendo á Marte de la mano, quiso
 levantarle de tierra; y anheloso
 él frecuentes suspiros exhalaba,
 y apenas recobrar pudo el sentido.
 Pero lo advirtió Juno, é iracunda
 dijo en voces aladas á Minerva:

«¡Oh rabioso dolor! Hija de Jove,
 »ya ves cómo impudente y atrevida
 »Vénus sacar al furibundo Marte
 »intenta de la lid, atravesando

»por medio de las haces presurosa;
 »tú la persigue.» Apénas el mandato
 oyó la Diosa, en rápida carrera,
 alegre el corazón, por la llanura
 siguió el alcance á la afligida Vénus.
 Y arremetiendo fiera, una puñada
 la dió en el pecho con la fuerte mano;
 y sin poder valerse y aturdida
 cayó Vénus al suelo, y en la arena
 ella y Marte yacían. Y orgullosa -
 Minerva dijo en arrogantes voces:

«Si las Deidades todas que á los Teucros
 »favorecen yacieran derribadas
 »sobre la arena así cuando á las tropas
 »aquivas acometen, y si fueran
 »tan valientes y osadas como Vénus
 »cuando ha venido á socorrer á Marte
 »y hacerme frente quiso, ya hace días
 »que arruinada Ilión por nuestra mano,
 »hubiéramos la guerra fenecido.»

Al oír á Minerva sonrióse
 la Diosa Juno; y la Deidad potente
 que la tierra circunda con sus aguas,
 así despues al rubicundo Apolo
 desafiaba á singular pelea:

«¡Febo! ¿Por qué nosotros alejados
 »así estamos ahora? No el combate
 »conviene diferir, cuando los otros
 »han comenzado la batalla. Mengua
 »sería que nosotros al Olimpo
 »volviésemos, de Jove á la morada,
 »sin haber combatido. Tú el primero
 »acomete, pues eres en los años
 »mucho menor que yo; ni decoroso
 »fuera que yo empezase la batalla

»siendo de más edad, y en experiencia
 »excediéndote mucho. Pero dime,
 »necio! ¿Cómo, tan falto de sentido,
 »la razon te abandona? ¿No te acuerdas
 »ya de los males que nosotros solos
 »entre los Dioses tolerado habemos
 »en torno de Ilión, cuando, por Jove
 »de la eterna mansion de las Deidades
 »arrojados, al duro Laomedonte
 »estuvimos los dos sirviendo un año
 »por soldada mezquina y como dueño
 »él nos mandaba? El anchuroso muro
 »yo edificué de la ciudad en torno,
 »para que siempre inexpugnable fuera;
 »y tú, entre tanto, Febo, apacentabas
 »sus ovejas y bueyes en los valles
 »y los montes del Ida y en las selvas.
 »Y cuando ya las deseadas horas
 »de nuestro ajuste el término trajeron,
 »Lãomedonte injusto los salarios
 »íntegros nos negó, y con amenazas
 »nos despidió de su servicio. Fiero
 »á tí te amenazaba que las manos
 »atándote y los piés te venderia
 »por esclavo en las islas más remotas,
 »y aseguraba que con duro bronce
 »á los dos cortaria las orejas;
 »y nosotros, su cólera temiendo,
 »pronto volvimos al celeste alcázar
 »airado el corazon, y muy ceñudos
 »porque el Rey el salario prometido
 »no nos pagara. ¿Y á su gente ahora
 »tú favoreces? ¿Y asociar rehusas
 »al nuestro tu poder, para que mueran
 »en comun exterminio doloroso

»los pérfidos Troyanos, y sus hijos,
 »y sus caras esposas?» A Neptuno
 dijo cortés el Flechador Apolo:

«Con razon, oh Neptuno, tú dirias
 »que cabal yo mi juicio no conservo,
 »si en batalla contigo entrase ahora
 »por causa de los miseros mortales,
 »que á las hojas de un árbol parecidos,
 »ora florecen en verdor lozano
 »y de los frutos de la tierra comen,
 »ora exánimes caen. La pelea
 »dejemos, pues, y que combatan ellos.»

Así diciendo, le volvió la espalda,
 porque temia, reverente y pío,
 con el hermano de su padre Jove
 á las manos llegar. Pero su hermana,
 la Deidad de los bosques poderosa
 y las fieras, Diana, en insultantes
 voces le reprendió su cobardía.

«¡Huyes (le dijo) Flechador Apolo,
 »y libre el campo dejas á Neptuno,
 »y la gloria le das del vencimiento!
 »¡Ah, tímido rapaz! ¿para qué al hombro
 »llevas inútil arco? Mis oidos
 »no te vuelvan á oir en el alcázar
 »paterno gloriarte, como sueles
 »hacerlo en el convite de los Dioses,
 »de que tú cuerpo á cuerpo con Neptuno
 »no temes combatir.» Así decia
 la Diosa, mas Apolo á responderla
 no se paró. Y al escucharla Juno
 altamente indignada, así la dijo
 en injuriosas arrogantes voces:

«¿Cómo, insolente y de pudor desnuda,
 »te atreves á esperarme? A mi pujanza

»resistir imposible te sería,
 »por mas que el arco lleves y que Jove
 »te haya hecho leon entre mujeres,
 »y de ellas mates con aguda flecha
 »á la que te agradare. Más seguro
 »es herir á las fieras en los montes
 »y á las ciervas del campo, que atrevida
 »con Deidades lidiar más poderosas.
 »Pero si hacer la prueba ya quisieres
 »de mi valor, combate, y verás pronto,
 »ya que te atreves á lidiar conmigo,
 »cuánto en poder y fuerza te aventajo.»

Dijo; y por las muñecas á Diana
 ambas manos asiendo con su izquierda,
 y la aljaba y el arco de los hombros
 con la diestra quitándola, en la cara,
 riyéndose, la heria con el arco;
 y á un lado y otro la affigida Diosa
 volviéndose, los golpes evitaba,
 y en el polvo cayeron las saetas.

Y derramando lágrimas Diana,
 huyó al Olimpo como en raudó vuelo
 huye á esconderse en la excavada peña
 la tímida paloma á quien persigue
 el milano rapaz, y allí se salva;
 que no estaba dispuesto por el Hado
 que la alcanzase. Así la triste Diosa
 huyó al Olimpo, abandonando flechas,
 arco y aljaba. Y á Latona luego
 dijo el sagaz Mercurio: «Yo contigo
 »no ya combatiré, que peligroso
 »fuera lidiar con hembras que del lecho
 »participan de Jove. Así, ya puedes
 »entre los Dioses gloriarte ufana
 »de que á fuerza en la lid tú me venciste.»

Y ya entónces Latona recogia
 arcos, flechas y aljaba, que en el polvo
 arrojadas yacian, y con ellas
 voló al Olimpo á la mansion de Jove.
 Y allí encontró á Diana, que de Juno
 huyendo ya subiera al ancho cielo;
 y sentada del padre en las rodillas,
 lágrimas ardorosas derramaba
 y en derredor el velo trasparente
 temblaba de su rostro. El padre Jove
 la estrechaba en sus brazos, y riyendo,
 en voces cariñosas la decia:

«¿Cuál de los moradores del Olimpo
 »así te maltrató sin justa causa,
 »como si tú á presencia de los Dioses
 »horrendo crimen cometido hubieses?»

Y así la Diosa, cuya sien ceñida
 está de eterna luz y que las fieras
 en la caza persigue clamorosa,
 á Jove respondió: «La blanca Juno,
 »tu augusta esposa, oh padre, maltratado
 »me ha de este modo; porque nacen de ella
 »la discordia y la guerra en que los Dioses
 »divididos están.» Pláticas tales
 entre Jove pasaron y Diana.

En tanto Febo en el excelso muro
 entrara de Ilion, porque temia
 no acaso entónces las falanges griegas,
 ántes del tiempo que la Parca dura
 prefijado tenía, le asaltaran.
 Y las otras Deidades al Olimpo
 ya volvieron tambien, mustias las unas,
 y las otras alegres por el triunfo,
 y al lado se asentaron de su padre.
 Y Aquiles la derrota proseguia

de los Teucros, los hombres y caballos
matando sin cesar. Como, incendiada
populosa ciudad, el humo sube
á la region del éter, y el incendio
la cólera propaga de los Dioses,
y afligidos los tristes habitantes
todos trabajan, y el ardiente fuego
pobres á muchos deja; tan furioso
Aquiles á los Teucros perseguia
Menando á todos de pavor, y á muchos
dando la muerte en general estrago.

Y triste el Rey, desde la excelsa torre
viendo cómo de Aquiles perseguidos
huian los Troyanos sin que nadie
osara resistirle, dolorosos
suspiros daba. Y diligente á tierra
de la torre bajando, por el muro
iba diciendo en agitadas voces
á los fuertes guerreros que cuidaban
de abrir y de cerrar las altas puertas:

«Abrid las puertas todas, y seguras
»tenedlas con la mano hasta que hubieren
»entrado las escuadras que corriendo
»vienen á la ciudad; pues ya de cerca
»Aquiles las persigue, y muchos males
»presagia el corazon. Cuando ya hubieren
»todas pasado el anchuroso muro
»y á respirar empiecen, los portones
»cerrad de nuevo, y con las firmes barras
»aseguradlos; porque mucho temo
»que ese varon, para mi mal nacido,
»furioso ahora en la ciudad penetre.»

Así el anciano dijo; y los mancebos
los enormes cerrojos apartando
las puertas franqueaban, que ya abiertas

aurora de salud fueron á todos.
 Despues Febo saltó fuera del muro
 para librar de su total ruína
 al troyano escuadron que en derecha
 hácia su capital y alta muralla,
 oprimido de sed, de polvo lleno,
 huia apresurado. Y furibundo
 Aquiles sin cesar los perseguia
 con su lanza, y de rabia poseido
 tenía siempre el corazon, y mucho
 el amor de la gloria le aguijaba.

Y de las altas puertas y del muro
 de Troya en aquel dia los Aquivos
 dueños se hicieran, si cuidadoso Febo
 á hacer á Aquiles frente no animara
 al valiente Agenor. Era nacido
 de Antenor este jóven, y estimado
 por uno de los fuertes capitanes
 de los Troyanos; pero más pujanza
 entónces en su pecho infundió Apolo.
 Y para libertarle de la muerte,
 el mismo Dios se colocó á su lado
 detrás de una alta encina, y encubierto
 con mucha y parda niebla. Cuando el jóven
 á Aquiles vió venir, paróse; y triste,
 allí parado, en su ánimo dudaba
 lo que hacer deberia. Y arrancando
 hondos suspiros del doliente pecho,
 así en secretas voces se decia:

«¡Triste de mí! si del valiente Aquiles
 »por el mismo paraje que los otros
 »huyendo vienen escapase ahora,
 »vivo aun así cogiéndome, la muerte
 »él me dará sin resistencia mia.
 »Pero si dejo que al tropel confuso

»de los demas persiga, y entre tanto
 »en rápida carrera á la llanura
 »retorno de Ilión hasta que llegue
 »á los bosques del Ida y ocultarme
 »puedo entre la maleza, por la noche,
 »cuando ya del sudor limpio estuviere
 »en el río lavándome, volviera
 »sin daño á mi morada. Mas ¿qué digo?
 »Acaso entónces, si vagar me viese
 »léjos de la ciudad por la llanura,
 »tras mí corriendo en presurosos pasos,
 »con sus ligeros piés me alcanzaría;
 »y cogido, posible no me fuera
 »de la muerte librarme; que de todos
 »los hombres es Aquiles el más fuerte.
 »Mas si ahora al encuentro yo le salgo
 »al pié de la muralla... Vulnerable
 »es su cuerpo tambien por el acero;
 »tiene una sola vida, y segun dice
 »la fama de él, para morir nacido
 »es como los demas; y si nos vence,
 »es porque Jove su favor le presta.»

Así Agenor decia; y al Aquivo
 volviendo el rostro, le esperó; y su fuerte
 corazon en secreto le animaba
 á comenzar la desigual pelea.
 Como del cazador sale al encuentro
 desde el espeso matorral el tigre,
 luego que de los perros el ladrido
 llegó á escuchar, y ni cobarde teme
 dentro del corazon, ni se retira;
 y aunque de cerca el cazador herirle,
 ó de léjos, consiga ántes que llegue,
 atravesada ya por el acero
 la valerosa fiera, no abandona

el desigual combate hasta que coge
 al cazador con su terrible garra,
 ó moribunda cae; así el ardido
 Agenor á la fuga no queria
 tímido abandonarse, hasta que hubiese
 de Aquiles el valor y fortaleza
 por sí mismo probado. Del escudo
 cubierto, pues, y la robusta lanza
 contra Aquiles blandiendo, le decia:

«Sin duda ahora, esclarecido Aquiles,
 »la ciudad de los Teucros valerosos
 »arruinar esperabas. ¡Necio! muchos
 »trabajos todavía los Aquivos
 »ántes padecerán. Su alta muralla
 »muchos fuertes guerreros aún encierra
 »que por nuestras esposas, nuestros hijos
 »y nuestros padres peleando, á Troya
 »defenderemos; y aunque tan valiente
 »é intrépido adalid hayas nacido,
 »aquí hallarás la muerte.» Dijo el Teucro;
 y la afilada pica con la mano
 vibró robusta. Y acertando el golpe,
 por debajo le dió de la rodilla
 en una pierna; y en estruendo ronco
 la greva resonando, el duro hierro
 del estaño saltó recien bruñido
 sin penetrar adentro: lo impedia
 la sólida armadura fabricada
 por la Deidad. Acometió segundo
 Aquiles á Agenor; pero la vida
 Febo no permitió que le quitara;
 y arrebatando al jóven por los aires,
 de niebla oscura le cubrió, y sin daño
 le sacó del combate y en los muros
 facilitó que de Ilíon entrara.

**Despues el Dios al hijo de Peleo
de la hueste alejó con un engaño;
pues de Agenor tomada la figura
fingió que huia, y el ligero Aquiles
siguió el alcance en rápida carrera;
pero de él alejado corto trecho
corria el Flechador, y solamente
iba delante de él lo que bastaba
para que el héroe en ilusion funesta
alcanzarle por piés siempre esperase.
Miéntras á Febo Aquiles perseguia
por la pradera que la márgen ciñe
del caudaloso rio, en pavorosa
fuga y tropel confuso los Troyanos
alegres mucho á su ciudad volvian
y de los fugitivos se llenaba
la ancha capacidad del vasto muro.
Fuera de la ciudad y su recinto
no osaban esperarse el uno al otro
y saber quién la vida con la fuga
salvado habia y quién en la batalla
hubiese perecido, y muy dichoso
cada cual se creia con entrarse
en la ciudad por la primera puerta
á que sus piés con vida le llevaran.**

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

Como tímidos ciervos los Troyanos
dentro de su ciudad ya guarecidos,
el sudor refrescaban, á las torres
arrimados y almenas, y bebían
para apagar la sed; y los Aqueos,
el escudo embrazado, ya llegaban
á vista de los muros. Solamente
fuera de Troya, hácia la puerta Escea,
Héctor quedó; porque la dura Parca,
cual si tuviera con pesados grillos
sujetos ambos piés, allí parado
le detenía. Y entre tanto Apolo
así habló con el hijo de Peleo:

«¡Miserable mortal! ¿Por qué persigues
»en incesante rápida carrera
»á un inmortal, á un Dios? ¿No has conocido
»que soy una Deidad? Y si lo sabes,
»¿cómo tan furibundo y denodado
»te obstinas en seguirme? ¿No te curas
»de los Troyanos ya, despues que á todos
»pusiste en fuga? Sabe que en seguro
»están dentro Iíon, y que engañado

»te extraviaste. De seguirme deja,
 »y matarme no esperes, que nacido
 »no fuf para morir.» Al escucharle,
 altamente indignado el fuerte Aquiles,
 así le dijo en iracundas voces:

«¡Apolo, que de todas las Deidades
 »has sido para mí la más funesta!
 »con ruin falsía completar el alto
 »triumfo no me dejaste, desde el muro
 »trayéndome hácia aquí. Si así no fuese,
 »otros muchos Troyanos todavía
 »mordido el polvo al espirar hubieran
 »ántes de entrar en Ilión. Ahora
 »tú de la mayor gloria me privaste,
 »y has salvado á los Teucros sin peligro,
 »porque sabías que tomar venganza
 »de tí no puedo yo. Si ya pudiera,
 »caro el engaño tú me pagarias.»

Así dijo, y á Troya furibundo
 y de arrogancia lleno caminaba
 con presurosos pasos. Como suele
 el ligero bridon que en la carrera
 al premio aspira, y por la gran llanura
 fácil arrastra el ponderoso carro,
 el galope tender; así movía
 rápido Aquiles su ligera planta.

Como el astro que nace en el otoño
 y el perro de Oríón llaman los hombres
 brilla entre las estrellas, con sus rayos
 á las demas en claridad venciendo,
 en la profunda noche; y aunque sea
 tan reluciente y bello, infausto anuncia
 y acarrea á los míseros mortales
 dolencias peligrosas; tal brillaba
 sobre el pecho de Aquiles la armadura

de luciente metal miéntas corria.
 Y Príamo el primero con sus ojos
 le vió venir; y suspirando triste,
 y las manos alzadas, la cabeza
 se heria venerable. Y arrancando
 hondos gemidos del doliente pecho,
 á Héctor en altas voces suplicaba
 que fuera de los muros no quedase.
 Y al ver que el héroe ante la puerta Escea
 parado estaba, y combatir queria
 con el temido Aquiles, el anciano,
 ambas manos tendiéndole afligido,
 así decia en lastimeras voces:

«¡Héctor, hijo adorado! no tú solo,
 »y sin tener quien te defienda, esperes
 »á ese adalid. Contempla que vencido
 »serás por él, y dolorosa muerte
 »pronto hallarás; porque valiente mucho
 »es más que tú. ¡Cruel! Si las Deidades
 »tanto le aborrecieran, como odioso
 »es para mí, los perros y los buitres
 »pronto devorarían su cadáver,
 »y de mi triste corazón huyera
 »el inmenso dolor que le devora.
 »Él de muchos mis hijos y valientes
 »huérfano me ha dejado, á unos la vida
 »quitando y á otros por cautivos
 »en las islas vendiendo más remotas.
 »Y ahora que los Teucros en los muros
 »se encerraron, mis ojos no descubren
 »otros dos hijos míos, Polidoro
 »y Licáon. Y me nacieron ambos
 »de Laotoe, que vence en hermosura
 »á las mujeres todas. Si en las naves
 »vivos están los dos, con oro y bronce

»yo los rescataré; porque en mi alcázar
»hay mucha parte aún de los joyeles
»que al hacerla mi esposa dió á Laotoe
»su anciano padre, el poderoso Altéas.
»Pero si ya murieron y del orco
»están en la region, muy dolorosa
»su pérdida será para la madre
»y para mí tambien, porque les dimos
»ambos el ser; pero menor el duelo
»será de los demas que si murieses
»á manos tú de Aquiles. ¡Hijo mio!
»entra ya en la ciudad para que seas
»el salvador, como lo fuiste siempre,
»de todos los Troyanos y Troyanas;
»y no quieras al hijo de Peleo
»el alto honor de que te venza darle,
»y de que herido por su lanza pierdas
»la dulce vida. Compadece tierno
»á este padre infeliz, que en su desgracia
»y en prolongada senectud conserva
»su razon todavía. Mas, llegado
»ya al confin de la vida, el padre Jove
»en adversa fortuna dolorosa
»me acabará despues que por mis ojos
»grandes y muchas desventuras vea:
»muertos mis hijos con agudo hierro,
»á esclavitud mis hijas reducidas,
»arrastradas mis nueras por las manos
»de los fieros Aquivos, de las torres
»arrojados mis nietos, mis nupciales
»tálamos profanados, y asolada
»esta ciudad en general ruína.
»Y cuando alguno, con agudo estoque
»hiriéndome de cerca ó desde léjos
»tirándome su lanza, de la vida

»el último me prive, en los umbrales
 »de mi palacio los voraces perros
 »que yo criara, de mi misma mesa
 »dándoles la comida porque fuesen
 »fieles custodios de mi régio alcázar,
 »arrastrarán el misero cadáver;
 »y atormentados por la sed rabiosa
 »beberán de mi sangre, y entre ruinas
 »dormirán en el pórtico abrasado.
 »Al jóven que animoso combatiendo
 »murió en batalla, de laurel le sirve
 »que todos vean la gloriosa herida
 »que recibió en el pecho, y si quedare
 »en el campo desnudo, decorosa
 »su misma desnudez es todavía.
 »Pero si á manos el anciano muere
 »del enemigo, y su cabeza arrastran
 »de venerables canas ya cubierta
 »y su barba tambien encanecida
 »por la arena los perros, y el cadáver
 »queda sin vestiduras é insepulto;
 »esta la mayor es de las desgracias
 »que la cólera suele de los Dioses
 »enviár á los miseros mortales.»

Así el anciano en su dolor le dijo,
 y los albos cabellos se arrancaba
 de la cabeza con entrambas manos;
 mas no del hijo el alma endurecida
 pudo vencer. La cariñosa madre
 á otra parte del muro lamentaba,
 la venerable faz bañada en lloro,
 de Héctor la triste suerte; y desnudando
 y mostrándole el pecho, y abundantes
 lágrimas derramando, le decia:

«¡Héctor, hijo del alma! Si otro tiempo

»yo este pecho te dí con que acallaba
 »tus infantiles lloros, la memoria
 »de tu niñez recuerda, y compadece
 »á esta madre infeliz. ¡Hijo adorado!
 »entra ya en la muralla, y desde dentro
 »aleja á ese enemigo; ni tú solo
 »con él batallar quieras, ni te ciegue
 »tu extremado valor. Si te matara,
 »ni yo que te parí, tierno pimpollo,
 »el consuelo tendria de llorarte
 »sobre el fúnebre lecho reclinada,
 »ni la esposa que un dia de su mano
 »y las muchas alhajas y riquezas
 »dueño te hizo feliz; porque los perros
 »en medio los bajeles enemigos,
 »de nuestra vista léjos, tu cadáver
 »destrozarán.» En lágrimas deshechos,
 así los dos ancianos en dolientes
 voces al hijo enternecer querian;
 pero de Héctor el ánimo ostinado
 no pudieron vencer, y valeroso
 á Aquiles esperó que se acercaba.

Como el fiero dragon que de venenos
 se alimentó mortales firme espera
 al hombre que le sigue, y no se oculta
 en su guarida; que en ardiente saña
 enfurecido está, y á todas partes
 vuelve y revuelve los terribles ojos,
 y enroscado, en la boca de la cueva
 la acometida aguarda, así el Troyano,
 de valor revestido y ardimiento,
 no ya retrocedia aunque acercarse
 vió al corpulento Aquiles. Y arrimado
 á la alta torre el reluciente escudo
 y en ira ardiendo el generoso pecho,

á su valiente corazón decía:

«¡Ay de mí! Si en las puertas y en los muros
 »entrara yo, de todos el primero
 »Polidamante en injuriosas voces
 »me insultaría. Cual varón prudente,
 »que á la ciudad las tropas retirase
 »me aconsejó en la noche malhadada
 »que el valeroso Aquiles en la liza
 »se presentó de nuevo, y yo no quise
 »su consejo seguir; y más valiera.
 »Ahora ya que tantos campeones
 »por la funesta pertinacia mía
 »han perecido, á los Troyanos temo
 »y á las Troyanas, y que algún cobarde
 »diga hablando de mí: *Perdió la hueste*
 »*Héctor, fiado en su pujanza y brío.*
 »Así dirán; pero mejor me fuera
 »habiendo valeroso peleado
 »matar á Aquiles y en alegre triunfo
 »volver á Troya, ó por la patria mía
 »con gloria perecer muerto á sus manos.
 »Mas si ahora, el escudo deponiendo
 »y el morrión y á la pared la pica
 »arimada dejando, del valiente
 »Aquiles al encuentro yo saliera,
 »y entregar prometiese á los Atridas
 »á Elena y sus alhajas cuantas trujo
 »á Troya París en las hondas naves,
 »ya que esta fué la causa de la guerra;
 »y además repartir entre los Dánaos
 »la mitad de las joyas y tesoros
 »que encierra la ciudad; y juramento
 »fiel tomase después á los Troyanos
 »de que ninguna parte ocultarian,
 »y que con fiel balanza en dos mitades

»cuantas riquezas la ciudad contiene
 »dividirian... Pero, ¿cómo el alma
 »con vanas ilusiones se deslumbra?
 »ría yo, é inexorable Aquiles
 »no de mi suerte compasion tendria,
 »y ménos respetara mi persona;
 »que si una vez las armas yo dejase,
 »viéndome él desarmado, sin defensa
 »como á débil mujer me mataria.
 »No es tiempo ya de entretener á Aquiles
 »con antiguas consejas, como suelen
 »solazarse doncellas y mancebos:
 »doncellas y mancebos... Sí, más vale
 »la batalla empezar. Veamos pronto
 »á quién concede la victoria Jove.»

Estas tristes ideas agitaba

Héctor allí parado; mas Aquiles
 ya cerca de él llegaba, semejante
 al númen de la guerra impetuoso.
 Y la terrible lanza con la mano
 blandiendo poderosa, entorno al pecho
 brillaba la armadura como suele
 brillar el resplandor de ardiente llama,
 ó del sol cuando nace. Apénas Héctor
 le vió acercarse, de sus miembros todos
 se apoderó el temblor, y á que llegara
 no se atrevió á esperar; y á la llanura,
 á la espalda dejándose la puerta,
 huyó veloz; y en seguimiento suyo
 corrió también Aquiles, confiado
 en sus ligeros piés. Como en el monte
 el gavilán, que de las aves todas
 es la más voladora, en rauda vuelo
 va siguiendo á la tímida paloma
 que en tortuosos giros asustada

revolando huye de él, y desde cerca siempre la sigue, sin cesar graznando, y á veces acomete, y alcanzarla mucho desea; así el fogoso Aquiles á Héctor iba siguiendo, que azorado bajo los muros de Ilión huía ágil moviendo la ligera planta.

Por el camino real bajo del muro y al pié de la colina de silvestres higueras coronada, y de la torre de la vigía, en rápida carrera á Héctor Aquiles persiguió hasta el sitio do nace el Janto caudaloso y brotan dos cristalinas fuentes. Es el agua que arroja la primera muy caliente, y en derredor del manantial se forma un humo tan espeso cual si fuera de fuego abrasador; y aún en verano sale de la segunda agua tan fria como el granizo, como el agua helada, como la misma nieve. Construidos cerca de ellas habia lavaderos magníficos de piedra, en que lavaban sus hermosos vestidos las mujeres de los Troyanos y sus bellas hijas, en el tiempo de paz ántes que á Troya los Griegos aportaran. De las fuentes cerca pasaron, pues, los dos rivales, huyendo el uno y el alcance el otro siguiéndole veloz. Era valiente el que huía delante; pero el otro que le seguía en presurosos pasos, era mucho más fuerte: y ser el premio del vencedor debía, no una vaca, ó una piel de novillo, cual se ofrece

á aquellos que á correr se desafían,
 sino la vida de Héctor. Cuan veloces
 al celebrarse funerales juegos
 los briosos caballos que á la gloria
 del vencimiento aspiran de la meta
 corren alrededor, y los volubles
 carros arrastran rápidos, y en premio
 un tripode se ofrece, ó una esclava;
 tan ligeros entónces y animosos
 ambos corrian en perpétuo giro
 en torno á la ciudad, y por tres veces
 dieron la vuelta entera. Las Deidades
 todas desde el Olimpo los miraban,
 y el padre de los hombres y los Dioses
 rompió al fin el silencio y las decia:

«¡Oh dolor! con mis ojos estoy viendo
 »en derredor del muro perseguido
 »á un mortal que me es caro. Compadece
 »á Héctor mi corazon; porque en las cumbres
 »del Ida muchas veces me ha ofrecido
 »víctimas numerosas, y otras veces
 »en el alcázar de Ilión; y ahora
 »con sus veloces piés en torno al muro
 »de la ciudad de Príamo en su alcance
 »corre el ligero Aquiles. Mas decida
 »vuestra equidad, oh Dioses, si debemos
 »de la muerte librarle, ó si á las manos
 »permitiremos, aunque justo él sea,
 »que hoy acabe del hijo de Peleo.»

Minerva respondió: «¿Qué has pronunciado,
 »oh padre Jove, oh tú que el rayo ardiente
 »vibras desde las nubes? ¿De la triste
 »muerte librar quisieras todavía
 »á un mortal que el Destino ha condeñado
 »hace tiempo á morir? Hazlo en buen hora;

»pero no esperes que á los otros Dioses
»grato nos sea.» El Padre omnipotente
á Pálas respondió: «;Triforme Diosa!
»hija adorada! Sin temor respira,
»y cúmplase la voluntad del Hado.
»Padre yo soy benigno; hacer ya puedes
»lo que te inspire el corazón; acaba
»la obra que comenzaste.» Así á Minerva,
que ya impaciente deseaba mucho
favorecer á Aquiles, aguijaba
el padre de los hombres y los Dioses;
y ella desde las cumbres del Olimpo
bajó á la tierra en vuelo vagaroso.

A Héctor en tanto sin cesar seguía
y fatigaba Aquiles. Como el perro
que por el monte busca al cervatillo
que lanzó de la cama le persigue
por cuevas y barrancos, y aunque logro
el tímido animal por algún tiempo
ocultarse escondido entre las matas
siempre le sigue el perro hasta que llega
adonde oculto está; no de otro modo,
sin perderle de vista, perseguía
Aquiles al Troyano. Cuantas veces
este quería á las dardánias puertas
y torres acogerse, por si acaso
desde el muro su gente le libraba
á Aquiles alejando con sus flechas;
otras tantas el Griego á la llanura
volver le hacía entre los altos muros
y él interpuesto, y rápido volaba
siempre á vista de Troya. Como en sueños,
ni el que persigue al enemigo puede
alcanzarle jamás, ni huir tampoco
el que delante corre; así, ni Aquiles

**con sus ligeros piés á Héctor podía
alcanzar, ni el Troyano con la fuga
librarse del Aquivo. ¿Y cómo hubiera
tan largo tiempo aquel la negra muerte
entónces evitado, si al encuentro
por la postrera vez el Dios Apolo
no le hubiera salido, y acercada
á él la Deidad, no hubiese á sus rodillas
nuevo vigor y ligereza dado?**

Miéntras que así corrían, cuando cerca
pasaban de los griegos escuadrones,
con su cabeza cuidadoso Aquiles
señal hacía á las escuadras todas
de que no se moviesen, ni dejaba
que sus agudas flechas disparasen
á Héctor; no acaso le quitara alguno
la gloria de vencerle si de léjos
le hería con su lanza, y él llegase
segundo ya. Cuando á la fuente fría
la cuarta vez llegaron, en el cielo
el padre Jove la balanza de oro
extendió al aire, y las fatales suertes
de los dos puso, y la que más pesada
fuese debía en prolongado sueño
de muerte sepultar al desgraciado.

Y en alto levantándola, y las pesas
equilibrado habiendo, hasta el abismo
de Héctor bajó la malhadada suerte,
y Febo ya le abandonó. Minerva
entónces al paraje era llegada
en que el hijo corria de Peleo;
y á su lado poniéndose, le dijo:

«¡Ah Jove caro, valeroso Aquiles!
al fin espero que de inmensa gloria
coronaremos hoy á los Aqueos

»nosotros dos, aunque valiente sea
 »á Héctor matando; que evitar ahora
 »no le es dado el rigor de su destino.
 »No, ni aunque Febo se fatigue mucho
 »y á los piés arrojándose de Jove
 »implore su favor. Detén el paso,
 »y descansa; que al Teucro iré yo misma
 »á persuadir que en singular pelea
 »contigo venga á combatir.» La Diosa
 así le dijo, y obediente Aquiles
 allí ya se detuvo; y arrimado
 á su robusta pica descansaba,
 alegre el corazon. Pero Minerva,
 alejándose de él, aire y figura
 de Deifobo tomó y en busca de Héctor
 marchó. Y llegada donde estaba el héroe
 é imitando del jóven la sonora
 voz, le decia en fementido halago:

«¡Hermano mio! pues el fuerte Aquiles,
 »siempre corriendo con ligera planta
 »en torno á la ciudad, así te estrecha,
 »parémonos; y unidos, á pié firme
 »rechacemos su fuerte acometida.»

Héctor le respondió: «¡Deifobo! siempre
 »el hermano tú has sido que entre todos
 »los que de Hécuba y Priamo nacimos
 »yo más queria; pero desde ahora
 »amarte más y más yo te promelo;
 »pues así te atreviste de los muros,
 »viéndome por Aquiles perseguido,
 »á salir y los otros se quedaron.»

Respondió al héroe la falaz Minerva:
 «Mucho nuestro buen padre y cariñosa
 »nuestra madre tambien y los amigos,
 »echándose á mis piés, me suplicaban

»que no saliera: tal temor á todos
 »sobrecogidos tiene. Pero pudo
 »más el grave dolor que mi acuitado
 »corazon oprimia. Así, marchemos
 »en busca ya de Aquiles, y valientes
 »combatamos con él. No más reposo
 »á la pica se dé; pronto veamos
 »si matando á los dos las armas lleva
 »á sus navíos en la roja sangre
 »teñidas, ó si queda por tu lanza
 »atravesado y muerto.» Así decia;
 y el engaño siguiendo, presurosa
 comenzó á caminar. Cuando ya estaban
 cerca los dos rivales, el primero
 habló el Troyano y arrogante dijo:

«¡No más huiré de tí como hasta ahora,
 »¡oh valeroso Aquiles! Por tres veces
 »á la vasta ciudad he dado vuelta
 »huyendo presuroso, y nunca tuve
 »valor para esperarte. Ya me paro;
 »y mi valiente corazon me anima
 »á combatir contigo, ya te mate
 »ó ya me mates tú. Pero pongamos
 »á los eternos Dioses por testigos;
 »que ninguno mejor de que se guarden
 »cuidará nuestros pactos. Si este dia
 »Júpiter la victoria me concede
 »y la vida te quito, á tu cadáver
 »no insultaré con bárbara fiereza,
 »ni le mutilaré. Cuando te hubiere
 »de tus brillantes armas despojado,
 »á las escuadras griegas el cadáver
 »entregaré. Si vencedor tú fueres,
 »envía el mio á los troyanos muros.»

Con torva faz habiéndole mirado,

Aquiles respondió: «No de convenios
 »hables, Héctor, conmigo; pues ofensa
 »me hiciste que jamás el alma mia
 »olvidará. Si entre hombres y leones
 »no puede haber contratos, ni concordia
 »entre lobo y cordero, y enemigos
 »eternos son los unos de los otros;
 »es imposible ya que amigo tuyo
 »pueda yo ser, ni que tratados fieles
 »los dos hagamos nunca hasta que muerto
 »uno de los dos caiga y con su sangre
 »la sed haya apagado de Mavorte.
 »Todo el valor que puedas en el pecho
 »recoge: la ocasion es ya llegada
 »de que te muestres adalid valiente,
 »y esforzado guerrero. No te queda
 »camino para huir; y pronto Pálas,
 »empuñando mi lanza, de la vida
 »te privará; y ahora cuantos males
 »hiciste á los Aquivos, cuando ciego
 »de furor los seguías con tu lanza,
 »me pagarás.» Aquiles así dijo;
 y revolviendo la terrible pica,
 contra Héctor la arrojó; pero en el aire
 este la vió venir, y evitó el golpe
 inclinándose al suelo; y por encima
 pasó de su cabeza, y en el césped
 quedó clavada. En presurosos pasos
 allí acudió la Diosa, y sin esfuerzo
 la arrancó de la tierra, y al Aquivo
 otra vez se la dió sin que lo viese
 Héctor: y este, al Aquivo desarmado
 de su lanza creyendo, le decia:

«¡Erraste el golpe, Aquiles! y aunque seas
 »de los Dioses amado, nada Jove

»te reveló de mi fatal destino,
 »como osaste afirmar. Articioso
 »fuiste y engañador en tus palabras,
 »para que acobardado me olvidase
 »del antiguo valor y fortaleza.
 »Pues no, cobarde huyendo, en las espaldas
 »me clavarás la pica: por el medio
 »pásame el corazon cuando animoso
 »frente á frente acometa, si es que Jove
 »esta gloria te diere. Mas ahora
 »el golpe evita de mi lanza. Al cielo
 »pluguiese que su luenga y ancha punta
 »toda entrase en tu cuerpo. Mas liviana
 »esta guerra se haría á los Troyanos,
 »si tú murieses, que su azote has sido.»

Dijo: y la diestra rodeando fuerte
 tiró su enorme lanza, que al escudo
 fué derecha del hijo de Peleo
 y en el centro le hirió, ni errado el tiro
 fué del Troyano; mas el duro cobre
 léjos la rechazó. Bramó de enojo
 Héctor, al ver que la acerada pica
 en vano fuera por su fuerte brazo
 arrojada esta vez. Paróse triste
 bajos los ojos porque no podia
 otra lanza tomar, y á Deífobo
 en alta voz llamando le rogaba
 que una robusta pica le alcanzase;
 pero ya no le vió. Conoció entónces
 de Minerva el engaño, y así dijo:

«¡Ay de mí! ya los Dioses á la muerte
 »me llaman. Yo creía que Deífobo
 »á mi lado asistia; pero dentro
 »aquel está del muro, y fué Minerva
 »la que así me engañó. Cerca la triste

»muerte ya tengo; ni evitarla es fácil,
»ni tardará en venir. Hace ya tiempo
»que así lo decretaron el potente
»Jove y Apolo, que benignos ántes
»me defendian. Mi fatal destino
»ya se cumplió; pero morir conviene
»con gloria y con valor, ántes haciendo
»heróica hazaña que por siempre dure
»en la memoria de los hombres todos.»

Dijo: y la aguda espada desnudando
que pendiente llevaba, hácia el Aquivo
se encaminó derecho. Como suele
el águila que vuela en las alturas,
atravesando arrebolada nube
para coger la tierna corderilla
ó la tímida liebre, á la llanura
rápida descender; así, empuñada
la espada cortadora, contra Aquiles
Héctor marchaba. Adelantóse el Griego;
y de terrible cólera llenando
su corazon, con el brillante escudo
cubrió su pecho todo; y ondeaba
en la cimera del luciente yelmo
el penacho, agitadas blandamente
las crines de oro que flexibles hizo
el Dios Vulcano. Cual brillante marcha
en noche oscura entre los otros astros
la estrella matutina, que de todas
cuantas ostenta el azulado cielo
es la más refulgente y más hermosa;
así lucía la brillante punta
de la terrible lanza que en su diestra
para mal del Troyano ya blandia
Aquiles, observando cuidadoso
por qué parte del cuerpo fácilmente

podía herirle. De las ricas armas
 todo estaba cubierto que á Patroclo
 ya cadáver quitara; y solamente
 un poco descubierta se veía,
 en el paraje que del hombro el cuello
 divide, la garganta; y es el sitio
 por do la vida de los hombres pronto
 sale del cuerpo. Con su fuerza toda
 allí, pues, le clavó la aguda pica
 sonriéndose Aquiles, y la punta,
 atravesando el vigoroso cuello,
 por la nuca salió; mas la garganta
 no le quiso cortar, para que hablase
 unas breves palabras todavía.

Cayó Héctor en la arena, y ufano
 así le dijo el vencedor Aquiles:

«¡Héctor! cuando al cadáver de Patroclo
 »de mi rica armadura despojabas,
 »seguro ya sin duda te creíste,
 »y porque estaba ausente, imaginaste
 »que nunca yo su muerte vengaría.
 »¡Necio! en las griegas naves á Patroclo
 »un vengador quedaba, muy más fuerte
 »y valeroso que él, aunque estuviera
 »léjos entónces; yo, que muribundo
 »ya te miro á mis piés. Tú de los perros
 »y carnívoras aves el ludibrio
 »serás; pero los Griegos á Patroclo
 »honrarán con magníficas exequias.»

Y con lángida voz Héctor le dijo:
 «Por tu vida te ruego, y por tus padres,
 »que en las naves aqueas no permitas
 »que mi triste cadáver de los perros
 »hórrido pasto sea. Cuanto pidas
 »de bronce y oro te darán mi padre

»y mi madre infeliz, si les entregas,
 »para que los Troyanos y Troyanas
 »le quemen en la pira, mi cadáver.»

Con torva faz habiéndole mirado,
 Aquiles respondió: «¡No me supliques,
 »perro, ni por mi vida, ni mis padres!
 »Ojalá, de furor arrebatado,
 »á cortar en pedazos me atreviera
 »por mi mano tu carne, y á comerla
 »cruda: tales agravios recibidos
 »tengo de tí. No esperes que tu cuerpo
 »nadie en el mundo defender ya pueda
 »de los voraces perros. Si diez veces,
 »veinte veces, mayor de lo que es justo
 »un rescate me dieran aquí mismo
 »trayendo las riquezas, y otras muchas
 »me prometiesen; si tu anciano padre
 »á peso de oro redimir quisiera
 »tu cuerpo, ni el consuelo así tendria
 »tu infeliz madre de llorar al hijo
 »de sus entrañas, en dorado lecho
 »poniendo su cadáver; que pedazos
 »antes le harán los perros y los buitres.»

Exhalando los últimos alientos,
 Héctor le respondió: «Bien conocido
 »me eras ya, cuando ahora á suplicarte
 »me resolví. No me engañé; sabía
 »que era inútil hablarte, y que es de hierro
 »tu corazón. Y entiende que los Dioses
 »mi muerte vengarán, cuando de Páris
 »las flechas por Apolo dirigidas,
 »por más que tan valiente hayas nacido,
 »te matarán ante la puerta Escea.»

Al decir estas últimas palabras,
 oscura sombra le cubrió de muerte,

y el cuerpo abandonando, en rauda vuelo
 descendió el alma á la region sombría,
 su fatal suerte lamentando triste,
 porque muriera en juveniles años
 y un cuerpo vigoroso abandonaba.
 Y Aquiles, aunque muerto le veia,
 así le dijo en arrogantes voces:

«Muere tú ahora; y cuando Jove quiera,
 »y las otras Deidades, que se cumplan
 »los decretos del Hado, yo la muerte
 »recibiré tambien.» Así decia;
 y sacando su lanza del cadáver
 y poniéndola al lado, de los hombros
 tintas en sangre le quitó las armas.
 Y los otros Aquivos acudieron,
 y en torno del cadáver admirados
 sus miembros tan fornidos contemplaban
 y la belleza del gracioso rostro;
 y entre tantos millares de guerreros
 no hubo quien no le diese su lanzada,
 y alguno así decia al más cercano:

«Héctor ahora que le palpen deja,
 »y se muestra más blando que aquel día
 »en que nuestros bajeles incendiaba.»
 Así algunos dijeron, y de paso
 con su lanza le herian. Mas Aquiles,
 cuando ya le quitara la armadura,
 á todos los Aqueos reunidos
 así dijo en palabras voladoras:

«¡Principes y adalides de la Grecia,
 »dulces amigos! pues los altos Dioses
 »nos han dado vencer á este guerrero,
 »el cual solo más daño nos hacía
 »que todos los demas, en numerosa
 »hueste y con armas la ciudad cerquemos,

»para ver lo que piensan los Troyanos:
 »si ya su capital y fortaleza
 »quieren abandonar, viendo caido
 »en tierra á su adalid, ó si se atreven
 »á esperar todavía, aunque no vive
 »Héctor ya... Mas ¿qué digo? En nuestras naves
 »yace muerto, insepulto y no llorado
 »Patroclo, y olvidarle yo no puedo,
 »mientras en la region de los vivientes
 »habite. Y aunque dicen que en el orco
 »toda memoria pierden los finados,
 »aun allí yo del infeliz amigo
 »me acordaré. Y así, Griegos valientes,
 »el alegre Pean cantando todos,
 »volvamos á las naves, y llevemos
 »este frio cadáver. Alcanzado
 »hemos glorioso triunfo al aguerrido
 »Héctor matando, al cual, como si fuese
 »una Deidad, los Teucros dirigian
 »dentro de Troya sus humildes votos.»

Así Aquiles decia, y despiadado
 se proponia al infeliz cadáver
 tratar indignamente. Los tendones
 de ambos piés le horadó junto al tobillo
 detras hácia el talon, y atravesadas
 por la abertura sólidas correas
 hechas con piel de buey, detras del carro
 le ató de modo que arrastrando fuese
 la cabeza. Y subiendo en la carroza,
 y colocando en ella la armadura,
 aguijó los caballos, que gozosos
 volaban á las naves. Arrastrado
 así el cadáver, que de polvo alzaba
 al aire espesa nube, y esparcida
 la negra cabellera por el suelo,

el camino barria, y la cabeza, tan gallarda otro tiempo, en hondo surco iba abriendo la arena; porque Jove á fieros enemigos le entregara para que así afearan su hermosura, allí, en su misma patria. De este modo era de Héctor manchada la cabeza.

Cuando la infeliz madre desde el muro al hijo vió arrastrar, con ambas manos ella misma las canas se arrancaba; y la augusta diadema de la frente léjos de sí arrojando, en alaridos espantosos rompió. Tambien el padre lastimeros suspiros exhalaba, y en derredor y en la ciudad entera el pueblo todo á doloroso llanto se abandonó y gemido, y parecia que en fuego abrasador los altos techos todos ardian, desde el régio alcázar hasta la humilde choza. Los caudillos de las tropas apénas al anciano podian contener; que de los muros salir queria, é impaciente á todos, por el lodo arrastrándose, rogaba á cada cual llamando por su nombre, y en dolorido acento les decia:

**«¡No ya me detengais, caros amigos!
 •y aunque por mí temais, dejad que solo
 •salga de la ciudad y á los bajeles
 •vaya de los Aquivos, y que humilde
 •á ese feroz indómito guerrero
 •allí suplique, para ver si acaso
 •él mis canas respeta, y compadece
 •mi ancianidad. En suerte le ha cabido
 •un padre anciano como yo, Peleo,**

»que le engendró y crió para que fuese
 »el exterminador de los Troyanos;
 »pero de todos ellos á ninguno
 »con tan amargas numerosas cuitas
 »el alma entristeció como á mí solo.
 »Él ha matado á muchos de mis hijos
 »en la flor de su edad; pero la muerte
 »de todos, aunque mucho dolorosa
 »ha sido y es al paternal cariño,
 »no tanto ya mi corazón aflige
 »como la de uno solo, y el agudo
 »pesar que ella me causa en amargura
 »me hará bajar á la region del orco,
 »la de Héctor. Si á lo ménos en mis brazos
 »hubiese fallecido, yo y su madre,
 »¡madre infeliz! sobre el cadáver frio
 »tristes llorando su temprana muerte,
 »y exhalando gemidos numerosos,
 »nuestro dolor hubiéramos templado.»

Así decia en lágrimas deshecho,
 y en el llanto y dolor le acompañaban
 los Teucros; y cercada de matronas,
 así Hécuba también, llorando triste,
 daba principio al funeral lamento:

«¿Para qué yo infeliz, hijo adorado,
 »después que tantas penas he sufrido,
 »tú muerto, he de vivir? Tú, que de día
 »y de noche mi gloria y mi consuelo
 »eras en la ciudad, y el baluarte
 »de todos los Troyanos y Troyanas,
 »y ellos como á Deidad con sus ofrendas
 »en público te honraban porque vivo
 »eras honra de todos. Ya la Muerte
 »y la Parca de ti se apoderaron.»

Así decia, lágrimas vertiendo,

Hécuba desdichada; mas la esposa
 de Héctor nada sabía de su muerte,
 porque ningun aviso verdadero
 habia recibido de que fuera
 de los muros su esposo se quedara.
 Y en lo más interior de su palacio
 se ócupaba en tejer cándida tela
 fina y doble, y en ella entretejía
 de variado color muchas labores.
 Y á sus bellas esclavas cuidadosa
 mandado habia que al hogar pusiesen
 un anchuroso tripode con agua,
 para que en ella tibia se bañase
 Héctor, cuando á su casa fatigado
 del combate viniera. La infelice
 no sabía que léjos de su baño,
 por la mano de Aquiles, ya Minerva
 muerto le habia. Mas oyó el gemido
 y el lamento que triste resonaba
 hácia la torre de Ilion, y todo
 se estremeció su cuerpo. De la mano
 se la cayó en el suelo la naveta,
 y así dijo afligida á sus esclavas:

«Venid, seguidme dos; vean mis ojos
 »qué ha sucedido. De mi suegra escucho
 »la dolorida voz, y á mí en el pecho
 »el corazon me late y por la boca
 »salir anhela; ni llevarme pueden
 »las piernas ya; calamidad terrible
 »á los hijos de Priamo amenaza.
 »;Ojalá que me engañe! pero mucho
 »el alma teme que el ligero Aquiles,
 »de la ciudad habiéndole cortado
 »y dejád le solo, persiguiendo
 »va por el llano en rápida carrera

»á mi Héctor, atrevido en demasía;
»y temo que si llegan á encontrarsé,
»al funesto valor que siempre tuvo
»hoy ponga fin. Jamás en las batallas
»Héctor entre la turba confundido
»quiso permanecer de los guerreros;
»que mucho de su hueste adelantado
»solía pelear, y en valentía
»ninguno de los Teucros le igualaba.»

Así las dijo; y del alcázar régio
desalada saliendo como loca
dentro su pecho el corazón latía,
y la siguieron dos de sus esclavas.
Mas luégo que á la torre y á la turba
de la gente llegó, detuvo el paso,
y desde el muro la llanura toda
cuidosa registrando, vió á lo léjos
que de Héctor el cadáver arrastraban
de Aquiles los caballos corredores
hácia las naves, y en veloz carrera
le iban despedazando crüelmente.
Oscura noche de dolor los ojos
cubrió de la infeliz, y sin sentido
cayó en tierra de espaldas, y á lo léjos
de la hermosa cabeza los adornos
magníficos volaron; la diadema,
los lazos del prendido, y hasta el velo
con que la hermosa Vénus la adornara,
aquel día feliz en que con ella
Héctor se desposó dentro el palacio
de Etíon, y las dádivas nupciales
la dió también de inestimable precio.
Y de Héctor las hermanas y cuñadas,
alzándola del suelo, entre sus brazos
la sostenían aturdida y casi

**moribunda. Por fin en su sentido
lentamente volvió; y dentro del pecho
ya recogida el alma y exhalando
muchos y hondos suspiros dolorosos,
así decia en lágrimas deshecha
de todas las matronas rodeada:**

«¡Héctor! ¡Triste de mí! Los dos nacimos
»con igual desventura; tú aquí en Troya
»y el alcázar de Priamo, yo en Teba
»en el palacio de Etion mi padre,
»que la vida me dió para que fuese
»como él desventurada. ¡Hiciera el cielo
»que nunca él me engendrarse! A las oscuras
»regiones de Pluton, bajo de tierra,
»ya descende tu espíritu afligido;
»y en triste llanto y en dolor sumida
»me dejas y en viudez dentro tu alcázar,
»y en orfandad al hijo que nosotros
»¡desgraciados los dos! tuvimos. ¡Héctor!
»¡ay! ya ni tú, pues falleciste, puedes
»á él amparar; ni en tu vejez un día
»él tu báculo ser. Y aún cuando vivo
»se salve de la guerra asoladora
»de los Aquivos, dolorosas cuitas
»y trabajos le esperan numerosos
»toda su vida, siempre; y los ajenos
»dueños se harán de su heredad, mudando
»las lindes á las tierras. Aquel día
»que un niño queda huérfano, de todos
»los de su edad la proteccion acaba;
»y él, cabizbajo y abatido siempre,
»y en lágrimas bañadas las mejillas,
»y pobre, y sin poder, á los amigos
»de su padre importuna; y vergonzoso,
»por la túnica al uno y por el manto

»tirando al otro, su favor implora.
»Y si alguno tal vez se compadece
»de su orfandad, y copa reducida
»le alarga desdeñoso, sólo el labio
»riega el agua sediento, y la garganta
»á humedecer no llega. Y del convite
»otro, á quien vive el padre, con desprecio
»le despide poniéndole las manos,
»y diciéndole en voces injuriosas:
»sal de aquí, miserable; pues no tienes
»padre que con nosotros al convite
»pueda asistir á escoite; y el muchacho
»torna lloroso de su madre viuda
»á la humilde morada. Así algun día
»volverá mi Astianacte, que hasta ahora.
»sentado en las rodillas de su padre,
»de la médula blanda de los huesos
»y la carne más tierna y delicada
»de la oveja comia. Y si rendido
»le habia el dulce sueño y fatigado
»estaba de sus juegos inocentes,
»en mullidos cojines descansaba
»y suntuoso lecho entre los brazos
»de su nodriza, el corazón alegre.
»Pero desde este día, ¡cuántas penas,
»de su padre faltándole el amparo,
»padecerá Astianacte, á quien llamaban
»los Troyanos así porque tú sólo
»sus puertas y sus muros defendias!
»Y ahora á tí en las naves de la Grecia,
»léjos de tu familia, roedores
»gusanos comerán cuando los perros
»hayan despedazado tu cadáver
»desnudo, aunque tan ricas vestiduras
»que tus flees esclavas han tejido

«quedan en tu palacio. Al fuego todas
yo las arrojare, pues ya de nada
pueden aprovecharte y sepultado
con ellas no has de ser; pero á lo ménos,
á vista de Troyanos y Troyanas,
honrarán tu memoria cuando ardieren.»

Así vertiendo lágrimas decia
Andrómaca infeliz, y las matronas
en el llanto y dolor la acompañaban.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

A Héctor así, afligidos, los Troyanos
en la ciudad lloraban; los Aqueos,
á la orilla del mar y á los bajeles
llegados, por las tiendas y las naves
se dispersaron todos. Solo Aquiles
no dejó á los Mirmídones que entraran
cada cual en su tienda; y rodeado
de su espesa falange, les decia:

«¡Mirmídones valientes! ¡compañeros!
»¡amigos! no tan pronto los bridones
»desatemos del yugo; con los carros
»cercando y los trotones el cadáver
»del infeliz Patroclo, le lloremos;
»último honor al que murió debido.
»Y cuando estemos de llorar saciados,
»y hayamos desuncido los bridones,
»aquí la cena tomaremos todos.»

Así el héroe decia, y el primero
el lamento empezó, y la numerosa
hueste de los Mirmídones lloraba
de Aquiles al amigo. Hasta tres veces,
lágrimas todos derramando tristes,

en derredor del féretro llevaron los fogosos bridones; y con ellos unida Tétis, excitaba en todos dulce deseo de llorar. Regada la arena fué, y de todos los guerreros los arneses regados, por las muchas lágrimas que vertian: tan amable y bueno fuera el capitan valiente cuya funesta pérdida lloraban.

Y poniendo las manos homicidas Aquiles sobre el pecho del amigo, así el primero habló con su cadáver:

«Alégrate, Patroclo, aunque ya habites
 »en la oscura region. Ya te he cumplido
 »lo que te prometí; ya aquí arrastrando
 »de Héctor truje el cadáver, y á los perros
 »le entregaré despues para que en trozos
 »menudos le dividan, y delante
 »de tu fúnebre hoguera por mi mano
 »doce jóvenes Teucros, todos hijos
 »de familias en Troya esclarecidas,
 »degollaré para vengar tu muerte.»

Así decia, y de Héctor al cadáver para más insultar, cerca del lecho le extendió de Patroclo boca abajo, sobre la dura tierra. La armadura de fino bronce se quitaron luego los Mirmídones todos, y del yugo desataron tambien los alazanes, y en ranchos numerosos divididos para tomar la cena se asentaron junto á la nave del doliente Aquiles, que funeral espléndido banquete á todos dió. Con el agudo hierro muchos hermosos bueyes degollados

por el suelo caían, muchas cabras,
y ovejas muchas; y sabrosos cerdos
muchos sobre las brasas extendidos
eran para tostarse, é inundado
de sangre estaba en torno del cadáver
el suelo todo. Al afligido Aquiles
los Reyes de la Grecia condujeron
(y no poco trabajo les costara)
al pabellon del poderoso Atrida
Agamenon. Cuando en la tienda entraron,
mandó éste á sus donceles que pusieran
un gran trípode al fuego, por si todos
del hijo valeroso de Peleo
podían recavar que se lavase
la sangre y el sudor; pero obstinado
él se negó, y solemne juramento
hizo además. «Por Júpiter (decía)
»que es el más poderoso de los Dioses
»y el primero de todos, yo lo juro.
»No es justo, nó, que á mi cabeza llegue
»el delicioso baño hasta que ponga
»á Patroclo en la pira, y el cabello
»me corte, y con la tierra amontonada
»alce su tumba; que dolor tan grave
»nunca mi corazón sentir ya puede
»mientras yo viva. Y aún así forzoso
»es tomar la comida que aborrezco.
»Y cuando ya la aurora á los mortales
»hubiere amanecido, diligente
»manda tú á los soldados que la leña
»traigan y junten, y la pira formen
»cual lo demanda el que finado habiendo
»ha de bajar á la región sombría.
»Y cuando ya el cadáver de Patroclo
»quemado hubiere el indomable fuego,

»y no más nuestros ojos verle puedan,
 »stornen á las batallas los Aquivos.»

Cuando acabó de hablar, ya los donceles
 la cena dispusieran, y ocupadas
 las sillas y servidos los sabrosos
 manjares, los caudillos de la Grecia
 los gustaron alegres. Apagada
 el hambre ya y la sed, se retiraron
 los demas á sus tiendas al reposo
 para entregarse; y rodeado Aquiles
 de Mirmidones muchos, en la orilla
 del estruendoso mar y hondos gemidos
 dando, sobre la arena de la playa,
 que las ondas lamian, el descanso
 buscó tambien. Y apénas en sus ojos
 ya derramado el apacible sueño
 que las cuitas del ánimo suspende
 le hubo rendido al fin (porque sus piernas
 mucho se fatigaran miéntras iba
 á Héctor siguiendo en derredor del muro
 de la alta Troya), á su presencia vino
 el alma de Patroclo, al desdichado
 en todo parecida: en la estatura,
 en los brillantes ojos, y en el eco
 de la sonora voz, y semejantes
 eran tambien la túnica y el manto
 á los del héroe. Y acercada mucho
 á la cabeza del dormido Aquiles,
 así le hablaba en doloroso acento:

«¿Duermes, Aquiles, y de mí olvidado
 »así reposas? Cuando yo vivia,
 »mucho de mí cuidabas cariñoso;
 »y viéndome ya muerto, me abandonas.
 »Tú me sepulta, porque pronto pase
 »del averno las puertas; pues las almas,

»que imágen son de los que ya murieron,
»léjos de allí me apartan, ni permiten
»que pasando del río á la otra parte
»y me junte con ellas; y afligida,
»y en derredor errante del alcázar
»de Pluton que defienden altas puertas,
»vaga mi sombra. Alárgame tu mano,
»y la última vez sea; que á tu vista
»ya no volveré más, desde que el fuego
»á cenizas reduzca mi cadáver.
»Ni ya más, de la hueste retirados,
»en suaves coloquios pasaremos
»vivos tú y yo las horas; que la triste
»Parca que á todos, al nacer, los días
»reparte del vivir, ya de la muerte
»en brazos me entregó. Y aunque tú seas
»á los eternos Dioses parecido,
»hado te espera igual: bajo los muros
»de Troya has de morir. Pero te ruego,
»Aquiles, y te encargo que no mandes
»tus huesos de los míos separados
»depositar. Si juntos en tu casa
»nos criamos los dos desde aquel día
»en que Menetio me llevó de Opunte
»á vuestro régio alcázar cuando siendo
»yo rapaz todavía dí la muerte,
»de cólera pueril arrebatado
»y sin querer, de Ifidamante al hijo
»en el juego de dados; y tu padre
»me recibió benigno, y con regalo
»me crió en su morada, y escudero
»me nombró tuyo; de la misma suerte
»los huesos de los dos contenga unidos
»la urna preciosa de oro que tu augusta
»madre te dió al partir.» Respondió Aquiles:

«¿Por qué, dulce Patroclo, aquí has venido
 »y esto exiges de mí? Lo que me encargas
 »fiel ejecutaré; pero te acerca
 »porque tu cuello ciña con mis brazos,
 »y aunque breves instantes el consuelo
 »tengamos triste de llorar unidos.»

Así Aquiles decia y alargaba
 las manos para asirle, mas no pudo
 estrecharle en sus brazos; que la s6mbra
 desapareció cual humo, y en la tierra
 se hundió dando chillidos. Saltó el héroe
 at6nito del suelo, y una mano
 con otra hiriendo, en lamentable tono
 dijo á sus capitanes: «Por mi vida,
 »que en las mansiones de Pluton oscuras
 »hay alma y simulacro, pero cuerpo
 »no tiene el que allí está. Toda la noche
 »cerca de mí, llorosa y afligida,
 »del mísero Patroclo estuvo el alma;
 »y me explicó lo que en memoria suya
 »hacer yo debo, y semejante mucho
 »á él era cuando vivo.» Así decia
 Aquiles, y de todos en el pecho
 renovado el dolor, el tierno llanto
 comenzaron de nuevo. Ya la aurora
 á lucir empezaba, y todavía
 en derredor del infeliz cadáver
 encontró á los Mirmidones llorando.

En tanto Agamenon, el campo todo
 recorriendo, mandó que numerosa
 turba de gente y de ligeros mulos
 saliesen de las naves, y la leña
 trajeran de los bosques; y por jefe
 se ofreció Meri6nes, el amigo
 y auriga del cretense Idomeneo.

Del escuadron en la postrér hilera
iban los leñadores, en las manos
hachas de cortar leña y bien torcidas
sogas llevando todos, y delante
caminaban los mulos; y por muchas
subidas, y bajadas, y veredas,
al fin llegaron al espeso bosque
que los cerros del Ida coronaba;
y todos con las hachas cortadoras
numerosas encinas derribaron
sobre la dura tierra, y gran ruido
ellas hacian al caer. En rajas
las partieron despues, y con las sogas,
sobre los mulos las ataron, y éstos,
por la inculta maleza atravesando,
la tierra hollaban con segura planta
ansiosos de llegar á la llanura;
y sendos troncos de árboles al hombro
llevaban los robustos leñadores,
porque así Meriónes lo mandara.
Y á la orilla del mar la leña toda
por hacinas pusieron en el sitio
que Aquiles designó para que fuese
un reducido túmulo á Patroclo
allí erigido, y en el cual debia
ser el mismo enterrado. Cuando estuvo
colocada la leña, los guerreros
que la trajeran, reunidos todos
cerca de allí y sentados, esparaban
que construir la pira les mandasen.

Y en tanto á los Mirmidones Aquiles
mandó que la armadura se vistiesen,
y á los carros uncieran los bridones.
Obedecieron, y de limpias armas
ya las tropas vestidas, en los carros

los aurigas subieron y caudillos.
 Iban estos al frente de la escuadra,
 y de la numerosa infantería
 siguió detrás la nube; y en el medio
 el cadáver llevaban de Patroclo
 sus amigos, y encima derramaban
 la parte del cabello que cortado
 se habian todos en solemne rito.
 Y la cabeza Aquiles sosteniendo
 por detrás, iba pensativo y triste
 al ver que para siempre del amado
 escudero y amigo que del orco
 bajaba á la region se despedia.

Cuando al sitio que Aquiles señalara
 vinieron, el cadáver sobre el césped
 depositaron, y de mucha leña
 le cercaron en torno; mas Aquiles
 quiso primero en triste ceremonia
 al amigo la rubia cabellera,
 que al Esperquio tenía prometida,
 consagrar. Y apartándose, el cabello
 se cortó él mismo; y en dolientes voces,
 fija la vista en el oscuro ponto,
 así del rio á la Deidad decia:

«¡Esperquio! en vano te ofreció mi padre
 »Peleo que si vivo de esta guerra
 »yo á la patria tornase en honor tuyo
 »mi rubia cabellera cortaria,
 »y solemne hecatombe numerosa
 »de cincuenta carneros en tus aras
 »tambien ofreceria, donde humean
 »agradables aromas en el bosque
 »que á tu Deidad habemos consagrado
 »junto á tu nacimiento. Así rogaba
 »el anciano; mas tú no le otorgaste

»lo que pedia. Y pues que yo no debo
 »á la patria volver, mi cabellera
 »al heróico Patroclo, al dulce amigo,
 »daré porque la lleve al hondo averno
 »para memoria mia.» Estas palabras
 dichas, su cabellera del cadáver
 puso en las manos, y de nuevo todos
 en gemidos y llantos prorumpieron.
 Y así llorando al tramontar el día
 dejado los hubiera; pero Aquiles,
 al Atrida acercándose, le dijo:

«¡Atrida! pues la hueste de los Griegos
 »de tu voz al imperio está sujeta
 »más que al de otro ninguno, y á saciarse
 »el hombre llega de llorar, ahora
 »manda que de la hoguera se retiren,
 »y la cena preparen; que nosotros,
 »á quienes más que á nadie la memoria
 »honrar toca del muerto, lo que falta
 »acabaremos. Con nosotros queden
 »los principales Cabos.» Al oírle
 Agamenon á las escuadras todas
 mandó que á los bajeles se volvieran,
 y allí quedaron los que hacer debían
 el triste funeral. Amontonada
 la leña, pues, en elevada pira
 la dispusieron que por todos lados
 cien piés tenía, y en el medio de ella
 en la parte más alta depusieron,
 con lágrimas bañándole, el cadáver,
 y ante la pira corpulentos bueyes
 y ovejas degollaron numerosas.

Ya quitada la piel y divididas
 las víctimas en trozos, y el redaño
 sacándolas á todas, con las pellas

cubrió Aquiles el cuerpo del amigo desde cabeza á piés, y de las reses las desolladas carnes á su lado amontonó. Despues sobre la pira, vuelta al cadáver la anchurosa boca, puso dos grandes ánforas, de aceite una, y otra del vino más añejo; y de erguida cerviz cuatro bridones, dando él tristes gemidos, mal su grado sobre la leña echó. Tenía Aquiles nueve perros que él mismo de su mesa alimentaba, y dos echó en la pira degollándolos ántes. Y á los doce jóvenes Teucros que cogió en el rio, y á crüel sacrificio destinara, por su mano mató y á la alta pira arrojó los cadáveres, y fuego puso á la leña que violento ardiese y lo abrasase todo. Y exhalando tristes gemidos del doliente pecho, y al amigo llamando por su nombre, así decia: «Alégrate, Patroclo, »aunque ya estés en la region oscura. »Ya te he cumplido mis promesas todas, »y el fuego que consume tu cadáver »devorará tambien doce Troyanos »hijos de las familias más ilustres; »mas de Héctor el cadáver no á las llamas »entregaré, sino á voraces perros.»

Esta amenaza al infeliz cadáver de Héctor Aquiles hizo; pero nunca los perros se acercaron, porque Vénus los alejaba de él de noche y dia. Y con suave aceite, que de rosa grato olor exhalaba, por su mano

cuidadosa le ungió para que trozos menudos no le hiciera al arrastrarle Aquiles por el suelo. Oscura nube trajo tambien Apolo á la llanura desde los cielos que el paraje todo en que estaba el cadáver encubria, para que el sol con sus ardientes rayos no la piel y las carnes le secara.

Y tampoco la leña en que el cadáver estaba de Patroclo arder queria. Su error conoció Aquiles, y apartado de la pira bastante y sus plegarias al Zéfiro y ai Bóreas dirigiendo, ofrecerles solemnes sacrificios les prometia. Y con la copa de oro haciéndoles sagradas libaciones, en repetidas veces les rogaba que con rápido soplo se acercasen y el cadáver quemaran, y la leña arder hiciesen toda. Sus clamores Íris oyó, y en vuelo vagaroso á avisar fué á los vientos, que en la cueva del borrascoso Zéfiro en convite estaban reunidos. Y llegada Íris, paróse en el umbral de piedra; mas apénas la vieron, de la silla se alzaron presurosos y al banquete la convidaban, que aceptar no quiso, y así decia: «Detenerme ahora »no es posible: que voy, del Oceano »volando por encima la corriente, »á la tierra en que habitan los piadosos »Etiopes. Ofrecen sacrificios »este dia á los Dioses inmortales, »y ser yo de las victimas deseo

»partícipe también. Aquiles ruega
 »al estruendoso Zéfiro y al Bóreas
 »(y gratas hecatombes les promete)
 »que á la Tróade vayan, y la pira
 »hagan arder en que Patroclo yace
 »á quien hoy lloran los Aquivos todos.»

Así dijo la Diosa, y á la tierra
 voló de los Etlópes; y alzados
 Zéfiro y Bóreas, con inmenso ruido
 á soplar comenzaron y las nubes
 alejaban que al paso les salian.
 Y el mar atravesando borrascoso,
 su resonante aliento levantaba
 las olas, y á la Tróade llegaron.
 Dejéronse caer sobre la pira,
 ardió la leña, y en bramido horrible
 gemia en torno la anchurosa llama:
 y sin cesar soplando los dos vientos
 en agudo silbido, hácia el cadáver
 de contino las llamas dirigian
 para que pronto ardiese. En tanto Aquiles
 toda la noche de las urnas de oro
 sacando el vino en espumosas copas
 y en el suelo vertiéndole, regaba
 con él la tierra al ánima llamando
 del infeliz Patroclo. Como llora
 un padre cariñoso miéntras arde
 el cadáver del hijo en himeneo
 á tierna esposa unido, y cuya muerte
 huérfanos deja y en eterno luto
 á sus míseros padres; así Aquiles
 al quemar el cadáver de Patroclo,
 dando tristes sollozos se arrastraba
 en torno de la pira. Cuando vino
 el lucero del alba que á la tierra

trae la luz, y á quien de cerca sigue
 con su manto de púrpura la aurora
 para extender sobre la mar sus rayos;
 entónces ya, disminuido el fuego,
 cesó la llama de la grande hoguera,
 y á su gruta los vientos se tornaron
 de Tracia por el ponto, que gemia
 en alto alzadas las ingentes olas.
 Y apartándose á un lado de la hoguera
 el hijo de Peleo, fatigado
 se reclinó en la arena, y á sus ojos
 el dulce sueño vino. Mas en breve
 los otros capitanes de las tropas
 en torno del Atrida se juntaron,
 y á saludar al afligido Aquiles
 todos vinieron, y al sentir el ruido
 el héroe despertó cuando llegaban.
 Incorporóse, pues, sobre la arena,
 y así les dijo en flébiles acentos:

«¡Oh Atrida! ¡y oh vosotros de la Grecia!
 »Príncipes y adalides! De la pira
 »cuidosos apagad con negro vino
 »toda la parte que la ardiente llama
 »quemado hubiere, y recojamos luego
 »los huesos del amigo, y gran cuidado
 »se tenga en separarlos de los otros.
 »Fácil es distinguirlos: porque en medio
 »estuvo de la pira su cadáver,
 »y léjos y á la orilla confundidos
 »los hombres y caballos se quemaron.
 »Y en urna de oro, con dobladas pellas
 »de las reses cubiertos, los del hijo
 »de Menetio estarán hasta que llegue
 »el día que yo baje del averno
 »á la region oscura. No he querido

»que magnífico túmulo se erija
 »ahora á mi escudero, y he mandado
 »que no muy grande seá; mas vosotros,
 »los que vivos quedeis en estas naves
 »cuando yo muera, de los dos amigos
 »en elevado túmulo anchuroso
 »encerrad las cenizas.» Así Aquiles
 á los Reyes decia: y los soldados,
 dóciles á su voz, obedecieron.

La pira, pues, con oloroso vino
 apagaron, vertiéndole en la parte
 á que llegó la llama, y la ceniza
 se aplanó toda. En doloroso llanto
 la faz bañada, recogieron luego
 de oro macizo y puro en urna breve
 los huesos del antiguo camarada,
 á todos caro porque dulce y fácil
 para con todos fué miéntras vivia:
 y á su tienda llevándola, con fino
 cendal allí cubierta la dejaron.
 Y á la pira volviendo, de la tumba
 trazaron luego en circular figura
 el ámbito, y echaron los cimientos,
 en el paraje en que la pira estuvo:
 y excavada la tierra y en el hoyo
 de nuevo amontonada, y elevado
 un túmulo sencillo, se volvieron
 adonde estaba Aquiles. Mandó el héroe
 que el ejército allí se detuviera,
 y en círculo sentado se quedase
 á presenciar los juegos que pensaba
 para honrar la memoria de Patroclo
 dar aquel dia. De sus naves luego
 los premios ordenó que se trajeran
 para los vencedores. Consistían

en calderas, y trípodes, y mulas,
 y caballos, y bueyes corpulentos,
 y elegantes cautivas, y bruñido
 luciente hierro. Al vencedor que fuese
 en el primer combate, que debía
 ser el de la carrera de caballos,
 puso por premio de belleza rara
 una gallarda jóven en labores
 instruida de manos, y un hermoso
 trípode de dos asas que cabia
 veinte y dos modios. Al que más de cerca
 al primero siguiese, de seis años
 una yegua ofreció que no domada
 estaba aún, pero cubierta fuera
 por alto garañon. Para el tercero
 una hermosa caldera, que la llama
 no ennegreciera aún y que cabia
 cuatro medidas, puso. Para el cuarto
 dos talentos en oro, y para el quinto
 grande y luciente jarra que del fuego
 aún tocada no fuera. Y levantado
 en pié y hablando con la hueste toda,
 en resonante voz así decia:

«¡Atridas y demas esclarecidos
 »campeones de Acaya! Aquí los premios
 »teneis que llevarán los que en brillantes
 »carros subidos los bridones gufen
 »en rápida carrera. Si los juegos
 »por otro celebrasen los Aquivos,
 »yo sin duda el primero ganaría,
 »y gozoso á mi tienda le llevara.
 »Cuánto ya mis caballos aventajen
 »á todos los demas en ligereza,
 »bien lo sabeis: ni maravilla es mucha,
 »pues inmortales son. Este regalo

«¿mi padre Peleo hizo Neptuno;
»y á mí el anciano, cuando á Troya vine,
»me los cedió. Mas yo, ni mis trotones,
»no entraremos en lid; que tristes ellos
»están porque perdieron el auriga
»que tierno los cuidaba. ¡Ah! ¡cuántas veces,
»lavado habiendo sus hermosas crines
»en agua cristalina, las regaba
»con untuoso aceite! Asi, alligidos
»están ahora y derramadas tienen
»sobre el suelo las crines, y suspiran
»por su antiguo escudero. Mas vosotros,
»los que alarde queráis de vuestros carros
»y bridones hacer, en el combate
»animosos entrad.» Así decia
 el hijo de Peleo, y los mejores
 aurigas á su voz se levantaron.

El primero de todos el valiente
 Eumelo alzóse, del antiguo Admeto
 esclarecida prole, que en el arte
 de regir la carroza y los caballos
 á sus competidores excedia.
 Segundo alzóse de Tideo el hijo,
 Diomédes valeroso, y los bridones
 de los de Tros nacidos que quitado
 á Enéas él habia (á quien Apolo
 salvó la vida entónces) bajo el yugo
 unció de su carroza. Fué el tercero
 el rubio Menelao, el poderoso
 hijo de Atreo, y á su carro puso
 de Agamenon la yegua corredora
 Eta llamada, y el veloz Podargo
 caballo suyo. Agamenon la yegua
 habia recibido de Equepolo,
 hijo del griego Anquises. Habitaba

aquel en Sición y se la diera
 por no seguirle á Troya, y de los muchos
 bienes gozar en paz que el alto Jove
 le habia dado; y esta fué la yegua
 que, de correr ganosa, Menelao
 unció entónces al yugo. Cuarto alzóse
 el animoso Antiloco de Néstor,
 y dos altos bridones puso al carro
 que en Pilos se criaran y corrieran
 otro tiempo veloces. Mas su padre,
 acercándose á él, en voz sumisa
 muchos consejos útiles le daba,
 por más que él estuviese ejercitado
 en semejantes juegos y carreras.

«¡Antiloco! (le dijo) aunque tan jóven
 »eres aún, amáronte Neptuno
 »y Jove, y reglas te enseñaron muchas,
 »cuantas contiene el arte, los bridones
 »para regir seguro. Necesario
 »no será, pues, que te repita ahora
 »yo sus lecciones. De la meta en torno
 »á dirigir el carro has aprendido;
 »pero no tus caballos corredores
 »son, sino muy pesados; y recelo
 »que grave desventura te suceda.
 »Son, cierto, más veloces los caballos
 »de tus rivales; pero no te exceden
 »en saber ellos, ni en prudencia, mucho.
 »Así tú, amado mio, con el arte
 »la ventaja que llevan sus caballos
 »á los tuyos iguala, porque el premio
 »no de tus manos huya. Con el arte
 »más hace el leñador que con la fuerza:
 »con el arte el piloto por las ondas
 »rige derecha frágil navecilla

»entre contrarios vientos con el arte
 »triunfa el auriga de rival más fuerte.
 »Pero el que mucho en sus caballos fía,
 »imprudente la rienda les afloja;
 »y á este lado y aquel por la llanura
 »ellos vagando, á moderar no alcanza
 »su rápido correr cuando á la meta
 »ya dar la vuelta debe. Mas teniendo
 »siempre en ella los ojos aunque guíe
 »inferiores caballos, el auriga
 »cauto y prudente, al acercarse á ella,
 »tuerce la brida y el momento aguarda
 »de aguijar con el látigo sonoro
 »á sus bridones; y con mano firme
 »en tanto los sujeta, y siempre mira
 »al que delante va. La que tú ahora
 »debes doblar, y conocerla es fácil,
 »te mostraré para que no imprudente
 »mucho te alejes de ella. Del camino
 »verás en la estrechura un tronco seco,
 »ó de encina ó de pino, que las lluvias
 »no pudrieron aún y de la tierra
 »un codo sobresale; y á sus lados
 »dos piedras blancas hay no muy distantes,
 »ya de algun hombre el monumento sean
 »muerto en la edad pasada, ó ya por linde
 »del campo las pusiesen los mayores:
 »y hácia uno y otro lado se dilata
 »ancho camino en que correr los carros
 »cómodamente pueden, y por eso
 »Aquiles manda que la meta sea
 »para vuestro combate. Cuando llegues
 »cerca del tronco seco, á tus caballos
 »aguija con el látigo sonoro
 »para que, sin tocarle, den la vuelta

»á él arrimados. Y en la ebúrnea silla
 »tú inclinado á la izquierda, con tus voces
 »anima y con el látigo estimula
 »al caballo derecho, y con la diestra
 »aflójale la brida; y el izquierdo
 »á la meta se arrime tan cercano,
 »que tocarla parezca con el cubo
 »de la rueda voluble. Mas la piedra
 »guárdate de tocar; no á los bridones
 »hieras acaso y en menudos trozos
 »el carro rompas, y el ludibrio seas
 »de los otros rivales y de oprobio
 »quedes cubierto y de ignominia. ¡Jóven!
 »sé cauto y precavido; que si logras
 »doblar la meta ileso, ya ninguno
 »alcanzarte podrá ni adelantarse
 »á tí; ni aunque detras te persiguiera
 »el caballo inmortal que tuvo Adrasto,
 »y de raza divina descendia
 »y Arion se llamaba, ó los que tuvo
 »Laomedonte y en Troya se criaron
 »y tan famosos eran.» Asi Néstor
 hablaba con el hijo; y cuando todo
 le hubo explicado, se volvió á su silla;
 y en tanto Meriões con su carro,
 quinto adalid, y sus caballos vino.

Subieron en los carros, y las suertes
 echadas en un yelmo que agitaba
 Aquiles, la de Antiloco primera
 saltó de todas. La segunda cupo
 al poderoso Eumelo; la siguiente
 al Atrida; la cuarta á Meriões,
 y á Diómedes la quinta. Se formaron
 en fila por el órden que la suerte
 á todos asignara; y á lo lejos

**en la llanura la terrible meta
Aquiles con el dedo les mostraba.
Y á Fénix envió para que fuese,
no lejos asentado del camino,
atento observador de la carrera;
y en memoria teniendo cuanto viese,
la verdad á la vuelta les contara.**

**Todos al mismo tiempo levantaron
el látigo sonante; y sobre el lomo
dejándole caer de sus bridones,
en ardientes y rápidas palabras
los animaban á correr ligeros.
Partieron los caballos, y animosos
la distancia que habia hasta la meta
desde las naves en veloz corrida
atravesaron; y debajo el pecho
oscuro remolino se veia
del mucho polvo que al correr alzaban,
cual tenebrosa nube que de rayos
cargada viene. Las hermosas crines,
por el soplo del Zéfiro movidas,
ondeaban airosas; y los carros,
unas veces cosidos con la tierra,
y otras al aire alzados se veian.
Y en la silla sentados los rivales,
dentro del pecho el corazon á todos
mucho latia en la penosa duda
de conseguir la deseada gloria
de llegar el primero. Y con sus voces
cada cual animaba á sus caballos;
que rápidos corrian y de polvo
densa nube en el aire levantaban.**

**Cuando por fin la peligrosa meta
felizmente doblaron todos ellos
y hácia el mar espumoso ya volvian,**

de cada cual el árdimiento y brío
claro entónces se vió; que de consuno
el galope tendido comenzaron.
Iban delante las veloces yeguas
de Eumelo, y á la espalda le seguian
los fogosos caballos de Diomédes
de los de Tros nacidos y no lejos
iban del primer carro; ántes tan cerca
que siempre parecia que subirse
encima de él ansiaban, y de Eumelo
la espalda toda y anchurosos hombros
calentaba su aliento, y la cabeza
sobre él puesta corrían. Y delante
pasaran, y dudosa la victoria
por algun tiempo hicieran, si irritado
Apolo con el hijo de Tideo,
de las manos el látigo brillante
no le hubiese arrancado y en la arena
no se le echara. En cólera terrible
entró el alma del héroe, y sus dos ojos
lágrimas tristes de dolor bañaron,
al ver que ya las yeguas animosas
y más veloces sin cesar corrían,
y que sus dos caballos aslojaban
porque ya no sentían del azote
el temido aguijon. Pero á Minerva
no se ocultó que al hijo de Tideo
la victoria arrancara de las manos
doloso Febo; y desde el alto Olimpo
presurosa bajando, y acercada
al Príncipe y poniéndole en la diestra
el látigo sonoro, á sus bridones
más vigor inspiró. Y ardiendo en ira
al hijo fué de Admeto, y junto al yugo
le rompió el correon; y las dos yeguas

desuncidas y fuera del camino
 corrian desbocadas. En el polvo
 cayó el timon del carro, y el mancebo
 de la silla cayó junto á la rueda,
 y en los codos se hirió, boca y narices,
 y al entrecejo se rompió la frente;
 y los ojos en lágrimas bañados,
 ya ni la voz articular podía.

Y adelantado el hijo de Tideo,
 aguijó sus bridones; y á los otros
 dejaba muy atrás, regocijado
 porque Minerva ligereza y brío
 infundió á sus caballos y la gloria
 le dió del vencimiento. A Diomédes
 Menelao seguia, y no distante
 Antíloco á los dos; y á los caballos
 de su padre aguijó con estas voces:

«El paso redoblad, este el instante
 »es de correr ligeros. Yo no os mando
 »que disputeis la palma á los bridones
 »del hijo de Tideo; porque Pálas
 »vigor les infundió, y de la victoria
 »el honor dió á su dueño. A los caballos
 »alcanzad del Atrida prontamente,
 »y no atrás os quedeis; ni de ignominia,
 »hembra siendo la yegua que su carro
 »arrastra, os llene. ¡Cómo, tan ligeros
 »antes habiendo sido, en este dia
 »así os dejais vencer? Pues yo os anuncio,
 »y cumplido será, que ya en la casa
 »de Néstor no sereis alimentados
 »como hasta ahora, y con agudo hierro
 »os matará, si por desidia vuestra
 »el menor de los premios alcanzamos.
 »Animo, pues, y en rápida carrera

»siempre marchad: y á mi cuidado quede,
 »de la astucia valiéndome y el fraude,
 »que adelante paseis á los caballos
 »del Atrida al llegar á la estrechura
 »del camino; y por más que diligente
 »él á los dos aguije, no el estrecho
 »habrá pasado sin que yo le vea.»

Así Antíloco dijo: y los bridones,
 de su señor temiendo la amenaza,
 por algun breve espacio más ligeros
 corrian. Y entre tanto la angostura
 que debian pasar en un barranco
 por las aguas cavado del invierno,
 que una parte robaran del camino,
 alcanzó á ver Antíloco. El Atrida
 por la senda guiaba sus bridones
 procurando evitar que el otro carro,
 al pasar, con el suyo se rozase;
 pero Antíloco fuera del camino,
 torciéndoles la brida, sus caballos
 sacó veloz; y por el lado y cerca
 á su rival seguía, que temiendo
 el choque de los carros le gritaba:

«¡Antíloco! deten esos bridones,
 »y fuera del camino y desbocados
 »no así los lleves. Por angosta senda
 »caminamos ahora, pero pronto
 »se ensanchará; y si anhelas á pasarme,
 »allí podrás hacerlo. Guarte, amigo;
 »no sea que en mi carro tropezando
 »el tuyo, ambos se rompan, y á nosotros
 »arrastren por la arena los bridones.»

Así dijo: y Antíloco, fingiendo
 que no le oía, con mayor ahinco
 á correr sus caballos incitaba

con el látigo hiriéndolos; y pronto tanto se adelantaron al Atrida, cuanto suele correr disco que arroja de algun mancebo la robusta mano que de su fuerza juvenil pretende hacer alarde. En tanto los bridones del Atrida cejaron, pues él mismo de aguijarlos cesó, porque temia que en el camino angosto atropellados: ellos y los de Antíloco volcasen el uno y otro carro, y en la arena cayesen los aurigas que anhelosos á vencer aspiraban; y ceñudo al jóven reprendió con estas voces:

«¡Antíloco! entre todos los mortales
 »ninguno á tí en malicia se aventaja,
 »y sin razon creíamos los Griegos
 »que eras mozo sensato. Sigue ahora
 »gozoso tu camino; pero sabe
 »que no tú el premio llevarás segundo,
 »si ántes no juras que por ruin falsía
 »le has conseguido.» A sus caballos luego con la voz animó, y así les dijo:

«No ya el paso alfojeis, ni acobardados
 »por el dolor esteis. Cansadas ántes
 »los caballos de Antíloco sus piernas
 »sentirán que vosotros, porque viejos
 »ambos son.» El Atrida así gritaba á sus bridones; y en veloz carrera, de su señor la cólera temiendo, en breve á los de Antíloco alcanzaron.

Miraban los Aqueos desde el circo á los caballos, que en veloz carrera nube alzaban de polvo en la llanura, y el Rey de los Cretenses el primero

observó que los carros ya volvian;
porque fuera del circo en una loma
y más alto que todos se asentara.
Y la voz escuchando del Atrida,
la conoció; pero notó que el carro
que venia delante por bridones
era tirado y que el mejor tenía,
siendo todo bermejo, de la frente
en medio blanca mancha tan redonda
como la luna; y á los Griegos dijo,
poniéndose de pié: «¿Seré yo solo,
»Príncipes y adalides de la Grecia,
»el que haya distinguido los bridones
»que apresurados llegan, ó vosotros
»desde el circo tambien á divisarlos
»alcanzais? Otros son los que primeros
»vienen ahora, y otro el que los guia
»tambien parece. ¿En el camino acaso
»se han herido las yeguas que hace poco
»eran las más veloces? Las primeras
»las ví doblar la meta, mas ahora
»no las alcanzo á ver aunque registro
»todo el campo de Troya con mis ojos.
»¿O tal vez de las manos al auriga
»las riendas se cayeron, y no pudo
»al pasar de la meta sujetarlas?
»Pienso que allí cayó precipitado
»y el carro se rompió, y que desuncidas
»fuera las dos salieron del camino.
»Levantaos, y ved si al que primero
»viene de todos conoceis. Yo juzgo
»que es el hijo del inclito Tideo
»y oriundo de Etolia, Diomédes,
»el poderoso Rey de los Argivos.»

Y Ajax de Oileo, en ásperas razones,

le respondió enojado: «¡Idomeneo!
 »¿por qué, sin esperar á que otros hablen,
 »necias palabras dices? Allí vienen
 »de Eumelo las dos yeguas voladoras.
 »Tú no eres de los Griegos el más jóven,
 »ni más tu vista alcanza; pero siempre
 »gárrulo has sido. Y á tu edad no asienta
 »bien ligereza tanta, cuando muchos
 »aquí presentes hay que los primeros
 »deberian hablar. Las mismas yeguas,
 »que delante de todos hemos visto
 »á la meta llegar, tambien ahora
 »vienen primeras: las de Eumelo, y tiene
 »él la brida, y el carro no se ha roto.»

Altamente indignado el Rey de Creta,
 «Ajax (le dijo) ¡insultador eterno!
 »Solo para injuriar eres valiente,
 »y en lo demas á los Aquivos todos
 »eres muy inferior; pero atrevido
 »é insolente naciste. Una caldera,
 »ó un tripode, apostemos y elijamos
 »por juez á Agamenon; y este decida
 »cuáles son los caballos que primeros
 »vienen de todos. Perderás la apuesta,
 »y sabrás los que son.» Así decia
 el Rey de los Cretenses; pero alzóse
 Ajax enfurecido, y con palabras
 todavia más duras insultado
 hubiera al Rey, y la fatal rencilla
 durado hubiera más, si el mismo Aquiles
 alzado no se hubiese, é interpuesto
 entre los dos caudillos, no dijera:

«¡No más os injurieis, amigos caros!
 »No os está bien, y con razon vosotros
 »al que lo mismo hiciera culparíais.

»Volved á vuestra silla, y desde el circo
 »observad los bridones; que aspirando
 »ellos tambien á la victoria presto
 »ya llegarán aquí, y entónces todos
 »conocereis los que primero vienen
 »y cuáles son los que detrás quedaron.»

Cuando acabó de hablar, ya estaba cerca el hijo de Tideo; que impaciente por llegar el primero, á sus bridones sin cesar con el látigo en el lomo heria; y los bridones, levantando en galope los piés, rápidamente el trecho de camino que faltaba corrieron y al auriga con el polvo que de la tierra alzaban rociaron. Y con tal rapidez la alta carroza arrastraban, que apénas en el suelo, siendo de leve arena movediza, la señal por los calces estampada se conocia: tal la ligereza era con que los dos apresurados por el camino rápidos volaban.

Al cerco ya venido Diómédes, detuvo el carro; y el sudor corria del pecho y de la crin de los bridones hasta la tierra, y del brillante carro él descendió y el látigo sonoro colgó del yugo. Ni remiso andaba Esténelo entre tanto; que al instante se apoderó del premio, y la cautiva entregó á los donceles: y gozosos ellos, al pabellon la condujeron, y el trípode llevaron de dos asas; y en tanto él desuncia los bridones.

Llegó el segundo Antíloco, por fraude

y no por ligereza á Menelao
dejando atrás; pero áun así no mucho
tardó en llegar el poderoso Atrida.
Cuanto dista el caballo de la rueda
del carro en que su dueño está subido,
cuando le arrastra por la gran llanura;
que de la rueda sobre el ancho calce
con las últimas cerdas de la cola
tocando va miéntras veloz camina,
y arrimado al timon pone la planta
no lejos de la rueda que le sigue
de cerca siempre sin tocárle nunca;
tanto entónces Antíloco distaba
de Menelao, aunque, al pasar delante
aquel en el barranco, todo el trecho
atrás este quedara que recorre
redondo disco por robusta mano
lanzado con empuje. Pero pronto
logró alcanzarle; que la fuerte yegua
de Agamenon, en cólera inflamada,
redobló su correr. Y si más tiempo
durara la carrera, á los caballos
de Antíloco pasara y la victoria
dudosa no sería. Meriónes
llegó despues, y á la distancia grande
venía del tercero á que se extiende
lanza que vibra poderoso atleta;
porque pesados eran sus bridones,
y él no muy diestro en dirigir el carro
en la carrera. El último de todos
llegó el hijo de Admeto, y á la rastra
el carro conducía, y sus dos yeguas
antecogidas, triste esminaba.
Compadeciósse el genero de Aquiles
al mirarle, y volviéndose a los Griegos,

así dijo en palabras voladoras:

«El último de todos con su carro
 »el Rey ya llega que mejor sabía
 »sus bridones guiar. Justo parece
 »darle el premio segundo, ya que lleva
 »Diomédes el primero.» Los Aquivos
 el dictámen de Aquiles aprobaron;
 y aplaudiéndolo todos, aquel premio
 Eumélo recibiera, si ofendido,
 y con razon, Antiloco no hubiese
 así triste exclamado: «Ofensa grave
 »me harás, Aquiles, que sufrir no puedo,
 »si cumples lo que has dicho y me despojas
 »del premio que he ganado. Yo conozco
 »que á Eumelo se le das porque ha rompido
 »su carro una Deidad, y sus dos yeguas
 »ha extraviado tan valientes siendo,
 »y él tambien el mejor de los aurigas.
 »Pero debió á los Dioses del Olimpo
 »humilde suplicar; y si lo hiciera,
 »no llegara de todos el postrero.
 »Si tú de él te apiadas y premiarle
 »quieres tambien, en abundancia tienes
 »dentro tus tiendas oro, tienes bronce,
 »tienes lindas esclavas y alazanes,
 »y de ovejas rebaños numerosos
 »tuyas la hierba pacen. De estas cosas
 »la que te agrada toma y mayor premio
 »dale despues si quieres, ó aquí mismo,
 »para que los Aqueos generoso
 »te llamen y te aplaudan; mas la yegua
 »yo no le cederé. Si alguno quiere
 »á la fuerza quitármela, sus armas
 »conmigo ha de medir.» Así decía
 acalorado el jóven, y al oírle

Aquiles sonrióse; y se alegraba,
 porque era amigo suyo, de que firme
 ceder á otro la yegua resistiese,
 y así le dijo en cariñosas voces:

«¡Antiloco! pues dices que otro premio
 »á Eumelo dé sacado de mi tienda,
 »así lo quiero hacer. Una coraza
 »de bronce le daré cuyas orillas
 »están orladas de fulgente estaño,
 »y en mucho precio deberá tenerla;
 »que es la de Asteropeo, y de los hombros
 »se la quité yo mismo.» Así decia
 Aquiles, y á su auriga Automedonte
 mandó que de la tienda la trajese.
 Fué el auriga, la trajo, y en la diestra
 la puso Aquiles del valiente Eumelo,
 que alegre la tomó. De los Aquivos
 en medio alzóse luego Menelao,
 doliente el corazon y ardiendo en ira
 contra el jóven Antiloco. El heraldo,
 en la mano poniéndole su cetro,
 mandó á todos callar; y comparable
 el Atrida á los Dioses, así dijo:

«¡Antiloco! Si tú prudente fuiste
 »ánates de ahora, ¿cómo tal falsia
 »has cometido? Mi valor en duda
 »has puesto, y con tu carro atropellaste
 »mis bridones pasando con los tuyos,
 »siendo ménos valientes que los míos —
 »¡Príncipes y adalides de la Grecia!
 »aquí en medio juzgad quién de nosotros
 »agravio recibió, ni la balanza
 »el valimiento incline; porque nadie
 »de los presentes diga que oprimiendo
 »con calumnias á Antiloco, la yegua

»se llevó Menelao, é inferiores
 »mucho eran sus caballos, aunque él mismo
 »en fuerza aventajase y valentía
 »á su competidor. O de otro modo
 »decidiré yo mismo la contienda,
 »y espero que ninguno de los Dánaos
 »mi decision acusará de injusta;
 »porque recta será.—La antigua usanza
 »siguiendo ahora, Antiloco, pues eres
 »Príncipe tú tambien, aquí te acerca:
 »y delante del carro y los bridones
 »colocado, y el látigo teniendo
 »en la izquierda con que ántes agujabas
 »á tus caballos, y poniendo ahora
 »en ellos la derecha, al Dios Neptuno
 »jura que por error has empleado
 »doloso ardid para pasar delante,
 »mi carro deteniendo.» Confundido
 Antiloco á su voz, respondió triste:

«La ofensa me perdona, oh Menelao;
 »pues soy mucho más mozo y en prudencia
 »y en edad me aventajas, y conoces
 »cuáles son los errores juveniles.
 »Viveza tiene el jóven, pero escasa
 »es su prudencia aún. Nunca recuerde
 »tu corazon mi falta; y yo gustoso
 »la yegua te daré que he recibido:
 »Y si alguna otra cosa de más precio
 »de mis propias riquezas me pidieses;
 »dártela yo al instante más quisiera
 »que perder para siempre tu cariño
 »y hacerme criminal ante los Dioses.»

Así el hijo de Néstor al Atrida
 respondió: y por su mano conduciendo
 la yegua él mismo, se la dió; y el alma

de Menelao en inefable gozo
 bañada fué, como el rocío moja
 en derredor la espiga cuando empieza
 la granazon y las doradas mieses
 ya los campos erizan. De este modo,
oh Menelao, el corazon sentiste
entónces tú bañarse en alegría;
 y hablando con Antíloco, estas breves
 palabras le dijiste: «Aunque irritado
 »contigo estaba, Antíloco, á tu ruego
 »no inflexible seré; porque hasta ahora
 »imprudente no has sido ni liviano:
 »y si hoy funesto error has cometido,
 »venció la poca edad á la prudencia.
 »Pero ya más con viles arterias
 »no quieras suplantar á los mayores;
 »pues si no fueras tú, de los Aqueos
 »otro ninguno mi furor calmado
 »tan pronto hubiera. Pero al fin conozco
 »que tú muchas fatigas has sufrido
 »y mucho has trabajado por mi causa,
 »y tu buen padre, y tu valiente hermano.
 »Te otorgo, pues, la gracia que me pides;
 »y aunque mia es la yegua, te la cedo,
 »para que todos vean que yo nunca
 »soberbio fuí ni duro.» Así decia:
 y á Noemon, de Antíloco escudero,
 dió la yegua y mandó que la llevara,
 y él la caldera recogió luciente.
 Los dos talentos de oro Meriões
 recibió, porque el cuarto en la carrera
 habia sido. La brillante jarra,
 último de los premios ofrecidos,
 que adjudicar faltaba; pero Aquiles,
 tomándola y el circo atravesando,

á Néstor la ofreció y en cariñosas
 voces le dijo: «¡Anciano! tú recibe
 »aqueste don, y el monumento sea
 »que á tu memoria el funeral recuerde
 »del infeliz Patroclo, ya que nunca
 »le volverás á ver entre los Dánaos.
 »Yo este premio te doy, aunque á ganarle
 »tú no hayas concurrido; porque veo
 »que ni en el pugilato ni en la lucha
 »tú podrás combatir, ni aguda flecha
 »con el arco lanzar, ni en la corrida
 »el estadio medir, pues ya te oprime
 »la triste senectud.» Estas palabras
 dichas, á Néstor en las manos puso
 la magnífica jarra, que gozoso
 él recibió, y al generoso Aquiles
 respondió grato en cariñosas voces:

»¡Hijo! verdad dijiste: ya mis piernas
 »flaquean y mis piés, ni ya los brazos
 »con el vigor se mueven que solian.
 »Hiciera el cielo que tan jóven fuese
 »ahora yo, y enteras conservase
 »la fuerza y robustez, como aquel dia
 »en que los funerales en Buprasio
 »al poderoso Rey Amarinceo
 »los Epeos hacian, y los hijos
 »del Rey para los juegos propusieran
 »premios de gran valor! Allí ninguno
 »de los Epeos, ni de los Etolos,
 »ni de los fuertes Pilios, á igualarse
 »llegó conmigo en el valor. Primero
 »vencí en el pugilato á Clitomédes,
 »hijo de Énope; á Anqueo de Pleurona,
 »que á combatirme se ofreció orgulloso,
 »en la lucha vencí; y en la carrera

»venci tambien á Ificlo, aunque ligero
 »era de piés. En manejar la pica
 »á Fileo, por fin, y á Polidoro
 »fui superior; y solo con su carro
 »me pasaron delante los dos hijos
 »de Actorion; que la victoria mucho
 »alcanzar deseaban, porque premios
 »mayores y más ricos ofrecidos
 »fueron al vencedor en la carrera.
 »Y si alguna ventaja me llevaron,
 »al número tan sólo la debieron;
 »porque ellos eran dos, y siempre el uno
 »atento los caballos dirigia,
 »y el otro con el látigo sonante
 »los aguijaba. Tal en otro tiempo
 »era yo; mas ahora en estas lides
 »los jóvenes combatan; resignarme
 »en la triste vejez me toca solo,
 »ya que en la mocedad entre los héroes
 »pude sobresalir. Tú continúa
 »en honrar la memoria de tu amigo
 »con funerales juegos: yo la jarra
 »de buen talante admito. Y se me alegra
 »el corazon al ver que del buen Néstor
 »siempre te acuerdas tú, ni desconoces
 »cuáles las honras son con que yo debo
 »ser entre los Aqueos distinguido.
 »Así con larga mano las Deidades
 »tu generosidad benignas premien.»

Néstor calló: y el hijo de Peleo,
 despues que el grande elogio hubo escuchado
 que de sí mismo hiciera el rey de Pilos,
 el circo atravesó, y al que venciese
 del duro pugilato en el combate
 una mula ofreció, que con el tiempo

sería del trabajo sufridora,
 pero entónces cerril y que no fácil
 dejaria domarse. Aun no cerrara,
 pues seis años tenía; y por el circo
 primero paseándola, á un madero
 la mandó atar. Al que vencido fuese
 una brillante copa de dos asas
 dar ofreció; y en medio levantado
 de los Aqueos, dijo á los Atridas
 y demas campeones de la Acaya:

«Los dos más valerosos combatientes
 »que, los puños alzados, con gran fuerza
 »sepan herir, á disputar el premio
 »se presenten: y aquel á quien Apolo
 »en este duelo singular conceda
 »la dudosa victoria, y los Aqueos
 »todos aclamen vencedor, la mula
 »lleve luego á su nave. El que vencido
 »fuere en la lid, recibirá la copa.»

Alzóse alegre corpulento atleta,
 y forzudo, y perito en el combate
 del pugilato, el hijo de Panópes,
 Epeo: y acercándose á la mula
 y en ella puesta la robusta mano,
 en alta voz gritó: «Quien sólo aspire
 »á llevarse la copa, se presente;
 »porque la mula sé que de los Griegos,
 »venciéndome en el duro pugilato,
 »ninguno llevará. Tengo la gloria
 »de ser en estas luchas el primero.
 »¿No basta acaso que en las lides sea
 »á muchos inferior? A nadie es dado
 »sobresalir en todo. Mas ahora,
 »(yo se lo anuncio, y lo verá cumplido)
 »al campeon que á combatir me venga

»rasgaré el cútis, desharé los huesos,
 »y será menester que sus amigos
 »reunidos estén, y del combate
 »pronto le saquen cuando caiga en tierra
 »por mí vencido.» Al escuchar sus voces
 todos enmudecieron, y ninguno
 al combate salía. Al fin el hijo
 de Mecisteo, Eurialo, á los Dioses
 en beldad parecido, á combatirle
 se presentó animoso, de su padre
 emulando la gloria; que otro tiempo
 en Tébas á los juegos por la muerte
 del infeliz Edipo celebrados
 asistiera, y á todos los Cadmeos
 venció en el pugilato. Al ver Diomédes
 que su amigo en la lid se presentaba,
 para ayudarle á desnudar alzóse;
 y en tanto á pelear como valiente
 le animó con su voz, porque en la liza
 que vencedor saliese deseaba.
 Y ya desnudo el jóven, lo primero
 le puso el ceñidor, y á las dos manos
 le acomodó despues el guante duro
 hecho de piel de montaraz novillo.

Puesto ya al ceñidor, los dos rivales
 del circo en la mitad se presentaron:
 y en altoalzada la robusta diestra,
 el combate empezaron, y sus fuertes
 brazos se confundieron, y á los golpes
 que se daban crujian las mejillas
 en horrísono ruido, y de su cuerpo
 todo corria en abundancia mucha
 el sudor hasta el suelo. Furibundo
 golpe en la cara el valeroso Epeo
 dió á su rival, que con atentos ojos

en derredor miraba, y la mejilla
 le quebrantó: ni el infeliz ya pudo
 tenerse en pié, y en fragoroso estruendo
 dió consigo en la arena. Como suele,
 por el soplo del zéfiro agitada,
 encrespase la mar, y á las orillas
 que verdes ovas cubren, azorado
 salta ligero el pez, pero las negras
 olas le cubren luego; tal entónces,
 herido el fuerte Eurialo, en el polvo
 dió terrible caída; mas Epeo,
 por las manos asiéndole, al instante
 de la tierra le alzó. Le rodearon
 sus amigos despues, y por el medio
 del circo le llevaron; y arrastraba
 el mísero los piés, y de la boca
 sangre arrojaba turbia. Sobre el hombro
 la cabeza caída, y delirante,
 rodeándole todos, á su tienda
 le condujeron recogiendo al paso
 la prometida reluciente copa.

Aquiles luego del tercer combate,
 la peligrosa lucha, á los Aquivos
 mostró los premios. Trípede anchuroso,
 que al mayor fuego resistir podia
 é igualaba el valor de doce bueyes,
 ofreció al vencedor: hermosa esclava,
 en toda clase de labores diestra
 y que sólo valía cuatro bueyes,
 tambien depositó para el vencido.
 Alzóse luego en pié, y á los Aqueos
 dijo en sonora voz: «Los que en la lucha
 »ejercitarse quieran, se levanten.»

Dijo: y alzóse el corpulento y fuerte
 Ajax de Telamon, y alzóse Ulises,

que, fecundo en ardidés, esperaba con el arte vencer. Las vestiduras desnudándose, pues, se acomodaron el ancho ceñidor; y á la palestra salido habiendo, con estrecho nudo enlazaron sus brazos vigorosos como se enlazan las enormes vigas de alcázar régio, que acomoda y une artífice perito porque puedan resistir de los vientos al embate. Así estrechadas ya las fuertes manos de los dos campeones que en la arena uno al otro querían derribarse, sus costillas sonaban, y copioso sudor de todo el cuerpo les corria, y los costados y robusta espalda de ennegrecida sangre numerosas manchas ya les cubrían; pero el triunfo alcanzar deseando y el hermoso trípode, del dolor no se curaban. Y así por largo tiempo la pelea continuó, sin que pudiera Ulises á su contrario suplantar y en tierra derribarle; y tampoco Ajax podia, porque el vigor de Ulises lo estorbaba. Mas cuando ya de la indecisa lucha á cansarse los Griegos comenzaron, Ajax á Ulises dijo: «O me levanta en vilo tú, ó permite que el primero yo te levante, y la victoria Jove dará despues á quien le fuere grato.» Dijo, y á Ulises levantó en el aire; pero no se olvidó de sus ardidés el hijo de Laértés. Y en la corva le dió con su talon tan recio golpe,

que tenerse de pié ya no pudiendo
 cayó de espaldas, y tambien Ulises
 cayó sobre su pecho, y admirados
 y atónitos quedaron los Aquivos.
 Alzáronse, y Ulises el segundo
 hizo perder á su contrario tierra;
 pero tan poco, que tenerle en alto
 no pudo y se doblaron sus rodillas,
 y ambos juntos cayeron en la arena
 cerca el uno del otro, y polvo mucho
 cogieron que sus rostros afeaba.

Y por tercera vez, ya levantados
 volvieron á luchar, si el mismo Aquiles
 no lo estorbara alzándose, y diciendo:

«No más ya combatais, ni con los golpes
 »os maltrateis; que vencedores ambos
 »en la lucha quedais, é iguales premios
 »ambos alcanzareis. Dejad el circo
 »para que otros Aqueos se disputen
 »la palma en la carrera.» Asi decia,
 y al escuchar su voz obedecieron;
 y limpiándose el polvo, los vestidos
 volvieron á tomar y se asentaron.

Despues Aquiles al que más ligero
 el estadio corriese una brillante
 urna ofreció de plata que cabia
 seis medidas de vino, y en belleza
 á todas las del mundo aventajaba.
 De Sidon los artifices famosos
 mucho en ella esmerándose la hicieran,
 y los Fenicios por el ancho ponto
 á vender la llevaban, y en los puertos
 en venta la ponian; mas llegados
 á Lémnos, á Toante se la dieran
 en dádiva preciosa; y á Patroclo,

de Licón en pago, el Rey Euneo la entregó. Y de su amigo al celebrarse las exequias ahora, al que de todos con sus ligeros piés en la carrera vencedor fuese la ofrecia Aquiles, y un corpulento buey al que llegase á la meta segundo, y al tercero medio talento de oro. Y de la silla alzóse y dijo: «Los que hacer alarde de sus ligeros piés quieran ahora, y los premios ganar, su asiento dejen.»

Alzáronse á su voz Ajax de Oileo, famoso corredor, el cauto Ulises, y Antíloco de Néstor, que vencía con sus ligeros piés en la carrera á los jóvenes todos. Colocados en línea ya, de la carrera Aquiles la meta les mostró. Los tres salieron de la barrera juntos, y á los otros Ajax se adelantó; pero de cerca Ulises le seguía. Cuan cercano al pecho está de la mujer el huso, que ella revuelve sin cesar ligera, cuando de la madeja devanando está el ovillo, y en su pecho afirma el extremo del huso; tan de cerca á Ajax seguía Ulises, anheloso siempre corriendo. Y en la huella misma que Ajax hiciera, la robusta planta ántes ponía Ulises que de nuevo el polvo la cubriese; y la cabeza, siempre corriendo fácil, le mojaba con su aliento. Aplaudían los Aquivos todos al ver que con tenaz porfía así al premio aspiraba prometido

al vencedor; y en clamorosas voces más y más le animaban. Cuando cerca estaban ya del término, en secreto dijo á Minerva Ulises: «Mi plegaria »escucha, Diosa, y ligereza infunde »á mis piernas y piés.» Oyó benigna Minerva su demanda; y más ligero hizo su cuerpo todo y á sus piernas nuevo infundió vigor, y áun á sus manos dió más agilidad. Y cuando estaban casi en la meta ya, y ambos creían el premio conseguir, hizo la Diosa que Ajax en unas hierbas resbalase todavía manchadas con el fiemo de los toros que Aquiles inmolará sobre la pira de Patroclo. En tierra Ajax cayó, y la boca y las narices de lodo se llenó; y el primer premio, la urna de plata, el astucioso Ulises, que delante pasó, recibió ufano.

Y Ajax tomando el buey y de las astas con las manos asiéndole, decía, la inmundicia limpiándose, á los Dánaos:

«¡Triste de mí! que resbalar me ha hecho »la misma Diosa que de tiempo antiguo, »cual madre cariñosa, siempre á Ulises »asiste y favorece.» Así decía: y todos los Aquivos, al mirarle cubierto de basura, dulcemente sonreían. Antiloco el postrero de los premios llevó, y al recibirle dijo riyendo á los Aquivos todos:

«¡Amigos! ya sabeis, y repetirlo »quiero yo, que á los Dioses inmortales »hasta en los juegos amparar es grato

»á los de más edad. Ajax me lleva
 »muy pocos años; pero el buen Ulises
 »á la edad anterior ya pertenece
 »y á los hombres antiguos; y aunque viejo,
 »aun el vigor conserva, y muy difícil
 »á cualquiera sería de los Dánaos
 »la palma disputarle en la carrera;
 »solo Aquiles podría.» Así elogiaba
 al afamado corredor Aquiles
 Antíloco su amigo; y en respuesta
 le dijo aquel, y cariñosas voces:

«¡Antíloco! no en vano esa alabanza
 »de tu boca salió: medio talento
 »de oro yo añadiré porque le juntes
 »tú con el otro medio.» Y al decirlo
 se le puso en la mano, y él gozoso
 le recibió. Después tomando Aquiles
 una lanza, y un yelmo, y un escudo,
 armas que á Sarpedon quitó Patroclo,
 y en el medio poniéndolos del circo,
 en alta voz decía á los Aqueos:

«Los dos más valerosos campeones
 »quiero yo que este premio se disputen
 »vistiéndose las armas y empuñando
 »su lanza puntiaguda, y que á la vista
 »de todos hagan del valor alarde.
 »Del que primero á su rival hiriere
 »la armadura pasando con su lanza,
 »y el cútis le rasguñe y roja sangre
 »le haga verter, la espada cortadora,
 »que artifices de Tracia fabricaron
 »y con clavos de plata guarnecido
 »el puño tiene, y fué de Asteropoco
 »y yo se la quité dándole muerte,
 »digno premio será. Las otras armas

»entre los dos rivales repartidas
 »deberán ser, y espléndido convite
 »en mi tienda tambien ofrezco darles.»

Alzóse alegre el corpulento y alto
 Ajax de Telamon, y Diómédes
 se alzó tambien; y fuera de la turba
 los dos se retiraron para armarse.
 Y armados ya, volvieron deseosos
 ambos de combatir, y con miradas
 torvas amenazándose; y al verlos,
 se consternaron los Aquivos todos.

Cuando ya estaban cerca y el combate
 empezaron, tres veces se embistieron,
 y tres veces en vano con sus lanzas
 intentaron herirse. Recio bote
 dió Ajax por fin en el escudo plano
 de su rival, y le pasó: en la carne
 no penetró la punta de la pica;
 que la coraza lo estorbó. Diómédes,
 del anchuroso escudo por encima,
 con la aguzada punta de su lanza
 de Ajax buscaba el vigoroso cuello,
 herirle deseando. Los Aquivos,
 de Ajax temiendo por la vida todos,
 les mandaron cesar, y que los premios
 con igualdad partiesen; pero Aquiles
 á Diómédes la espada cortadora
 dió, del hermoso tahali pendiente.

Puso despues Aquiles una grande
 bola de hierro sin bruñir, que el bravo
 Etíon otro tiempo despedia
 con poderoso brazo; pero muerto
 por el valiente Aquiles, en sus naves
 entre muchos riquísimos despojos
 la bola este llevó. Mostróla entónces

á los demas Aqueos, y les dijo:

«Álcense los que quieran de su brazo
 »la pujanza mostrar. El que venciere,
 »aunque estén de poblado muy distantes
 »y de larga extension sus campos sean,
 »harto hierro tendrá con esta bola
 »por más que de ella siempre esté partiendo
 »cinco cabales años; ni por falta
 »de herramientas quinteros y pastores
 »irán á la ciudad.» Así decia

Aquíles, y á su voz se levantaron
 Léonteo y el bravo Polipétes,
 en la fuerza á los Dioses comparable,
 y Ajax de Telamon, y el fuerte Epeo.
 En fila colocados, la gran bola
 tomó Epeo: y el brazo vigoroso
 con cuanto esfuerzo pudo rodeando,
 no léjos la arrojó; y al ver la fuerza
 que hizo para arrojarla, los Aquivos
 todos reian. La tiró segundo
 el bravo Léonteo: y con la mano
 Ajax de Telamon lanzó robusta
 el tercero la bola, y las señales
 todas pasó de los primeros tiros.
 Mas cuando ya al forzado Polipétes
 arrojarla tocó, tanta ventaja
 sacó á los tres primeros cuanta mide
 la longitud á que el vaquero arroja
 por encima de toda la vacada
 el ligero cayado, cuando quiere
 llamar alguna res que se extravía.
 Vencedor le aclamaron los Aquivos;
 y alzándose los fieles escuderos
 del bravo Polipétes, á las naves
 el premio de su Príncipe llevaron.

Negro hierro despues ofreció Aquiles por premio al que más hábil disparase con el arco las flechas. Y en el circo diez grandes hachas de cortar madera y otras diez más pequeñas colocadas, mandó que lejos en la tierra dura un mástil de navío se fijase, y que de él una cándida paloma con delgado cordel ataran firme de un solo pié; y á los archeros dijo que al ave dirigiesen las saetas, añadiendo: «El que hiera á la paloma »tome las grandes hachas, y por premio »á su tienda las lleve. El que la cuerda »á herir acierte sin tocar al ave, »como más inferior, reciba solo »las diez hachas pequeñas.» Así dijo, y al escuchar su voz se levantaron Teucro de Telamon y Meriões: y echadas en un yelmo las dos suertes, saltó primera la de Teucro. Ufano el jóven, con vigor la aguda flecha pronto lanzó sin ofrecer primero escogida hecatombe de primales al flechador Apolo. Este, ofendido, no le otorgó que á la paloma hiriese; y solo en el cordel de que pendia atada por el pié tocó la flecha, y le cortó. La tímida paloma al cielo huyó volando y en el suelo cayó el cordel, y los Aquívos todos mucho á Teucro aplaudian. Meriões arrancó luego el arco de la diestra de su rival; y al nervio acomodada la flecha que tenía de antemano

ya preparada, y ofreciendo pio al flechador Apolo una hecatombe de tiernos corderillos, por el aire la dirigió á la nube en que meterse á la paloma viera. Y acertóla á pesar de los giros tortuosos que en su volar hacía y por debajo la hirió del ala, y á sus piés la flecha volvió á caer. Atolondrada el ave con el dolor, al mástil del navío bajó triste á posarse, pero pronto inclinó el cuello y extendió las alas y el alma huyó veloz, y ya sin vida cayó lejos del árbol. Los Aquivos alónitos quedaron y gozosos; y las diez grandes hachas Meriões tomado habiendo, con las diez pequeñas encaminóse Teucro á sus navios.

Mandó despues Aquiles que trajesen una robusta lanza y un caldero que el fuego aún no manchara, cincelado en variada labor, y que valia tanto como una vaca. Dos caudillos en arrojar la pica ejercitados salieron á la prueba: el poderoso Agamenon de Atreo, y Meriões. Mas al verlos Aquiles, al Atrida así dijo en palabras cariñosas:

«¡Hijo de Atreo! indecoroso fuera
 »que á disputar el premio te humillases.
 »Sabemos que en grandeza y poderío
 »á todos aventajas; y sabemos
 »que en vigoroso brazo y en destreza
 »para no errar el tiro de tu lanza,
 »eres tambien de todos el primero.

»Recibe el premio, pues, y á los navíos
»vuelve con él; y al bravo Meriones
»demos tambien la pica, si te agrada.
»Esto yo te propongo.» Conformóse
el Atrida; y habiendo dado Aquiles
á Meriones la robusta lanza,
el Rey tomó el caldero cincelado
y en las manos le puso de Taltibio
para que á sus navíos le llevase.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

Disolvióse la junta: y á las naos
todos volviendo, la sabrosa cena
tomaron las escuadras y al reposo
alegres se entregaron. Solo Aquiles,
del amigo acordándose, lloraba;
ni el dulce sueño, que á los hombres rinde,
sus párpados cerró. Sobre su lecho
vueltas daba agitado, á la memoria
recordando el valor y fortaleza
del infeliz Patroclo, y las hazañas
que hiciera unido á él, y los trabajos
que en las guerras pasara y en los mares
borrascas arrostrando peligrosas:
y al acordarse, en abundante lloro
bañaba sus mejillas. En desvelo
así pasaba las enteras noches,
ya echándose de lado, ya de cara
ya de espalda tambien; y al fin cansado
de dar vueltas saltaba de su lecho,
y á la orilla del mar erraba triste
mucho ántes que la aurora con sus rayos
iluminase el mar y sus riberas.

Salido el Sol, al pabellon volvia;
 y poniendo á su carro los bridones,
 detras ataba de Héctor el cadáver
 para llevarle á rastra. Y cuando habia
 dado con él tres vueltas á la tumba
 de Patroclo, en su tienda reposaba,
 el exánime cuerpo allí dejando
 extendido de cara sobre el polvo.
 Mas de Héctor apiadado hasta en su muerte
 Apolo, del cadáver alejaba
 cuanto afeár pudiera su hermosura;
 y con égida de oro le cubria
 todo, para que Aquiles por el suelo
 al arrastrarle duro no pedazos
 sus miembros todos y su carne hiciera.

De Héctor así al cadáver insultaba
 ensañado el aquivo; mas los Dioses
 de él se compadecieron, y á Mercurio
 á que furtivamente le sacase
 de las manos de Aquiles animaban.
 A todos era grato este consejo,
 menos á Pálas, á la augusta Juno,
 y á la Deidad del mar; que tanto ahora
 á Príamo y su pueblo aborrecian
 como ántes, por la injuria que Alejandro
 á ambas Diosas hiciera cuando fueron
 á su cabaña y seducido el jóven
 declaró en la disputa vencedora
 á la que en premio liviandad funesta
 le ofreció. Cuando ya, despues del dia
 en que Héctor pereció, trajo la aurora
 la duodécima luz, así en la junta
 Apolo habló de los eternos Dioses:

«Sois duros y crueles. ¿Ya olvidado
 »habeis que en vida, cual varon piadoso,

»de cabras escogidas y de bueyes
 »víctimas numerosas ofreceros
 »Héctor solia? ¿Ni tendreis siquiera,
 »cuando muerto le veis, valor vosotros
 »para salvar el mísero cadáver
 »y á la vista volverle de su esposa,
 »y de su anciana madre, y de su niño,
 »y de su padre Príamo, y de todos
 »sus antiguos soldados, porque puedan
 »en la pira quemarle y las exequias
 »celebrar en su honor? Al iracundo
 »feroz Aquiles favorables solo,
 »oh Dioses, os mostrais, en cuyo pecho
 »ni la razon ni la equidad habitan,
 »ni tierno corazon. Como el agreste
 »leon, á su fiereza y valentía
 »aflojando la rienda, á los rebaños
 »acomete rabioso de los hombres
 »para buscar el alimento; Aquiles
 »así la compasion y la vergüenza
 »(á los hombres á veces provechosa,
 »y otras funesta) desconoce impío.
 »Más caras prendas otros ya perdieron,
 »el hermano carnal, ó el hijo amado;
 »pero despues de haber sobre su tumba
 »llorado tristes, al dolor y luto
 »término ponen; porque al hombre dieron
 »ánimo sufridor de las desgracias
 »las Parcas al nacer. Y solo Aquiles,
 »no satisfecho con haber quitado
 »á Héctor la vida, su cadáver frio
 »ata detras del carro, y de la tumba
 »en derredor le arrastra de Patroclo:
 »inútil crueldad, que ni su gloria
 »ni su poder acrece. Y deberia

»considerar que, aunque valiente sea,
 »pudiéramos nosotros castigarle;
 »pues á un poco de tierra, ya privada
 »de sentimiento, en su furor insulta.»

Airada Juno, respondió: «En buen hora
 »hágase, Febo, lo que tú desees,
 »si ya vosotros en igual estima
 »á Héctor teneis y Aquiles. El primero
 »simple mortal nació, y mamó la leche
 »de una mujer; mas el segundo es hijo
 »de una Diosa, de Tétis; y yo misma
 »á esta dí de mamar, y de su infancia
 »solicita cuidé; y al rey Peleo,
 »tan caro á las Deidades, por esposa
 »se la otorgué despues. Y convidados
 »al banquete nupcial, los Dioses todos
 »participaron de él; y tú el primero
 »que ahora, ¡desleal! de los perjuros
 »eres el defensor, en abundante
 »mesa te regalabas, y tañias
 »la cítara sonora.» El padre Jove
 así la dijo en cariñoso acento:

«No con los Dioses, Juno. estés airada;
 »pues nunca en igual precio Héctor y Aquiles
 »estimados serán. Pero entre todos
 »los habitantes de Ilíon ha sido
 »Héctor el más amado de los Dioses,
 »á lo ménos de mí; porque en su vida
 »no se olvidó jamás dones preciosos
 »y muchos de ofrecirme, ni mis aras
 »de escogidos manjares carecieron
 »y libaciones, ni de olor sabroso
 »de las carnes asadas; que á los Dioses
 »este tributo los humanos deben.
 »Pero no hablemos ya de que el cadáver

»de Héctor sea robado, ni posible
 »robarle será ya sin que lo entienda
 »el matador Aquiles; porque siempre
 »su madre está con él de noche y día.
 »Pero si alguno de los otros Dioses
 »á Tétis me llamara, yo el consejo
 »le daría prudente de que incline
 »el corazón del hijo á que reciba
 »el rescate que Priamo le ofrezca,
 »y al Rey entregue de Héctor el cadáver.»

Así Jove decía: y del Olimpo,
 cual de la nube rápido se aleja
 el relámpago ardiente esplendoroso,
 Íris bajó en un vuelo, deseando
 el mensaje llevar. Llegó á la tierra,
 y entre la costa de Ímbros escarpada
 y la de Sámos al oscuro ponto
 saltado habiendo, resonó estruendosa
 la gran laguna al espantable ruido
 que hizo al caer. Hasta el profundo seno
 Íris bajó del mar como descende
 rápido el plomo del anzuelo asido
 que en engañoso cebo á los voraces
 peces la muerte lleva; y en su gruta
 halló sentada á Tétis. Á su lado
 las otras Diosas de la mar tenía,
 y en medio de ellas lamentaba triste
 la desgracia del hijo; porque en Troya,
 y muy distante de su dulce patria,
 morir debía. Y acercada mucho
 Íris á la Deidad, así la dijo:

«Sube al Olimpo, Tétis; porque Jove
 te llama, y quiere revelarte ahora
 sus eternos arcanos.» Al oírlo
 Tétis respondió triste: «¿Por qué manda

»aquel gran Dios que á las moradas suba
 »yo de los inmortales? Me avergüenzo
 »de parecer en su presencia: tantas
 »las penas son que el corazon devora.
 »Mas, aunque grande mi tristeza sea,
 »iré, pues él lo quiere; ni ya vana
 »la palabra será que ha pronunciado.»

Dijo: y tomando el velo más oscuro
 de cuantos en su cámara tenía,
 de la gruta salió. La mensajera
 iba delante, y las cerúleas ondas
 del mar se abrian para darlas paso.
 Salieron á la orilla, y del Olimpo
 pronto subieron á las altas cumbres;
 y á Júpiter hallaron y á los otros
 eternos Dioses en el regio alcázar
 en alegre convite reunidos.
 Sentóse Tétis de su padre al lado,
 porque Pálas su trono la cediera;
 y alargándola Juno cariñosa
 la copa de oro, con palabras dulces
 la consolaba en su dolor; y Tétis,
 habiéndola gustado, se la puso
 en la mano otra vez. El padre Jove
 dijo despues á la marina Diosa:

«¡Tétis! en fin, aunque afligido tengas
 »el corazon y de dolor eterno
 »el alma traspasada, te has dignado
 »de venir al Olimpo. Bien conozco
 »de tu pena el origen. Sabe ahora
 »cuál el motivo de llamarte sea.
 »Hace ya nueve dias que en discordia
 »están los inmortales, y la causa
 »es el cadáver de Héctor: es Aquiles,
 »el bravo destructor de las ciudades.

»Muchos aconsejaban á Mercurio
 »que el cadáver robara; y yo no quise
 »menoscabar el triunfo glorioso
 »de Aquiles, porque siempre en la memoria
 »tengo y tendré grabado el juramento
 »que hice de honrarle, y tu amistad por siempre
 »deseo conservar. Al campo baja
 »pronto de los Aqueos, y un mensaje
 »á tu hijo lleva, y en mi nombre dile
 »que muy airados los eternos Dioses
 »con él están, y yo más que ninguno;
 »porque inhumano de Héctor el cadáver
 »áun tiene en su poder, y no permite
 »que le rescaten. Dile que si teme
 »la ira de Jove, el cuerpo del Troyano
 »á los suyos entregue; que yo á Íris
 »á Príamo enviaré para que vaya
 »al campo de los Griegos y el cadáver
 »de Héctor redima, preciosos dones
 »á Aquiles ofreciendo que su saña
 »templen y su furor.» Así decía
 Júpiter: y á su voz inobediente
 no fué la Diosa, y desde el alto Olimpo
 en raudo vuelo descendió á la tierra.
 Y al pabellon del hijo ya llegada,
 que en profundos suspiros todavía
 el dolor exhalaba de su pecho,
 le halló sentado; y á distancia corta
 los fieles escuderos preparaban
 la cena, diligentes aprestando
 lanuda y grande oveja que ellos mismos
 habian degollado. Cerca mucho
 del triste Aquiles se asentó la Diosa;
 y en maternal ternura con la mano
 le acarició, y le dijo estas palabras:

«¡Hijo mio! ¿hasta cuándo así lloroso
 »y afligido estarás y devorando
 »tu propio corazón, sin acordarte
 »de la grata comida y las dulzuras
 »del amor? El consuelo de sus penas
 »es para el hombre la mujer á veces.
 »Ya no me vivirás por largo tiempo:
 »cerca la muerte está, cerca la Parca
 »inexorable. Mas escucha ahora,
 »y es Jove quien me envía, lo que vengo
 »á aconsejarte. Los eternos Dioses,
 »y más que todos de Saturno el hijo,
 »contigo están airados porque ciego
 »de cólera y furor en los bajeles
 »insepulto conservas el cadáver
 »de Héctor, ni redimirle has permitido.
 »Restitúyete, pues, y la riqueza
 »recibe que por él te fuere dada.»

Respondió Aquiles á su augusta madre:
 «Si así lo manda el dueño del Olimpo,
 »y esta es su voluntad, que se presente
 »con el rescate alguno, y el cadáver
 »de Héctor á Troya lleve.» De este modo
 en medio los navíos de la Grecia
 Tétis y Aquiles en aladas voces
 entre sí departian, y el Saturnio
 á Íris mandó que en vagaroso vuelo
 al alcázar de Príamo bajase.

«¡Íris veloz! (decía) del Olimpo
 »las sillas abandona; y en mi nombre,
 »entrando dentro de Ilíon, anuncia
 »al afligido Príamo que vaya
 »á las naves aqueas y redima
 »del hijo amado el infeliz cadáver.
 »Dile que lleve preciosos dones

»que de Aquiles el ánimo irritado
 »aplacar puedan, y que vaya solo
 »y no lleve ninguno de los Teucros.
 »Un heraldo le siga venerable
 »que las dos mulas y el voluble carro
 »dirigir sepa, y el cadáver lleve
 »á la ciudad despues. Tambien le anuncia
 »que ni la imágen triste de la muerte
 »á su ánimo se ofrezca, ni otro daño
 »su corazon recele; que á Mercurio
 »para que le acompañe le daremos,
 »y salvo y sin lesion en la presencia
 »del Griego le pondrá. Cuando le hubiere
 »el Dios guiado hasta dejarle dentro
 »del pabellon de Aquiles, á su vida
 »este no atentará, ni de los otros
 »dejará que ninguno le maltrate.
 »No es imprudente Aquiles, temerario,
 »ó descortés; y con afable rostro
 »recibirá al anciano, cuando vea
 »que á demandar piedad humilde viene.»

Júpiter dijo, y de la silla de oro
 Iris se alzó; y cual raudo torbellino
 de tempestad, desde las altas cumbres
 del Olimpo bajó con el mensaje:
 y al palacio de Priamo llegada,
 llanto, duelo y suspiros dolorosos
 escuchó resonar. En torno al padre
 dentro la cerca estaban asentados
 todos los hijos, derramando tristes
 lágrimas de dolor que humedecian
 sus vestiduras; y el anciano en medio
 sentado en tierra estaba, y muy ceñido
 con túnica de luto que cubria
 su venerable faz y su cabeza,

y del lodo manchada que en el suelo
 con las manos cogiera al arrastrarse.
 Y del alcázar dentro, en los salones,
 sus hijas y sus nueras lamentaban
 la pérdida de muchos y valientes
 campeones que á manos de los Griegos
 habian perecido, y en el valle
 insepultos yacian. Acercada
 Íris al Rey, en silenciosas voces
 le habló; y al verla solo, del anciano
 todos los miembros trémulos temblaban.

«¡Ten buen ánimo, Priamo! (le dijo
 »la mensajera celestial) no temas:
 »que yo no vengo á presagiarte daños
 »sino á darte consuelo, y enviada
 »por Jove soy; que si alejado vive
 »él de la tierra, tus desgracias mucho
 »compadece y de tí no se ha olvidado.
 »Él te manda que de Héctor el cadáver
 »vayas á redimir, preciosos dones
 »llevando que de Aquiles el enojo
 »aplacar puedan; y que vayas quiere
 »tú solo y sin ninguno de los Teucros.
 »Un heraldo te siga venerable
 »que las dos mulas y el voluble carro
 »dirigir sepa, y el cadáver traiga
 »despues á la ciudad. Tambien te dice
 »que ni la imágen triste de la muerte
 »á tu ánimo se ofrezca, ni otro daño
 »recele el corazon; porque Mercurio
 »irá contigo, y salvo en la presencia
 »del Griego te pondrá. Cuando te hubiere
 »guiado el Dios hasta dejarte dentro
 »de la tienda de Aquiles, á tu vida
 »este no atentará, ni de los otros

»dejará que ninguno te maltrate.
 »No es imprudente Aquiles, temerario,
 »ó descortés; y con afable rostro
 »escuchará tus ruegos, cuando vea
 »que á demandar piedad humilde vienes.»

Dijo, y desapareció la veloz Íris:
 y el anciano mandó que preparasen
 la carreta de mulas, y que encima
 un grande arcon pusiesen con las sogas
 sujetándole bien. Y alborozado
 al tálamo oloroso que de cedro
 él mandara labrar, donde tenía
 muchas y ricas joyas y preseas,
 descendiendo, á su esposa que bajase
 allí tambien rogó, y así la dijo:

«¡Hécuba desgraciada! Me ha enviado
 »la mensajera del Olimpo Jove
 »para que vaya á las aquivas naves
 »el hijo amado á redimir, y lleve
 »preciosos dones que de Aquiles puedan
 »el enojo templar. ¿Lo aprobarias?
 »Dímelo, esposa; porque dentro el pecho
 »el corazon me inspira que á las naves
 »vaya de los Aquivos, y penetre
 »en el campo anchuroso de sus tropas.»

Triste suspiro al escuchar sus voces
 Hécuba dió, y le dijo: «¿Á dónde es idá
 »la prudencia que célebre hasta ahora
 »te hacía en las naciones extranjeras
 »y en los dominios que tu cetro rige?
 »¿Cómo en las naves de los Griegos quieres
 »tú solo penetrar, y á la presencia
 »llegar del hombre que quitó la vida
 »á tantos hijos tuyos? Es de hierro
 »tu corazon. ¿Ignoras que si llega

»á verte ese feroz, ese perjurio,
 »y en su poder cayeses, ni tus canas
 »respetará, ni compasion alguna
 »tendrá de tus desdichas? Retirados
 »á estancia oculta, en funeral gemido
 »á Héctor lloremos, pues la dura Parca,
 »al hilar el estambre de su vida
 »cuando yo le dí á luz, á que distante
 »de sus padres muriese y devorado
 »su cuerpo fuera por aquivos perros,
 »le condenó cruel; y ya ejecuta
 »su voluntad el despiadado Aquiles.
 »¡Ah! si en la mano el corazon tuviera
 »de ese bárbaro yo, y en él cebada
 »devorarle pudiese! Sólo entónces
 »vengados quedarian los insultos
 »que sin razon al hijo de mi vida
 »hizo, y haciendo está: que si matarle
 »logró, no fué sin que con él midiese
 »cual valiente sus armas en defensa
 »de los Troyanos y de sus esposas.
 »Y firme le esperó sin que en la fuga
 »ya más pensase, ni el aspecto horrible
 »le intimidara de la negra muerte.»

Respondióla el anciano venerable:

«Ir yo mucho deseo: con tus voces
 »no detenerme quieras, y en mi casa
 »ave tampoco ser de mal agüero.
 »No me persuadirás: pues si algun otro
 »de los mortales que en la tierra habitan,
 »ya profeta, ya augur, ya sacerdote,
 »el aviso me diese, que era falso
 »yo diria, y el rostro le volviera.
 »Mas habiendo escuchado de la Diosa
 »la voz yo mismo, y visto con mis ojos

»la celestial persona, su mandato
 »fiel ejecutaré, ni será vana
 »la voz que de sus labios ha salido;
 »y si morir en las aquivas naos
 »es mi destino, moriré. En buen hora,
 »así que entre mis brazos el cadáver
 »del hijo haya estrechado, y satisfecho
 »haya el deseo de llorarle, al punto
 »mátame el fiero Aquiles.» Así dijo:
 y levantando las hermosas tapas
 de los grandes arcones, doce velos
 riquísimos sacó, doce sencillas
 clámides sin teñir, doce tapetes,
 doce anchurosos mantos, otras tantas
 túnicas, bien pesados diez talentos
 de oro puro, dos tripodes brillantes,
 cuatro calderos, y la hermosa copa
 que los Tracios le dieran cuando vino
 á ellos de Embajador; preciosa alhaja.
 Mas, ni aún así, guardarla en su palacio
 el anciano queria; que impaciente
 estaba ya por rescatar del hijo
 el misero cadáver. Y volviendo
 del alcázar al pórtico espacioso,
 á todos los Troyanos que allí estaban
 colérico arrojó de su palacio;
 añadiendo palabras injuriosas.

«¡Idos de aquí (decia) idos, infames!
 »¿No teneis cada cual en vuestra casa
 »motivos de llorar, que habeis venido
 »á acrecer mi dolor? ¿De poca monta
 »el pesar os parece con que Jove
 »ha querido alligirme, el más valiente
 »haciendo que perdiera de mis hijos?
 »Tambien vosotros lo vereis un dia;

»que muerto aquél, al enemigo fácil
 »será mataros. ¡Ay! al hondo averno
 »antes yo baje, que mis ojos vean
 »la ciudad saqueada y destruida.»

Dijo, y la turba con el régio cetro
 de allí alejó; y temiendo su venganza,
 se dispersaron todos. A sus hijos
 vuelto despues el afligido anciano,
 los reprendió tambien: á Heleno, á Páris,
 al valiente Agaton, al belicoso
 Polítes, á Pamón, al fuerte Dio,
 á Antífono, á Hipotoo, y á Deífobo.
 A estos nueve el anciano con dureza
 habló iracundo, y lo que hacer debian
 así les dijo en agitadas voces:

«¡Pronto, malvados, de ignominia eterna
 »y deshonor cubiertos! ¡Ah! si todos
 »en lugar de Héctor en las griegas naos
 »quedarais muertos! ¡Desdichado padre!
 »Hijos yo tuve que en valor á todos
 »en esta gran ciudad aventajaban,
 »y ya de ellos ninguno me ha quedado.
 »Méstor murió, á los Dioses comparable;
 »Troilo murió, que pelear valiente
 »desde el carro sabía cual ninguno,
 »y Héctor murió tambien, que entre los hombres
 »era como deidad, y parecia
 »nacido de algun Dios y no engendrado
 »por un padre mortal. A todos estos
 »mató Mavorte, y solo ya me quedan
 »los cobardes y viles, seductores
 »de mujeres ajenas, danzarines
 »solo en herir la tierra aventajados
 »en paso cadencioso, de corderos
 »ladrones y cabritos que criara

«desvalido plebeyo. ¿La carreta
»no sacareis voluble y estos dones
»colocareis en ella, porque en marcha
»me pueda yo poner?» Así les dijo
el anciano; y su cólera temiendo,
los jóvenes al pórtico sacaron
la carreta de mulas, no estrenada,
y voluble y hermosa, y diligentes
en ella el arca acomodaron luego.

Del clavo en que pendia, presurosos
alcanzaron despues el corvo yugo,
de madera de boj y con anillos
para pasar las bridas adornado;
y el correon tambien de nueve codos
sacaron, y al extremo le pusieron
de la redonda lanza, y la clavija
echaron que al timon el terso yugo
sujetase. Y tres veces la correa
de cada lado atada, nudo estrecho
hicieron á la punta; y los regalos
que de Héctor al rescate destinaba
el Rey desde la cámara trajeron,
y en el arca despues los colocaron.
Dos corredoras y valientes mulas
que á Príamo otro tiempo regalaran
los Misios, de las riendas condujeron;
y atada la coyunda, los bridones
de Príamo trajeron, que cuidaba
por sí mismo el anciano la comida
en el pesebre echándoles; y al yugo
en el pórtico entónces los uncieron
el heraldo y el Rey. Y Hécuba triste
acercóse á los dos; y en áurea copa
pulce vino trayendo, porque hicieran
la libacion á los eternos Dioses

y la marcha emprendiesen, al esposo,
ante el carro parada, así decía:

«Toma, y haz libacion al padre Jove;
»y ruégale que ileso te conceda
»volver de entre los Dánaos á tu casa,
»ya que el ardido corazon te anima
»á penetrar en las aquivas naos,
»no con mi voluntad. Dirige ahora
»tus voces, pues, al hijo de Saturno,
»el que á su voz en negros pabellones
»las nubes amontona, y que, sentado
»en las cumbres del Ida, la llanura
»vasta registra y la ciudad de Troya.
»Pídele tú que en favorable agüero
»el águila veloz, que entre las aves
»es de él la más preciada y entre todas
»cuantas pueblan el aire la más fuerte,
»á tu derecha baje. Si tus ojos
»volar así la vieren, confiado
»en el feliz auspicio á los navíos
»marcha de los Aqueos; mas si Jove
»su águila no te envía, no quisiera
»yo que ahora marchases á su campo,
»ni te lo aconsejara aunque animoso
»tú lo desees.» En alegres voces
el anciano la dijo: «¡Esposa mia!
»no el prudente consejo que me has dado
»despreciaré; que provechoso siempre
»es implorar de Jove la clemencia,
»con las manos al cielo levantadas.»

Dijo, y á la cautiva que á su cargo
del alcázar tenía la despensa
mandó que el agua pura derramase
sobre sus manos. La doncella vino
con la aljofaina de oro y con el jarro;

y el venerable Rey, luego que tuvo puras las manos, recibió la copa que Hécuba le ofrecía. Y de la cerca puesto de pié en el medio, las primicias del vino derramó; y en altas voces hizo, mirando al cielo, esta plegaria:

«¡Oh padre Jove, poderoso númen
 »de los montes Ideos, que el más grande
 »eres entre los Dioses del Olimpo!
 »Dame que grato á la presencia llegue
 »del fiero Aquiles, y á piedad le mueva;
 »y envíame tu alado mensajero,
 »el águila veloz, que de las aves
 »es la que más tú precias y de todas
 »es también la más fuerte, y á mi diestra
 »volar la vea yo; porque fiado
 »en el auspicio favorable, vaya
 »sin temor á las naves de la Grecia.»

Oyó benigno su plegaria Jove:
 y un águila envió (de cuyo vuelo
 el más seguro auspicio los augures
 suelen tomar entre las aves todas)
 atezada, rapante, y de la especie
 que llamamos *Percnon*. Cuanta es la anchura
 de la puerta que tálamo espacioso
 cierra de recio alcázar, si la llave
 se destorciere que asegura firme
 las dos hojas unidas; tanto trecho,
 tendidas las dos alas, ocupaba
 del uno al otro lado. Por la diestra
 venir la vieron rápida volando
 sobre la gran ciudad; y al verla todos
 exclamaron alegres, y la dulce
 esperanza ensanchó sus corazones.

Presuroso el anciano, en el brillante

carro subido, hácia las anchas puertas
 le dirigió del atrio sonoro;
 y delante las mulas arrastraban
 la voluble carreta que el heraldo
 Ideo conducía. Los bridones,
 que impaciente el anciano á que marchasen
 con el flexible látigo aguijaba,
 detras siguieron y en veloz corrida
 la espaciosa ciudad atravesaron;
 y todos sus amigos y sus deudos
 le acompañaban derramando muchas
 lágrimas de dolor, como si entónces
 el anciano á la muerte caminase.
 Cuando de la ciudad á la llanura
 el heraldo y el Rey bajado hubieron,
 todos á Troya tristes se tornaron
 hijos y yernos; mas al padre Jove,
 que con su vista el universo abraza,
 no se ocultó que por la gran llanura
 caminaban los dos, y del anciano
 hubo piedad. A su presencia luego
 llamó á su hijo Mercurio; y cariñoso
 con él habló, y le dijo estas palabras:

«Mercurio! pues á tí, más que á ninguno
 »de los Dioses, te es grato á los mortales
 »acompañar y las plegarias oyes
 »del que te invoca pio, marcha ahora,
 »y á las naves conduce de los Griegos
 »á Priamo de modo que ninguno
 »de ellos le pueda ver ni le descubra
 »hasta que llegue al pabellon de Aquiles.»

Obedeció Mercurio, y diligente
 puso á los piés la taloneras de oro
 de eterna duracion con que volando
 cual raudo viento la llanura inmensa

atraviesa del mar y las regiones de la anchurosa tierra. Tomó luego la vara con que el sueño soporoso sobre los ojos de los hombres vierte cuando le place, y pronto los despierta aunque en sueño profundo adormecidos sus párpados estén. Tomado habiendo la vara ya, de la region etérea bajó en rápido vuelo, y prontamente á la costa llegó del Helesponto y á los campos de Troya. La figura tomó despues de un jóven en quien brilla graciosa juventud cuando ya el bozo á apuntarle comienza, y que, nacido de algun Rey poderoso, á la belleza la majestad añade; y la llanura ligero atravesó. Los dos ancianos, cuando ya del sepulcro suntuoso de Ilo pasaran, mulas y bridones á la márgen del rio detuvieron para que allí bebiesen; y la noche ya con sus pardas sombras empezaba la tierra á oscurecer. Estaba de ellos no distante Mercurio; y el heraldo, al descubrir un bulto, en voz turbada hablando con el Rey, así le dijo:

¡Descendiente de Dárdano! tú mira
 »lo que conviene hacer; prudencia mucha
 »es aquí necesaria. Un hombre veo
 »que á nosotros se acerca, y que nos mate
 »mucho recela el alma. Prontamente
 »huyamos con el carro y la carreta,
 »ó echados á sus piés le demandemos
 »piedad humildes.» Al oír sus voces
 se llenó de temor el buen anciano;

turbóse su razón, y en la cabeza,
 al peso de los años inclinada
 á tierra, se erizaron los cabellos,
 é inmóvil se quedó, sin atreverse
 á responder ni á respirar siquiera,
 atónito y medroso. Pero estaba
 ya á su lado Mercurio; y blandamente
 asíóle de la diestra, y le decía:

«¿Adónde, padre mio, estos caballos
 »diriges y estas mulas, cuando noche
 »es ya cerrada y los mortales todos
 »al descanso se entregan? ¿No has temido
 »á los Griegos, que cólera respiran,
 »y son tus enemigos implacables,
 »y cerca están de aquí? Si alguno de ellos
 »viera que de la noche entre las sombras
 »tantas riquezas traes, ¿qué camino
 »de salud hallarías? No tú jóven
 »eres, y el escudero que te sigue
 »es muy anciano ya para que pueda
 »de un hombre defenderte si atrevido
 »te insulta y amenaza. Yo, aunque Griego,
 »no te haré mal ninguno; y si ofenderte
 »otro quisiera, con mi fuerte brazo
 »yo te defendería; porque en todo
 »eres tú parecido á mi buen padre.»

Alentado ya el Rey con estas voces,
 así gozoso respondió á Mercurio:
 «Es verdad, hijo mio, lo que dices;
 »pero sin duda entre los altos Dioses
 »hay todavía alguno que benigno
 »me cubre con su mano; pues me envía
 »tal conductor, en favorable agüero,
 »cual eres tú. Por la apostura y gracia
 »de tu cuerpo gentil, y la belleza

»de tu hermoso semblante, y la cordura
 »que se ve en tus razones, conjeturo
 »que de padres ilustres has nacido.»

Respondióle el celeste mensajero.

«Tienes sin duda, anciano, de tu parte
 »á alguno de los Dioses; pero dime
 »y la verdad no ocultes: ¿Vas ahora
 »á llevar tus joyeles y tesoros
 »á alguna tierra extraña, deseando
 »una parte salvar de tus riquezas;
 »ó todos ya vuestra ciudad y casa
 »abandonais cobardes porque ha muerto
 »el campeón más fuerte, el hijo tuyo,
 »que en la lid á ninguno de los Dánaos
 »era inferior?» El Rey, enternecido,
 le preguntó despues: «Y tú ¿quién eres,
 »generoso mancebo, y á qué padres
 »debes el sér; pues con elogio ahora
 »de un hijo malhadado me recuerdas
 »la desventura?» Replicó Mercurio:

«Sin duda, anciano, asegurarte quieres
 »de mi veracidad, y ver si cierto
 »á Héctor he conocido. Veces muchas
 »en las honrosas lides peleando
 »yo le ví por mis ojos; y aún el día
 »que á los Aquivos rechazó á las naves,
 »y el alcance siguiéndoles, á muchos
 »iba matando con su aguda lanza,
 »nosotros desde léjos el combate
 »mirábamos ociosos, y la fuerza
 »admirábamos de Héctor; porque Aquiles,
 »con el hijo de Atreo enemistado,
 »no nos dejaba pelear entónces.
 »Yo soy doncel de Aquiles, y la misma
 »nave nos trajo, y de la sangre ilustre

»nací de los Mirmídones. Mi padre
»se llama Polictor, riqueza mucha
»tiene, y edad tambien; que tan anciano
»es como tú. Seis hijos ya tenía
»cuando yo nací el sétimo, y la suerte
»de venir á esta guerra me ha cabido.
»Y ahora de las naves á este campo
»vengo de explorador, porque mañana
»han de dar la batalla los Aqueos
»en torno á la ciudad; pues ya cansados
»de ociosidad están, ni los caudillos
»los pueden contener: tanto descan
»á las lides tornar.» Instó de nuevo
á Mercurio el anciano: «Si de Aquiles
»eres doncel (le dijo), por tu vida
»la verdad me refiere. El hijo mio
»¿todavía en las naves insepulto
»yace; ó Aquiles, en menudos trozos
»habiendo su cadáver dividido,
»se le ha echado á los perros?» Y Mercurio
le respondió: «Ni los hambrientos canes,
»ni las aves carnívoras, el cuerpo
»de Héctor han devorado; aunque en el polvo
»yace y desnudo al pié de la alta nave
»de Aquiles, en su tienda. Doce dias
»hace que allí le tiene; y ni su cuerpo
»se ha corrompido, ni su carne comen
»los gusanos que engendran las heridas
»de los que en guerra mueren. Despiadado,
»en torno de la tumba de su amigo
»le arrastra Aquiles cuando ya la aurora
»á amanecer empieza cada dia,
»y ni áun así sus miembros despedaza.
»Y si á verle llegases, admirado
»al contemplar quedaras la frescura

»de su cútis, y al ver que ya la sangre
 »en torno está lavada y no le queda
 »mancha ninguna, y las heridas todas
 »cuantas le hicieran fieros los Aquivos
 »(que sus lanzas en él clavaron muchos)
 »están cerradas ya. No han olvidado
 »á tu buen hijo los eternos Dioses
 »áun despues de su muerte; que de todos
 »grato fué al corazon cuando vivia.»

Mucho el anciano se alegró al oirle,
 y así le respondió: «Siempre, hijo mio,
 »ofrecer á los Dioses inmortales
 »el tributo de amor que los debemos
 »es provechoso. Y porque el hijo mio
 »(si es que tal hijo tuve) de los Dioses
 »no se olvidó jamás, aunque la Parca
 »en su poder le tiene, las Deidades
 »que las moradas del Olimpo habitan
 »no se olvidaron de él. Mas tú recibe
 »esta brillante copa de mi mano,
 »y tuya sea; y con feliz auspicio
 »á la tienda de Aquiles me acompaña,
 »hasta que á verme en su presencia llegue.»

Y el Númen respondió: «Porque tan jóven
 »me ves, anciano, mi honradez ahora
 »quieres probar: lo veo, y tus palabras
 »no me seducirán. Sin que lo sepa
 »Aquiles, admitir ese regalo
 »no debo yo. Su cólera es temible;
 »y una parte á tomar de las alhajas
 »que tú vas á ofrecerle no me atrevo;
 »no sea que despues, si lo entendiera,
 »se vengase de mí. Por el camino
 »yo te acompañaré; y aunque tuviese
 »que seguirte por tierra, ó embarcado

»en veloz nave, hasta la misma Acaya,
»yo de tí cuidaría cariñoso.

»Y cierto que ninguno se atreviera,
»porque á tu compañero despreciase,
»contigo á pelear ni hacerte daño.»

Dijo Mercurio: y con ligera planta
en el carro subiendo, de las riendas
se encargó y el azote; y mucho brío
infundió á los caballos y á las mulas.
Y cuando al foso y á las altas torres
que las naves aqueas defendían
llegaron, ya la cena aparejaban
los centinelas; pero dulce sueño
sobre los ojos esparció Mercurio
de todos ellos. Descorrió el cerrojo,
la puerta abrió anchurosa, y con el carro
á Príamo introdujo y la carreta
que los brillantes dones conducía.

Excelso pabellon á su caudillo
hicieran los Mirmidones con altos
y gruesos troncos de robusto abeto,
y con flexible junco le cubrieran
que en los prados segaran; y en contorno
ancha cerca formaron con estacas
espesas, y la puerta defendía
una barra de abeto. Y encargados
de quitarla y ponerla tres forzudos
mozos estaban; pero Aquiles, solo
y sin mucho trabajo, descorría
la enorme barra. Cuando allí vinieron,
fácilmente Mercurio abrió la puerta
é introdujo al anciano y los presentes
que al hijo de Peleo destinaba;
y del carro bajó, y así le dijo:

«Yo soy, ¡oh Rey! el inmortal Mercurio,

»y Júpiter mi padre me ha enviado
 »para que te acompañe; mas al cielo
 »torno ya, ni de Aquiles á la vista
 »me ofreceré; que indecoroso fuera,
 »siendo Dios inmortal, públicamente
 »favorecer á un hombre. Entra tú ahora,
 »y al hijo de Peleo las rodillas
 »abraza humilde, y por su anciano padre
 »y su madre le ruega y por el hijo
 »que en Esciro se cria, y con tus voces
 »su duro pecho enternecer procura.»

Despareció Mercurio, y al Olimpo
 en raudo vuelo retornó. El anciano
 saltó del carro al suelo, y en la cerca
 al heraldo mandó que con las mulas
 parado le esperase y los bridones,
 y él penetró en la tienda. Estaba Aquiles
 á la mesa sentado, y á distancia
 tambien los escuderos; porque solo
 asistia á su lado Automedonte,
 juntamente con Alcimo. Acababa
 el héroe de cenar, y todavía
 áun la mesa no alzarán. Sin ser visto
 entró el doliente Rey; y con sus manos
 abrazando de Aquiles las rodillas,
 besó humilde la diestra poderosa,
 homicida, terrible, que con sangre
 de tantos hijos suyos se manchara.
 Como atónitos quedan y admirados
 los que á la casa ven de un poderoso
 de repente llegar al suplicante
 que un hombre ha muerto en su país nativo
 y el castigo temiendo amparo busca
 en extraña region; tan admirado
 quedó Aquiles al ver dentro su tienda

al venerable Príamo; y los otros Mirmídones también, y se miraban los unos á los otros. El primero habló el anciano Rey, y en dolorido acento dijo al campeón de Acaya:

«De tu padre te acuerda, ilustre Aquiles,
 »que en rugosa vejez ya de la vida
 »al término se acerca, y tan anciano
 »es como yo. ¿Quién sabe si á estas horas
 »los Reyes comarcanos poderosos
 »le oprimen con sus armas, sin que tenga
 »quien le socorra y de la muerte libre?
 »Pero tu padre en fin, oyendo ahora
 »que tú vives, espera cada día
 »verte llegar de Troya y se consuela;
 »y yo, el más desdichado de los hombres,
 »habiéndome los Dioses concedido
 »tantos hijos valientes que de Troya
 »eran los defensores, decir puedo
 »que ninguno me queda. Cuando vino
 »la hueste de los Griegos á esta playa,
 »cincuenta hijos tenía (diez y nueve
 »de Hécuba me nacieron, y los otros
 »de diversas mujeres), y la vida
 »á casi todos el furioso Marte
 »habiendo ya quitado, me quedaba
 »uno solo que á Troya defendiese:
 »y tú, no há mucho, le mataste, ¡ay triste!
 »mientras él por su patria combatía.
 »De Héctor hablo, y él es quien me ha traído
 »á las naves aqueas. Que me entregues
 »su cadáver te pido, y un rescate
 »traigo de gran valor. Respeta, Aquiles,
 »á los eternos Dioses, y te duele
 »de este infeliz anciano á la memoria

»recordando la imágen de tu padre.
 »Yo soy más infeliz; pues obligado
 »á sellar con mis labios ya me veo
 »la mano del varon que dió la muerte
 »á tantos hijos míos; desventura
 »á que jamás llegaron las desgracias
 »de otro ningun mortal.» Así decia
 el afligido Rey: y de su padre
 acordándose Aquiles, gran deseo
 le vino de llorar, y con la mano
 á Priamo intentó de sus rodillas
 alejar blandamente; pero el triste
 anciano de sus piés no se apartaba,
 y en lágrimas los dos se deshacian.
 A Héctor lloraba Priamo; y Aquiles
 por su padre, y á veces á Patroclo;
 y en contorno la tienda resonaba
 de los dos con los llantos y gemidos.
 Pero despues que de llorar el héroe
 se hubo cansado y satisfecha el alma
 quedó del tierno lloro, de la silla
 se levantó cortés. Y por la mano
 asiendo al Rey y alzándole de tierra,
 y sus albos cabellos y su barba
 encanecida respetando, dijo:

«¡Ah, Monarca infeliz, que tantos males
 »has padecido ya! ¿Cómo tuviste
 »valor para venir de los Aqueos
 »á las tiendas, y solo, y presentarte
 »á un hombre que la vida y la armadura
 »á tantos hijos tuyos valerosos
 »ha quitado en la lid? De duro hierro
 »tienes el corazon. Siéntate ahora
 «en esta silla; y las amargas penas,
 »áun estando los dos tan afligidos,

»dentro del alma reposar dejemos.
 »Ninguna utilidad del triste llanto
 »el hombre saca; los eternos Dioses
 »le condenaron á pasar la vida
 »en tristeza y dolor, y solos ellos
 »exentos siempre de pesares viven.
 »Hay dos grandes toneles á la entrada
 »del palacio de Júpiter, y dentro
 »de ellos están los dones que su mano
 »alternativamente distribuye:
 »uno es de males, y de bienes otro.
 »Aquél mortal á quien mezclados diere
 »males y bienes Jove, en desventuras
 »á veces cae; pero muchas otras
 »vive en prosperidad. El infelice
 »á quien solo desgracias haya dado,
 »objeto de la burla y el ludibrio
 »es para siempre; y á do quier que vaya
 »la desdicha le sigue y por la tierra
 »errante vaga, de los altos Dioses
 »aborrecido y de los hombres todos.
 »Así á Peleo de mercedes altas
 »colmaron las olímpicas Deidades,
 »desde su nacimiento. En poderío,
 »en riqueza, en honor, en feliz suerte,
 »á todos los mortales excedía,
 »y sobre los Mirmidones reinaba;
 »y aunque mortal él fuese, por esposa
 »una Deidad le dieron; pero Jove
 »estos bienes mezcló con amarguras.
 »No en su palacio le nacieron hijos
 »que su reino heredasen; y uno solo
 »que al fin le dieron engendrar los hados,
 »en prematura muerte á la sombría
 »region ha de bajar. Pero yo ahora

»no del anciano cuido, y de mi patria
 »ausente estoy; y en apartado clima
 »haciendo cruda guerra, duro azote
 »soy de tí y de tus hijos. Otro tiempo
 »tú tambien, si la fama es verdadera,
 »dueño fuiste feliz de los tesoros
 »que contenian la opulenta Lésbos,
 »puebla de Mácar, la anchurosa Frigia
 »y el inmenso país que el Helesponto
 »con su corriente rápida circunda,
 »y de prole te hicieron numerosa
 »padre los Dioses. Pero desde el día
 »que contigo ensañados te trajeron
 »la guerra asoladora, de contino
 »en torno á tu ciudad muertos y sangre,
 »y batallas no más, tus ojos miran.
 »Resígnate, infeliz, y no en perpetuo
 »llanto así te consumas; porque nada
 »lograrás con llorar al hijo amado,
 »ni ya la vida le dará tu lloro;
 »y acaso todavía te prepara
 »nuevos pesares el crüel Destino.»

Príamo respondió: «No ya en la silla
 »tú quieras que me sienta, miéntras yace
 »Héctor sin enterrar dentro la tienda.
 »Entrégame su cuerpo y me concede
 »que mis ojos le vean: v recibe
 »los numerosos dones que te traigo
 »por su rescate, y de ellos venturoso
 »largo tiempo disfruta, y á tu patria
 »vuelve feliz, pues el primero has sido
 »que matarme pudiendo me has dejado
 »vivir y ver del sol la luz brillante.»

Con torva faz mirándole el fogoso
 Aquiles, respondió: «No más excites,

»anciano, mi furor: yo no rehusó
 »darte el cadáver de Héctor; que por Jove
 »enviada mi madre vino ahora
 »á mandármelo así. Ni se me oculta,
 »Príamo, que á tí mismo te ha guiado
 »algún Dios á las naves; pues ninguno
 »de los mortales, aunque fuese jóven,
 »y robusto, y valiente, se atreviera
 »en este campo á entrar. Ni de la guardía
 »así habria pasado sin ser visto,
 »ni fácilmente la pesada viga
 »quitado hubiera que de barra sirve
 »de la estacada á la anchurosa puerta
 »que nuestro pabellon circunda todo.
 »Así, cuando me ves tan afligido,
 »no mi cólera excites: guarte, anciano,
 »que ni más en la tienda te permita
 »permanecer y de los altos Dioses
 »el mandato no cumpla, ni respete
 »la calidad en tí de suplicante.»

Dijo; temió el anciano, y el asiento
 tomó sin replicar. Despues Aquiles
 de la tienda salió precipitado:
 no solo, que tambien le acompañaban
 dos de sus escuderos, el heróico
 Automedonte y Álcimo. Estos eran
 de todos sus donceles los que, muerto
 Patroclo, él más amaba. Y por su mano
 desuncieron las mulas y bridones;
 y al heraldo que Príamo llevara
 en la tienda despues introdujeron,
 y le hicieron sentar. De la carreta
 bajaron luego los preciosos dones
 que de Héctor al rescate destinaba
 el amor paternal: solo dejaron

dos mantos y una túnica de lino,
 para que en ella envuelto y con los mantos
 bien tapado el cadáver, se le diera
 Aquiles al anciano y le llevara
 á Ilíon el heraldo. A sus cautivas
 l'amó despues Aquiles, y las dijo
 que el cadáver lavaran y le ungiéran
 con aceite, llevándole á otra parte;
 no fuera que el anciano al ver del hijo
 el exánime cuerpo se irritara,
 y á contener la cólera en el pecho
 no fuese poderoso; y que de Aquiles
 de nuevo airado el corazón, la vida
 le quitara allí mismo y el mandato
 quebrantase de Jove. Las esclavas
 el cadáver lavaron; y ya ungido
 con oloroso aceite, le envolvieron
 en la delgada túnica, y con uno
 de los dos ricos mantos le taparon.
 Y alzándole del suelo el mismo Aquiles
 en suntuoso féretro le puso,
 y sobre la carreta los mancebos
 le colocaron. Y afligido al verle
 dió un profundo suspiro; y por su nombre
 al amigo llamando, así decia:

«No conmigo te enojés, ¡oh Patroclo!
 »si oyes decir en el averno oscuro
 »que de Héctor el cadáver redimido
 »á su padre entregué; pues un rescato
 »me da de mucho precio, y de sus dones
 »la parte yo que á la amistad se debe
 »consagraré á tus manes.» Así dijo;
 y á la tienda volviendo, la dorada
 silla ocupó de nuevo en que sentado
 ántes estaba en la pared opuesta

al asiento de Príamo. Y afable
hablando con el Rey, así decía:

«Ya del hijo el cadáver rescatado,
»Príamo, tienes como lo has pedido.
»Yace en fúnebre lecho; y cuando venga
»la luz del día le verás, y á Troya
»podrás llevarle. De gustar la cena
»tratemos ya; porque también Niobe
»en medio su dolor, del alimento
»se acordó al fin. En su palacio un día
»vió morir, ¡infeliz! los seis varones
»de que era madre y en la flor estaban
»de la edad, y con ellos las seis hijas
»que tenía también. A los primeros
»Febo mató con penetrante flecha
»que airado con Niobe disparara
»del arco poderoso: á las segundas
»Diana hirió también la cazadora
»porque Niobe osara compararse
»con la bella Latona, y presumía
»ser más feliz, pues que Latona solo
»dos hijos engendrara y ella tantos.
»Mas á estos muchos, aunque solo fuesen
»los de Latona dos, con sus saetas
»mataron voladoras. En su sangre
»bañados nueve días estuvieron
»sin enterrar, y nadie se atrevía
»á sepultarlos; que insensibles hizo,
»cual si de mármol fuesen, el Saturnio
»á las gentes de Tébas, y los Dioses
»al décimo por fin los sepultaron:
»y ya Niobe, de llorar cansada,
»pensó en el alimento. Y aunque ahora,
»en piedra convertida, en las alturas
»está del yermo Sípilo entre peñas,

»donde se dice que las grutas yacen
 »de las hermosas ninfas que sus danzas
 »guían alegres por la verde orilla
 »del Aqueloo, allí las amarguras
 »del gran dolor devora que los Dioses
 «en vida la enviaron. Y nosotros,
 »ilustre anciano, en la comida ahora
 »solo pensemos; que mañana el hijo
 »llevarás á Ilión y por su muerte
 »lágrimas verterás, y todavía
 »muchas tendrán que derramar tus ojos.»

Dijo; y saltando de la silla, él mismo
 una cándida oveja por su mano
 degolló, y sus donceles afanosos
 la quitaron la piel; y las entrañas
 sacándola, en pedazos la cortaron,
 y clavada en agudos pasadores,
 al fuego la pusieron. Cuando estuvo
 asada ya la carne, de la llama
 la retiraron, y de pan la mesa
 proveyó Automedonte, que en hermosos
 canastillos trajera. El mismo Aquiles
 distribuyó la carne, y todos ellos
 la diestra silenciosos alargaron
 á los gratos manjares que servidos
 fueron en abundancia. Satisfecha
 el hambre ya y la sed, fijos los ojos
 en Aquiles el Rey, no se cansaba
 de admirar su estatura y su belleza,
 que con la de los Dioses competía;
 y no ménos Aquiles admirado
 estaba al contemplar la faz augusta
 del anciano y sus canas venerables,
 y al escuchar sus elocuentes voces.
 Y cuando ya la vista recreado

los dos habian, Priamo el primero
con Aquiles habló y así le dijo:

«¡Descendiente de Jove! ya permite
»que á descansar yo vaya, y que gocemos
»nosotros dos del sueño. Por mi parte,
»yo bien lo he menester; que todavía
»los párpados mis ojos no cubrieron
»desde el aciago dia en que á tus manos
»el hijo mio en desigual pelea
»perdió la vida; y en continuo lloro,
»penas innumerables devorando,
»he yacido en la cerca de mi alcázar,
»por el lodo arrastrándome; y ahora
»la vez primera fué que la comida
»he gustado y el vino delicioso
»humedeció mi paladar.» Aquiles
á sus donceles dijo y sus esclavas
que bajo el alto pórtico pusieran
dos lechos, y con anchos cobertores
los cubriesen de púrpura, y encima
tapetes extendieran y afelpadas
clámides que los dos tomar pudiesen
para abrigarse. De la tienda todas
las esclavas salieron, y en las manos
sendas hachas llevaban encendidas,
y diligentes los mullidos lechos
aderezaron pronto. En tanto Aquiles,
temor aparentando, en misteriosas
voces decia al infeliz Monarca:

«Es conveniente, venerable anciano,
»que fuera de la tienda tú reposes;
»no acaso venga alguno de los jefes
»á consultar conmigo, como hacerlo
»suelen á veces; pues si aquí te viera
»tan entrada la noche, luego iria

»á dar aviso á Agamenon, caudillo
 »de la hueste, y tal vez se dilatara
 »la entrega del cadáver. Dime ahora,
 »sin ocultarme nada, cuántos días
 »deseas para hacer los funerales
 »á Héctor; porque entre tanto, ni á campaña
 »salga yo, ni permita que las tropas
 »tampoco salgan.» Respondió el anciano:

«Si generoso concederme quieres
 »tiempo en que celebrar los funerales
 »de Héctor tranquilos emplear podemos,
 »yo te agradecería que nos dieras
 »el espacio de tiempo, no muy breve,
 »que ya te indicaré. Tú bien conoces
 »que dentro de los muros encerrados
 »nos teneis, y es forzoso que la leña
 »desde el monte se traiga, que está léjos
 »y que sin tu palabra los Troyanos
 »temerian traerla. Nueve días
 »en tanto emplearemos en llorarle
 »dentro el alcázar, en quemar el cuerpo
 »gastaremos el décimo, y la tumba
 »en el onceno á las cenizas frias
 »de Héctor erigiremos, y la gente
 »tendrá tambien el funeral convite;
 »y al siguiente, si es fuerza, los combates
 »volverán á empezar.» Respondióle el héroe:

«Haráse todo como tú deseas,
 »anciano venerable, y las escuadras
 »el tiempo que me pides contenidas
 »en las naves tendré.» Dijo, y la diestra
 del anciano estrechaba con la suya
 para que no temiese, y en el atrio
 el heraldo y el Rey aquella noche
 durmieron; pero Aquiles de su tienda

en lo más interior al dulce sueño
 se entregó, y á su lado la graciosa
 Briseida estaba. En plácido reposo
 los otros Dioses y la hueste griega
 descansaron tambien la noche toda;
 pero no de Mercurio el sueño pudo
 adormecer los ojos; que en su mente
 un arbitrio solícito buscaba
 para sacar de las aquivas naos,
 sin que los campeones escogidos
 que las puertas guardaban lo advirtiesen,
 al Rey Príamo. Al fin, ántes del dia,
 acercándose al lecho é inclinado
 sobre su augusta faz, así le dijo:

«¡Anciano! bien se ve que no recela
 »males tu corazon, pues así duermes
 »en medio de un ejército enemigo,
 »ya que saliste ileso de la tienda
 »del iracundo Aquiles. El cadáver
 »del hijo has rescatado, y muchos dones
 »diste por él; pero si vivo ahora
 »de Agamenon cayeras en las manos
 »y lo supiesen los Aquivos todos,
 »tres veces otro tanto en tu rescate
 »tus hijos y tus yernos obligados
 »á dar serian.» Escuchó las voces
 Príamo de Mercurio; y al oirlas
 estremeciósse todo, y en voz baja
 llamó al heraldo que en profundo sueño
 aún yacia. Mercurio los bridones
 les ayudó y las mulas prontamente
 á poner bajo el yugo, y los guiaba
 él mismo por el valle, y de ninguno
 fueron sentidos. Cuando ya llegaron
 al paraje en que el Simois caudaloso

es vadeable. al elevado Olimpo
 voló Mercurio, y la divina aurora
 ya sus rayos de púrpura extendía
 sobre la tierra toda. Caminaban
 los dos ancianos en silencio triste;
 y en medio de suspiros y sollozos
 los caballos á Troya dirigian,
 y las mulas detras con el cadáver
 la carreta arrastraban lentamente.
 Y fué entre los varones y matronas
 Casandra la primera que de léjos
 los vió venir; porque, subida entónces
 en la torre de Pérgamo elevada,
 á largo trecho conoció á su padre,
 que en el carro subido ya venía
 con el heraldo que en sonoras voces
 en la ciudad los bandos pregonaba,
 y sobre la carreta vió el cadáver
 de Héctor en lecho funeral tendido.
 Y en alaridos tristes prorumpiendo,
 por toda la ciudad iba gritando:

«Si otro tiempo, cuando Héctor victorioso
 »volvía á Troya de la guerra, alegres
 »á recibirle todos y agolpados
 »de la ciudad saliais, porque él era
 »de Troya la alegría, su cadáver
 »venid á ver ahora.» Así gritaba;
 y ni un solo varon dentro los muros
 quedó, ni una mujer; que todos ellos,
 de insufrible dolor opresa el alma,
 fuera ya de los muros al anciano
 salieron á encontrar. Y las primeras
 la cara esposa y la afligida madre,
 sobre el féretro echándose y besando
 la cabeza del héroe, los cabellos

se arrancaban; y en lágrimas deshecha
 las rodeaba en derredor la turba.
 Y hasta ponerse el sol el día todo
 gimiendo allí estuvieran, y llorando
 á Héctor, si desde el carro á todo el pueblo
 no así Príamo hablara: «Abrid camino,
 »porque yo pase con el carro, y sigan
 »detrás las mulas; que llevado á casa
 »cuando hubiere el cadáver, largo tiempo
 »para llorarle os queda.» Prontamente
 camino abrió la turba, y la carreta
 pudo pasar; y cuando ya venidos
 fueron al régio alcázar, el cadáver
 en torneado suntuoso lecho
 colocaron, y fúnebres cantores
 de ambos lados pusieron que entonasen
 el himno funeral. Acompañaban
 gimiendo las mujeres; y afligida,
 y con sus blancas manos sosteniendo
 del malogrado esposo la cabeza,
 fué la primera Andrómaca que al llanto
 soltó la rienda, y en dolientes voces
 así de Héctor habló con el cadáver:

«En juvenil edad, esposo mio,
 »saliste de la vida, y me has dejado
 »en el alcázar viuda y en su infancia
 »al hijo que nosotros, ¡infelices!
 »del amor conyugal única prenda,
 »habíamos tenido. Ni ya á jóven
 »es posible que llegue. No: primero
 »arruinada será por los Aquivos
 »esta ciudad habiendo tú faltado,
 »su antemural, y defensor y padre
 »de las castas matronas y sus hijos.
 »Aquellas pronto en las veleras naos

»á Argos serán llevadas, y con ellas
 »Andrómaca tambien.—Y tú, hijo mio,
 »ó con tu triste madre irás esclavo,
 »y en vil oficio por ingrato dueño
 »trabajarás; ó de la excelsa torre
 »te arrojará indignado algun Aquivo
 »asiéndote del pié, porque á su padre
 »Héctor quitó la vida, ó al hermano,
 »ó acaso al hijo. Porque muchos Griegos
 »de Héctor á manos sobre la ancha tierra
 »derribados cayeron, y sus dientes
 »han mordido la arena. Si: en las lides
 »era tu padre campeon temido,
 »y por eso le lloran los Troyanos
 »en la ciudad ahora.—Inexplicable
 »es, Héctor, el dolor y la tristeza
 »que á tus ancianos padres ha traído
 »tu prematura muerte, y sobre todos
 »á mí en herencia llanto y amargura
 »me has dejado por siempre. Ni el consuelo
 »tuve de que al morir tú me alargases
 »la moribunda mano, ni me dieses
 »saludables consejos que en memoria
 »tuviera y recordase noche y dia
 »lágrimas derramando.» Así, deshecha
 en llanto, dijo Andrómaca; y las otras
 mujeres con suspiros y lamentos
 en su inmenso dolor la acompañaban;
 y en medio de ellas Hécuba, afligida
 mas que ninguna, y con el hijo hablando,
 así decia en lágrimas bañada:

«¡Héctor, de cuantos hijos he tenido
 »el que más adoraba el alma mia!
 »Ya no es dudoso que á los Dioses eras
 »caro miétras viviste; pues ahora,

»aunque la dura Parca de la vida
 »te despojó, ¡cruel! de tu cadáver
 »próvidos han cuidado. Cuando Aquiles
 »otros mis hijos hizo prisioneros,
 »á otro lado del mar los enviaba
 »á que fuesen vendidos como esclavos:
 »á Ímbros, á Sámos, y escarpada costa
 »de Lémnos; pero á tí, cuando la vida
 »te hubo quitado con agudo hierro,
 »en torno de la tumba de su amigo
 »Patroclo, á quien mataste por tu mano,
 »(y ni áun así resucitarle pudo)
 »te arrastró muchas veces; mas ahora
 »cual si acabaras de morir y fresca
 »la carne, yaces en tu mismo alcázar,
 »á aquellos parecido á quien Apolo
 »quitó la vida con süave flecha.»

Así Hécuba decia, y nuevo llanto
 excitó en las mujeres; y de todas
 última Elena dijo entre sollozos:

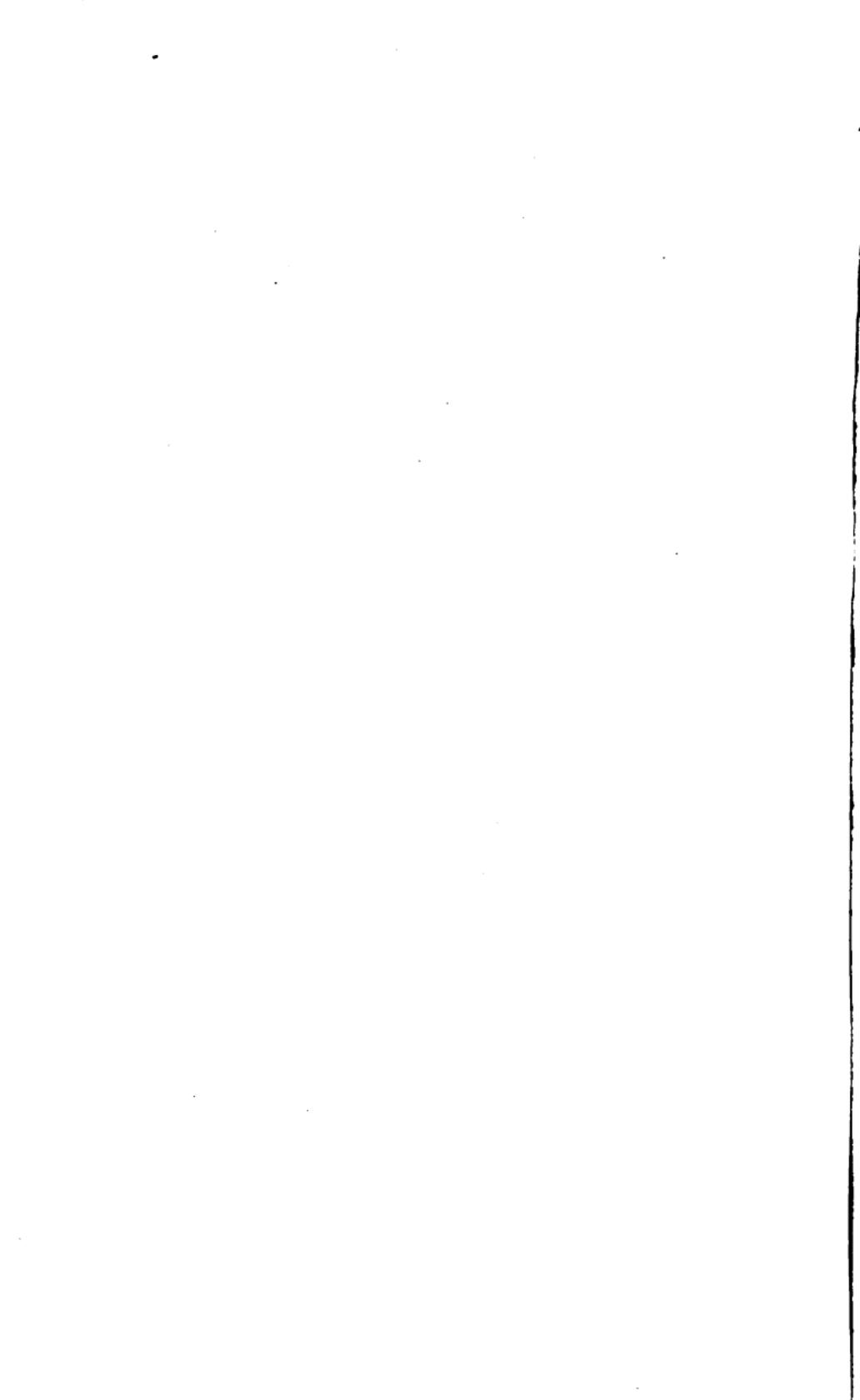
«¡Héctor! de todos mis cuñados eras
 »tú el que yo más amaba. Son corridos
 »veinte años ya desde que á Troya vine,
 »¡ojalá que ántes parecido hubiera!
 »mi patria abandonando, y conducida
 »por el hermoso Páris; pero nunca
 »de tu boca escuché malas razones
 »que ofenderme pudieran; y si alguno
 »de mis otros cuñados ó cuñadas,
 »ó mi suegra tal vez (porque mi suegro
 »siempre cual padre me traté benigno),
 »con injuriosas voces me insultaba,
 »tú, con dulces palabras el enojo
 »suyo calmando, á contener la lengua
 »le obligabas en fin. Por eso ahora,

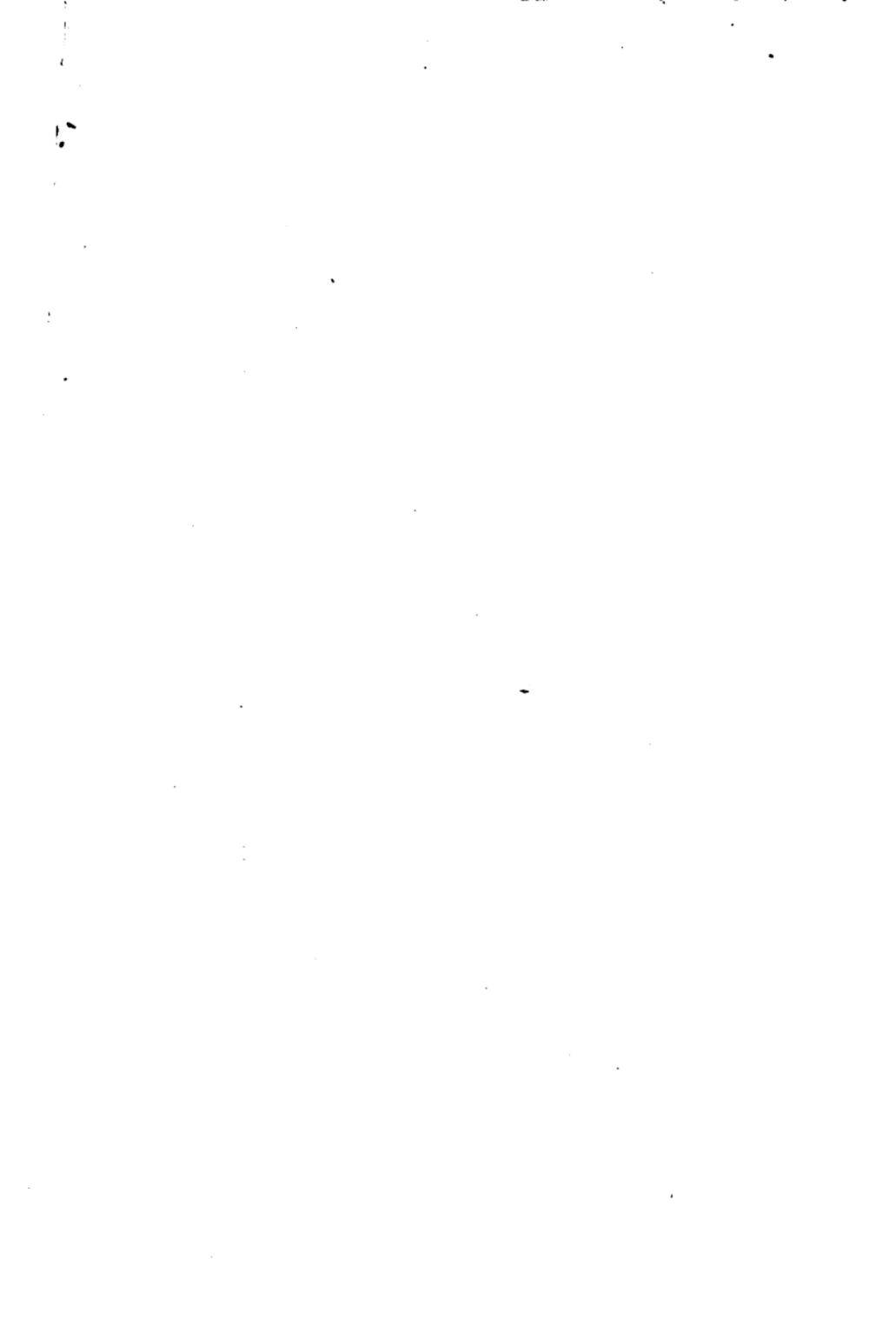
»en triste duelo el corazón sumido,
»á tí y á mí, ¡infeliz! lloro afligida.
»Ya no me queda en la anchurosa Troya
»más defensor ni amigo, porque todos
»sus moradores me detestan.» Triste
así decía: y general lamento
se oyó en la turba inmensa, y el anciano
Rey dijo luego: «A conducir ahora
»id leña á la ciudad, ni la emboscada
»de los Griegos temais; que de las naves
»al despedirme Aquiles, la palabra
»me dió de que la lid suspendería
»hasta que de la aurora amaneciera
»la duodécima luz.» Así les dijo
el Rey: y los Troyanos, obedientes
á su voz y los bueyes y las mulas
poniendo á las carretas presurosos,
fuera de la ciudad se reunieron,
y acarreado leña nueve días
el pueblo todo estuvo. Cuando al orbe
iluminó la aurora refulgente
por la décima vez, de su palacio
sacaron de Héctor el cadáver tristes;
y colocado sobre la alta pira,
por todas partes la pusieron fuego.

Apénas con su luz el alba pura
anunciaba ya el día, el pueblo todo
en derredor de la anchurosa pira
que de Héctor el cadáver abrasara
se reunía. Cuando ya estuvieron
en numerosa turba congregados,
con oloroso vino aquella parte
de la pira que el fuego consumiera
apagaron, y luego los amigos
y los hermanos de Héctor recogieron

Los blancos huesos, sollozando tristes
y en abundantes lágrimas regando
las cenizas del héroe. Recogidos
los albos huesos ya, los escondieron
en urna breve de oro que cubria
finísimo cendal, y dentro el hoyo
la enterraron, con grandes y apiñadas
piedras tapando la abertura, y luego
la tierra amontonaron; y tenían
por todas partes atalayas puestas,
no fuese que entre tanto los Aquivos
acometieran. Cuando ya la tumba
hubieron erigido, á sus hogares
volvieron todos; y al venir la noche
de nuevo reunidos en la cerca
del alcázar de Príamo, el convite
funeral celebraron. Las exequias
tales fueron que hicieron los Troyanos
al adalid de sus legiones, Héctor.







U. C. BERKELEY LIBRARIES



C046528801

YB 40933

238007

Homerus



